



LOS
SECRETOS
QUE ALBERGAMOS BAJO
NUESTRA PIEL

LAURA SPÍNOLA

**LOS SECRETOS QUE
ALBERGAMOS BAJO
NUESTRA PIEL**

**LOS SECRETOS QUE
ALBERGAMOS BAJO
NUESTRA PIEL**

Laura Spínola

Primera edición: marzo de 2024
Copyright © 2024 Laura Spínola
www.lauraspinola.com
Corrección: María Coco
Ilustración: Javi Cohen
Fotografía: @ukiyoda

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A ti, y solo a ti.
Por todo.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía de la autora](#)

CAPÍTULO 1

Aileen se había levantado como cualquier otro día, con la diferencia de que era miércoles y tocaba comida con Martha. Apagó con mucha dificultad el despertador. Hasta siete veces contó, maldiciendo otras tantas la maldita función *snooze* de su móvil. Cada día era una hazaña salir de la cama por lo mucho que le gustaba dormir. Con los ojos cerrados y sintiéndose como si se hubiera tragado la noche anterior el somnífero más potente del mundo, cosa que no había hecho, repasó cómo era un miércoles de su rutinaria vida: iría a su trabajo, comería con Martha, como todas las semanas desde hacía ya un año, volvería a currar hasta las seis para después relajarse en casa lo que restaba de tarde. La única compañía al finalizar el día sería la de una cerveza o la de una copa de vino, según le diese. No era, ni de lejos, adicta al trabajo, quizás porque nunca había sentido que hubiera dado con una vocación. Se había dejado llevar por la vida: acabó la universidad, empezó en una empresa que le gustaba porque compartía sus valores y, a partir de ahí, se movía de una a otra según le iban surgiendo oportunidades de crecer profesionalmente. No se había preocupado en exceso por destacar o por tener un puesto de responsabilidad. Y, a pesar de ello, era la directora de *Social Media* en una multinacional escocesa, lo que venía a significar que era la responsable de un equipo de más veinte personas que llevaban las redes sociales de cada país donde la compañía estaba presente. En definitiva, como ella siempre decía, un trabajo como otro cualquiera.

Aún medio dormida, empezó su rutina matutina, que arrancaba siempre con un buen cepillado de pelo. Su color llamaba siempre la atención. No eran pocas las veces que le preguntaban en qué peluquería se teñía el cabello y ella tenía que aclarar que ese castaño claro que recordaba a la miel era suyo de nacimiento. Después de desenredárselo, venía el lavado de cara. Su tez destacaba por ser fina, blanca y suave, y el rostro ovalado resguardaba los ojos grandes, de color marrón. El conjunto le confería una inusual dulzura. Tras aplicar agua bien fría como golpe de efecto para terminar de despertarse, se aplicaba un poco de maquillaje. Nunca cruzaba el límite de la base, los polvos, el colorete y un rímel, todo en colores discretos que ensalzaban lo que la naturaleza le había dado. Su vestimenta no encajaba en la definición concreta de ningún estilo: romántico, clásico, moderno... Nada. Era sencillo y consistía en calzarse de forma rápida un par de vaqueros y alguna camiseta o blusa, que quedaba oculta siempre bajo algún suéter. Para aquel día se había dejado preparado la noche anterior, junto con sus vaqueros, uno blanco cuya parte superior disponía rayas en verde lima, horizontales, hasta los hombros. Y, además, había un cambio relevante en su indumentaria: tocaba deshacerse de sus habituales botines de tacón de

entretiempo para dar paso a un calzado algo más cálido. Era el primer día que anunciaban un sol espléndido en Edimburgo acompañado de temperaturas suaves. Vivía allí desde que, un año atrás, se mudase desde Bournemouth, su lugar de origen. Su nueva ciudad de residencia tenía una característica muy británica: además de lluviosa, era el epicentro de grandes vendavales. Pero ese día no. Por fin disfrutaría de un tentempié en los jardines de Princess Street bajo un sol que, además de iluminar, calentaba. Y lo haría junto a Martha Miller, una anciana de ochenta y cuatro valientes años. Se habían conocido en un banco de esos mismos jardines un año antes, cuando ella saboreaba un delicioso sándwich durante la hora de la comida. Martha se sentó a su lado, ya que, en los días soleados, los bancos solitarios escaseaban. Se había mantenido en silencio hasta que la salsa del sándwich cayó sobre su blusa.

Aileen reparó en cómo le jugaba una mala pasada. Como ella ya había sufrido en otras ocasiones las consecuencias de una salsa resbaladiza, tenía a mano varios pañuelos de papel, por lo que, con rapidez, cogió uno y se lo tendió a la anciana.

—Muchas gracias, joven —se apresuró a decir ella—. Yo también debería tenerlos siempre a mano. Si no es la salsa, es otra cosa, pero siempre acabo llegando a casa con alguna mancha.

Miró a la mujer y concluyó que debía sobrepasar los ochenta años. Si bien era cierto que no le caracterizaba la postura encorvada propia de esa edad, sí tenía el rostro repleto de arrugas y unas cejas grises pobladas. Estas eran idénticas en tonalidad a la de su cabello, el cual llevaba recogido en una trenza perfecta. Le llamó la atención porque era un elemento que contrastaba con sus rasgos y ayudaba a su rejuvenecimiento. Ver la vulnerabilidad ante algo tan inocente como una salsa le permitió experimentar lo que debía sentir una persona al tener un abuelo o abuela. Esa ternura ante la torpeza de la edad que te invita a arroparlos y a cuidarlos. Nunca conoció a sus abuelos, así que carecía de referencias en ese sentido. Sin duda, el carácter jovial que la anciana desprendía, entre otras cosas, la atrapó enseguida.

—De nada —contestó ella—. Por experiencia propia, los tengo preparados en el bolso.

—Mi nombre es Martha —dijo la anciana—. Martha Miller.

Le costó unos segundos reaccionar. Lo último que esperaba era entablar una conversación de aquella forma tan rápida. No por falta de ganas, sino más bien por los cincuenta o sesenta años que debían de separarlas.

—Yo soy Aileen. Encantada —añadió por fin, sonriendo divertida por la situación.

—No suelo presentarme así —continuó Martha, que aún seguía frotando con energía el tejido—, pero tienes un rostro dulce y, además, es extraño comer al lado de otra persona, con la vista fija al frente y no decir una sola palabra durante el rato que la tienes al lado.

—Más que extraño, creo que resulta ridículo.

Aileen observó los autobuses que pasaban por la calle en paralelo al parque y después echó un discreto vistazo a su alrededor. Desde luego, lo que debían de ver los viajeros entre parada y parada tenía que ser como poco, absurdo. Un largo y estrecho camino de grava con bancos cada

seis u ocho metros a ambos lados e intercalados, repletos de gente comiendo y sin que nadie intercambiase una sola palabra. Martha interrumpió su pensamiento.

—¿Sueles venir mucho por aquí? Porque yo me siento desde hace años en este banco a comer, salvo que llueva. —Su mirada se dirigió hacia la placa grabada colocada en cada uno de los bancos y a Aileen no se le escapó el detalle.

—Alice Wright —leyó en voz alta—. ¿La conoció?

—Era mi hija. Hacía tiempo que no oía pronunciar su nombre. —Aileen adivinó una pesadumbre anímica en Martha, que continuó hablando—: Hace ya treinta años que murió y no he perdido ni un gramo de la pena que pesa sobre mí. —Levantó los ojos hacia su compañera de banco—. Lo siento, no quiero ser quien te amargue tu rato de descanso.

Aileen, por cortesía, y en parte también por compasión, le aclaró que no se preocupara, que no la estaba molestando. Le encantaba comer acompañada en un día tan bueno.

—Mi hija se casó muy joven con un hombre maravilloso y con veintiún años tuvo al pequeño Charles. —Suspiró al recordar aquel momento—. Vivían conmigo, ya que yo había enviudado joven, pero, por suerte, mi familia era una familia de bien gracias al negocio de mi suegro, Charles Alexander Wright. Vivíamos en una hermosa casa en Balford y la dicha era una presencia más. Hace mucho que no hablo con nadie de ello y me cuesta incluso volver a pronunciar cada palabra —añadió, exhalando despacio el aire para mantenerse serena—. Un día de verano, la tragedia entró por la puerta principal y se instaló allí para siempre con la intención de sobrevivirnos a todos.

Aileen no retiraba la mirada de Martha mientras escuchaba el relato de la apesadumbrada mujer. Su dolor era palpable y eclipsaba incluso el resplandeciente sol veraniego de finales de junio. Percibieron por un instante cómo la sangre se les enfriaba mientras el pesar le ganaba sitio a la alegría.

—Mi hija Alice apareció asesinada en el jardín de nuestra casa de Balford.

La joven intentó añadir algo para paliar el dolor, pero no supo encontrar las palabras. Martha prosiguió.

—Mi yerno y yo intentamos durante seis meses ayudar a la policía, preguntando una y otra vez a cada vecino. Buscábamos algo que se saliese de lo normal. No podía ser que, tratándose de un pueblo tan pequeño, nadie hubiera visto u oído algo que nos permitiera descubrir quién lo hizo y por qué. No ayudó tampoco que, por aquel entonces, el inspector al mando, el señor Grant, estuviera consternado porque su mujer, Amanda, lo abandonó, llevándose con ella a la pequeña Olivia, la hija de ambos. En vez de volcarse en la búsqueda de Alice, se aposentó en el *pub* y dejó que el resto de sus compañeros se encargaran de la investigación. La realidad fue que, sin nadie al mando, aquello era un callejón sin salida. Y no puedo culparlo, de verdad que no. También para él debió de ser duro perder a Amanda y a su pequeña, pero ¿quién se supone que debía de encargarse de buscar al desgraciado que me arrebató a mi Alice? Si la hubieras

conocido... Era tan dulce y tan buena. Pero al final, cuando el dolor y la rabia nos puso al borde del abismo, amenazando con consumirnos, mi yerno y yo tomamos una decisión. Por el bien de Charles, y porque es lo que Alice hubiera querido tanto para él como para nosotros, debíamos abandonar Balford para siempre. Y eso hicimos. Abandonamos Balford y la búsqueda de la verdad para poder darle a Charles otro tipo de vida, lejos de la tragedia de su madre.

Martha hizo otra pausa. Aún tenía que concentrarse para evitar que el intenso dolor que le había acompañado durante años se apoderase de nuevo de su cuerpo. Aileen se percató de que igual necesitaba un poco de ayuda para salir de la profunda aflicción en la que se había sumido.

—Es una historia muy triste, lo siento. —Martha levantó la mirada y Aileen notó cómo su cabeza volvía de algún lejano lugar al banco donde estaban sentadas.

—No tengo muchas ocasiones para contársela a nadie. Tampoco es que quiera remover más el pasado —le confesó tras reflexionar unas milésimas de segundo.

—¿Y qué pasó con su yerno y su nieto?

—Se fueron al sur y los veo cada mes de julio, que voy a visitarlos. Charles, mi nieto, es un joven maravilloso. Y fue siempre un chico muy aplicado en los estudios. Gracias al sacrificio y al esfuerzo de su padre al abandonar Balford en aquella situación tan dura para todos es hoy lo que es. Debo decirte que nunca he culpado de nada a Clark, mi yerno. Es un buen hombre y siempre amó y cuidó de Alice. Pero a veces no puedo evitar imaginarme que, si ella se hubiera centrado en el negocio de la familia y no se hubiera casado, seguiría con vida. —Pensativa, evocó a su hija con nostalgia—. Soy consciente de mi egoísmo, pero tan bella como era, y tan joven, con toda su vida por delante...

Recordarla viva, antes de su desgraciado asesinato, antes de ser madre, e incluso antes de casarse, le alegraba el alma. Una muchacha dicharachera y con gran necesidad de repartir abrazos. Así había sido Alice de adolescente y era a lo que Martha se aferraba durante la eternidad que le parecía que había vivido sin ella.

—No te cases nunca —acabó diciéndole, ya con una media sonrisa en la cara, pero arrastrando cierta melancolía en sus palabras. A Aileen la reflexión le pareció inconexa, pero ¿quién era ella para recorrer el velo que mitigaba el dolor de un alma?

A aquella conversación le seguirían otras muchas, aunque fueron pocas las menciones a su hija, su yerno o su nieto. Lo único que le repitió hasta la saciedad, y siempre con un envidiable humor, fue aquello de «No te cases nunca». Lo había convertido en el mantra de su relación. Y esa actitud positiva, muy diferente a la que había mostrado cuando se conocieron, era uno de los muchos motivos por los que Aileen disfrutaba tanto de su compañía. Hablaban de cómo era la vida en Escocia cuando Martha era joven, de la política, que lo impregnaba todo de superficialidad, y, en general, de los acontecimientos cotidianos que trataban los periódicos de esa semana.

Aileen miró el reloj mientras se calzaba. Tenía el tiempo justo para coger su paraguas, por si el tiempo cambiaba de forma repentina, como era habitual en Edimburgo, y salir de casa. Cada día, lloviera o no, salía de su domicilio en la calle Balfour y caminaba hasta la calle Northumberland, donde estaba su oficina. Recorría Edimburgo con agilidad. La ciudad de las dos caras, como ella la llamaba por los dos barrios dominantes: el New Town, donde ella trabajaba, y el Old Town, donde se situaba el casco histórico. Ambos tranquilos, incluso en hora punta, si se comparaba con ciudades como Londres.

Llegó al trabajo y no tardó en sumirse en una previsión de crecimiento para el segundo semestre del año. Con pocas interrupciones, la mañana se fue pasando. Controlaba de reojo la hora con el reloj de su ordenador porque no quería llegar tarde a su cita con Martha. Era sagrada para ella.

Cuando por fin llegó la hora, antes de que tuviera tiempo de levantarse, tocaron a la puerta de su despacho. La recepcionista de su planta, con la bolsa del almuerzo en la mano, le dijo que una visita la esperaba en la sala de reuniones.

—¿No te ha dicho quién es? —le preguntó consultando su agenda—. No tengo nada apuntado.

—Me ha dicho que era el señor Craig, pero no me ha indicado de qué empresa es. Dice que viene por cuestiones de otra naturaleza.

—Gracias Charlotte —le contestó, extrañada.

Miró su sándwich vegetal, comprado por el camino, y supo que tendría que esperar en la bolsa. Con paso rápido y dispuesta a deshacerse con rapidez de la inesperada visita, se dirigió a la sala de reuniones. Cuando entró, un hombre de aspecto serio, cuyo gesto manifestaba extrema rigidez y que iba enfundado en un traje de al menos mil libras, se presentó.

—Soy Hugh Craig. ¿Es usted la señora Henderson?

—Aileen, por favor —le respondió, indicándole que tomara asiento.

—Soy el abogado de Martha Miller.

Su primera reacción fue de sorpresa, pero su expresión no tardó en mudar hacia una profunda preocupación. Se temió lo peor y su cara adelantó al señor Craig que no sabía nada sobre lo que estaba a punto de comunicarle.

—Siento ser yo quien le transmita la mala noticia, señora Henderson.

Ella sintió que una punzada de tristeza le atravesaba el pecho y de ahí se expandía con rapidez hacia el resto del cuerpo.

—La señora Miller falleció ayer de un ataque al corazón.

El silencio en aquella sala era absoluto. Parecía como si Aileen no hubiera reaccionado. Sin embargo, ella sentía que se tambaleaba todo a su alrededor. Estaba anclada a su silla y creyó que esta se esforzaba en atraparla y asfixiarla. Le faltaba el aire. «No puede ser», pensó.

—Imagino la terrible pérdida —continuó el señor Craig, tratando de evitar el incómodo silencio que prevalecía sobre la tarea que debía abordar con diligencia—. La cuestión es que en

su testamento aparece usted como heredera junto con su nieto y una amiga. A él ya se lo he notificado a primerísima hora por videollamada, por tratarse de un familiar directo, y siguiendo la estricta directriz de la señora Miller de hacerlo así. El proceso continúa ahora con usted para finalizar esta tarde con la señora Murray. Por tanto, como le adelantaba, vengo a notificarle cómo le afecta la herencia de la señora Miller. Para empezar, fue tajante en algunos aspectos, como que no deseaba que tuviera lugar un funeral. Y, además, requirió que el testamento se leyera a cada uno de forma individual.

Aileen seguía estupefacta. Apenas había escuchado las palabras *heredera* y *herencia*, mucho menos la retahíla de cosas que encadenó el señor Craig después.

—¿Murió sola? —consiguió preguntar al fin.

El abogado se removió en la silla, molesto por una interrupción poco bienvenida, y cuando soltó el bolígrafo sobre los papeles, lo hizo con brusquedad. Se mostraba poco compasivo con Aileen y la situación, pero creía que poco le atañía aquella conversación.

—Según me han informado, consiguió salir al pasillo para pedir ayuda, pero cuando la ambulancia llegó, parece ser que Martha ya *descansaba* en el sofá.

—¿Claire estaba con ella? —Necesitaba saberlo. La ansiedad galopaba salvaje en el pecho, tratando de buscar una vía de escape.

—Sí —le contestó con aspereza.

Aileen respiró profundo. Notaba como ese nudo, sin llegar a deshacerse, se aflojaba permitiéndole coger algo de oxígeno.

—Claire es... era su vecina y su mejor amiga. Algunos miércoles venía con ella a nuestra comida semanal. Hoy es miércoles. —Miró el reloj, pero ya no llegaba tarde a ningún sitio—. Ahora tendría que estar comiendo con Martha.

El señor Craig no le quitaba ojo. Mantenía la mirada seria y fija en ella. Aileen entendió que la presionaba con sutileza para que evitara hacer comentarios innecesarios, pero no le importó lo más mínimo. Martha había muerto.

—Me alegro de que Claire estuviera a su lado. No se merecía morir sola, era una gran persona.

De nuevo, notó señales, poco discretas, del señor Craig que la apremiaban a terminar de hablar. Presionaba una y otra vez la parte trasera de su bolígrafo contra la mesa de la sala de reuniones. Ante las reiteradas faltas de empatía, decidió que lo mejor era acabar rápido con aquello. Así, podría volver a su mesa y llorar a su amiga.

—¿Por qué ha venido? —preguntó con rudeza, respondiendo con equidad a la actitud del abogado.

—Ya se lo he dicho. La señora Miller me nombró su albacea y vengo a comunicarle la parte de la herencia que le ha legado. Y, además, he de transmitirle una última voluntad. Después de la incineración, las cenizas le serán entregadas a usted. Me encargaré de arreglar todo el proceso

con la empresa encargada, que le hará llegar la urna funeraria. Dicho esto, debo entregarle este sobre.

Sacó de su maletín un sobre y una carpeta. Aileen reparó en que la persona que tenía enfrente no se había percatado de que su pregunta llevaba impreso un profundo malestar por su visita. No reaccionó ante su actitud, tosca y poco cordial, pero cien por cien intencionada.

—Aquí tiene —añadió él deslizando el sobre.

Su falta de empatía era absoluta.

Aileen estaba confundida y no sabía cómo reaccionar al aluvión que aquel desconocido le estaba soltando de golpe. El señor Craig abrió a continuación la carpeta, pasó varias hojas y la observó. Si reparó en su dolor, su desconcierto o en alguna de las mil emociones diferentes, poco le importó.

—Le ha dejado su casa de Balford. Aquí, de hecho, será donde la funeraria le entregue las cenizas de la señora Miller una vez disponga de ellas.

Ella pestañeó unos segundos hasta que cayó en la cuenta de qué casa le hablaba.

—¿Su casa de Balford? ¿Para mí? Me había hablado de ella y del pueblo, pero no sé ni dónde está.

—Es una localidad pequeña a unas veinte millas de aquí. La casa, en realidad, no está en el pueblo, está a un par de millas.

Aileen se recostó sobre su silla, reflexionando sobre el motivo por el que Martha le dejaría una casa a las afueras de Edimburgo. Se trataban desde hacía apenas un año y tenía familia a la que podría haberle legado la vivienda, pero intuía por qué su amiga se la dejaba a ella. Pensó entonces en Claire.

—Claire merece cualquier cosa más que yo. Se conocían desde hacía tres décadas y eran íntimas amigas.

—Puede renunciar a su parte de la herencia, pero debo decirle que la señora Murray ha recibido una casita en el mismo pueblo. Cuando me reuní con la señora Miller a petición suya para preparar su testamento, me dijo que le dejaba a Claire la pequeña porque sus piernas no darían para más. Y por eso a usted le dejó la de las afueras.

Notó cierta petulancia en su voz, por lo que decidió que era mejor no volver a hablar. El señor Craig pareció percatarse de ello y Aileen pensó que incluso lo recibía con gratitud.

—Además de la casa, y debido a la reforma que creyó que le gustaría realizar a la propiedad, le ha dejado la cantidad de un millón de libras.

—¿¿Qué?? —Saltó de su silla y, con los dedos entrelazados, se apoyó sobre la mesa, rompiendo su promesa de permanecer callada.

—No puede ser. Yo no me merezco eso. ¡No merezco nada de eso! ¡Todo esto debería pasar a manos de su nieto!

—Yo no juzgo eso, señora Henderson. Simplemente, me encargo de informar del testamento de un difunto a sus herederos y, por regla general, no suelen interrumpir tanto como lo hace usted.

El señor Craig trató de trasladarle de forma más palpable su impaciencia, pero ella mantuvo inalterados unos modales que, a su entender, empezaban a escasear en aquella sala de reuniones, al otro lado de la mesa.

—Continúe, por favor —le contestó. Apretaba los dientes.

—Tanto la casa como el dinero están supeditados a dos condiciones. Esto quiere decir que, si en algún momento incumple alguna de ellas, la propiedad y el dinero pasarían al heredero designado, en ambos casos, el nieto de la señora Miller.

—¿Y qué condiciones son?

Sabía que Martha le tendría preparado algo divertido. «Así era ella», pensó.

—El millón de libras se utilizará para la reforma y en esta deberá emplear al hijo del señor Allen, contratista en Balford. Podrá disfrutar de la cuantía restante durante el tiempo en el que la casa sea su residencia habitual.

«Fácil», se dijo Aileen.

—Para el disfrute de la vivienda, renunciará al matrimonio. No podrá contraerlo de ninguna forma, es decir, ni por lo civil ni por la iglesia.

Aileen comenzó a reírse a carcajadas mientras el abogado la miraba estupefacto.

—«No te cases nunca» —recordó ella en voz alta—. Hasta el final, hasta su mismísimo último día, y dejándolo por escrito como última voluntad. Así era Martha —añadió, todavía sonriendo con nostalgia, mientras las lágrimas, por fin, se desbordaban para aliviar el dolor.

El señor Craig ignoró el comentario, así como su tristeza. Comenzó a ordenar sus papeles, los guardó en su carpeta y volvió a colocarla en su maletín. Como si no hubiera habido interrupción alguna, continuó.

—Las leyes no permiten condicionantes inmorales a los herederos, como el hecho de no contraer matrimonio. Por ello, y para cerciorarse del cumplimiento de esta condición, la señora Miller no la nombró, en realidad, heredera de la casa, sino usufructuaria mientras permanezca soltera —especificó, y se detuvo un instante a analizar el semblante de Aileen. Le parecía intuir que la condición impuesta no la perturbaba en absoluto, así que prosiguió—: Esto es lo que la señora Miller me transmitió y así lo dejó por escrito en su testamento. Aquí dentro tiene la dirección de la casa y las llaves.

El señor Craig sacó un grueso sobre marrón y se lo entregó. Después, se levantó y cerró su maletín.

—Con esto finalizo. Le dejo mi tarjeta para que me indique por *mail* su número de cuenta bancaria. Una vez que el hijo del señor Allen me contacte para confirmar el cumplimiento de la condición marcada por la señora Miller, y como albacea de su testamento, procederé a liberar el

dinero. Él ya ha sido informado de la situación y está a la espera de su llamada. Encontrará el número en ese mismo sobre.

Se dirigió a la puerta de la sala y estiró el brazo para estrecharle la mano, dando por finalizada la reunión. Antes de salir, añadió:

—Sobre la segunda condición, debo confesarle que me veo más dificultado a actuar como albacea. No puedo tener un detective siguiéndola para ver si se enamora, se casa y tiene unos críos preciosos, y pierde el legítimo usufructo.

Y con ese último e insolente comentario, abandonó la sala dejándola sumida en una profunda tristeza.

CAPÍTULO 2

Aileen no se podía concentrar en el trabajo después de aquella noticia, así que avisó de que se iba a casa. Al llegar, hizo de todo menos pensar en Martha: puso tres lavadoras con sus correspondientes secadoras, ordenó los libros por tamaño y color, reubicó toda la vajilla de la cocina y limpió cada rincón del minúsculo apartamento en el que vivía. A las cuatro horas, determinó que no había una sola tarea del hogar más que pudiera abordar aquella tarde, y no por agotamiento, sino porque su apartamento y su contenido no daban para más. Al sentarse en el sofá, acompañada por tan solo un té rooibos de canela, miró la carta. Sabía que ya no había más excusas que retrasaran su lectura. El sobre marrón le daba igual aquel día, pero la carta no. Allí Martha habría plasmado palabras importantes y decidió que debía afrontar su contenido, así como las consecuencias que tendría para ella y para su vida.

Cogió la carta y la acarició. «Ay, Martha». Sentía una pena que le pesaba como nunca antes le había pesado nada a excepción de la muerte de su madre. Sabía lo que era perder a un ser querido, cercano, pero Martha se había ido dejando conversaciones abandonadas, pendientes de otro momento más oportuno, que ya nunca tendrían lugar. Y eso la mortificaba. Aquel pensamiento le daba plena libertad para llorar. Las lágrimas arrasaban las mejillas con fiereza.

—Vamos a ello —se dijo a sí misma.

Despegó despacio el adhesivo que la separaba del legado. Abrió el sobre, y empezó a leer:

Querida Aileen, mi Aileen.

Un año ha pasado desde aquel día en el que la vida nos concedió conocernos. Has sido la respuesta a mis plegarias tras treinta años de dolor escondido para aparentar ante el mundo que podía seguir con mi vida como si solo hubiera perdido a mi pequeña Alice aquel día. Nadie es consciente de que la he perdido cada uno de mis días posteriores, sumando así más de once mil. Sé que me estoy muriendo porque desde hace seis meses tengo un pronóstico terminal y os lo he ocultado porque no tenía sentido apenar y arrastrar a nadie en mi inevitable despedida de mi mundo, ya vacío. He sonreído siempre para acompañar con pleitesía a todos los que habéis querido estar a mi lado. Pero, por dentro, sentía ese dolor de no saber qué le pasó a mi pequeña Alice. Es improbable ya que pueda saberlo con la certeza que habría deseado. Sin embargo, tu llegada me hizo reflexionar sobre algunas cosas que nunca me paré a pensar en aquel entonces. Tú has sido el primer atisbo de luz en mi mundo oscuro. Te dejo mi casa de Balford porque creo que eres la persona idónea para alumbrar el resto de la historia que queda pendiente. Para

mí ya es tarde, pero hay dos personas aún presentes en esta vida que se merecen esa verdad. Sé con certeza que puedes buscarla y devolvérsela, con pruebas certeras y no con las conjeturas con las que yo abandonaré pronto este mundo. Se la merecen, incluso más que yo, mi nieto, Charles, y también Clark, mi yerno, su amado marido, que tanto la quiso.

No quiero depositar en ti una losa que te pese como a mí me ha pesado ese vacío, pero sé que eres fuerte e inteligente y podrás con ello. Si mis palabras calan en ti, necesito pedirte que, por favor, intentes ser tú quien les dé esa verdad.

Puedes pensar que, quizás, mi amistad no ha sido desinteresada. Pero te puedo decir, Aileen, que gracias a ti me he sentido más viva que nunca en estos últimos treinta años. Y si el tiempo nos hubiera dejado, te habría acompañado con la misma devoción que lo hubiera hecho con mi Alice.

Te quiero con una profundidad inexplicable pero que ambas hemos sido capaces de entender desde aquel día.

Una última cosa, Aileen. Debes saber que, antes de abandonar Balford, mi yerno y yo nos encargamos de guardar todos los efectos personales de Alice y los dejamos en dos baúles en el desván. Revisé una y mil veces sus pertenencias y nada me llamó la atención, por lo que decidimos abandonarlos allí para evitar el lastre emocional que nos hubieran supuesto. Quizás tú des con algo que a nosotros se nos pudiera haber pasado.

Confío en ti, Aileen. Busca la verdad, por favor.

Tu amiga,

Martha

Aileen estaba devastada y lloraba sin consuelo. Nadie comprendería el dolor que le transmitían las palabras de aquella carta, al igual que nadie entendería cómo la muerte de Martha la afectaba hasta ese punto. «Esta carta... Qué mujer tan excepcional pierde el mundo», reflexionó sola y en silencio. Por supuesto, pensaba ir a Balford. De hecho, llevaba ya un tiempo con esa idea y Martha, de alguna forma, parecía haberlo sabido. Y ahora le pedía expresamente y con la determinación de una madre, una suegra y una abuela, que se hiciera justicia. Aileen no sabía aún cómo, pero estaba segura de que sería ella quien le entregaría a la familia Wright y al pueblo de Balford la revelación del secreto que arrastraban desde hacía treinta años. Esa verdad se la debía a la madre, al marido y al hijo de Alice Wright. Se la debía a la propia Alice Wright por la injusticia que suponía la impunidad del crimen cometido contra ella.

Con la carta aún en una mano, se restregó la otra por ambos ojos. Quería deshacerse de las lágrimas que le resbalaban por el rostro, compungido por la rabia y la tristeza. Se las limpió varias veces, implorando control a su cuerpo para poder pensar con claridad. Le costó aún unos minutos, pero cuando se hubo serenado, guardó la carta en el sobre y la llevó al dormitorio. La

dejó sobre la cama mientras bajaba un par de maletas grandes que guardaba en el altillo del armario. Comenzó a meter toda su ropa dentro, que, con el frenesí que había experimentado al llegar a casa, tenía limpia y seca. Dejó lo justo para pasar un par de semanas más allí, pero quería estar lista para cuando llegara el momento de dar carpetazo a su vida actual y abandonar Edimburgo. Aquel piso era de alquiler y estaba amueblado, así que, salvo su ropa, algunos libros y poco más, nada de lo que había allí le pertenecía. Tras darle algunas vueltas, concluyó que no debía contarle a nadie el contenido de aquella carta, así como que se mudaría a Balford para encontrar al asesino de Alice. Debía ocultarlo tanto por ella, porque sabía que habría quien trataría de impedirsele, como por la seguridad de los demás, ya que en Balford un asesino continuaba libre.

CAPÍTULO 3

Con un buen vino español, Aileen se sentó aquel jueves en el salón nada más llegar del trabajo. Aunque no le provocaba excesiva pasión, debía reconocer que tampoco sentía vacío. Su gran poder de automotivación era el motor que la movía. Eso hacía que un trabajo en el que cualquiera podría sentirse apático la llenase de una forma u otra. Pero sus fuerzas se habían escaqueado y no había encontrado nada a lo que aferrarse. Y es que el vacío, pensaba, lo llenaba ahora todo. Miró hacia la entrada y lo vio ahí. Si bien había abierto la carta de Martha el día anterior, el sobre marrón con las llaves y el contacto de la persona a la que debía abordar se mantenía intacto. Seguía tratando de digerir la desaparición de su fugaz pero gran amiga. Sí, tenía ochenta y cuatro años, por lo que debería haber asumido que eso acabaría haciendo mella en su amistad. Era duro pensarlo, pero a esa edad tienes un pie aquí y otro allá. Sin embargo, jamás se lo había planteado así. Desbordaba vida a pesar de la pesada carga del pasado y ahora se había ido para siempre.

Por suerte, su mejor amiga, Eirica, tocó el timbre. Inspiró con fuerza y un «Allá vamos con la farsa» le cruzó la cabeza. Se convenció de que mentirle era fundamental para la seguridad de ambas, pero no por eso le dolía menos.

—Te abro —le dijo, presionando el botón que abría el portal.

Le dejó también la puerta del piso mientras iba a la cocina.

Eirica era indescriptible en el mejor sentido de la palabra. Si dijera que era buena, amable o generosa, se quedaría corta. Siempre le había parecido una persona de contrastes: alegre y dicharachera con su círculo de confianza pero tímida fuera de él. Alta, atlética y enérgica, con el cabello por encima del hombro, liso y castaño, de idéntico color al de sus ojos.

—¿Aileen? —la llamó Eirica al entrar.

—¡En la cocina!

Se quitó los tacones después de todo el día con ellos y se fue con su amiga, que le estaba poniendo una copa de verdejo.

—¿Cómo estás hoy, Aileen?

—Bien —respondió mirando a la botella, pero sin reparar en lo que hacía—. Todavía no me lo creo, pero cada vez soy más consciente de que tenía ochenta y cuatro años. No sé cómo no me paré a pensarlo nunca.

—Como me sigas llenando la copa, no sé si seré de mucha ayuda como paño de lágrimas.

Aileen advirtió que se había excedido, y sonrió.

—Perdona, llevo un día que no sé ni lo que hago —alegó en su defensa.

—Era mayor y por lo menos no murió sola. Claire estuvo con ella, ¿no?

—Sí. He hablado hoy con ella. Parece ser que salió al pasillo y, como vivían puerta con puerta, la oyó pedir auxilio. Por desgracia, no sirvió de mucho. Claire me ha contado que, mientras esperaban la ambulancia que otro vecino había pedido, la acompañó al sofá y unos minutos después falleció. Cuando la ambulancia llegó, intentaron reanimarla, pero no pudieron hacer nada por ella.

Eirica la abrazó y cuando se hubo recompuesto por decimocuarta vez en menos de veinticuatro horas, cogieron sus copas de vino y se dirigieron al pequeño salón. Estaba decorado de forma acogedora y muy económica gracias a la invasión de los muebles de estilo escandinavo durante los últimos años.

—¿Dónde está el sobre? —preguntó Eirica.

—Ahí —dijo señalando al mueble de la entrada—, junto a las llaves.

Lo cogió y regresó al salón. A Aileen no le sorprendió que *solo* preguntara por *ese* sobre. Se mantenía decidida a no decirle nada de la existencia del otro con la carta de Martha.

—¿Está todavía cerrado?

—Ayer no tenía muchas ganas de abrirlo.

—Ni ayer ni muy posiblemente el próximo mes. ¿Estoy en lo cierto? —respondió ella con más sarcasmo del que pretendía imprimir a sus palabras.

—Eirica, no me merezco nada de lo que me ha dejado. No soy parte de su familia y la conocí hace muy poco tiempo. Creo que hay personas que se merecían mucho más que yo esa casa y ese dinero.

—Martha te apreciaba muchísimo. El tiempo que ha durado vuestra amistad no importa porque no es una unidad de medida válida para cuantificar el amor o el afecto. Hay parejas que se casan al poco tiempo de conocerse porque presienten que vivirán una eternidad sin separarse un solo instante por lo muchísimo que se aman. Y, sin embargo, hay personas que llevan décadas casados y no se soportan desde el primer día. Lo mismo pasa con la amistad. Creo que a Martha le reconfortó mucho conocerte y te ha querido regalar algo que era especial para ella.

—Era la casa donde nació y creció su hija, Alice.

—¿Lo ves? ¿Cómo crees que se sentiría ella si supiera que cuestionas su decisión de dejarte algo que fue tan importante para ella? Te lo ha dejado en usufructo. Es así, ¿no?

Asintió.

—Pues disfrútalo. Y abre el maldito sobre —gruñó, esta vez con afecto.

Aileen lo cogió. Lo miró durante un instante antes de rasgarlo y dejar que su contenido cayera sobre la mesa del salón: una tarjeta de visita, un papel con pauta doblado en dos y un juego de llaves, huecas, de las que tenían las casas antiguas con cerraduras de hierro. Tenía una pequeña nota cogida con una goma, que leyó en voz alta:

—«Aileen, dale una nueva vida, libre de dolor y penuria, a mi antiguo hogar. Estoy segura de que lo harás y de la mejor forma: con la dulzura y la bondad que te caracterizan. Respecto a mis cenizas, mi yerno y mi nieto estoy segura de que habrían querido hacerse cargo de ellas, pero yo quiero descansar en Balford, junto a mi Alice. Y por ese motivo no quiero pedírselo a ellos. Los obligaría a volver y las viejas heridas se abrirían de nuevo. No se lo merecen. Por último, me despido de ti con un amable consejo: Aileen, no te cases nunca».

La boca se le tensó. Hizo un breve amago de sonrisa, pero las lágrimas paralizaron cualquier gesto amable que pudiera evocarle aquellas palabras. Eirica rebuscó en su bolso y le extendió un pañuelo. Aileen no pudo evitar acordarse del día que conoció a Martha en el banco de los jardines de Princess Street.

—¿Qué son las demás cosas? —Eirica trató de desviar su atención de la nota.

Aileen abrió el papel cuyas líneas recordaban a los cuadernos escolares y reconoció la letra de Martha. Era la dirección de la casa de Balford. Le extendió la nota a Eirica junto con la tarjeta.

—«Calle Northern Highs, número diez, Balford» —leyó.

—Y la tarjeta es de Mark Allen, el hijo de James Allen, a quien se supone que debería encargarle la reforma.

—¿Por qué no vamos?

—¿Ahora?

—No hombre, no —dijo riéndose—. Este sábado, mañana. Vayamos a verla. Podrías llamar a ese tal Mark Allen. Que nos espere allí.

—¿Para qué? No quiero tomar una decisión todavía —mintió.

La decisión de mudarse estaba tomada y su traslado a Balford era inminente. Sin embargo, debía aparentar todo lo contrario para que su amiga no sospechase nada de su plan.

—¿Qué decisión tienes qué tomar?

—Eirica, ya te lo dije. La casa será mía hasta que decida casarme, y aunque no es algo que tenga planeado a corto plazo, tarde o temprano sí que me gustaría compartir mi vida con alguien. Aunque me lleve mi tiempo, pretendo casarme.

—Bueno, ya te dijo el abogado que no te buscaría.

—No. Si decido quedarme con la casa, lo haría por Martha, y cumpliría exactamente con lo que me pide. No habría amor.

—Bueno. iremos a verla, nada más, y tú te lo vas pensando. No te agobies con eso ¿vale?

Eirica adoraba a Aileen. No había en el mundo una persona más importante para ella que su amiga y quería verla feliz. «Como es ella siempre», pensó. Se habían conocido en la universidad de Bournemouth y desde entonces eran inseparables. Tanto que cuando Aileen le dijo que se iba a vivir a Edimburgo un año después de la muerte de su madre, no lo dudó un instante y le dijo que se irían juntas. Ella era de Inverness y había decidido irse a estudiar al otro extremo del país

buscando un clima algo más benévolo que el de su Escocia natal. El regreso a Edimburgo representaba una oportunidad, además, de acercarse a su familia y a su hogar.

Aquella noche acabaron la botella de vino blanco disfrutando de otros temas de conversación, sin pensar en la muy posible resaca que las sacudiría al despertarse a la mañana siguiente.

Y así fue. El viernes Aileen salió del apartamento bajo los efectos de un ibuprofeno ingerido nada más terminar el desayuno. Pero, incluso así, apenas pudo trabajar. Sentada delante del ordenador, pensaba en la carta, en la nota, en la casa de Balford y en el matrimonio que ya no podría tener. Y volvía a empezar. Cambiaba el orden de los elementos, pero se encontraba atrapada en un bucle. Su madre la mataría si supiera lo que pasaba por su mente, pero había fallecido dos años atrás. El alzhéimer prematuro seguido de un cáncer fulminante la habían reducido a lo que era hoy: cenizas esparcidas una madrugada en su lugar predilecto de Bournemouth, de acuerdo con su voluntad. Solo el viento de aquella fría mañana dos años atrás sabría dónde estarían las micropartículas de su madre. No obstante, y aunque nunca nadie podría reemplazar el honorífico lugar que ocupaba en su recuerdo, siempre se había sentido afortunada de poder contar con una segunda figura materna: Marisa Morrison. La madre de Eirica suplió en funciones a la suya. Desde que Aileen perdiera a la suya, Marisa determinó que su propósito vital debía ser cuidar de una más en la familia. Mucho más, incluso, de lo que ya lo había hecho con anterioridad. Y desde que Martha falleciera, se había implicado todavía más en levantarle el ánimo. Ella también la mataría si supiera que pretendía aceptar el usufructo de la casa de Balford. Su móvil sonó con el tono que le tenía asignado. «¿Me habrá leído el pensamiento desde tan lejos?», pensó, divertida.

—¿Marisa? —preguntó con sorpresa. No solía llamarla en horas de trabajo.

—¿Acaso te sorprende?

—No, es solo que... Estaba precisamente pensando en ti y en mamá. Nada más. Olvídalo.

—Pues yo estaba pensando también en ti, cariño. ¿Qué tal estás? ¿Cómo lo llevas?

—A ratos. Cuando me acuerdo de ella y pienso en que ya no está... se me queda mal cuerpo y me da el bajón. Además, no puedo evitar recordar cómo me sentí cuando murió mi madre. Esa sensación de normalidad, como si nada hubiera pasado, mientras la realidad te sacude cada dos por tres al acordarte de que se ha ido. Después de lo de mi madre, sé que se aprende a vivir con ello y sé también que se me irá pasando. Pero no puedo evitarlo, tengo la cabeza que me explota.

—Claro que sí, hija mía. Es normal sentirte así. Es increíble la intensidad con la que ambas habéis sentido esta amistad para el poco tiempo que hacía que os conocíais. Ella también te quería mucho, Aileen. Se notaba en cada foto que me enviaba Eirica. Y sí, se te irá pasando, como tú dices, pero siempre te acordarás de ella. Ahora, lo que tienes que hacer es tratar de recuperar la vuelta a la normalidad, poco a poco, y no dejarte hundir en el vacío de su ausencia. Seguro que a Martha no le gustaría saber que estás tan triste.

La dulzura de Marisa era una de sus muchas virtudes y Aileen apreciaba el ánimo que trataba de infundirle con cada una de sus llamadas. En muchos aspectos, era idéntica a su madre. La consideraba una de esas personas cuyo único propósito era mejorar la vida de los demás. Ambas resultaban perfectas a sus ojos y siempre tenían las palabras adecuadas para cada situación.

—No quiero molestarte, estás en el trabajo, ¿no? —dijo Marisa, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, aunque la verdad es que no muy concentrada. Estoy algo nerviosa. Eirica me ha convencido para ir a la casa de Balford. Pero solo a verla, nada más —añadió adrede, a sabiendas de que reprobaría su decisión.

Y no se equivocó.

—¿Para qué vas a ir allí? No estarás planteándote aceptar, ¿no?

—No lo sé. Es solo que... tenemos curiosidad por conocer la casa de Martha, y hemos decidido ir a verla.

—Aileen, lo que te pidió Martha... ¿Tú sabes que la adoraba sin ni tan siquiera conocerla?

Sí, lo sabía. Sabía que se sentía reconfortada por tener a una persona mayor a su alrededor, cuidándola como su madre o ella.

—¿Me estás escuchando, Aileen?

—Perdona, leía un *e-mail* —mintió—. ¿Qué me decías?

—Te decía que, aunque tenía mucha estima a Martha, quedarte esa casa supone mucho sacrificio y riesgo. Si aceptas, aunque la reformes con el dinero que te ha dejado, en el momento en que te cases la perderías. Y me da igual lo que te dijera ese abogado. Es el albacea y, si por un casual se entera de que has incumplido ese punto, te quedarías sin ella. Además, es una locura. ¿Para qué quieres una casa en Balford? Cuando se haya acabado el dinero, ¿cómo la mantendrás? Todo serán gastos y, aunque tienes un buen puesto de trabajo, lo que necesitas —Aileen sabía lo que venía a continuación— es un novio.

Acertó.

—Marisa, yo...

—¿Hace cuánto que no sales con nadie? —la interrumpió.

—Marisa, de verdad que estoy bien. Y sí, quiero lo que tú y el señor Morrison tenéis. Quiero enamorarme y compartir mi vida con alguien, pero no con cualquiera.

—¿Y quién te dice que sea con cualquiera? Sabes perfectamente lo que te estoy diciendo.

—Sí, pero lo que Eirica y yo tratamos de explicarte siempre que nos sacas este tema es que no todo el mundo tiene lo vuestro. Es más, conozco a muy pocas parejas que lo tengan. No pienso estar con alguien por el mero hecho de estar acompañada. No va conmigo. De verdad, para las personas que he conocido, estoy mucho mejor sola.

—No pones nada de tu parte. Y no pienses que puedes cambiar de tema. ¿Hace cuánto que no sales con nadie? —insistió.

—Algo más de un año —contestó a regañadientes—. Desde que abandoné Bournemouth.

—Sí, lo sé. Pero te lo quería oír a ti. Más de un año sin salir con nadie.

—Sin conocer a nadie que merezca la pena —puntualizó.

—Eres joven cariño, y muy guapa. Sal, diviértete y enróllate con alguien.

Aileen se atragantó con el café.

—Se dice así, ¿no? —se preocupó Marisa por si había metido la pata con esa expresión, que no había usado nunca.

—Prefiero no responder. Y creo que, llegadas a este punto de la conversación, debería seguir trabajando.

—Aileen, escucha a tu segunda madre.

Ella apreció el afecto en su voz y, aunque no pudiera verla, sonrió al responderle:

—Siempre lo hago.

—Sí, pero luego eliges siempre ir por otro camino.

—Exactamente. Te quiero, Marisa, lo sabes, ¿no? —añadió con dulzura para dejar claro que la llamada concluiría ahí.

Aileen odiaba la presión emocional a la que se veía sometida a menudo cuando se trataba de su vida sentimental. Antaño, incluso, no era ejercida solo por una, sino por sus dos madres. Y cuando ambas se juntaban...

—Un beso, cariño—dijo con resignación Marisa.

—Otro para ti.

Cuando Marisa se ponía en plan «hablo como una quinceañera» era el momento de acabar con la conversación. Aunque casi siempre tenía razón, no se la podía dar en este punto. Sí, hacía ya más de un año que no estaba con nadie. Las amigas que había dejado atrás en Bournemouth alucinaban cuando hablaban por teléfono porque el calendario avanzaba un mes más y seguía en sequía. Pero la realidad era que no la llenaba nadie. Cuando salía en Edimburgo, se limitaba a beberse unas pintas con Eirica, sus compañeros de trabajo o el círculo del gimnasio. Y el caso es que ligar, ligaba, pero nadie la convencía lo suficiente como para avanzar a una primera cita. La noche se cerraba siempre, sin excepción, yéndose a casa sola. Y, la verdad, no era por falta de pretendientes. Cuidaba su aspecto para mantenerse en forma y se arreglaba lo suficiente para verse atractiva, pero no la atraía nadie y no sentía que tuviera que forzar las cosas. Llegado el momento, si tenía que llegar, estaba segura de que sería algo natural y fluido.

Con este último pensamiento, decidió que ya era tarde y tenía que terminar con la estrategia que tenía que desarrollar si quería presentarla el lunes. Además, estaba reventada a causa del verdejo y necesitaba irse pronto a casa. Al día siguiente le esperaba Balford. Aunque disponía de información privilegiada y sabía que su vida estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados, desconocía que necesitaría mucha fuerza para afrontar lo que el destino le tenía preparado.

CAPÍTULO 4

El sábado por la mañana, Eirica salió temprano de su casa para dirigirse a la de Aileen y poner rumbo a Balford, tal como habían acordado. Les esperaba un día que ambas sabían que resultaría intenso. Eirica la conocía desde hacía muchos años y no había una sola persona en el mundo en la que confiara más que en ella. Era poco soñadora. A pesar de ello, sabía a ciencia cierta que ansiaba amar a alguien y ser correspondida. «Como tus padres», le decía siempre. La madre de Aileen había enviudado cuando ella aún era pequeña y, por lo que esta les había contado, su padre no tuvo nunca un carácter afable. En cambio, durante los veranos de su etapa universitaria, sabía que su amiga había podido disfrutar del verdadero amor. No uno vivido en sus propias carnes, sino otro ajeno pero admirable: el de sus padres. A ambas les parecía envidiable el amor que se profesaban después de tantos años. «La complicidad, la humildad y la sinceridad en una pareja son las claves para una relación sana y duradera», les había dicho en una ocasión Marisa. Por eso, Eirica creía que para Aileen era impensable aceptar el usufructo de una casa condicionado a la renuncia del amor. Sin embargo, también era consciente de que prefería estar sola toda la vida a malgastar un solo día con alguien a quien no amaba. Por eso la había animado a visitar Balford. Su amiga se encontraba ante una puerta que presentía que debía abrir, explorando aquello que fuera lo que hallase tras ella. Sin duda, tenía la convicción de que, como poco, le brindaba el acceso a una vida nueva.

Eirica tocó el timbre. Apenas tuvo que esperar unos segundos.

—Bajo ya —escuchó que le decía la voz de Aileen a través del telefonillo. Captó cierto nerviosismo en aquellas dos breves palabras.

—Te espero en el coche.

—Ayer por la noche hablé también con Claire y quedé en recogerla en su casa. ¿Te importa? —le comentó Aileen tras sentarse en el asiento del copiloto mientras se recogía el pelo en una cómoda trenza.

—Por supuesto que no. ¿Sabes dónde vive?

—Sí, sube por Leith Walk y desde ahí te voy indicando.

Tras recogerla, se dirigieron a Balford, donde habían acordado encontrarse con Mark Allen a las diez de mañana en la puerta del *pub*, el lugar más sencillo de localizar, puesto que estaba en la calle principal. Él sería quien las guiara hasta la casa. La conversación en el coche entre las tres fue fluida. Además de hablar del atípico buen tiempo de aquella semana, Claire les hizo partícipe de la ilusión que le había hecho que se acordaran de ella y la invitaran a acompañarlas.

De hecho, después de visitar la casa, habían decidido que podrían ver también la futura vivienda de Claire. Esta la había aceptado sin lugar a duda, incluso sin verla. Su edificio actual carecía de ascensor y le resultaba penoso subir y bajar tantas escaleras. Condicionaba su vida porque apenas podía salir del piso.

Dado lo corto que era el trayecto entre Edimburgo y Balford, en media hora aparcaron a la puerta del *pub*. Un hombre de unos cuarenta años las esperaba recostado sobre el coche, echando un vistazo a su móvil. Su pelo, rubio claro y corto, brillaba a causa del intenso sol de aquel sábado. Mediría algo más de uno noventa, lo que era mucho para un escocés, y su vestimenta informal con vaqueros y camiseta dejaba entrever a un hombre de complexión fuerte. Eirica no pudo evitar fijarse en determinados aspectos de su físico que, sin embargo, pasaron desapercibidos tanto para Claire como para Aileen. Esta se limitó a bajar del coche para dirigirse hacia él.

—¿Eres Mark Allen? —le preguntó.

—Mark, por favor. Tú debes de ser Aileen —la tuteó.

—Encantada —dijo ella, estrechándole la mano—. Ellas son mis amigas, Eirica y Claire.

—¡Claire! —exclamó él, aproximándose a ella para estrecharle la mano con entusiasmo.

La anciana, de ochenta y dos años y cuyo aspecto senil contrastaba con el de Martha, se sorprendió por la reacción de aquel completo desconocido. Sus ojitos azules escanearon al joven para, finalmente, limitarse a dar una muestra de cortesía con una mueca que pretendía ser una sonrisa. Ante el torpe amago de Claire para responder a su efusividad, Mark se explicó.

—Martha se pasó años hablándome maravillas de ti. Y durante el último año no ha dejado de hablar de vosotras dos tampoco —añadió, fijando su mirada en las dos jóvenes—. ¿Al final te has decidido a venir? —le preguntó a Aileen.

—No hemos hablado antes, ¿verdad? —le dijo, confusa.

Él soltó una carcajada.

—No. Lo que pasa es que, cuando Martha me comentó sus intenciones hace unos meses, me dijo que no tenía claro si aceptarías el usufructo. Creía que sí, pero no estaba convencida del todo de que fuera así.

—Bueno, en realidad, esto no significa que haya aceptado nada —aclaró—. Solo hemos venido a ver la casa.

—¿La casa? —preguntó él, con extrañeza.

—La... casa —titubeó Aileen, mientras Claire y Eirica se miraban sin entender.

Él pareció comprender algo y sonrió, complacido ante su hallazgo.

—Bueno, vayamos a ver «la casa», como vosotras la llamáis —dijo mientras sacaba unas llaves de su bolsillo—. ¿Queréis venir en mi coche o me seguís con el vuestro?

—Vayamos en nuestro coche, ¿no? —le dijo Aileen a Eirica, que era quien conducía.

—Yo creo que podemos ir con Mark —respondió su amiga—. Para evitar perdernos a la vuelta —añadió con celeridad ante la mirada atónita de Aileen.

Por el camino, fueron en silencio, admirando el paisaje. Eran menos de dos millas, por lo que no tuvieron excesivo tiempo para deleitarse. De lo que alcanzaban a ver sus ojos, no sabían qué las impresionaba más: si el encantador y diminuto pueblo, construido en piedra, lo que le confería un encanto único, o las playas salvajes que aparecieron nada más salir de él. Habían recorrido poco más de una milla cuando el terreno comenzó a escarparse. Abandonaban la planicie de la carretera principal para iniciar el ascenso hacia el acantilado por un tosco camino de tierra. Parecía no tener más final que el azul del cielo, pero pronto divisaron una mansión que, según avanzaban, iba engrandeciéndose más aún.

—Pues ya estamos —dijo Mark aparcando junto a la puerta de una verja alta y desvencijada y recreándose en la cara de estupefacción del trío—. Esta es la que vosotras denomináis «la casa», pero por aquí la conocemos como la mansión de los Wright.

Las tres se bajaron del coche. Aileen abrió la boca a causa de la sorpresa; Eirica replicó la reacción de su amiga. Claire, que debió de temer por su vieja dentadura, prefirió limitarse a abrir los ojos como platos.

—¿Esta es la casa de Balford?

—La mansión de los Wright —dijo Mark por segunda vez.

—No, me refiero a la que el señor Craig, el abogado de Martha, denominó así: la casa de Balford —dijo Aileen, impactada por lo que se acababa de encontrar.

La verja estaba oxidada y muy dañada y daba paso a un camino de tierra lleno de yerbajos. Conducía, durante unos cien metros, a una enorme mansión construida íntegramente con piedra. La hiedra seca colgaba por todas partes y se entrelazaba con la que se mantenía verde, provocando que las ventanas quedaran disimuladas entre la maleza. En los tejados se contaban unas diez torres y varias chimeneas que debían de haber proporcionado antaño el calor al interior de la mansión. Todo era piedra y cristal, cubierto de lo que en su día sería un cuidado y aromático verdor, pero que ya no era más que un espeso herbaje.

—¿Tienes las llaves? —preguntó Mark, sacando a Aileen de sus pensamientos.

Ella, sin articular palabra ni retirar por un instante los ojos de la mansión, buscó a tientas en su bolso el sobre marrón y se lo entregó. Sintió el tintineo de las llaves al caer sobre las manos de Mark, lo que la sacó de la estupefacción en la que había caído.

—Creo que no hace falta ni que entremos —anunció por fin.

Debía disimular si quería salvaguardar su plan y que nadie sospechara de su llegada a Balford, y eso incluía actuar también frente a Mark. De esa forma, aparentaría que renegaba de la casa y su usufructo.

—¿Por qué? —preguntó Eirica.

La actitud de su amiga adelantaba su pleno desacuerdo.

—Hemos venido a verla, y ya lo hemos hecho. Esta casa enorme... ¿Para qué quiero yo esta casa? ¿Cómo se supone que voy a mantenerla?

—Martha te dejó una cantidad de dinero importante —objetó Eirica.

—Para reformarla. Pero ¿y una vez que haya terminado de arreglarla? Con mi sueldo me podría plantear mantener una casita de fin de semana, que es lo que esperaba encontrarme. Pero yo no puedo permitirme una mansión de estas características, Eirica. Es imposible.

Claire, que se había mantenido al margen, intervino.

—Pues haz de ella tu trabajo.

Los tres se giraron hacia la anciana sin comprender a qué se refería.

—Es una casa excepcional. Tiene una situación única, es un edificio histórico espectacular y es inmensa. Podrías alojar a mucha gente aquí. ¿Por qué no la conviertes en un hotel?

A Aileen los ojos se le salían de las órbitas.

—Voy de mal en peor —se mofó. Pero la idea resonó en su cabeza. Creyó que le facilitaba un aterrizaje discreto en Balford con un falso *leitmotiv* que encubriría sus verdaderas intenciones. Sin embargo, necesitaba reforzar la idea de que aquello era un plan disparatado y que no terminaba de verlo plausible.

—¿Dejar mi trabajo para hacerme empresaria de un sector del que no tengo la menor ni idea?

—Bueno, eres experta en internet y te dedicas a las redes sociales, lo que significa que conoces las claves para atraer a la gente. Creo que Claire tiene razón —confesó Eirica.

—Y suponiendo que me pareciera una buena idea, ¿qué pasaría con el otro inconveniente? La condición del usufructo es muy clara.

—Lo primero es que el abogado ya te dijo que le daba igual lo que hicieras. Y lo segundo es que tienes una oportunidad de oro para trabajar para ti misma, en un proyecto personal y profesional, único. Sin embargo, no tienes ni idea de si hay algún caballero andante pululando por el mundo que se ajuste a lo que quieres. Acepta este reto y, en caso de que aparezca el donjuán, ya buscaremos la solución.

Aileen miraba la enorme mansión y no podía dejar de pensar en lo impresionada que estaba. Sin duda, era un edificio fastuoso. Y cada minuto que pasaba, como debía justificar quedarse allí para arrojar luz sobre el crimen de Alice Wright, le atraía más la idea del proyecto que Claire le había propuesto.

—Necesita una reforma muy grande —le dijo a Mark.

—Para eso estoy yo. Además, creo que hasta ahora solo hemos visto el exterior, que es más un tema de paisajismo. No sabremos la reforma que necesitará hasta que entremos —añadió, sacudiendo en alto las llaves para incitarla a entrar.

Ella observaba encandilada la casa, sin rastro del escepticismo inicial.

—Sabes que tu madre me va a matar cuando se entere, ¿no? —le dijo a Eirica.

El corazón se le aceleró porque, por fin, aquel puzle comenzaba a tener unas cuantas piezas colocadas en el lugar correcto.

—Me matará a mí por no haberte detenido —temió su amiga, divertida.

En cuestión de segundos, la mirada de Aileen fue de la casa a las llaves y de las llaves a la casa hasta que sentenció:

—Hagámoslo. Creemos el hotel Alice Wright.

CAPÍTULO 5

Les costó horrores abrir la herrumbrosa verja y, cuando por fin lo consiguieron, observaron que, efectivamente, el jardín necesitaba la visita urgente de unos cuantos jardineros. Tendrían que empezar por arrancar los hierbajos que lo habían conquistado y retirar los árboles que se habían secado para plantar unos nuevos y devolverle la vida a aquel lugar.

—Mark —le llamó Aileen—, ¿cuentas con jardineros en tu equipo?

—No, pero puedo preguntar por Balford o en los pueblos más cercanos.

—¿Y paisajista o algo similar?

—Lo mismo, pregunto por los alrededores —añadió—. Lo mío son las obras en el interior de las casas. No toco jardinería.

—Busca dos jardineros para que empiecen a venir en diez días. Eirica será nuestra paisajista.

Eirica se atragantó, no supo ni cómo, a causa de la sorpresa.

—¡¿Qué?! Yo no tengo ni la más remota idea de jardines. Por si lo has olvidado, soy decoradora de interiores.

—Y ahora serás también una fantástica paisajista. Una que, por cierto, trabajará para Mark. —No se le había escapado cómo su amiga lo miraba desde el instante en que sus pies tocaron el pedregoso suelo de la calle principal y sus ojos se percataron de su presencia.

Aileen deseaba su pequeña e inocente venganza por estar empujándola a aquella odisea, aunque ella ya tenía la idea de hacerlo. Consideraba, desde la más afectuosa de las amistades, que Eirica debería ser su freno de mano y no la gasolina que le permitía rodar más rápido en aquella locura.

Eirica, por su parte, notó cómo el rostro se le encendía a causa de la vergüenza. Aileen no pudo evitar sentir, unos pocos segundos después, una pizquita de culpabilidad.

—Si quieres ayudarme, claro —añadió tratando de remediar la situación y vencer aquel silencio sepulcral.

—Podrás ser totalmente autónoma —dijo Mark con claros indicios de satisfacción—. Y me vendría muy bien alguien que se hiciera cargo de esta parte porque no cuento con paisajistas en mi equipo. A lo sumo, como le decía a Aileen, puedo preguntar por ahí y seguro que damos con un par de jardineros, pero no estarían especializados en lo más necesario, que es darle sentido estético.

—Yo tampoco lo estoy —respondió Eirica, interviniendo para ver si conseguía hacerse oír.

—Pero tienes conocimientos que casi seguro puedes reorientar a la jardinería y me vendría de perlas. Además, tu gusto es impecable —añadió Aileen—. Sería una buena razón para dejar el trabajo que tanto te horroriza con esa dictadora que tienes por jefa y venirte a vivir conmigo aquí. Mientras te encargas del jardín, nosotros trabajaremos en la reforma del resto. Y seguro que también me puedes ayudar con el mobiliario y la decoración. Habrá mucho que restaurar y cosas nuevas que comprar. Y, como argumento final, siempre hemos estado juntas y no me vas a dejar sola en esto, ¿no? —suplicó.

Eirica sonrió al escuchar a su amiga soltando aquellas alegaciones. Estaba complacida por poner punto final a su trabajo para una persona que se aprovechaba de su talento y nunca valoraba ni su esfuerzo ni sus aportaciones. Y era verdad: sabía que, aunque Edimburgo estuviera muy cerca, Aileen iba a necesitarla a su lado de forma literal.

—Sois buenos—dijo Eirica—. De argumentos facilones y poco o nada lacrimógenos, pero... ¡Me habéis convencido! ¡Me apunto!

Aileen, complacida y feliz de que su amiga la acompañara en aquel desconocido viaje de emprendimiento, se abalanzó sobre ella y la abrazó, sintiendo un poco de culpabilidad por ocultarle el verdadero trasfondo de la historia. Se convenció, una vez más, de que era por la seguridad de todos ellos. Seguía creyendo que era imprescindible para que su plan siguiera oculto.

—Gracias, Eirica. Nunca me has fallado.

Eirica aprovechó aquel abrazo y estrujó bien a su amiga. Haría cualquier cosa por ella.

Pasados unos segundos, Aileen se separó de ella y posó la mirada en la casa. Su casa. Y no pudo evitar analizar a toda prisa los puntos más críticos de aquella incipiente locura. Comenzó a preocuparse por uno de los más obvios.

—¿Nos dará el dinero para tanto? —le preguntó a Mark sin desviar la vista.

—Martha habló conmigo hace un tiempo y créeme, cuentas con mucho dinero —la tranquilizó—. Dará de sobra para que viváis en el pueblo, reformemos la mansión de los Wright y comiences el negocio.

El grupo observaba la majestuosidad de la vivienda, pero fue Mark el primero en impacientarse y preguntar:

—Ahora, a lo importante. ¿Entramos?

Estaba deseoso de ver el interior porque, ya que desde que era niño, había sentido una gran curiosidad. Los Wright eran una familia adinerada gracias al negocio que Charles Alexander Wright, el suegro de Martha, levantó al inicio del siglo XX. Él fue quien adquirió la mansión que se erigía allí desde al menos uno o dos siglos antes, que él supiera. La observó unos instantes más, disfrutando de que la vieja amiga de su padre lo hubiera elegido para aquel proyecto que tanto lo ilusionaba. Decidió ponerse en marcha, y con paso rápido, el resto lo siguió.

El interior parecía haber sido abandonado con celeridad. La realidad es que había sido así. El escaso mobiliario del *hall* continuaba allí, cubierto por una espesa capa blanquecina de polvo. Ni tan siquiera alguien se había tomado la molestia de cubrir y proteger la belleza de aquellos muebles.

El vestíbulo estaba presidido por una majestuosa escalera central, en la que destacaban las hermosas hojas talladas a mano sobre la madera del pasamanos. Frente a la puerta había ocho o diez escalones que después se dividían, creciendo hacia ambos lados para dar paso a la primera planta. Avanzaron hacia el centro y pudieron ver, al mirar hacia arriba, decenas de balaustres dispuestos uniformemente hasta el cuarto piso. Este detalle sorprendió a Aileen, pues desde fuera parecía que hubiera solo tres plantas.

Sentían que la gravedad los obligaba a mantenerse anclados al suelo, en completo silencio, mientras lo escudriñaban todo. Ninguno quería perder detalle de lo que sus ojos alcanzaban a ver en la penumbra causada por las tupidas cortinas que tapaban los grandes ventanales. Mark alcanzó una vara que encontró encima de uno de los muebles y comenzó a descorrer las altísimas cortinas y a sujetarlas con sus alzapaños. Era sorprendente que hubieran sobrevivido todos aquellos años.

La luz colapsó sus retinas al inundar la estancia. Con el sol atravesando los sucios cristales y, a pesar de los visillos oscurecidos por la mugre acumulada, un atisbo del esplendor de la época los envolvió.

—Esto es espectacular —afirmó Claire—. Tal y como Martha me lo describió unas cuantas de veces. —Miró a Aileen—. Lo que estás haciendo —tragó saliva, intentando deshacerse del nudo de la garganta— es lo que ella habría querido para esta casa, su hogar. El hogar de su Alice.

A Aileen, esas palabras le recordaron la carta de Martha. Era el resultado de la perenne compañía que se habían brindado ambas ancianas durante las últimas tres décadas. Emocionada, la atrajo con el brazo, con cuidado, para abrazarla. Apenas podía hablar. Sentía miedo porque afrontaba una vida nueva y, si bien tenía alguna idea de por dónde empezar con su propósito secreto, quería ser extremadamente cauta aquellas primeras semanas, de forma que pudiera abordar la misión sin que nadie sospechara. Decidió que lo mejor era postergarla un tiempo y arrancar centrándose en la reforma de la mansión de los Wright. Sin saber bien por qué, o quizás sí que lo sabía pero prefería no pensar en ello, no pudo evitar acordarse de su madre. Si supiera lo que estaba haciendo... Sabía que se enfadaría. Muchísimo. Pero había llegado hasta allí y tenía que seguir, aunque solo fuera por los Wright. Era una promesa velada, silente. Ya no había vuelta atrás.

—Gracias, Claire. Significa mucho para mí que me lo digas —añadió separándose de ella y dedicándole una sentida sonrisa.

Sin decir nada más, se fueron desperdigando por el interior de la mansión. Mark llevaba una libreta y apuntaba todo aquello que gritaba reforma, mientras la mirada de Eirica se desviaba

furtivamente buscándolo a cada instante. No sabía por qué, no podía apartar la vista de él. Aileen no se percató de aquello. Caminaba despacio, sin perder detalle de cada rincón.

Comenzó a subir la escalera, acariciando el polvoriento pasamanos. La suciedad le daba igual y, ajena a ella, se detuvo en mitad de la colosal escalera a contemplar la mansión de los Wright. Era un sueño hecho realidad. Y sí, sacrificaba un sueño por otro, pero quizá Martha estaba en lo cierto. Alice había entregado el corazón a la persona adecuada, a la que amaba con todo su ser, y con la inmensa fortuna de haber sido correspondida. Pero quizás, si hubiera tomado otra decisión y seguido un camino diferente al del amor, seguiría con vida. Era imposible saberlo, pero tenía claro que aquel suceso había provocado que Martha sintiera que, durante sus últimos treinta años, le habían arrebatado cualquier oportunidad de ser feliz. Era la prueba de que el amor no tiene siempre como destino final la felicidad. Y allí estaba ella, en el lugar en el que un día Martha debió de ser una persona alegre, ilusionada con su pequeña Alice y que ahora estaba deslucido por su abandono tras la tragedia familiar. Sin nadie que le diera vida. Sí, allí estaba Aileen, de pie, contemplando la vacua casa, deseando devolverle el esplendor que nunca debería haber perdido y que la familia Wright merecía recuperar.

Siguió subiendo, imaginándose historias y hermosos sucesos ocurridos décadas atrás. Paseó por las alcobas, dormidas en la más absoluta quietud, aletargadas. Iba descorriendo cortinas y visillos, invitando a entrar al sol y avivando cada estancia, despertándolas tras un sueño largo y profundo. Y, así, llegó al último piso, en el que había una amplia antecámara con grandes jarrones y flores que se habían marchitado hacía una eternidad. Al lado, una puerta cerrada llamó su atención.

Caminó despacio hacia la puerta con el corazón latiéndole con fuerza. Aquello debía ser, sin duda, el desván. Allí estarían guardados los efectos personales de los que Martha le habló en la carta. Lo poco que hubieran conservado de Alice estaría allí. Aileen sabía que no era el día adecuado para ponerse a rebuscar. Tenía compañía y quería hacerlo sola para poder centrarse bien en su objetivo. Pero necesitaba ver el interior de la estancia para confirmar que así era y que sus cosas estaban allí.

Nada más entrar, forzó la vista y buscó en la penumbra la procedencia de los escasos rayos de luz. Por fin, halló una ventana y, al tirar de las cortinas, la luz la cegó por completo, impidiéndole, durante unos segundos, ver la sublimidad de aquel lugar. La estancia tendría unos cincuenta metros cuadrados y, a pesar de que era ligeramente abuhardillada, se podía estar de pie en cualquier punto. Había dos baúles en una esquina y otros muebles viejos que, en alguna ocasión, alguien había decido que la buhardilla era su mejor destino. Estaban arrumbados por todas partes, lo que le confirmó, con total certeza, que se hallaba en el viejo desván.

Le resultó curioso que el deseo de abalanzarse sobre la puerta que había al lado de la ventana que acaba de descubrir fuera incluso mayor que el de abrir los baúles que contenían los tesoros más íntimos de Alice Wright. Se dirigió hacia ella. Al abrirla, se percató de que accedía a una

amplia terraza. Alcanzó el borde y, al apoyarse en la desvencijada barandilla, la respiración se le cortó. Comprendió que las vistas que contemplaba harían enmudecer a los afortunados huéspedes que subieran hasta allí. El mar del Norte se revolvía, agitado por el viento frente al acantilado donde se hallaba la mansión, y llegaba arremolinado a la soledad de la playa más cercana para morir en la arena. Se imaginó lo hermoso que resultaría levantarse y disfrutar de aquellas vistas y una sensación de paz y sosiego se apoderó de ella. Se encontraba alejada del tráfico, de los coches, de la muchedumbre de Edimburgo y de cualquier cosa que le hubiera rondado la cabeza aquellos días. El furor del mar acaparaba cualquier esquivo pensamiento que pretendiera abordar. Aquel era el lugar perfecto para una habitación muy especial, para que todo el que pasara por aquel rincón se dejara embriagar por la misma sensación que la había envuelto y elevado. Aquella sería la *suite* de su hotel. Eso era lo que estaba pensando cuando el grupo irrumpió en la terraza.

—Guau —dijo Eirica, boquiabierta— Esto es...

—Indescriptible —añadió Mark.

—Mark, ¿crees que podríamos quitar esa ventana y la puerta y ampliar un poco el hueco? —le comentó Aileen—. Me gustaría tirar la pared de esta terraza y colocar un gran ventanal con puertas correderas para que las vistas se cuelen en la habitación y le den a la estancia el protagonismo que se merece.

—El lunes vendré con mi equipo y revisaremos todo de nuevo, pero yo creo que sí, que no es un muro de carga y es viable. No obstante, he ido apuntando todo lo que creo que es necesario reformar y tengo que decirte que no parece que haya que hacer una reforma integral. Siempre hay sorpresas, pero puedes estar tranquila, hablamos de una reforma menor.

Aileen suspiró aliviada y sonrió. Aquella noticia no solo le ahorraría un pico para arrancar el negocio con las cuentas en orden, sino que transformar la casa y su vida, aparentemente, sería rápido e indoloro. Las reformas tenían fama de ser siempre arduas.

—Me apunto también lo de este tabique —continuó Mark— para ver qué podemos hacer. Y si te parece bien, puedo darle un toque a un viejo amigo de la infancia que es restaurador. Aquí hay mucho trabajo para él y debería venir a llevarse todo lo que queráis restaurar para avanzar el trabajo.

—Me parece muy buena idea y te lo agradezco, Mark. Me gustaría poder mantener la esencia de la casa tal como está ahora y para ello es fundamental todo el mobiliario original que podamos salvar. Os dejaré las llaves para que vengáis esta semana cuanto necesitéis —respondió Aileen, aún aletargada por el sonido del mar a su espalda—. Yo aún tengo un trabajo del que despedirme y no vendré hasta el viernes. Pero mírame esto de las ventanas, ¿vale? —le insistió—. Es importante para mí.

Eirica se acercó a ella y, colgándose de su brazo, se recostó sobre su hombro.

—Conociéndote bien, seguro que tienes grandes planes para este lugar —le dijo.

Le había sorprendido la rapidez con la que había tomado la decisión, inusual en Aileen, pero entendía que había visto pasar el tren que le garantizaba el viaje de su vida.

—Los tengo, Eirica —dijo emocionada—. Quiero que sea la habitación más especial y espero que le cambie la vida a todo el que pase por aquí.

CAPÍTULO 6

Aileen estaba eufórica. Su decisión rompía con todos los esquemas contruidos a lo largo de muchos años. Venía de una familia monoparental y, aunque el amor de su madre le había bastado para una infancia y adolescencia feliz, ansiaba una vida de amor, cariño y entrega al lado de una persona cuya devoción por ella fuera idéntica. Había vivido varios veranos viendo el jaleo que se armaba en casa de Eirica y creía que no había nada que pudiera superar el vínculo de una familia unida. Pero, además de atribuir su exaltación al abandono de un viejo sueño en favor de otro nuevo, fruto de la espontaneidad, sabía que parte de las emociones que la acongojaban se debían a abandonar su trabajo para buscar la verdad sobre el crimen de Alice Wright. Y, no contenta con aquello, abordaba dicha búsqueda en la más austera soledad para proteger a los demás de cualquier riesgo. La palabra *locura* no se acercaba lo más mínimo a lo que había hecho, pero «¿Y por qué no arriesgarse?», pensaba.

Había decidido comprar una botella de vino en el pueblo y, tras coger una copa de su vieja y espectacular mansión, se dirigió a la playa para celebrar su nueva vida. El camino era corto pero abrupto, con un sendero formado por escalones que quedaban ocultos a causa de la acumulación de la tierra del acantilado y la arena de la playa.

Llevaba su vestido favorito, reservado solo para ocasiones muy especiales. Le preocupaba que pudiera sufrir algún daño, pero se había decantado por él para la firma en la que, aquella misma tarde, había recibido el usufructo de Martha para abordar la reforma del que sería su nuevo hogar. Sí que se había comprado unos zapatos nuevos para estrenar su nueva vida. Quería empezar con buen paso la hazaña que el destino le había puesto por delante, considerando el camino plagado de incertidumbre que la esperaba. Y la realidad es que le estaban haciendo polvo los pies. Se descalzó y caminó, disfrutando unos segundos del contraste entre el calor causado por tantas horas de tacones y el placer de hundirse en la refrescante arena. No llegaba a estar fría gracias a que el sol había brillado todo el día, así que decidió sentarse para disfrutar la sensación sin importarle nada más. Quería contemplar el atardecer que, sin duda alguna, sería el primero de muchos más por llegar.

Abrió su botella y se sirvió una copa generosa. Mientras disfrutaba del primer e intenso sorbo, se percató de que no estaba sola. Un hombre se aproximaba hacia ella hasta que acabó recorriendo con paso decidido el último tramo que los separaba.

—¿Eres la nueva propietaria de la mansión de los Wright? —le preguntó con actitud jovial y de forma directa.

—Sí. Soy Aileen —le respondió alargando la mano libre, sin levantarse y aún concentrada en su copa de vino y el atardecer escocés.

—Yo soy Andrew —dijo mientras se la estrechaba— y vivo en la siguiente casa del camino del acantilado. También soy nuevo en el pueblo —añadió, mientras reparaba en cómo ella se aferraba, tensa, a su copa de vino—. Estás de celebración y, aunque no veo compañía, no quiero interrumpirte.

Aileen observó a su vecino, esta vez prestándole más atención. Era bastante alto, con el pelo castaño y llevaba un corte clásico. La intensidad de sus ojos azules le causó un ligero cosquilleo en el estómago que enseguida achacó al vino. No pudo evitar fijarse en su complexión atlética, ya que ni las bermudas ni la camiseta podían ocultar su musculatura. Notó un sutil acaloramiento y culpó de nuevo a los dos tragos de vino. Decidió anclar la copa en la arena y observó un último detalle: su porte era algo rígido y, a pesar de disfrutar de una tarde de viernes en la playa, el afeitado de la barba era perfecto. Dedujo que su profesión debía de ser tremendamente formal e incluso aburrida.

—¿A qué te dedicas? —soltó de repente, sin darse cuenta de que escupía aquellas palabras.

—Soy abogado y trabajo en Edimburgo —contestó él, desconcertado.

—Se nota —añadió ella, sonriendo con cierta satisfacción por sus dotes detectivescas—. Tu ropa, por informal que sea, no es capaz de camuflar tu rigidez corporal.

Andrew miró su reloj.

—No hace ni tres minutos que me conoces ¿y ya te has fijado en mi cuerpo? —le respondió, siguiéndole el juego.

«*Touché*», pensó Aileen, sintiendo cómo el rubor subía hasta su cabeza. Andrew, que lo detectó, no quiso contraatacar más y decidió irse. Pero le resultaba imposible retroceder. Aquella mujer despertaba en él una sensación extraña, una mezcla entre anhelo y excitación que le había acelerado el pulso. Sin duda, tenía el rostro más dulce que jamás había conocido, pero, a su vez, sus ojos marrones desprendían un fulgor que lo mantenían preso e inmóvil en aquella playa. Su media melena era de un color similar al de los caramelos *toffee* y la piel sobre la que caía, y que inundaba de luz su cara, parecía suave y tersa. Si no hubiera sido por su extraña parálisis, estaba seguro de que se habría acercado a acariciarla y comprobarlo. Reparó en el elegante vestido azul marino que llevaba, con un encaje que le cubría los hombros y parte del escote y que bajaba drapeado hasta la rodilla. También en los zapatos arrumbados un par de metros por detrás de ella.

—Realmente debe ser una celebración muy especial. Y debo añadir que estás radiante.

Andrew no pudo controlar sus propias palabras y la frase la soltó su boca con absoluta libertad, sin conciencia o propiedad alguna. A Aileen no se le escapó cierto retraimiento. Le sorprendía, ya que la primera impresión de su vecino era la de un hombre seguro de sí mismo y carente de timidez.

—Quizá podríamos ir a cenar si deseas compartir una copa de vino conmigo —añadió él, recuperando el control de la situación.

Ella se había percatado del fugaz lapsus y no era capaz de entender a qué se había debido. Aileen volvió a sentir que se sonrojaba y el deseo de ir más allá de una copa de vino se apoderó de ella. Pero su nueva vida le exigía una firme soltería y, por más que se confesó que no le importaría descubrir un poco más sobre su vecino, no le quedó más remedio que rechazar la invitación.

—Me temo que no puedo —dijo ocultando la desazón que la arrollaba mientras rescataba su copa de vino para evitar mirarlo a los ojos y arrepentirse de su negativa.

Andrew decidió ocultar también su decepción y se acercó a estrecharle de nuevo la mano, esta vez para despedirse.

—Bueno, ya nos conocemos, Aileen. Si necesitas algo, ya sabes dónde vivo. Aunque no estoy entre semana, vendré solo los fines de semana. He comprado la casa para escapar de la ciudad y cambiar de aires.

A ambos les costó separar las manos. En un gesto aparentemente inocente, él aprovechó la ocasión para confirmar su tacto suave y cálido mientras que ella comprobaba la extraordinaria fuerza de sus músculos.

—Además —continuó Andrew, mirando el sendero que bajaba hasta Aileen—, creo que tienes compañía.

Y se alejó por la playa.

—¿Quién era ese? —quiso saber Eirica mientras Aileen le entregaba su copa de vino.

—Nadie —mintió.

CAPÍTULO 7

Cuando Aileen se despertó el sábado por la mañana tuvo esa horrible sensación de no saber dónde estaba. Su memoria le lanzaba fragmentos aislados de recuerdos como, por ejemplo, estar tumbada en la playa boca arriba o haber vaciado la botella de vino sobre su copa y la de su acompañante, sin recordar su cara.

No pudo evitar que una punzada de dolor le martilleara en el interior de la cabeza. Se lo achacó al alcohol, pero también a lo intensa que había sido esa semana que, por suerte, llegaba a su fin. Despedirse de su trabajo le había hecho cuestionarse un trillón de veces, y en tan solo un escasísimo margen de cinco días, si todo aquello no sería un error. Abandonaba su única fuente de ingresos constante y segura que había conocido hasta la fecha: la nómina. Incluso había dudado de lo que, tan solo unos días atrás, había sido una firme convicción: mudarse a Balford para devolver la paz a una familia encarcelando a un asesino. Ni más ni menos.

La madre de Eirica, por su parte, la llamaba de forma insistente para recordarle que era una locura. Calculó que la había llamado, sin exageración alguna, unas veinte veces a lo largo de la semana.

Decidió que no quería pensar más en ello porque ya estaba hecho, así que obligó a su conciencia a volver a la estancia en la que se encontraba. Tumbada de lado en la cama, alcanzó a ver sus pocas pertenencias en un par de maletas en el suelo, ambas abiertas. No pudo evitar recordar cuando leyó la carta de Martha. Nada más hacerlo, había cogido toda su ropa y la había arrojado al interior de aquellas dos Samsonite. Se percató de que, nuevamente, los recuerdos le aturullaban. La forma en la que se materializaron fue con otra ráfaga de fuertes punzadas. Estaba considerando tomarse un ibuprofeno cuando, de repente, sintió revolverse a alguien a su lado en la cama. Fue entonces cuando su cabeza empezó a bombardearle con imágenes de su vecino en la playa, un tal Andrew: su sonrisa, sus ojos, su tacto al rozarla con lentitud cuando sus manos trataban de distanciarse de un inocente saludo... Intentó recopilar todo lo que recordaba de él, pero fue en balde. No parecía tener nada almacenado en relación con la noche anterior. Algo se removió en su estómago y no le gustó nada. Pensó que podía deberse a la agradable sensación que parecía despertar en ella aquel desconocido, pero decidió que debía descartarlo por absurdo. «¿Cómo se me va a complicar mi recién estrenada vida en menos de veinticuatro horas?», valoró. Y, entonces, sintió de nuevo movimiento a sus espaldas y ahí ya cundió el pánico. «Haz memoria, Aileen, haz memoria», se repetía en silencio. «¿En serio te lo has traído a la cama?». Estaba aterrada. Se acordó de la última persona con la que se acostó, hacía ya algo más de un

año. Volvió a cerrar los ojos, apretándolos. No quería acordarse de él porque no entendía hasta qué punto había perdido los papeles por una botella de vino. Haberse dejado llevar así en una primera noche era algo que jamás había hecho. Quería salir corriendo de allí, pero ni tan siquiera sabía cómo zafarse sin ser descubierta en el intento. Al final, decidió que lo mejor era girarse y enfrentarse a la situación. Ante aquella ocurrencia y, sin entender la relación, su memoria recuperó otra fracción olvidada de la tarde del viernes. Con ello, otra vez el estómago se le volvió a encoger. Y no podía ignorar que, esta vez, estaba segura de a qué se debía: el hercúleo porte de Andrew, de pie frente a ella, en la playa, invitándola a cenar.

—Un segundo —dijo en voz alta.

Pensó que, si se hubiera acostado con su nuevo vecino se acordaría de cada milímetro de su cuerpo con absoluta certeza. «Algo así no se olvida», se confesó. La magia de la mente obró el milagro y la secuencia final de la noche se encarriló como lo hace un tren al entrar en una estación: Andrew la dejó en manos de Eirica, que acababa de llegar a la playa con otra copa vacía para acompañarla en su celebración. Se vio a sí misma mirándolo mientras se alejaba y evocó sin querer esa sensación, la de su voluntad resquebrajándose tras la negativa a salir con él.

—¿Qué? —respondió Eirica, a su lado, con somnolencia y también con una tremenda resaca.

Aileen se giró en la cama, ya sin temor. Mientras celebraba su entereza, percibió cierta aflicción en su cuerpo. A Eirica le inquietó la fijeza con la que la miraba y abrió más aún los ojos.

—¿A qué viene esa cara? —se preocupó ella.

—A nada —mintió, dejando escapar, sin que su amiga se diera cuenta, un suspiro de alivio—. Simplemente, no recordaba qué hicimos anoche. Por cierto, ¿por qué hemos dormido juntas? —dijo incorporándose.

—Madre mía, Aileen. ¿Sabes al menos que estás en la casa de Claire? —ironizó—. A quien, por cierto, le hemos prometido dedicar este fin de semana a terminar de vaciar cajas de su mudanza.

Claire también había aceptado su herencia: una preciosa casita en el pueblo, espaciosa pero con solo dos plantas, más asequible para sus ajadas piernas. Había hecho la mudanza esa semana. Para ella todo había sido mucho más rápido. Disponía de las llaves de la casa porque el omnipresente señor Craig se las entregó el mismo día en que visitó a Aileen. Aquel sábado en el que descubrieron la fastuosidad de la mansión de los Wright habían ido a verla y, para sorpresa de las tres mujeres, esta vivienda estaba en perfecto estado. Según les contó Mark, seis meses atrás Martha había contactado con él para reformarla de arriba abajo. Fue Mark quien ayudó a Claire con todo el jaleo de la mudanza durante la semana mientras ellas lo orquestaban todo para abrazar su nueva vida. Claire les había insistido en que vivieran con ella y les cedió dos de los tres dormitorios. Si bien no querían incomodarla, aceptaron. Claire apreciaba la compañía en una casa algo más grande de lo que estaba habituada y ellas tenían, además de la convivencia con una

mujer muy agradable, un alojamiento a coste cero. Suponía una doble ventaja porque estrecharían lazos con la mejor amiga de Martha, de forma que esta no se sintiera tan sola tras su pérdida, mientras abordaban la reforma de su próximo hogar.

Con dificultad, se levantaron y fueron al baño de su habitación *en suite*.

—No pienses que me he olvidado —dijo Aileen—. Sigo preguntándome por qué hemos dormido juntas. Ya sabes que no me importa, es solo que tengo esa laguna y no consigo acordarme de cómo llegamos a casa.

—Exaltación de la amistad —soltó Eirica mientras se cepillaba el pelo.

Con el cepillo de dientes en la mano, Aileen se giró extrañada.

—¿Qué?

—La culminación de la botella de vino en la playa dio pie a que, durante el camino de regreso hasta aquí, intercambiáramos un «Gracias por venirte conmigo», seguido de un «Eres mi mejor amiga» y un «Yo también te quiero». Al llegar, caímos fulminadas en la misma habitación, sin más.

—Pues no me acuerdo de nada de lo que me estás contando, la verdad. Es cierto que hacía mucho que no bebía tanto —añadió, dejando el cepillo en el vaso—. Como además esta casa es nueva para mí, me he levantado completamente desubicada.

Eirica, echándole pasta a su cepillo de dientes, miró a Aileen, risueña como era ella. Le encantaba estar acompañando a su amiga en aquella locura.

—Dame un minuto, que me lavo los dientes también y bajamos a ver a Claire.

Aileen se tumbó en la cama a pensar. Pero cada vez que trataba de concentrarse en rememorar la mansión de los Wright, la cabeza se le iba a la playa. Tenía anclado el momento en el que había conocido a Andrew, reproduciéndose en su cabeza desde que se había despertado. Iba y venía como un *boomerang*.

—¿Vamos? —preguntó Eirica, sacándola del arenoso recuerdo.

Ese sábado por la mañana se olvidaron de sus propias vidas, centrándose en ayudar a Claire con todo lo que necesitara. Colocaron y recolocaron muebles, cuadros y demás artículos decorativos hasta que todo estuvo a su gusto. Mark, por su parte, se encargó de ultimar todo. Las tres pensaban que había sido muy amable al ofrecerse a ayudarla en fin de semana. Antes de irse al mediodía, se ofreció a presentarles a más gente del pueblo.

—Esta noche saldremos unos amigos al *pub*, a tomar unas pintas —dijo con tranquilidad mientras terminaba de guardar las herramientas en la caja—. ¿Os gustaría venirlos?

Y antes de que Aileen pudiera procesar la información, Eirica ya se encargó de responder por las dos.

—Claro, nos encantará.

Aileen desvió la mirada hacia su amiga y vio cómo torcía el gesto en una mueca que identificó como una súplica. Le recordó a una adolescente que espera la aprobación de sus padres para

acudir al mejor plan de su vida. Y sabía que no podía negarse, ni deseaba hacerlo, después de haberla arrastrado hasta Balford con una mentira colosal como trasfondo de todo aquello. Respaldando la afirmación de Eirica, lanzó un «Allí estaremos».

Unas horas más tarde de aquel atípico sábado, estaban entrando las dos por la puerta del *pub*. El único que tenía Balford.

—Tiene buen ambiente, ¿no crees? —dijo Eirica.

Pero Aileen no pudo responder siquiera. Eirica continuó atropelladamente, como una chiquilla.

—¡Mira! Allí está Mark, vamos a saludarle.

Y se alejó hacia él, quien, por cierto, también pareció alegrarse de confirmar que Eirica había acudido. Pensó en seguirle los pasos para unirse a ellos, pero en realidad, no quería entorpecer. Sabía que Eirica la mataría cuando descubriera que se había ido, pero también sabía que, si se quedaba, estaría más pendiente de si ella estaba sola o se aburría que de disfrutar de la noche con Mark, algo que, según había constatado, Eirica ansiaba. Era obvio que su amiga se había encaprichado nada más conocerlo. No había escapado a sus ojos que él también parecía mostrar mucho interés por ella. Decidió que, si quería irse, debía hacerlo ya para que no la pillaran in fraganti. Había pensado que, de camino a casa de Claire, le enviaría un mensaje a Eirica para que no se preocupara cuando reparase en su ausencia. Pero cuando estaba a punto de dar media vuelta para escapar a hurtadillas, la estridente risa de una mujer llamó su atención. Al girarse, descubrió a una atractiva rubia de al menos metro setenta y cinco con la melena perfectamente peinada y que caía con delicadeza sobre la piel blanquísima de sus hombros. Parecía disfrutar de una agradable conversación con una amiga y otros dos hombres. Aileen no pudo evitar que el corazón se le desbocara al reconocer a Andrew. Allí estaba, junto a aquella rubia. Iba vestido muy informal, con unos vaqueros que, según juzgó, le sentaban fenomenal. Llevaba también una camisa blanca remangada hasta el codo que dejaba entrever sus antebrazos bronceados. El conjunto ponía de manifiesto su complexión fuerte. Al fijarse en ese detalle sintió que su temperatura corporal se disparaba. Lo acompañaron varias punzadas de excitación, por lo que no necesitó más para comprender que, definitivamente, era el momento de largarse de allí. Pero antes de que pudiera quebrantar el microclima tropical que había generado en torno a sí misma, Andrew percibió una insistente mirada. No tuvo más que girar la cabeza para encontrar a Aileen en la puerta, de pie y sola. Ella se dio media vuelta para irse, pero él no iba a permitirlo y salió tras ella, dejando a sus amigos entretenidos con la conversación.

—Aileen, espera —le pidió, abriéndose paso como podía a través del gentío.

Ella se paró en seco. No podía mirarlo. No sin sentir algo que no había sentido antes: la intensidad del deseo sexual que aquel hombre despertaba en ella. Y no podía permitirse el lujo de perder el control. El amor no era bienvenido en su vida y, por tanto, el sexo, tampoco.

—¿Dónde ibas? —quiso saber él.

—A casa.

—¿Ya te ibas? Pero ¿no acabas de llegar?

Aileen se sorprendió y comprendió que él también se había percatado de su entrada.

—Sí, pero, en realidad, he venido para acompañar a mi amiga, Eirica.

Andrew no pareció entender del todo aquella explicación y Aileen continuo con la aclaración.

—Prefiero irme porque... —No sabía cómo explicarle que su amiga estaba colada de una persona que acababa de conocer, así que obvió el grueso de los detalles—. Dejémoslo en que no quiero que esté preocupada por mí.

—¿Y por eso te vas?

—No conoces a Eirica. Si yo no estoy a gusto, ella no disfrutará nada, y hoy soy yo la que quiere que ella esté a gusto.

—Pues entonces habrá que hacer que tú estés a gusto, ¿no? —añadió, liberando en su voz una pizca de picardía.

Aileen miró por detrás de Andrew al grupo que lo acompañaba. Parecía estar pendiente de ellos dos. Desde luego, no quería ser una obra de caridad de aquellas personas y que la admitieran en su círculo porque era nueva en el pueblo y no conocía a nadie.

—No quiero interrumpir nada tampoco con tus amigos. De verdad, no te preocupes, creo que es mejor que me vaya.

—No pienso permitirlo. Además, a mí tampoco me apetece estar con compañeros de trabajo en este momento. No paran de hablar de los marrones de la próxima semana.

«¿Eso es lo que son? ¿Compañeros de trabajo?», pensó Aileen. Tenía sus dudas, pero lo cierto es que, en realidad, no le apetecía irse un sábado a casa tan temprano, así que decidió quedarse un rato con él.

—De acuerdo, me tomaré una pinta rápida.

Andrew le hizo una discreta reverencia, invitándola a dirigirse hacia la barra del *pub*.

Aileen echó a andar, pero se quedó petrificada durante un par de segundos al sentir el calor de una mano posarse en su cintura. La empujaba, y se sorprendió a sí misma deseando girarse en ese momento y besarlo allí mismo. «¿Pero qué te pasa Aileen?!», se preguntó. Nunca el tacto de un hombre había irradiado en ella semejante deseo. Lo deseaba. Deseaba sentir esa misma mano... «¡Oh, madre mía!», pensó, sofocada.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrew nada más llegar a la barra y ver el rubor en su cara.

—Sí, es solo que... hay mucha gente.

Andrew se rio a carcajadas.

—Pero si es solo un *pub* pequeño. ¿Qué solías hacer en Edimburgo?

—Ir a casas de amigos. Menos gente, espacios más amplios...

—Bueno, pues entonces tengo buenas noticias para ti —dijo mientras miraba para tratar de interceptar al camarero—. Dentro de tres semanas es mi cumpleaños y lo celebraré aquí, en mi

casa de Balford. Me encantaría que vinieras y, por supuesto, puedes decírselo a tu amiga si quieres.

No podía negar que se moría de ganas de ver dónde vivía desde que Claire le había cotilleado aquella misma mañana que la única casa por aquella zona capaz de hacer sombra a su nuevo hogar era la de un abogado de Edimburgo recién llegado al pueblo.

—Podéis traer acompañante las dos, si tenéis pareja —añadió, devolviendo a Aileen al planeta Tierra.

Ella supo de inmediato las intenciones de su vecino. No sabía hasta qué punto podía formarse una idea equivocada de ella, considerando que un sábado por la noche se volvía a los quince minutos de llegar con la anciana de ochenta y dos años con la que vivía. Pero tenía claro que no pensaba ocultar su espléndida soltería. Consideraba que era mucho peor convivir por conveniencia con la persona equivocada.

—Ninguna de las dos tenemos pareja —dijo apuntalando cada palabra con seguridad, seguidas de una sonrisa que pretendía poner de manifiesto su orgullo por ello.

—Eso no es del todo cierto —alegó él mientras giraba reiteradamente la cabeza hacia la barra para conseguir que el camarero les pusiera un par de pintas.

—¿Cómo que no es cierto? ¿Sabré yo si tenemos pareja?

Por fin el camarero reparó en la pareja y se acercó a ellos.

—Dos pintas de Best, por favor —le dijo Andrew casi al vuelo para pasar a centrarse de nuevo en Aileen—. Pues no lo sé, la verdad. Igual es que depende del concepto que tengamos cada uno del término *pareja*.

—Cómo que del concepto que tengamos...

Aileen no pudo decir nada más. Él le cogió con dulzura la cara y, cuando creía que se acercaría a ella para besarla, le giró el rostro, despacio. Al principio no sabía lo que buscaba. Su tacto eclipsaba todos y cada uno de sus sentidos y aumentaba su dificultad para respirar. Hasta que los vio: Eirica y Mark se habían fusionado en un beso que parecían haber iniciado tres siglos atrás y no parecían querer separarse en los tres próximos.

—Llevan así cinco minutos —confirmó Andrew, ante su cara de estupefacción.

—¡Pero si llevamos en el *pub* quince! —dijo con sorpresa, mirando como podía por encima de decenas de hombros—. Eirica le da quinientas vueltas al tema antes de... Bueno, que le da muchas vueltas. Sin más —se cortó al notar como Andrew la observaba.

—Igual Balford le ha cambiado su perspectiva sobre *el tema*. ¿Tú tampoco tienes pareja... como ella? —se rio, subrayando con sagacidad sus últimas palabras, mientras le giraba el rostro de nuevo hacia él.

«¿De verdad que me está preguntando si tengo pareja?», pensó Aileen, acelerándose aún más, pero recuperando la firmeza en su respuesta.

—No, no tengo pareja.

Aileen se arrepintió al instante de plantearlo así. Se había mostrado tenaz, quizás excesivamente, y pensó que Andrew podría entenderlo a la inversa de lo que ella pretendía, que era dejarle claro que le daba igual estar soltera. La realidad era que había esperado durante años a *su persona* y esta no había llegado. Y ahora tenía otros planes de vida que no incluían el romanticismo. Andrew debió intuir que andaba atascada en algún pensamiento y decidió rescatarla.

—Bueno, quizá en mi fiesta de cumpleaños eso pueda cambiar —dijo sonriente, entregándole una pinta de Best y cogiendo él la suya—. Por Balford —dijo elevándola en el aire y buscando su brindis.

—¿Por Balford? —preguntó Aileen, alzando la mano sin saber bien por qué.

—Sí, es donde estamos ahora, y tengo la impresión de que nos deparará cosas buenas —sentenció.

Aileen bebió con ganas el primer trago a pesar de la densa espuma de su cerveza.

—¿Qué te llevó a comprar una casa aquí? —quiso saber Aileen.

—¿Qué te llevó a ti a comprarla?

Aileen no sabía qué responder a aquello. Nunca se había planteado qué contar sobre su historia.

—Está bien —dijo Andrew—, responderé yo primero. Vivo atrapado en el trabajo. Soy socio en un bufete de abogados de Edimburgo y el trabajo resulta a veces absorbente. Necesitaba encontrar un lugar donde desconectar, pero debía estar lo bastante cerca de la oficina por si me tenía que acercar rápido a solucionar algún problema.

—¿Y no había más pueblos que Balford?

—Sí, claro que sí, pero mi casa de la playa es perfecta para mi propósito. Digamos que me permite hacer lo que más me gusta: nadar.

Aileen arrugó el entrecejo.

—El agua de la playa está helada. Todo el año. Es casi imposible meter un pie sin que se te congeles en segundos.

Andrew sonrió, esquivando el comentario.

—¿Y tú?

—Mi historia es un poco más complicada.

—Si prefieres no contármelo, no tienes por qué hacerlo.

Ella suspiró.

—He heredado la casa.

—¿La has heredado? ¿Era de tus padres?

—No, no era de mis padres. En realidad, nunca perteneció a mi familia. Es una herencia... extraña.

—Quizá sí es una historia más complicada de lo que me creía. Si no ha pertenecido a tu familia... —dijo, pensativo—. ¿Qué clase de persona te deja una casa de varios millones de libras?

Aileen fue a responder, pero Andrew se le adelantó.

—¿Eres viuda de un anciano rico de aquí de Escocia? —bromeó.

Ella explotó en una carcajada ante la ocurrencia. Toda la tensión que le provocaba su acompañante se disipó.

—Tenía una amiga, una muy buena amiga, que ha fallecido recientemente. Ella era la propietaria. No sé por qué extraño motivo decidió dejármela a mí y he decidido reformarla.

—¿Y eso es lo que vas a hacer? ¿Por eso te has mudado aquí?

—Sí. La verdad es que no tenía intención de aceptar la herencia, vine más por ver con mis propios ojos la casa de la que Martha me había hablado alguna vez. No pensaba quedarme, pero mis amigas, Claire y Eirica, han sido quienes me han convencido de que esto era lo que querría Martha. Quedármela y darle una nueva vida.

—¿Y eso es lo que quieres tú?

—Pensaba que no, pero, en realidad, lo que quiero en la vida no sé si llegará, y al ver la casa por primera vez me di cuenta de que tenía ante mí la posibilidad de hacer algo importante por Martha y que, quizás con el tiempo, me llene de ilusión. Por eso acepté y decidí quedármela, por Martha.

—Es difícil no quererla, es una mansión exclusiva por su ubicación en el acantilado. Y a las afueras de una ciudad como Edimburgo —le respondió, dándole otro trago a su pinta.

—Quizá tú veas más el valor económico —dijo con brusquedad Aileen, molesta por el comentario.

—No pretendía ofenderte —dijo despacio, sorprendido, pero sabiendo que había cometido un error—. Es solo que tiene mucho valor y lo que quería decir es que nadie la rechazaría.

—Sí, vale mucho, pero no solo tiene *esa* clase de valor —dijo dejando la pinta sobre la barra—. Creo que debería volver.

Andrew vio cómo se alejaba. Se planteó ir tras ella y tratar de arreglar la situación, pero juzgó que quizá era mejor así.

CAPÍTULO 8

Al día siguiente, somnolienta, Aileen bajó las escaleras con una imperante necesidad de tomarse una buena taza de café. Había amanecido lluvioso y algo fresco, así que esa taza le supondría un doble motivo de confort. Tenía la cabeza despejada, ya que apenas se había bebido la pinta a la que la había invitado Andrew la noche anterior. Que alguien pudiera ver un interés económico en su acción le revolvió el estómago. «Pero ¿qué se ha pensado?», se preguntó, muy cabreada. «Menudo gilipollas». A las once Eirica apareció por la puerta de la cocina. Emanaba felicidad y se la intuía pletórica. Aileen no pudo evitar reírse.

—¿Qué tal anoche? —le preguntó, feliz por ella—. Creo que alguien se lo pasó muy bien...

—¿Te refieres a ti con ese chico tan mono con el que te vi charlando? —respondió, autocomplacida por su respuesta.

—Se llama Andrew y al parecer es mi vecino, vive en la siguiente casa del camino. Y, por cierto, es casi un milagro que nos vieras hablando juntos. Mark y tú os olvidasteis de respirar durante bastante tiempo. Si a eso le sumas que mi conversación con ese cretino fue más bien corta... Pues eso, que me verías más bien poco junto a él.

—¿Qué pasó?

—¿Cómo que qué nos pasó? Si hay alguien que tiene cosas que contar, ¡eres tú! ¿Cómo es que me despisto cinco minutos y ya os estáis liando?

Eirica se sonrojó y decidió ocultarlo dirigiéndose hacia la cafetera para servirse un café.

—¿Dónde está Claire? —quiso saber.

—Ha salido a misa. Y no me cambies de tema. ¡¡Cuéntame, que me tienes intrigadísima!!

—No sé qué me pasó, Aileen —confesó al fin—. Llegué, saludé, me presentó a sus amigos y... de verdad que no lo sé. Recuerdo que me puso la mano en la cintura y fue como si me volviera loca y perdiera el control. Él debió de leerme en la cara las ganas que tenía de besarlo y se lanzó. Me besó durante unos segundos y se separó un instante para darme tiempo para pensar si era lo que quería y, ¡Dios!, si era lo que quería. ¡Ay, Aileen! Nunca me había pasado esto. Necesitaba, simplemente, estar con él.

Aileen escuchó atenta el relato y, por escueto que le resultara, lo que le había descrito se acercaba mucho al inicio de una historia de amor como una muy cercana a ellas: la de los padres de Eirica.

—Eirica, lo mejor de todo es que no te has pasado días comiéndote la cabeza, pensando en si sí o en si no. Que el cuerpo te arrastre a ello ¡es la mejor de las señales!

—Lo sé, pero esto es muy nuevo para mí. Sabes que si hay algo en lo que nos parecemos es en lo exigentes que somos con los tíos, incluso en lo que nos cuesta intimar con ellos.

Aileen no pudo evitar reírse.

—La de veces que nos habrán llamado estrechas o mojigatas por mandarlos a la mierda.

—¿Es eso lo que hiciste con Andrew?

La alegría de Aileen se esfumó. Eirica se percató.

—Os vi anoche reiros juntos durante un rato —continuó Eirica—, y al poco de comprobar de nuevo cómo os iba, no te volví a ver. Ni con él ni en ningún otro sitio. Menos mal que enseguida miré el móvil y vi tu mensaje avisando de que te venías a casa.

—Me fui, estaba cansada.

—Venga ya, Aileen —dijo airada—. Que eres mi mejor amiga y nos conocemos. Y, además, antes lo has llamado cretino.

—Es un completo gilipollas. ¿Pues no va y me insinúa que el motivo para quedarme con la casa no es otro que su valor económico?

—¿Eso te dijo?

—Le pregunté qué lo había traído a vivir a Balford y él quiso saber lo mismo de mí, así que le conté que la había heredado de una amiga que ya era mayor. En vez de quedarse con lo que yo le estaba contando, del valor emocional que tenía para mí, hizo un comentario sobre su coste y dijo que cómo alguien iba a rechazar una casa así.

—Bueno —comenzó a decir Eirica, despacio. Quería elegir con sumo cuidado sus palabras—, en realidad, es algo en lo que igual no has reparado, pero la casa debe de valer varios millones de libras. Nadie rechazaría una herencia así. Y aunque Claire y yo te conocemos y sabemos cuál es tu verdadera motivación, el resto de las personas no tienen por qué saberlo. Menos aún si no te conocen y tú no se lo cuentas. No saben que quieres cumplir con el deseo de Martha de devolverle la vida a la casa en la que una vez fue feliz. Así que, Aileen, es normal para cualquiera percatarse de su valor económico, y para que vean más allá de eso, tendrás que elegir cuánto deseas abrirte con las personas de Balford y explicar lo que representa de verdad esa casa para ti.

—¿Estás tratando de decirme que reaccioné de forma exagerada? —dijo con el ceño fruncido, confundida.

Eirica se paró a pensar muy bien su respuesta y, cuando estuvo segura, respondió con lentitud. No quería contrariarla más.

—No estuve en la conversación, Aileen, así que no sé cómo te lo dijo. Pero creo que es posible que el que te puedan juzgar por heredar una mansión te tiene, inconscientemente, más presionada de lo que crees. Y si a ello le sumas lo que te cuesta confiar en las personas...

—No me cuesta tanto —protestó.

—¿Qué no? ¡Pero si hasta los veintisiete años no me contaste que te gustaba Mike, el camarero de The Moon in the Square! Después de... ¿cuánto tiempo? ¿Dos años yendo al mismo *pub* todas las semanas? Menos mal que se te notaba a la legua...

—¡Eh! No se me notaba nada. Y si no dije nada es porque prefería no compartir detalles de mi vida amorosa.

—Vamos, Aileen —se rio—, si se te notaba como se te nota ahora que Andrew te atrae.

—Pero ¿has perdido la cabeza? —soltó ella, ofendida. Se preguntaba en qué momento podría haber notado eso, cuando apenas habían estado juntos la noche anterior y su amiga había estado distraída con sus propios temas. «Además de ser radicalmente falso», ratificó para sí misma.

—No, pero vi cómo lo mirabas cuando se alejaba en la playa. Recuerda que justo llegué cuando él se iba, y lo reconocí. ¿Pensabas que no ataría cabos?

Un rubor se apropió de su color natural de piel. No sabía por qué, pero le había parecido irrelevante compartir con ella que se trataba del mismo hombre. En cualquier caso, Eirica continuó:

—Estoy convencida de que, si no llego a aparecer, quizás a solas, habría pasado algo.

—Te olvidas de con quién hablas —le reprochó su amiga.

—Aileen, si hay algo de lo que me he dado cuenta es de que no podemos pensar tanto las cosas. Ayer probé a dejarme llevar cuando sientes que tienes que hacerlo, y debo decirte que es la mejor sensación de mi vida.

—Es lo que se suele conocer como *estar enamorada* —puntualizó.

Eirica se sonrojó.

—Puede —balbuceó—. Pero abandoné mis pensamientos de si me gusta o no me gusta, si es bueno o no lo es, si lo soportaré más de un mes o si él me acabará dejando a las pocas semanas. Me limité, sin más, a dejarme llevar por lo que el cuerpo me pedía. Y tú deberías hacer lo mismo —le espetó—. Por ejemplo, con Andrew.

—Ahora sí que te has vuelto loca. Pero por completo.

—¡Te lo digo muy en serio!

—¿Ya no recuerdas en lo que ando metida? ¡He aceptado el usufructo de una casa de varios millones que tengo que reformar y convertir en un hotel! Y he renunciado al amor por ella...

—¿Lo ves? —dijo Eirica, feliz de poder demostrarle que su subconsciente estaba jugando en su contra—. Tú también estás impresionada por el valor económico. Solo que no eres consciente de ello.

—¿Qué?

—No me malinterpretes, que soy yo, Eirica. Lo único que digo es que tú misma acabas de resaltar el valor de la casa sin ningún tipo de intención oculta.

Aileen se tomó unos instantes para reflexionar y le bastó menos de un minuto para darse cuenta de que Eirica tenía toda la razón. Había hecho lo mismo que Andrew sin la mala fe de la que ella

lo había acusado.

—La cagué —constató de forma contundente y en voz alta.

—Sí, creo que sí —sentenció Eirica mordiéndose el labio, pensando que así la tensión desaparecería—. Y creo que lo hiciste porque te sientes atraída por él y crees que es más fácil mantener las distancias. Tú, ahora mismo, tratas de alejarte de las situaciones complicadas. ¿A qué estabas tensa hablando con él?

—Quizá. —Recordó la tensión que había experimentado en presencia de Andrew, pero era muy diferente.

—Aileen, has aceptado un proyecto de vida que es incompatible con el matrimonio, pero no con una relación, independientemente de cómo sea.

—¿Cómo que «independientemente de cómo sea»?

—Pues eso. Que puedes disfrutar de la vida, tener un rollo de una noche, divertirte, repetir si quieres...

—¿Quién eres y qué has hecho con Eirica? —dijo muy seria, estupefacta.

Eirica estaba complacida si, con su propia evolución en esa materia, conseguía animar a su amiga a dar también un paso adelante.

—Ríete si quieres. Me estoy limitando a compartir contigo mi nueva visión de la vida. —Eirica estaba orgullosa de sí misma.

—Gracias, pero no me veo con un rollo de una noche. Yo al menos no.

—Quizá un día te sorprendas, como me ocurrió anoche.

En ese instante, la puerta de la cocina se abrió y entró Claire.

—¿Con qué se sorprenderá? —preguntó con toda la intención de unirse a la conversación.

—Hablamos de su nuevo vecino.

Aileen fulminó a Eirica con la mirada.

—En realidad, no hablábamos de nadie en concreto —la corrigió Aileen.

—Pues es una pena, porque vengo de misa y ya me he metido en el círculo de cotilleos del pueblo.

—¿¿¿Y??? —quiso saber Eirica.

—Pues me he enterado de lo de las dos.

—Creo que igual no te han informado bien —carraspeó Aileen.

—¿Qué no? —dijo sentándose a la mesa tras servirse una taza de café—. Sé que Eirica está con Mark, aunque esto no me ha pillado desprevenida. Sabía que algo se cocía.

Eirica agachó la vista, ruborizada.

—¿Te lo han contado ya? No me lo puedo creer...

—Esto no es Edimburgo, es un pueblo pequeño —le explicó la anciana—. Y parece ser que las paredes de ese *pub* tienen más que oídos. De hecho, lo que más me ha sorprendido es que Aileen

se haya ligado en menos de una semana... Que digo en menos de una semana, ¡en una noche!, al soltero de oro.

Aileen, que había aprovechado para disfrutar de otro sorbo de su segundo café matutino, se atragantó. Tosió y después se aclaró la voz antes de protestar.

—Que yo, ¿qué? Pero si... ¡Pero si creo que no estuve ni una hora en ese *pub*! Y solo estuvimos charlando.

—Lo sé —continuó Claire, con una sonrisilla—. Parece ser que algo te contrarió y te fuiste, dejándolo con una pinta sin acabar y mirando la puerta con cara de póquer. ¿Qué fue lo que pasó?

«Tierra, trágame», suplicó Aileen en un susurro inaudible. «¿Esto es lo que piensa ahora todo el pueblo? Nota mental: si le pides disculpas, no lo hagas en ese *pub*», se dijo.

—Creyó que Andrew la juzgaba equivocadamente por aceptar una carísima mansión.

Aileen aniquiló una segunda vez a Eirica con la mirada, pero esta continuó, sonriente.

—¿Qué es eso del soltero de oro? A ver si me he equivocado eligiendo —se jactó Eirica tratando de molestarla. Además, le venía de perlas redirigir la conversación hacia otro punto que no fueran Mark y ella.

—No te has equivocado, Eirica —le aclaró Claire—. Parece ser que te has enamorado, pero bien.

Eirica se quedó petrificada. La sonrisa se le desdibujó lentamente mientras pensaba qué más podría saber todo Balford.

—No me mires así. La madre de Bradley, el dueño del *pub*, tenía grandes esperanzas contigo y su hijo, y parece ser que se le vino todo abajo cuando supo que no te habías separado ni dos minutos de Mark. Y cuando lo hacíais, pocas veces, dicen que se os quedaba cara de bobos a los dos.

Eirica no salía de su asombro. ¿Cómo podía alguien haber filtrado tanta información y con aquel nivel de detalle en tan poco tiempo?

—Respecto al otro, a tu nuevo vecino —siguió Claire, haciendo caso omiso de la cara de Eirica y adorando ser el centro de atención—, no hay mucha información porque acaba de llegar al pueblo, pero por cómo es su nueva casa por fuera, muchos sospechan que tiene una succulenta cuenta bancaria y hay quien le ronda ya, pero sin éxito.

—Igual es que no le interesan las mujeres, solo el trabajo —soltó Aileen, tratando de convencerse a sí misma de que aquello ponía punto final a cualquier cuestión más que pudiera surgir sobre ellos.

—No sé yo... —dudo Claire, con cierta falsedad en el tono de su voz, divertida.

—Pero si tú ni siquiera lo conoces —dijo Aileen, pretendiendo zanjar definitivamente la conversación.

—Ya, lo sé... Pero he oído que ayer en el *pub*, al parecer, no le quitaba ojo a la nueva propietaria de la mansión de los Wright cuando ella llegó al local. Y esa eres tú.

Aileen sintió de nuevo cómo un tono rojizo le asediaba el rostro.

—No te sonrojes. Eres inteligente y desprendes una dulzura de la que es difícil no enamorarse —dijo Claire, ya hablándole con el semblante serio.

La joven bajó la mirada con decepción. Sentía cómo el conflicto la zarandeaba.

—Las dos os habéis olvidado de que el precio de la casa de Martha es mi soltería.

—No —dijo Eirica—. Recuerda lo que te he dicho antes. De haber un precio, es el matrimonio. Y, de todas formas, si te enamoras de alguien, tu felicidad está antes que nada. Ten por seguro que puedes renunciar a la casa.

—Eso es —afirmó Claire—. Lo primero es que ese huraño del señor Craig no te ha dicho nada sobre que no puedes divertirte con un amigo especial. Y lo segundo, llegado el caso de que fuera a más, ya pensaremos algo para solucionarlo.

Aileen sabía que su vecino podía suponerle un problema. Lo supo desde que lo vio y se rozaron en la playa, sutil y lentamente, durante una fracción de segundo. Aquel tacto le erizaba el vello con tan solo recordarlo. Pero la casa de Martha era su prioridad y tenía una misión de la que Eirica y Claire no sabían nada. Por eso, no entenderían el motivo por el que no podía renunciar y, por tanto, que no había lugar para una relación, por mucho que ellas se empeñasen. Y si lo que le quedaba como única opción para satisfacer su deseo estrictamente carnal con su vecino era un rollo de una noche, tenía claro que jamás accedería. Una relación sexual debía ocurrir, a su entender, en un ambiente de confianza y amor.

—¿Ves? —saltó Eirica—. Ya estás dándole vueltas. ¿A qué sí?

Aileen no quería seguir hablando de nada que tuviera que ver con Andrew, el *pub* o la casa, así que trató de desviar la atención.

—Ya son casi las doce, ¿preparamos la comida?

Claire y Eirica intercambiaron una rápida mirada sin saber bien si sonreír o preocuparse.

—Yo me encargo —dijo Eirica al fin, pensando que su amiga se había ganado una tregua—. Os voy a cocinar una pasta con pesto que os va a encantar.

CAPÍTULO 9

Aquel primer lunes de julio, según decían, el más caluroso en la historia de Escocia en los últimos sesenta años, había comenzado con un absoluto caos. Si bien era cierto que la mansión de los Wright no requería una reforma integral, la cantidad de personas con las que había contado Mark para el arranque de la obra levantaba un bullicio que le hacía sentir que nunca había abandonado la intensidad de Edimburgo en hora punta. Todo, según le había explicado ante su rostro estupefacto a primera hora, para acabarla en un tiempo récord. Le había planteado a Aileen un plan de mejoras junto con un presupuesto estimado de acuerdo con su experiencia. Sabía que no le faltaría el dinero, pero no le haría despilfarrarlo, sino todo lo contrario. Su propósito era que lo empleara con rigor para garantizarle el mejor arranque a su nuevo negocio.

Su previsión era que en ocho semanas estuviera todo listo para inaugurar a principios de septiembre. Con su aprobación, Mark había movido hilos entre su red de contactos para agilizar los contratos y disponer del personal suficiente para poder acabarlo en forma, plazo y presupuesto. Eran tantas las personas con las que había trabajado años atrás, y tan buena la relación que mantenía con un puñado, que fue chasquear los dedos y conseguir los recursos necesarios. Aquella mañana se habían desplazado a la mansión de los Wright pintores, albañiles, especialistas en carpintería en madera y metálica, fontaneros, electricistas... Aileen estaba abrumada, viéndolos ir de aquí para allá, tomando notas y comentando, tanto con Mark como con el capataz infinidad de cuestiones. Eirica acompañaba a unos y a otros, casi de forma omnipresente, y daba instrucciones sobre lo que quería en cada pared, suelo y ventanas. En realidad, había quedado relegada, y con mucho gusto, a un mero órgano consultivo al que cada uno le pedía que confirmara algunas cosas que iban surgiendo *in situ*. El motivo por el que aún mantenía la cordura aquel lunes era que ya habían trabajado en remoto durante la semana anterior la definición del proyecto de reforma. Esa misma mañana le había presentado Mark, mientras los tres desayunaban en el *pub*, el plan terminado. No habían perdido un minuto desde que Aileen tomara la decisión de quedarse con aquella casa. Se habían arremangado y habían analizado el edificio desde mil perspectivas diferentes. A Aileen le pillaba todo aquello un poco descolocada, así que la base se había fundamentado en lo que Mark consideraba necesario y en lo que ellas creían imprescindible para el propósito que tenían entre manos.

Acostumbrada a ser quien reportaba, ahora le reportaban a ella. Tenía toda la información sobre el papel, con los procesos a seguir y los tiempos en que deberían hacerlo todo.

Durante los primeros días tuvo ciertas dudas sobre si acabarían la reforma en el tiempo previsto dada la atención que se prestaban Eirica y Mark en momentos de trabajo. No había efusividad en su trato, pero se notaba una sosegada e implícita complicidad. Aileen pensaba que ella misma no podría trabajar con la vista puesta en él. Conocía a Andrew desde hacía menos de una semana y no entendía cómo podía monopolizar su cabeza. A su entender, la prohibición de estar con un hombre era lo que la predisponía a pensar en uno, y Andrew había sido el primero que se le había cruzado. Esa era su justificación, y por eso pensaba que ella no podría concentrarse como lo hacía Eirica teniendo a Mark de aquí para allá, siempre presente. Incluso sin verlo, no podía evitar que un chispazo prendiera su sangre y sacudiera su cuerpo de extremo a extremo. Sabía que, tarde o temprano, se cruzaría con Andrew y tendría que pedirle disculpas. Y le preocupaba que el encuentro tuviera lugar en el *pub*. Desde luego, si había un sitio que tenía que evitar, ese era el *pub*.

Los pensamientos iban y venían a sus anchas durante esa semana, a pesar de que Aileen se esforzaba por centrarse en la obra. Incluso los pintores que hacían pruebas de color en las paredes o los albañiles que habían comenzado a levantar los suelos de madera se mostraban sorprendidos de la cantidad de preguntas que la propietaria había empezado a hacer con el paso de los días. Aileen estaba determinada a que Andrew no se colara en sus pensamientos más de lo que ya lo había hecho. «Céntrate en la casa», se decía. Pero no podía dejar de pensar en él ni en lo que Claire le había dicho sobre que algunos opinaban que él se derretía por ella cuando sus caminos apenas se habían cruzado.

Por fin, llegó el viernes. Todos se marcharon, incluidos Eirica y Mark, que habían hecho planes para ir al teatro en Edimburgo. Aileen se dirigió a la cocina y, aunque le costó abrir el nuevo frigorífico por la cantidad de bártulos que había delante, se hizo con una botella de vino blanco bien fresca. El día estaba resultando extraordinariamente caluroso y nada le apetecía más que un buen vino blanco bien frío. Alcanzó una copa de un viejo aparador que había escapado de la necesidad de restauración y reparó en una cartera de hombre que descansaba sobre la repisa. Tras unos segundos de incertidumbre, decidió ignorarla y se dirigió al porche de la parte posterior, desde donde podía contemplar el mar disfrutando de un excepcional verdejo, su preferido, sentada en los escalones de granito. El sonido de las gaviotas la abstraía durante unos minutos. Pensó en su antiguo trabajo y en sus comidas con Martha. «¡Ay, Martha!, en qué lío estoy metida», pensó.

Miró hacia un lado y supo que el encuentro que tanto temía no iba a retrasarse más. Andrew se acercaba por el jardín desde la parte lateral de la casa. Iba con un traje de chaqueta, impecable, que se ceñía a la perfección a su cuerpo. Estaba convencida de que la única forma de que un traje te pudiera quedar así de perfecto es que te lo cosieran puesto. Sus andares le confirmaban que era un hombre seguro de sí mismo, que no parecía amedrentarse por nada. En cambio, en su rostro toda esa seguridad se veía comprometida al sonreír. Que es lo que hacía. Sonreírle a Aileen.

—Tengo la sensación de que siempre interrumpo alguna celebración —le dijo Andrew, terminando de subir las escaleras que los separaban—. ¿Vendrá luego Eirica?

Aileen le devolvió la sonrisa sin ni tan siquiera darse cuenta de que lo hacía. Sin embargo, estaba ensombrecida por el recuerdo de cómo acabó su último encuentro. Se sentía avergonzada por su reacción.

—No, hoy estoy yo sola.

—Perfecto —añadió él, revelando lo que sus manos escondían detrás del cuerpo—. Entonces he sido previsor. Me he traído mi propia copa.

Ella estiró el brazo invitándolo, sin articular palabra, a que se la entregara. Acto seguido le sirvió vino mientras una extraña felicidad la invadía.

—No hacía falta que la trajeras, hubiera entrado a por una —añadió ella, señalando la casa a sus espaldas.

—Bueno, por si acaso seguías enfadada por lo del otro día y decidías no invitarme. No quería correr ese riesgo —añadió sonriente.

Aileen lo miró a los ojos. «Dios, ¿cómo se puede ser tan atractivo?», se preguntó. Pero también sabía que no solo no podía, sino que tampoco quería, retrasar más su disculpa. La había ensayado decenas de veces en su cabeza.

—Respecto a lo de la otra noche —comenzó titubeante, aún sonrojada por la excitación que le producía la presencia de su vecino—, siento mucho...

Andrew la interrumpió con la mano y se sentó a su lado.

—No era mi intención ofenderte. Fue muy grosero por mi parte hablar del valor de la casa. Si la has heredado es porque has perdido a alguien cercano y fue insensible por mi parte. Soy yo quien debe pedirte disculpas.

—En realidad, creo que mi reacción fue exagerada. Eirica me ayudó a darme cuenta de que, aunque quizás no sea consciente, me afecta que las personas solo vean la parte económica que supone una herencia.

Reflexionó unos segundos con la mirada puesta en un par de gaviotas que planeaban sobre el mar. No sabía si dar por zanjada la conversación y cambiar de tema, como haría la Aileen de siempre, o dejarse llevar como le había dicho Eirica. Quizá, independientemente de la vibración que le cortocircuitaba los sentidos cuando estaba a menos de dos metros de él, podría esperar una amistad. Es más, igual tenía que quedarse solo en eso. Pero, fuera como fuere y sin detenerse a pensar en las posibles consecuencias, continuó y apostó por Eirica y su consejo de abrirse un poco más.

—La casa pertenecía a una amiga muy especial. Se llamaba Martha Miller y tenía ochenta y cuatro años.

Andrew, que hasta ese momento contemplaba el mar con el mismo sosiego que en este se mecían las escasas olas, se giró hacia ella y la miró con sus espectaculares ojos azul grisáceo.

—¿Tenías una amiga de ochenta y cuatro años? —Le dio un sorbo a su copa de vino.

Aileen sintió de nuevo una punzada en algún recóndito rincón de su cuerpo al reparar primero en la comisura de su boca y después en la mano que sujetaba, con excesiva fuerza, la copa. Sin duda, él también estaba tenso. «¿Será la misma tensión que siento yo?», se preguntó, con la mirada aún bailando entre sus labios y su mano.

—Te decía que si tenías una amiga de ochenta y cuatro años —insistió él. No pudo evitar sonreír al sorprenderla analizando con un profundo interés la mano que sujetaba su copa.

Aileen se sobresaltó. Había perdido la conciencia durante un escaso lapso sin ni tan siquiera percatarse de ello.

—Sí —consiguió contestar por fin—. Suena raro, pero la vida nos hizo compartir una vez un banco en los jardines de Princess Street. Hace apenas un año, un día igual de caluroso que el de hoy —dijo sonriendo al recordar a la anciana.

—Por tu sonrisa, adivino que le tenías cariño.

—Era una mujer increíble —dijo sin pestañear—. Única y muy divertida, a pesar de que arrastraba la pérdida de su hija años atrás, Alice Wright. —Dudó si debía dejar la historia ahí, pero juzgó mejor seguir—. Según me contó, la encontraron muerta, asesinada, en el jardín de esta casa hace ya treinta años. Y nunca encontraron al asesino. Su familia ha vivido... mejor dicho, vive sin saber qué pasó aquel día y por qué alguien la mató.

—Vaya, lo siento. Es una historia muy triste —Andrew apartó la mirada de Aileen y la trasladó al mar de nuevo. Se revolvía con la suave corriente de aire que se levantaba al acercarse el anochecer.

—No quiero deprimirte, no es lo que Martha querría. De hecho, es todo lo contrario. Me pidió que las personas volviéramos a disfrutarla y la llenásemos de nuevo de vida. Además, no es un día para estar triste. Estoy celebrando que he sobrevivido a la primera semana de la reforma. —Elevó la copa invitándolo a brindar con ella.

—Y, de paso —dijo él correspondiéndole el brindis con una enorme sonrisa—, celebramos que te has reconciliado con tu vecino.

Aileen pensó que, si no hubiera estado sentada, se habría caído de la impresión. «Qué sonrisa. No creo que pueda resistirme a una sonrisa así».

Andrew mantuvo la copa de vino en alto, acompañando a la suya.

—Por la reforma y nuestra reconciliación.

Aileen se sonrojó al detectar la complicidad con la que había pronunciado ese *nuestra*.

—Por la reforma y nuestra reconciliación —repitió ella, complacida.

Al culminar el brindis, los ojos de ambos parecieron hallar una extraña conexión y Aileen notó como una sorprendente sensación la envolvía. Se sentía sostenida en el aire por ella, solo parecida a la magia por su invisibilidad. No sabía si era el vino, el sonido de las olas que llegaba de la playa o el idílico atardecer en la costa escocesa, pero jamás había experimentado algo igual.

Andrew, por su parte, mantenía la vista fija en ella, extasiado por el delicioso olor que arrastraba la brisa al mecer sus cabellos color caramelo. Estaba atrapado por su inocente encanto. Ya le habían dicho que su vecina podía hipnotizar con la calidez y la dulzura de su mirada y su extraordinaria belleza, pero no sabía si estaría preparado para aquello. Sentía que el deseo le traspasaba cada uno de los poros de su piel y que necesitaba besarla o moriría allí mismo. También reparó en que él no era el único experimentando algo desconocido en aquel solitario paraje. La respiración exaltada de Aileen la delataba. No aguantaba más, pero quería que fuera algo lento. Disfrutar y saborear cada décima de segundo de aquel instante que la vida le regalaba. Se acercó despacio. No quería que la fragilidad del momento se rompiera por las prisas del arrebató que los encumbraba. Dejó la copa de vino sobre el suelo y se deslizó sobre la piedra para acercarse todo lo posible. Quería sentir la pureza de aquella pálida y suave piel. Sostuvo con la mano su mandíbula mientras ella le suplicaba, en silencio, que la besara. Ambos se habían entregado sin pensar, olvidándose por completo de cualquier idea preconcebida. Sus labios se rozaron con sutileza, casi con temor de que alguno de los dos retrocediera arrepentido. Pero, según pasaban los segundos, aquella enigmática conexión los mantenía fusionados en un delicado beso. Ella ansió sentirlo dentro y él deseaba desnudarla y hacerle el amor allí mismo, sobre el gélido granito. Y cuando sus manos le rozaron los hombros para retirarle los tirantes de la camiseta que llevaba ella, la tos de alguien no invitado a su intimidad ahogó el gemido de placer de Aileen, sacándolos de la ensoñación en la que se había adentrado casi sin retorno.

Allí, de pie, junto a los escalones, había un hombre. Aileen tardó unos segundos en reconocer al capataz de la obra.

—Hola, Aileen —dijo temeroso, a sabiendas de que acaba de interrumpir algo—. Olvidé mi cartera en la casa y como vi tu coche en la puerta, no quise molestar. Pretendía entrar directo a la cocina por aquí.

—Claro, sí —dijo ella aún atolondrada, cerrando los ojos y cubriéndolos con una mano—. Sobre la repisa del aparador, en la cocina. La vi al coger la botella de vino.

Recuperó la compostura y se levantó para ganar la suficiente distancia con respecto a Andrew. Él, a su vez, aprovechó el movimiento para despedirse de ella con una extraña timidez. Ambos se despidieron con un simple «Hablamos», sin saber que más podía aportar cada uno en aquella situación. El efímero instante que los había conectado se había desvanecido aún más rápido, pero ambos eran conscientes de que algo les había sucedido a los dos, sin saber con exactitud el qué.

CAPÍTULO 10

Eirica bajó pronto a desayunar y, al hacerlo, apenas tocó los escalones. La felicidad que la embriagaba la mantenía en una nube rosa, liviana y esponjosa.

—Hola, Claire —dijo nada más llegar a la cocina.

Pero no obtuvo respuesta. Claire se encontraba sentada en la mesa, absorta en sus pensamientos. Parecía preocupada.

—¿Claire? —repitió—. ¿Estás bien?

—No lo sé —respondió tras varios segundos. Estaba muy seria—. Ayer oí llegar a Aileen sobre las ocho de la tarde, pero se subió directamente a su habitación. Le pregunté a través de la puerta si no iba a bajar a cenar y me dijo que no, le pregunté si estaba bien y me dijo que sí, pero no sonaba muy convincente. Me contestó que estaba agotada y que se iba a dormir ya.

—¿Y no la has visto desde ayer a esa hora? —se extrañó Eirica.

—No.

—Haces bien en estar preocupada. Aileen no es la persona más extrovertida.

—¿Deberíamos subir a su habitación y comprobar si va todo bien?

—Sí. Debe de estar preocupada por algo y, de ser así, casi seguro que no ha dormido demasiado bien esta noche.

Al llegar frente de su puerta, Claire le cedió a Eirica los honores de llamar. Pensó que quizá a ella le iría mejor por la confianza que ambas tenían.

—¿Aileen? —preguntó Eirica, tocando con los nudillos en la puerta.

Al no tener respuesta, tocó un poco más fuerte.

—Aileen, no nos vamos a ir hasta que abras la puerta.

No tuvieron que esperar mucho para oír cierto movimiento. No sabían si sería ella atrancando la puerta para impedirles la entrada o que se estaba levantando para abrísela. Después de un largo minuto de incertidumbre, apareció una Aileen somnolienta en cuyo rostro se apreciaba la falta de descanso.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Eirica mientras entraba en la habitación seguida de Claire.

Aileen abrió las contraventanas para dejar pasar la luz. «Genial, hoy toca clima escocés», pensó con pesadumbre.

Eirica y Claire esperaban impacientes.

—Ayer, cuando os fuisteis todos, me quedé un rato en la casa, disfrutando en el porche de una copa de vino —Aileen pausó el relato mientras dejaba la ventana para sentarse con sus amigas—

y...

Eirica se impacientaba y Aileen no acababa de encontrar la forma de contarles todo porque no quería recordar nada.

—¿¿Y?? —dijo al final Claire, mirando de reojo a Eirica y analizando su expresión por si ella descifraba información adicional que se le pudiera estar escapando.

Aileen cedió al final.

—Andrew se presentó allí.

La cara de Claire se mantuvo casi impassible ante la noticia, pero los rasgos de Eirica, ante la sorpresa, se convirtieron en un Picasso. Conocía a Aileen y sabía que allí había algo más que no le estaba contando.

—¿¿Y entonces?? —insistió su amiga con un ademán para instarla a continuar hablando.

—Quise pedirle disculpas; de hecho, se las pedí y él me las pidió a mí. Y por si no le invitaba a una copa de vino, se presentó con una copa.

—Imagino que lo invitaste —dijo Eirica, escandalizada ante un posible no de su amiga.

—¡Claro que lo invité! —se molestó Aileen—. No soy tan mala anfitriona, pero no sé qué pasó, o más bien, por qué pasó.

—¡OH-DIOS-MÍO! —gritó Eirica, remarcando cada palabra—. ¿Os liasteis?

Aileen se sonrojó.

—Sí.

—¿Mucho?

—Si con mucho te refieres a si hubo sexo —dijo con la cara encendida—, la respuesta es no. Es... extraño. No sé por qué, pero fue más que un simple beso. No sé qué nos pasó.

Se hizo un silencio que a Aileen le pareció eterno. Si no quería recordar era porque sabía que aquel beso no había sido uno cualquiera. Claire no se atrevía a intervenir y prefería dejar a Eirica el liderazgo de la conversación.

—Vale —dijo Eirica—. Os liasteis. Algo más que un beso y mucho menos que sexo. Pero lo que no sé es qué pasó después y por qué estás encerrada en la habitación.

Aileen resopló.

—Lo que pasó después es que... —dudo si continuar porque consideraba que se trataba de algo muy íntimo y que solo le concernía a ella, pero también sabía que sus amigas estaban allí para ayudarla y le vendría bien hablar para digerir lo que sentía, así que continuó— comenzó a deslizar los tirantes de mi camiseta y no sé cómo explicarlo, pero sentí algo físico que nunca antes había experimentado. No podría describíroslo. Pero entonces apareció uno de los hombres de Mark, que se había olvidado la cartera, y el momento se rompió. Yo me levanté, él se levantó, y, sin más, nos despedimos.

Eirica estaba perpleja porque su amiga se hubiera atrevido a besar a un hombre que no conocía de nada, pero, mientras lo digería, cayó en la cuenta de que ella misma había sucumbido ante

Mark. Fue Claire la que acabó por romper el silencio.

—Qué generación tan rara, ¡cómo os complicáis las cosas! Cuando yo era joven y te gustaba alguien, si además era mutuo, salías durante un tiempo y te prometías. Y ya está. ¡Todo era más fácil!

Aileen la miró sin comprender esa sencillez a la que hacía alusión. Decidió continuar con su relato.

—No sé qué nos pasó, pero lo que sí tengo claro es que es algo que no debió ocurrir.

—¿Por qué no? —cuestionó Eirica—. Claramente, os atraéis y el único problema es que tú piensas demasiado.

—¿Qué yo pienso demasiado?

—Deberías aclararlo con él, tantearlo a ver qué quiere —dijo Eirica.

—No. Llevo toda la noche sin dormir, dándole vueltas...

—Qué raro —la interrumpió su amiga.

—... y tengo claro que no quiero avanzar con él —dijo ignorándola.

—¿Pero sabes por qué? —le respondió, dándole unos segundos para reflexionar—. Porque ves peligro. Te gusta.

—¡No es verdad! —soltó como una niña pequeña—. No lo conozco de nada y es injusto que creas que me gusta sabiendo cómo soy. Valoro mucho cómo sea la persona.

—¿Y el sexo no?

—¡Claro que sí! Que parezca una mojigata no quiere decir que lo sea. Pero para tener buen sexo —continuó a pesar de notar como las orejas le cambiaban a rojo— necesito saber que la persona con la que estoy me aporta algo más y me da confianza.

—Pues igual lo que te pasa —se aventuró a decir Claire— es que te sientes atraída sexualmente por él y por primera vez te importa un pimiento la persona. Quizás estás experimentando algo limitado de forma exclusiva al aspecto físico de un hombre.

Eirica le sonrió ante su ocurrencia y Claire le respondió guiñándole un ojo, algo que pasó inadvertido para Aileen.

—Deberías disfrutar —dijo Eirica tomando el relevo—. No quieres comprometerte con nadie para no poner en peligro el legado de Martha. Me parece loable. Pero si te atrae, ¡tíratelo!

La carcajada de Aileen fue sonora. Le reconfortaba que las dos estuvieran allí con ella y la ayudasen a aclarar sus ideas. Le daba vergüenza verbalizar algunas cosas, se veía a sí misma como una adolescente de quince años. Pero quizás ambas tenían razón.

—Quizás pueda pensármelo —dijo un poco más convencida.

—¡Claro que sí! —la animó Eirica.

—Ya te lo dije ayer —prosiguió Claire—, eres guapa e inteligente. Sigue tus instintos y disfruta, déjate llevar.

Aileen, con el gesto un poco torcido, valoró la posibilidad de acostarse con un desconocido, pero con un desconocido que era el hombre más atractivo que había visto jamás. Sus pensamientos la trasladaron al porche, al vértigo que le había provocado tenerlo tan cerca como para sentir su piel rozándole el cuerpo y sus labios besándola despacio. Se mareó al imaginarse recorrer más camino, disfrutando de las manos de Andrew en cierta zona de su cuerpo o las suyas descendiendo músculo a músculo. Entonces lo comprendió. «¿Y por qué debería reprimirme y perderme lo que se debe sentir al cruzar esa línea con un hombre como Andrew?», se preguntó. Fue consciente de que acababa de dar un salto titánico hacia lo desconocido. Pero le encantaba haberlo hecho porque le abriría las puertas al placer cerrándoselas al amor.

CAPÍTULO 11

La semana se planteaba igual que la anterior para Aileen: muy complicada. Los pintores continuaban quitando el papel viejo y raspando la pintura de las paredes en todas las estancias. Eran un regimiento y ni así parecía que fueran a acabar nunca. No quería ni plantearse cuando tuvieran que pintar, poner el papel pintado nuevo o el revestimiento de madera que habían elegido para el salón, la biblioteca y el comedor. Por otro lado, los albañiles no avanzaban mejor con los suelos y con los techos. Se iban turnando las habitaciones: mientras unos iban reparando lo que podían de la escayola del techo o tirando lo que no se podía arreglar, otros iban levantando los suelos de madera estropeada, retirando la moqueta en los dormitorios y deshaciéndose del alicatado de los baños cuando aparecía algún azulejo dañado. De los treinta dormitorios que tenía la mansión de los Wright distribuidos entre sus tres plantas, había pensado habilitar un total de veintiséis para los huéspedes del hotel. Las otras cuatro serían para Eirica, Aileen y sus invitados o por si algún día alguno de los empleados necesitaba quedarse a pasar la noche. Estas cuatro estancias estaban ubicadas en las esquinas y eran las más grandes. De esta categoría, que Aileen había denominado ya doble superior, había un total de doce, cuatro por cada una de las tres plantas. Tanto la suya como la de Eirica estarían en la tercera y sus vistas daban al encolerizado mar. Si iban a vivir allí, lo harían bien. Pero, sin duda, la mayor habitación de todo el hotel sería la estancia abuhardillada que había eclipsado sus ojos el día que comenzó su nueva vida en aquella casa. Se transformaría en la *suite* Alice en honor a la hija de Martha.

Respecto a los baños, y por suerte, todas y cada una de las estancias habían sido reformadas con un diseño bastante clásico, pero a Aileen le parecía que ayudaban a mantener una estética romántica que acompañaba al estilo general de la construcción. Además, a su favor tenía que nadie había utilizado jamás la mayoría de las habitaciones, todas ellas *en suite*, así que el estado de conservación en general era muy bueno. Los retretes tenían tapas de madera y en los pies de estos había unas florituras realizadas sobre el material. Las bañeras eran antiguas, con una manecilla para el agua caliente y otra para la fría y un solo grifo. Contaban con cuatro patas que imitaban las de un animal y eran exentas, ubicadas en un lateral. Y en cuanto a los lavabos, eran blancos en todas las estancias y también tenía cierta ornamentación en los pies, confiriéndole al conjunto cierto recargo.

Una empresa de fontanería estaba revisando el correcto funcionamiento de las cañerías, y ¡por fin! le dieron una buena noticia.

—La mayoría de las tuberías está en perfectas condiciones, por lo menos lo que hemos visto hasta ahora. No han tenido mucho uso y es casi un milagro el estado en el que se encuentran.

Aileen no pudo evitar soltar una risotada histérica.

—Necesitaba oír buenas noticias —dijo entusiasmada.

—Son treinta baños más el de la planta baja, además de una cocina, así que todavía tenemos que realizar bastantes comprobaciones, pero parece que toda la fontanería está renovada. Me atrevería a decir que lo hicieron en los años ochenta.

—Debieron cambiarlas justo antes de la muerte de Alice, porque después la casa se cerró para siempre.

Aquel fontanero se limitó a pestañear sin entender el comentario, por lo que decidió ignorarlo y prosiguió.

—Yo creo que en un par de días, si todo está bien, nos iremos y no nos verá el pelo hasta el final de la obra que volvamos.

Aileen se quedó a cuadros.

—¿Y por qué tienen que volver de nuevo?

—Mark es zorro viejo. Ha hecho bien en llamarnos para revisar el estado de la fontanería antes de que empiecen a colocar suelos y azulejos. Dada la antigüedad de la casa, pensábamos que habría que modificar toda la fontanería, pero, como le decía, está impecable a pesar de tener tantos años. Lo que a veces ocurre es que se rompe alguna tubería durante la reforma y tenemos que volver.

Su alegría se esfumó ante la idea de que aquello pudiera pasar. El responsable de los fontaneros, que se percató de ello, aprovechó para dirigirse a su equipo y continuar con las labores de reconocimiento. No parecía querer dar más explicaciones.

Pasados unos segundos, Aileen se dirigió hacia la biblioteca pensando en su comentario sobre el fallecimiento de Alice. Desde que llegó a Balford la había tenido presente y, sin embargo, tenía la impresión de que apenas había podido dedicarle un solo pensamiento a ella y al motivo por el que había decidido mudarse. Con esa idea se dejó caer en un sillón. Allí había una pareja de restauradores que catalogaban con minuciosidad las piezas que requerían de su maestría para lucir como el primer día, tal como antaño un artesano las dejara. Continuaron con su labor, ajenos a la reflexión en la que se sumergía Aileen: ¿cómo podría avanzar en su propósito de destapar toda la verdad? Sabía dónde quería llegar, pero no el camino a seguir, y ahí era donde radicaba su problema. La propia Martha le había reconocido que desconocía todo sobre el crimen de su hija. Según le había contado al principio de su relación, tanto su yerno como ella tocaron a todas las puertas posibles en Balford y Edimburgo para buscar mayor apoyo policial y que se investigara a fondo el asesinato. Sin embargo, la realidad era que aquel crimen se había cometido, aparentemente, de forma impecable: sin testigos que aportaran testimonios, sin pruebas que supusieran indicios de los que partieran algunas posibles líneas de investigación y

sin sospechosos a los que poder llegar a incriminar de forma irrefutable. Martha, además, nunca quería tocar el tema, salvo en un puñado de ocasiones muy concretas. Por ejemplo, el día en que le contó que, en su opinión, el crimen perfecto no existía y que delante de sus ojos habría estado con total seguridad algún testigo, prueba, sospechoso o responsable de arrebatarse su mayor tesoro. O cuando en su carta hizo alusión a ello, pero con un enfoque diferente. No había tenido muchos momentos para pensar en aquello. «¿Qué cabos habría atado Martha para afirmar con tal convicción aquello que rezaba en su carta: “Desde hace un año, tu llegada me hizo reflexionar sobre algunas cosas que nunca me paré a pensar en aquel entonces y has sido el primer atisbo de luz en mi mundo oscuro”?», pensó.

Se levantó del sillón y comenzó a merodear por la biblioteca acariciando los lomos de los libros, pero sin reparar en lo que hacía. Seguía recordando secuencias de conversaciones archivadas en algún recóndito lugar de su cabeza sobre Alice Wright. Le vino a la memoria cuando le preguntó cuándo decidieron dejar de buscar a su asesino. Recordó que había temido la reacción de Martha porque, aunque trató de utilizar hábilmente las palabras, la pregunta era cuándo se habían rendido. La respuesta de Martha no fue irreflexiva, pero era obvio que se la había contestado antes a sí misma. Tampoco era fácil ni rápida, pero, para su tranquilidad, sí careció de reproches hacia ella. «Lo relevante no es cuándo, sino por qué, Aileen. Mi yerno y yo teníamos un deber mayor que el de saber la verdad sobre lo que le había ocurrido a Alice: cuidar de Charles con todo el amor que ella le hubiera dado. No debía crecer a la sombra de la tragedia, sino encumbrado por el amor que recibía tanto de su padre como de mí. Con todo nuestro pesar, Clark y yo acordamos abandonar Balford y empezar nuestras vidas desde cero. Ahí fue cuando adopté mi apellido de soltera y me escondí en un modesto piso en Edimburgo mientras que Clark eligió poner más distancia yéndose al sur. Charles debía continuar con su vida siendo tan solo Charles, un niño, y no el hijo de la difunta Alice Wright».

Tras aquella ensoñación, Aileen se encontró a sí misma detenida ante una ventana, mirando el lateral derecho del jardín. No había sido consciente de sus movimientos. Parecía que aquel recuerdo la liberó sin más una vez que consideró oportuno disiparse. Al girarse, reparó en un viejo tubo de cartón arrinconado al lado de una estantería. Se aproximó para cogerlo y ver qué tesoro escondía. De él extrajo unos enormes pliegos de papel envejecido y se maravilló al comprobar que eran los planos de la mansión. El olor a papel se había concentrado como si acabara de abrir una lata de conserva, hermética desde hace varias décadas. Pero algo llamó su atención. Junto a aquel olor detectó un perfume diferente, a cada instante más intenso. Cerró los ojos para disfrutarlo. Le resultaba agradable e incluso familiar. Y ahí fue cuando notó el silencio sepulcral que envolvía la casa. Se había quedado sola, por lo que dedujo que debían de ser más de las doce y todos se habrían ido hace rato a comer. Pasaron solo unos segundos cuando unas manos le taparon los ojos. El tacto era suave, delicado. Y, claramente, aquella persona era la portadora del dulce olor. Eirica andaba por allí, pero llevaba días quejándose de que sus manos

estaban destrozadas de tanta jardinería y estas eran suaves. Se percató, además, de que no eran manos finas de mujer, sino grandes, de hombre. Sabía que Mark nunca jugaría con ella a ese tipo de juegos. Y al pensar en qué hombre se acercaría hasta allí para taparle los ojos de una forma sugerente fue cuando supo con certeza quién era. Su inesperado acompañante, viendo que no se atrevía a nombrarlo, se acercó a su oído y le susurró:

—¿Necesitas alguna pista?

El cuerpo de Aileen ardió en deseo al percibir aquella voz rozándole el lóbulo. Nerviosa, se liberó de las manos que le privaban del único sentido que no estaba colapsado por su presencia.

—An... Andrew. Qué... sorpresa —balbució a duras penas—. Creo que eres la última persona que esperaba ver.

—¿Por qué? —Fingió sorprenderse.

Aquella falsa ingenuidad la pilló desprevenida. Debía reconocer, además, que, dada la forma en la que se habían separado la última vez, era extraño que volviera y mucho más que lo hiciera con una actitud juguetona. Se acordó de su última conversación con Eirica y Claire y reaccionó a tiempo. Si él quería jugar, ella también sabía hacerlo.

—Espero a otra persona.

Los ojos de Andrew brillaron.

—¿Un hombre?

—¿Importa?

—A mí, sí —confesó, manteniéndose a escasos centímetros de ella.

Aileen notó que su corazón se sacudía con violencia. Esperaba que él no se percatase o perdería cualquier posible ventaja que pudiera llegar a tener. No conocía de nada a aquel hombre, pero ansiaba cogerle la mano y guiarlo por todo su cuerpo. Sentirlo dentro. Nunca había experimentado semejante necesidad y menos aún a un nivel tan extremadamente sexual. Un movimiento detrás de Andrew captó su atención y lo sacó de su breve letargo psicosexual. Era Eirica.

—Perdonad, vuelvo más tarde —dijo ella intentando escabullirse.

—No, no te preocupes —le respondió Andrew sin apartar la vista de los ojos de Aileen—. Ya me había avisado de que esperaba a alguien. Me paso en otro momento, a ver si alguna vez conseguimos hablar a solas.

Aileen le mantuvo la mirada con firmeza en un silencioso reto, a sabiendas de que Andrew había ido allí con el único propósito de hacerse notar e impacientarla. Ella había aceptado la parte del juego que le correspondía de acuerdo con lo que Claire y Eirica le habían propuesto: disfrutar de una relación sin sentimientos, estrictamente física y basada en el placer. Y aunque Andrew abandonaba la biblioteca sin saber que había conseguido su propósito con aquella efímera visita, ella temblaba al pensar lo frágil que podía llegar a ser su situación si aquello se le iba de las manos.

—¿Este no venía solo los fines de semana? —preguntó Eirica, confusa.

—No lo sé. —Guardó los planos sin darse cuenta de que los había sostenido en la mano todo aquel rato. No le importaban ya lo más mínimo después de aquel encontronazo, así que colocó el tubo en un rincón de la biblioteca, pensativa.

—¿Y qué quería?

—Tampoco lo sé.

—¿No te ha dicho a qué venía?

—No me ha dicho nada.

—¿No habréis...?

—¡¡NO!! ¿Pero estás mal de la cabeza? ¡La casa está llena de gente!

—En realidad, está vacía, están todos en el *pub* del pueblo comiendo. ¿No te habías dado cuenta?

—No los oí salir, me quedé absorta al entrar en la biblioteca.

Eirica la miró con escepticismo, pero prefirió cambiar de tema.

—Anda, vámonos a comer también nosotras, que últimamente estás en Babia.

Los días se fueron sucediendo uno tras otro sin que Aileen supiera nada más de su vecino, por lo que se centró en los avances de la reforma. Se esforzó por no perder los nervios, focalizándose en los tres aspectos más positivos de aquella inesperada situación:

La mansión se había conservado, en general, muy bien y no había que hacer cambios estructurales ni una reforma integral.

Las tuberías estaban en perfecto estado gracias a la renovación acometida en los ochenta y, además, su falta de uso, sorprendentemente, no las había deteriorado.

Tenía un proyecto de vida ante ella que era único, siendo la dueña de todo lo que el futuro le quisiera poner por delante.

Pero reconocía también que era inevitable que detrás de cada uno de esos puntos positivos siguiera un aluvión de objeciones:

La reforma no era integral e iba en plazo, pero creía, de forma infundada, que el ritmo era más lento de lo que ella deseaba, ya que se impacientaba por empezar su nueva vida.

Tenía presente las palabras del fontanero, pero era esperable algún accidente durante la obra y le preocupaba lo que pudiera suponer en cuestión de tiempo. Esto no estaba contemplado en su planificación inicial.

Su proyecto de vida era único, pero ahí estaba Andrew, que, aunque no era una amenaza para ella porque solo sería sexo, simplemente, existía. Y eso ya era clasificado como un posible riesgo.

La llegada del viernes la animó. Se iría a dormir pronto para disfrutar de un sábado de verano que, aunque se planteaba lluvioso, tendría temperaturas suaves en comparación con el resto del año. Y en eso andaba pensando cuando Eirica entró en la cocina de Claire.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

«Mierda», pensó Aileen.

—Nada, quedarme en casa.

Eirica, que se servía una taza de té, se giró sorprendida.

—¿Cómo que nada? ¿Y qué hay de tu plan?

—El plan puede esperar. Mi recuperación de sueño atrasado, no.

—¡Venga ya! ¿En serio?

—Como lo oyes. Estoy reventada.

—¿Seguro que no es una burda excusa para no hacer frente a tu propósito de sexo desenfrenado con Andrew?

Aileen consiguió ocultar bien su amago de atragantamiento.

—¡Qué va! Pero necesito esta noche acostarme pronto, estoy KO.

—¿Mañana irás al *pub*? Mark ha quedado con unos amigos.

Aileen sabía que ahí ya no había excusa que valiera.

—Me tomo tu silencio como un sí —continuó Eirica—. Contamos entonces contigo.

Si había algo que adoraba Aileen en la relación con su amiga era que apenas tuvieran que hablar para entenderse.

—¿Qué tal con Mark? —quiso saber Aileen—. Con tanto ajetreo, os veo ir y venir, pero no hemos tenido casi tiempo de hablar y tú no me cuentas nada tampoco.

Eirica parecía levitar en aquella cocina con solo sacarle el tema.

—Muy bien, la verdad. Estamos muy a gusto juntos y tengo la sensación de que llevo toda la vida con él. Se me hace raro sentir que tengo pareja estable cuando le conozco desde hace menos de un mes.

—Sabes que esa es la mejor de las señales, ¿no? Estás enamoradísima y no sabes cómo me alegro por ti. Bueno, y por él, claro, que tú eres la mejor persona que habita el planeta.

—No sé...

—¿Cómo que «no sé»?

—Es que a veces me entra miedo, no puedo evitarlo. Lo veo todo tan fácil y fluyendo que me hace dudar. Ya ves que, al final, no predico con el ejemplo de no pensarme tanto las cosas —dijo con una sonrisa inacabada.

—¿A qué te refieres?

—Pues a lo que nos ha pasado siempre a las dos. Que salimos con tíos y leemos cientos de veces sus mensajes, buscando entre líneas el significado a cosas que, simplemente, son lo que son: palabras sin un trasfondo oculto. A ese mensaje le viene pensar durante horas una respuesta y acabas preguntando a tus amigas qué creen que debes responder. Tengo la impresión de que siempre ha sido complejo porque los sentimientos de ambas partes nunca han estado alineados y

ahora que lo están, lo jodido del tema es que también me descoloca y no sé qué pensar. — Suspiró, dejándose caer en una silla al lado de Aileen.

—Te entiendo. —Le acarició con afecto la espalda, tratando de reconfortarla—. Lo que tienes que pensar es que hemos estado saliendo con los tíos equivocados. Por eso le dábamos mil vueltas a las cosas, porque, como dices, nunca hemos buscado lo mismo. Creo que una de las partes siempre ha querido menos que la otra. Pero ahora se te ha cruzado una persona en el camino que ha visto lo increíble que eres y no quiere dejarte escapar, con la suerte de que tú le correspondes y sientes que solo quieres estar con él. Ese, Eirica, es el milagro del amor y, por desgracia, no es habitual vivirlo. Sabes que Mark seguramente se siente el hombre más afortunado del mundo, ¿no?

—Muchas gracias, Aileen. —Se sonrojó.

—¿Por qué? ¡Es la cruda realidad! ¡Vales muchísimo! Así que déjate de miedos y disfruta, porque no te mereces menos de lo que tienes ahora mismo. Y si en el camino hay algún tropiezo, ya verás que se resuelve.

Claire entró en la cocina en ese instante y reparó en la complicidad de sus sonrisas.

—¿De qué habláis tan animadas?

—Eirica cree que lo suyo con Mark es demasiado bonito para ser verdad.

—Pamplinas —dijo Claire, sin reparar en lo pasada de moda que estaba su expresión—. Se ve a kilómetros que está loquito por ti y eso, mi querida Eirica, no se va a estropear de ninguna manera, es imposible. Otras parejas tardan meses o incluso años en llegar ahí, pero vosotros, en cambio, habéis tardado un puñado de días en daros cuenta de que sois tal para cual.

—Gracias, chicas —balbuceó Eirica, lagrimosa.

Aileen y Claire se abalanzaron con afecto hacia ella y la abrazaron.

—De verdad —insistió Eirica.

—Pues no tienes ni que dárnoslas —añadió Aileen.

Claire se dirigió a ella.

—¿Y tú qué?

—¿Cómo que yo qué?

—Pues eso, que qué planes tienes tú con Andrew en los próximos días.

Aileen cogió su taza de té y bebió un poco más, intentando ganar tiempo para responder, pero Eirica se le adelantó:

—Eso le decía yo —intervino—. Que a qué espera, y me dice que está cansada.

—¿Cansada de qué? —se sorprendió Claire.

—De la obra —aclaró Aileen.

—Madre del amor hermoso, pues si estás cansada de la obra, ¿qué vas a dejar para cuando echéis el primer polvo?

Aileen no pudo evitar escupir el té por la sorpresa, esparciéndolo por toda la mesa. No sabía si le sorprendía más la burrada que le acababa de soltar Claire o que pudiera, a su edad, usar *pamplinas* y *echar un polvo* en la misma frase. Ella pareció notarlo.

—Aunque sea de otra generación, estoy al tanto de las expresiones más útiles —alegó, orgullosa.

—¿Útiles para qué? —quiso saber Eirica, divertida.

—Para las conversaciones con vosotras. Me estoy poniendo al día con mis nuevas amigas, para cuando tengamos que comentar lo que pasa en el pueblo. Pero no me cambies de tema.

Aileen estaba roja a causa de la vergüenza. No estaba acostumbrada a exponer su vida más íntima de aquella manera. De hecho, consideraba que había avanzado en materia de confianza más en una semana de lo que lo había hecho el resto de su vida, pero no por ello dejaba de sentir cierto estrago sobre su pudorosa visión de la vida sexual. Superado el trago de abordar de nuevo el tema, contestó dentro de los límites de una conversación normal.

—Esta noche me quedo en casa para descansar de la semana y mañana saldré al *pub* con Eirica, Mark y sus amigos.

—¿E irá Andrew? —quiso saber la anciana.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? No entiendo nada —se quejó—. ¿Y por qué no quedas con él?

—Porque no tengo su teléfono —dijo Aileen a sabiendas de que había otras formas de quedar con él.

Claire pareció leerle la mente.

—¿Y por qué no te pasas por su casa?

«No estoy hecha para las excusas», pensó Aileen antes de responder.

—Porque no sé si estará —escupió.

—Mirémoslo de otra forma —intervino Eirica, tratando de ayudarla—. Es un tío moderno y dicen que tiene pasta, así que podría estar en cualquier sitio de Escocia o del mundo si quisiera. Por tanto, si viene de nuevo este fin de semana y va al *pub*, estoy segura de que es porque está interesado en ti.

—Es decir, que si no viene es que no le intereso en absoluto.

—Yo no he dicho eso —respondió ofendida por cómo tergiversaba sus palabras.

—Pero, Aileen —dijo Claire, que miraba sus uñas con un repentino interés y casi como si se abstraiera de sus propias palabras—, si no te interesa nada y es por echar un polvo de una noche, ¿qué más te da si le interesas o no?

Cada vez que Claire decía «echar un polvo», Aileen percibía el calentamiento global caer con todo su peso sobre ella, duplicando la temperatura de la habitación. Al final, consideró que la mejor forma de salir de aquella era disimular, aunque ni ella misma se lo creyera.

—Bueno, tampoco es que me vaya la vida en ello. De hecho, si os digo la verdad, me da bastante igual si se interesa por mí o no.

Se levantó para limpiar el té de la mesa, mientras Claire y Eirica intercambiaron una rápida miradita sin que se percatase. Eirica decidió que no había mucho más que rascar en aquella conversación y que era el momento de zanjarla, así que se puso en pie.

—Deberíamos irnos a la casa.

—Estoy de acuerdo —respondió Aileen, aliviada—. ¿Esta noche nos vemos aquí? —preguntó a Claire.

—No lo creo, hemos quedado para cenar en casa de Susan y volveré tarde.

Aileen pareció contrariada con la idea de ser la única que no saldría esa noche de viernes, pero estaba muy cansada y sabía que era lo mejor. Así podría dedicarse a dormir y reponer fuerzas.

Y eso fue lo que hizo: se preparó unos fideos chinos en menos de tres minutos, después vio una película en su habitación en modo relax y, ya en la cama, con la mente puesta en Andrew, el *pub* y los nervios de si aparecería o no al día siguiente, se quedó dormida.

CAPÍTULO 12

El sábado por la mañana se despertó con la energía renovada al cien por cien. Fueron tan solo unos segundos, pero sintió que su cabeza se mantenía aislada del presente, todavía en las profundidades del sueño. Sin embargo, el regreso a la realidad fue seco y abrupto cuando la idea de sexo-desenfrenado-con-Andrew aterrizó en primer plano. Inspiró y expiró varias veces, despacio, tratando de mantener la calma. Sabía que la respiración ayudaba a mantener a los nervios a raya, pero, viendo que aquello no funcionaba, trató de racionalizar la emoción mediante una conversación consigo misma.

«Aileen, cálmate», se dijo.

«No puedes», le contestó su subconsciente con irreverencia.

«¿Cómo que no puedo?».

«No has practicado sexo espontáneo en tu vida, no lo vas a hacer ahora».

«Sí que lo voy a hacer. He cambiado, no soy la mojigata de antes».

«No, no has cambiado. Además, ¿qué te hace pensar que tú le interesas?».

Mente en blanco.

«Dios, ¿y si no le intereso?»

Abrió los ojos y, mirando al techo, recapacitó.

«Vale. Esto es lo que voy a hacer. Me voy a levantar de la cama, voy a bajar a por un café y me olvidaré del tema. No le voy a dar más vueltas. Se acabó pensar tanto, que le den a todo. Si Andrew viene esta noche, es porque puede que esté interesado. Lo esperable, y lo deseable, es una relación intensa con él limitada a lo sexual. Casi con total seguridad, se tratará de un lío de una sola noche y por fin me habré atrevido a disfrutar del sexo aislado, sin sentimientos. Y si veo que no me apetece lanzarme o no quiero hacerlo, no tengo por qué hacer nada. Es más, quizás no quiera ya ni hacerlo».

Pensaba que se había librado de aquella vocecilla en su cabeza al abrir los ojos, pero descubrió que no.

«Sí, sí que quieres hacerlo», sentenció su subconsciente.

«Vale. Definitivamente, necesito un café».

El día se pasó más rápido de lo que hubiera querido, en parte gracias a una fugaz visita a su tienda favorita de Edimburgo. Quería comprarse unos vaqueros nuevos, ya que, con el cambio de vida de oficinista a propietaria de un futuro hotel, había perdido un par de kilos. Además, pensó que era buen momento para renovar su lencería. «Por si acaso». Dio varios paseos por la ciudad

con un pequeño parón para comer en su banco favorito, el de Alice Wright. Comió en silencio un sándwich, con la mente saltando de un pensamiento a otro, rumiándolos, pero llegando solo a ideas inconclusas. Seguía pensando que sabía su destino. Era como un mal sueño que se repite cada noche y del que nunca te despiertas a tiempo. Por más que le daba vueltas, no era capaz de vislumbrar la senda que debía seguir para llegar hasta allí. No podía hablar con nadie, algo que podría haberle arrojado quizás una nueva perspectiva. Seguía manteniendo que, para no levantar sospechas y evitar poner en peligro a sus amigas de forma innecesaria, debía mantenerse callada. Era clave centrarse en la mansión de los Wright y que todo Balford pensara que su único motivo allí era rehabilitarla para su disfrute personal. Se estaba encargando de extender el rumor con Claire y sentía cierta culpabilidad por eso, pero cuanto más extensa fuera la mentira que las envolviera, mayor era a su vez la protección que les brindaba.

Ya de vuelta en Balford, llegó el momento de arreglarse. Se alisó su pelo acaramelado y se decidió por un *outfit* sencillo de vaqueros negros, blusa *beige* con cuello de encaje y mangas abullonadas. Completó el *look* con unas sandalias de siete centímetros de tacón negras, con pequeños detalles de pedrería. Cuando se miró al espejo, no pudo evitar sonrojarse. Se veía guapa por primera vez en mucho tiempo y no pudo evitar pensar en su última ruptura, que fue demoledora. La puerta que daba acceso a una parcela prohibida dentro de su cabeza se abrió. Eso era un tema tabú incluso para ella, y aquella no era la noche para permitir que los viejos fantasmas volvieran para asustarla. David le había provocado una total pérdida de confianza en el amor y en el sexo opuesto, lo que le había supuesto el abandono de cualquier necesidad relacionada con su amor propio. Como, por ejemplo, desear arreglarse para mirarse en un espejo y ver la imagen de una mujer fuerte, segura de sí misma y que sabe lo que quiere en la vida. Se insistió que aquella no era la noche para descubrir si su pasado con él era, de verdad, agua pasada. Su juego seguía, sin dudarle un ápice, y su objetivo esa noche era hacer enmudecer a Andrew. David, ahora, no era relevante.

Cuando salió de su habitación, Eirica la miró y dejó de pestañear. Reconocía a su amiga, pero hacía mucho tiempo que no la veía poner interés en sacar partido a su aspecto físico.

—Estás... espectacular —le dijo.

—Tú también estás guapísima, Eirica. Es como si tuvieras un aura diferente.

—*L'amour* —respondió risueña—. ¿Nos vamos?

Aileen inspiró profundamente y asintió. Eirica se percató.

—Pareces un flan. De hecho, se te ve bastante nerviosa.

—Intento estar tranquila, pero...

—Pero ¿qué? Tú tienes claro que es algo físico y no químico, así que no tienes por qué estar nerviosa.

Aileen notó una mayor presión en el pecho y Eirica percibió un incremento de su ansiedad.

—Oye, no te sientas presionada, ¿vale? Olvídate de nuestra conversación con Claire y haz lo que te pida el cuerpo. A mí me encanta cómo eres y cómo decidas ser con Andrew o con quien sea. Sé tú misma y, si te apetece, te acuestas con él y, si no, no tienes por qué hacerlo. Tú mandas.

Aileen recordó la conversación matutina consigo misma, pero prefirió no comentar nada por miedo a que la recluyeran en un psiquiátrico. «Y con razón», pensó.

—Sal esta noche —continuó su amiga—, diviértete, habla con él y deja que todo fluya. Sin forzar. Lo que tenga que ser será. Y ya está.

—OK. Salir, disfrutar y no forzar —repitió Aileen en voz alta, esforzándose por convencerse de lo que decía.

Eirica la miró, no sin preocupación. Aquella actitud le pareció que solo podía significar una cosa, pero lo dejó pasar para no contrariarla más.

Mark pasó puntual a buscarlas. Fueron a cenar a casa de un amigo suyo que vivía a una corta distancia del *pub*. En realidad, en Balford todo estaba cerca dado lo pequeño que era el pueblo. Aquella cena fue la medicina perfecta para Aileen, ya que la ayudó a serenarse y aplacar los nervios. Se sentía más calmada, pero también era cierto que las dos copas de vino tinto que se había tomado en menos de una hora contribuyeron a su paz mental. No había vuelto a pensar en Andrew, salvo algún *flash* aislado que la azotaba con recuerdos de diferentes aspectos relacionados con su cuerpo: su sonrisa, sus manos, sus brazos, sus ojos... Incluso su tacto. Le parecía, resumiéndolo en una única palabra, perfecto. Eso sí. Se repetía insistentemente, a modo de mantra, «Todo es físico».

El momento de salir de aquella casa llegó casi sin darse cuenta. Pero los miedos iniciales que la habían paralizado se habían disipado por completo. Tenía claro que aquella noche salía a por todas.

Pero la realidad difirió de lo que Aileen tenía en mente. Nada más llegar al *pub* localizó a Andrew como si una baliza le indicara su ubicación exacta. Él ya tenía sus ojos clavados en ella, hechizado por su presencia, algo que no le pasó desapercibido. Estaba con el compañero de la última vez y se les habían sumado otros nuevos: tres hombres, además de Andrew y dicho amigo, y dos mujeres. Echó cuentas y concluyó que era plausible que aquellas dos mujeres pudieran ser pareja de alguno de los cinco hombres que componían el grupo. Durante una décima de segundo, se planteó si alguna de ellas podría ser, incluso, la novia de Andrew, pero decidió que lo único que podía hacer ahora, era observar. De hecho, escaneó sus propias emociones, tratando de emitir un veredicto sobre su nivel de histeria. Para su sorpresa, estaba relajada hasta niveles insospechables para sus estándares.

—¿Qué te vas a pedir, Aileen? —le preguntó Mark elevando la voz para hacerse oír por encima de la jauría de voces.

—Un vino tinto. Gracias, Mark.

Andrew no le quitaba los ojos de encima, pero Aileen decidió hacerse la dura. Quería ganar ventaja en la partida que ambos sabían que estaban jugando desde su visita a la biblioteca de la mansión de los Wright. Rompió el intenso contacto visual que habían mantenido y se dirigió con Eirica a una zona más apartada del *pub*, donde se unieron al resto de amigos de Mark. El *pub* estaba aquella noche hasta arriba y Aileen consiguió encontrar sitio para su veraniega chaqueta en un perchero apartado, próximo a los lavabos. Por suerte, en un pueblo tan diminuto, las posibilidades de que te robaran la chaqueta y todo el mundo no supiera el nombre del culpable antes del amanecer eran nulas.

—Mark me ha dado esto para ti —le dijo un amigo de Mark, entregándole su vino.

Había coincidido con él en la cena, pero al haberse situado en extremos opuestos de la mesa, apenas habían tenido oportunidad de hablar.

—Gracias.

—Bueno —continuó el portador de la copa—, así que has dado un cambio radical a tu vida, ¿no?

Aileen agradeció la conversación para romper el hielo.

—Bueno, sí, un poco.

—¿A qué te dedicabas antes? Vamos, Mark me ha comentado que Eirica y tú os habéis mudado aquí para reformar la mansión de los Wright, pero no me ha contado mucho más.

—Trabajaba en una oficina llevando las redes sociales de una empresa escocesa.

—¿Gestionabas su TikTok?

Aileen nunca había visto su trabajo reducido a tres palabras. Dicho así, parecía que su trabajo o, mejor dicho, extrabajo, se reducía a pasarse las horas en TikTok publicando contenido. Decidió que valía la pena explicarle un poco mejor en qué consistía.

—En realidad, había otras personas que llevaban las publicaciones en TikTok. Yo me encargaba de la estrategia para varios países en las diferentes redes sociales.

—Entonces, ¿también gestionabas su Twitter, Instagram y demás?

Aileen pestañeó, despacio, procesando si había escuchado la explicación o simplemente, estaba pensando en una respuesta sin importarle lo que le había dicho.

—Exacto —claudicó, aun cuando no era así.

Los dos se quedaron callados y, en un intento de romper el hielo por segunda vez, él se presentó.

—Por cierto, soy William. Will para los amigos.

Aileen le estrechó la mano. Agradeció que le recordara el nombre porque, con el tumulto de presentaciones en la cena, apenas había retenido un par de ellos.

—Aileen —respondió, e inmediatamente se sintió ridícula.

Él ya se había referido a ella por su nombre al entregarle la copa. «¿Qué clase de conversación es esta?», se preguntó.

—Lo sé, Mark me ha hablado de ti.

Aileen no sabía muy bien qué esperar de la charla con Will ni por qué Mark le habría hablado de ella. Su acompañante pareció captarlo.

—En realidad —comenzó a decir—, yo se lo he preguntado. Oí hablar de la nueva propietaria de la mansión de los Wright y tenía mucha curiosidad por saber más de ti y... bueno, me apetecía conocerte. De hecho, me encantaría casarme contigo.

«Tierra, trágame. Y hazlo ahora mismo», por favor, pensó Aileen. Lo que había empezado como un diálogo sin rumbo se tornaba ahora en un incómodo silencio tras aquel inexplicable comentario. Inconsciente y fugazmente, su mirada se dirigió hacia Andrew y lo encontró en el mismo lugar, pero esta vez de espaldas a ella. Quería acercarse y pasar un rato con él. Contra todo pronóstico, lo que el cuerpo le pedía no era una noche alocada, sino hablar y reírse con él. Pero, después de que Claire le filtrase que sus movimientos estaban siendo analizados al milímetro desde su llegada, no quería ser la comidilla del pueblo una vez más. Fue lo que la mantuvo alejada de él. De hecho, el interés de Will en ella confirmaba que había revuelo por su presencia en Balford. Debía ser cauta si quería evitar conversaciones sobre ella y Andrew o incluso sobre otras cuestiones.

Aileen decidió que aquel paréntesis en la conversación con Will, y viendo que Eirica por fin paraba de besar a Mark, era el momento perfecto para disparar sus pensamientos a un alma amiga. Se despidió de Will y de su extravagante petición con un simple «Te veo luego» y se acercó a Eirica.

—Pasa de mí.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no me está haciendo ni caso. Creo que no soy ni un polvo para él.

Eirica se rio a carcajadas.

—Lo que dijimos fue, que, si venía, es porque casi seguro que está interesado en ti. Y ha venido, ¿no?

—Y yo te digo que no, que es imposible. No me ha dirigido la palabra ni una sola vez. Me ha mirado al entrar y listo. —Se llevó las manos a la cadera con cierto enojo—. ¿Está pasando de mí?

Eirica no podía dejar de reírse.

—¡No te rías! —la increpó Aileen— ¡Vosotras sois las que me habéis metido en la cabeza la idea de este jueguito!

—Es innegable que el chaval es guapo —continuó Eirica con sorna—. Puestos a que se lo lleve alguien a la cama, prefiero que seas tú.

—Bueno, pues tal como va la cosa, ni polvo, ni beso, ni nada esta noche. No entiendo nada... ¡Si vino a la biblioteca y todo, con su jueguito de manos! No sé, creo que quizás alguna de esas mujeres es su novia y por eso no se acerca.

—No lo creo.

—¿Y tú qué sabes?

—A menos que en ese grupo tengan relaciones muy abiertas, he visto a las dos muy pegaditas a otros dos de sus amigos. Además, ¿es que no has visto el repaso que te ha dado al entrar? Si llegáis a estar solos...

Aileen notó que se le encendían las orejas. Sabía que era ella quien había empezado la conversación, pero debía huir. El escapismo parecía haberse convertido en su actividad favorita últimamente.

—Cambiano de tema —le soltó a Eirica de forma abrupta—. El amigo de Mark es un poco extraño, ¿no?

—¿Will? Es muy buen chico, solo que su humor a veces puede resultar extraño. Por lo menos al principio, pero luego te acostumbras. Creo que ha sido bastante majo por acercarse a ti y darte palique.

—¿Y si te dijera que me ha sugerido que nos casemos? ¡Tras quince minutos de conversación! Sé que es una broma, pero ¿quién bromea con algo así cuando acabas de conocer a la otra persona? —dijo con una gesticulación algo exagerada que contrastaba con el susurro en el que se lo contaba a su amiga.

—Me encaja con su tipo de humor. Debo confesarte que, cuando has venido, me estaba planteando si quizás era ya el momento adecuado para ir a rescatarte.

—¿Y eso me lo dices porque...?

Eirica se desternillaba.

—Es un poco plasta. Mark me lo dijo el primer día. Lo intenta con todas a saco.

—¿Y te esperas hasta ahora para decírmelo?! ¡Si ni te has dignado a venir para salvarme! Me he rescatado a mí misma cuando me he dado cuenta del percal.

—Quería ponerte a prueba, a ver si eras capaz de marcarte un autorrescate —la vaciló.

—Pues ya ves que sí —sentenció Aileen, arrugando la nariz y poniendo cara de falsa ofensa. Mark llegó en ese momento.

—¿De qué habláis?

—De tu amigo Will, de cómo lo intenta con todas —le aclaró Aileen.

Él se echó a reír también.

—Es increíble, Eirica, ¿no la habías avisado?

—Yo también pienso que es increíble —dijo Aileen, exagerando adrede su indignación.

—El caso —dijo Mark— es que le funciona bastante bien. Es un chaval atractivo que empieza en frío, preguntándote por esto y por aquello, y la que no lo manda a paseo en media hora acaba enrollada con él.

Aileen miró su reloj.

—Tranquila —dijo el novio de su amiga—, os tenía cronometrados. Si hubierais llegado al minuto veintinueve, yo sí habría ido a salvarte —añadió mirando de refilón a Eirica.

—¡Pensaba salvarla! —se defendió ella.

—Pues no sé cuándo, la verdad —protestó Aileen.

—Oye, ¿y por qué no te acercas tú? —soltó de repente Eirica.

—¿A Will? ¿A contarle todo lo que me habéis dicho? ¿O para aceptar su propuesta de matrimonio?

—No, idiota. A Andrew.

—No —respondió tajante.

—¿Y eso por qué?

A Aileen le daba cierta vergüenza hablar delante de Mark. Su amiga lo intuyó.

—No te preocupes, Mark es una tumba. ¿A qué sí?

Él, que no quería interrumpir, se limitó a asentir.

—Quizá al principio de la noche habría tenido más sentido. Acabo de llegar, no conozco a nadie y me acerco a saludarlo. Después de más de media hora, parecerá que he estado esperando a que se acercará él y he acabado yendo yo a la desesperada. No le daré ese gusto.

—Si te hubieras acercado al llegar, creo que sí habría sido un poco «he venido por ti y solo por ti».

Mark abrió los ojos, no salía de su asombro.

—¿De verdad os planteáis todo eso? ¿En una sola noche?

Ambas se rieron. Fue Eirica quien le aclaró las cosas.

—En realidad, eso ha sido solo durante el rato que llevamos aquí. Para cuando finalice la noche, habremos llegado a muchas más conclusiones.

—No sé por qué os complicáis la vida. ¿Te gusta? —le preguntó a Aileen a bocajarro.

—Digamos que tengo un interés en él... muy concreto.

—Pues, entonces, es un sí. Ve, salúdalo y listo. Y lo que tenga que ser será.

Pero Eirica negó con la cabeza.

—No. Así es como hacéis vosotros las cosas, pero nosotras no. De hecho, retiro mi propuesta y te doy la razón, Aileen.

—Os odio a los dos. Me confundís. Y ahora mismo lo único que quiero es otra copa de vino.

Le dio un último trago a la copa para vaciarla y se dirigió a la barra a por otra.

Ya no se movió de allí durante las siguientes dos horas. Bradley, el dueño del *pub*, se ofreció a invitarla no a una copa, sino a varias y de diferentes vinos. Ella, por precaución y para evitar las malas jugadas del alcohol, similares a la que le impidió saber a quién se había llevado a la cama aquel día de la playa, les daba un escueto sorbo y dejaba al antojo del barman la decisión de cambiársela por otra cuando lo considerara oportuno. Bradley la mantuvo muy entretenida con un montón de historias, empezando por aquella en la que su madre había pensado emparejarlo

con Eirica. Y a esta le siguieron otras muchas acompañadas de tragos más bien cortos en el baile de copas de vino al que la había invitado. Quería evitar una borrachera que, en un pueblo como Balford, habría sido sonada. Sin darse cuenta, llegó la hora del cierre. A su alrededor quedaban todavía bastantes personas que fueron despidiéndose de Bradley y saliendo a la calle, Aileen entre ellas. A la salida se reencontró con su amiga.

—¿Qué tal con Bradley? Mark siempre habla maravillas de él —le preguntó, cogida del brazo de su chico.

—Es un tío superdivertido y no sabéis la de cosas que me ha contado sobre el pueblo —añadió Aileen, caminando en dirección a la casa de Claire.

—Sí, Bradley es un buen amigo desde hace muchos años y es la clase de persona a la que puedes acudir cuando necesitas ayuda con algo. Es la persona más dicharachera que conozco, pero luego es hermético con lo que le cuentas.

—Se nota a la legua que es una persona extraordinaria —dijo Aileen, pensativa. Había tomado buena nota: «Es la clase de persona a la que puedes acudir cuando necesitas algo».

Acaban de llegar a la puerta de Claire y Aileen miró a la pareja embelesada por el magnetismo que desprendían cuando estaban juntos. No pudo sentir más que alegría por Eirica, aunque una parte de ella ansiaba tener una relación así.

—Bueno, pareja, os dejo aquí.

Eirica pasaría la noche con Mark y habían tenido la deferencia de acompañarla para que no fuera sola. Aileen los besó en la mejilla y entró en la casa. Estaba muy decepcionada. Aquella noche había esperado impresionar a Andrew y poder dar rienda suelta a sus necesidades estrictamente físicas. No es que creyera que se podrían haber liado así por las buenas en un rincón del *pub*, pero, sin duda, algo de atención sí que esperaba. Sin embargo, él parecía no haberse dado cuenta de nada. Se había pasado la noche hablando con sus amigos y eso hizo dudar a Aileen de su interés en ella. No entendía cómo podía haberla mirado con aquella intensidad al llegar para luego no haberse vuelto hacia ella en las horas posteriores. Incluso se planteó si no sería todo producto de su imaginación. Fue esa misma imaginación la que tuvo a bien trasladarla a un hecho muy real: aquel primer y único beso en el porche de su casa. Había sido real y, sin embargo, lo había olvidado como si hiciera años de aquello cuando solo había pasado una semana. Suspiró nada más entrar en su habitación con una extraña sensación de vacío. Se paró unos instantes, de pie, a pensar en por qué aquel hombre la afectaba tanto y llegó a la conclusión de que, sin apenas conocerlo, tan solo podía tratarse de atracción sexual. Su cabeza insistía en mostrarle la imagen de su silencioso reencuentro en el *pub* y se convenció de que no, no era fruto de su imaginación. La había mirado y la había deseado igual que ella le había correspondido.

Se quitó la chaqueta y fue entonces cuando notó que un papel se caía al suelo.

—Pero ¿qué...? ¿Cómo ha llegado eso ahí? —dijo rompiendo el silencio en mitad de la noche.

Despacio, desplegó una hoja donde pudo ver el membrete de un despacho de abogados.

Aileen, lamento no haber encontrado la oportunidad de acercarme a ti. Como ya sabrás, en este pueblo reina la indiscreción y el *pub* no es el mejor sitio para las indecencias que he planeado contigo (siempre que tú me dejes). Por supuesto, sigue en pie mi invitación para ti y quién tú quieras a mi cumpleaños el próximo sábado (preferiría que no fuera un hombre). Es una fiesta de gala, así que seguro que tienes algún vestido con el que dejarme atónito, como has hecho esta noche con esa blusa de encaje.

Lleves lo que lleves el próximo sábado, por favor, que tenga tirantes para resarcirme de mi tremendo error el viernes pasado. No hay nada que desee más que terminar lo que empezamos.

Andrew

Aileen se llevó la mano al corazón, y no porque aquellas palabras fueran sentidas o románticas. Necesitaba comprobar si todavía le latía o si, por el contrario, se le había detenido como se temía. Como pudo, se sentó en la cama. Tenía la mente atorada en diversos pensamientos. Desde los recuerdos de la semana pasada, cuando, sin saber por qué, la situación que se había creado entre ambos en el porche se había evaporado sin más hasta su inesperada e inexplicable visita a su nueva casa. Pensó en la petición expresa en aquella carta para la fiesta de su cumpleaños y, de repente, tuvo una idea endiablada para mantener aquel juego al mismo nivel al que Andrew lo había elevado con su explícito mensaje.

CAPÍTULO 13

Fue una semana especialmente difícil para Aileen, más incluso que la anterior. Si bien era cierto que nada había sido fácil por las decisiones que había tenido que tomar, estaba bastante contenta consigo misma por cómo había encarado el giro de su vida. En ese lapso, bastante corto, había perdido a la que había considerado una fugaz pero buena amiga, abandonaba no solo su trabajo, sino también su profesión y comenzaba a rehacer su vida desde cero en Balford. Dado lo remoto que era aquel pueblo, se había imaginado que le sería fácil escapar de las relaciones sentimentales. Pero entonces conoció a Andrew el mismo día en el que anexaba a su vida una cláusula que marcaba un camino de rigurosa soltería. Se consideraba una romántica sin remedio y, muy a su pesar, contaba con algún sonadísimo fracaso en cuestiones del corazón. Por eso, para ella era impensable transformar su pétrea visión del amor en un efímero encuentro donde solo importa la piel. El problema era que, aunque tuviera una política de *zero feeling*, sabía que el riesgo de quedar atrapada era elevado. Esto era lo que le había perturbado desde que recibió la nota secreta de Andrew. No era la intensidad del contenido, sino cómo había despertado su deseo de entregarse a él y la consecuente preocupación de ser cautiva de algo desconocido. No podía dejar de pensar en ello y no le beneficiaba en ninguno de los dos aspectos que acaparaban su atención:

La mansión de los Wright: avanzaba a muy buen ritmo y no llevaba ni un solo día de retraso. Sin duda, esto era sorprendente en una reforma. Pero había notado que, a pesar de la presión de Mark sobre el equipo, los diferentes especialistas que trabajan allí cometían sutiles errores en detalles que, para ella, sí eran importantes. Mark había tenido que contar con un equipo tan grande y cuadrar tanto trabajo que era difícil que pudiera llegar a todo. Por eso ella se tenía que emplear a fondo para cubrirle donde a él no le daba la vida para llegar.

Su soltería: era una condición *sine qua non* de Martha para mantener el usufructo. Y, desde luego, no pretendía echar a perder su nuevo plan de vida. Le encantaba la oportunidad que le había brindado su amiga y era consciente de que el espesor que separaba la piel del corazón era, literal y metafóricamente hablando, de apenas milímetros. Si bien la piel estaba limitada de forma exclusiva al tacto, el corazón lo significaba todo. Y ahí residía la importancia de mantener lo más ancho posible ese espesor. Mantener el usufructo era su salvoconducto para alumbrar la verdad sobre el crimen de Alice Wright. Bajo ningún concepto podía arriesgarlo, así como tampoco podía permitirse el lujo de acelerar sus planes si quería pasar desapercibida.

El resultado de una semana como aquella era, por tanto, que cada día resultaba más largo y agotador que el anterior, pero el denominador común de cualquiera de sus pensamientos era Andrew. Su cabeza bailaba una polca. La reforma pisaba fuerte mientras que su soltería la acompañaba con coquetería poniéndole ojitos y tentándola para sucumbir ante el deseo. A esto había que añadirle, además, que las visitas a anticuarios de la zona comenzaban a ser casi diarias, ya que había mobiliario tan dañado que restaurarlo era inviable. También llegaron todos los materiales y, tal como estaba previsto, se almacenaron en la cochera situada a diez metros de la casa, que había sido construida con posterioridad. El color más blancuzco de la piedra delataba la falta de sincronía entre ambas construcciones.

Sin embargo, si había algo que la ayudaba aquella semana para estar más animada era lo acaramelados que andaban Eirica y Mark. Estaba feliz de ver a su amiga enamorada de una persona que la correspondía con semejante devoción. Pero tal era la embriaguez que tenían ambos que no había encontrado la forma de enseñarle la nota. No fue hasta el sábado por la mañana, cuando fueron juntas a Edimburgo, que decidió que no podía retener más aquel suceso sin riesgo de que su amiga la crucificara durante una eternidad por ello. Como no sabía cómo sacar el tema con sutileza, decidió echar a andar la conversación como pudo.

—Quiero comprarme un vestido, pero busco algo muy concreto para dar rienda suelta a mi juego con Andrew esta noche —dijo Aileen mientras salían del aparcamiento situado a la entrada de Leith Street—. Y quizás algo de ropa interior, ya de paso.

Eirica se paró en seco en plena calle.

—¿Qué clase de vestido estás buscando? ¿Y qué es lo que tienes en mente?

—Pensé que te llamaría más la atención mi alusión a la ropa interior.

—Para nada, sé que vas a liarte con él tarde o temprano, así que me parece normal. Pero esto del vestido sí que me ha sonado extraño y confirma mi teoría de que llevas toda la semana escondiendo algo.

Aileen sentía las mejillas sonrojadas.

—¡Lo sabía! —gritó Eirica mientras varias personas se giraban hacia ella.

—¡Calla! —la reprendió Aileen, cogiéndola de la mano para continuar andando—. Nos está mirando toda la calle.

Comenzaron a caminar.

—Necesito un vestido de gala algo especial.

—Eso ya me lo has dicho, pero no me has contado qué es especial para ti.

—En realidad, me refería más bien a un vestido con un detalle que sería como un guiño en la argucia que me traigo entre manos con él. No quiero nada llamativo para los que están en la fiesta, pero sí que a ojos de Andrew resulte provocador. Vamos, que solo lo entienda él, en respuesta a... —No sabía cómo acabar aquella frase sin morir de la vergüenza.

—¡Venga, suéltalo!

—La nota secreta que me dejó el sábado por la noche en mi chaqueta.

Algo aturullada, pero había conseguido soltarlo. Eirica, ojiplática, se mantenía callada y Aileen decidió que lo mejor era darle la nota. Revolvió en su bolso hasta que la sacó y se la entregó. Le parecía que aquello no era otra cosa que una proposición indecente, pero tenía claro que deseaba sucumbir.

—No te rías —le espetó al dárselo.

Eirica cumplió con su petición. No pudo reírse. Estaba paralizada.

—Sí, yo también me quedé clavada en el suelo de mi habitación cuando la vi.

—¡Oh, Dios mío! ¡¡Aileen!! Este tío es tu pasaporte al éxtasis. Me apuesto lo que quieras a que es el rey de todos los polvos.

Ella se rio a carcajada limpia.

—No sé si será para tanto, pero, desde luego, te puedo asegurar que mi libido está descontrolada y al alza. Y así llevo toda la semana. Pensando en la nota, en el juego, en su cuerpo, su sonrisa... No puedo más, voy a explotar como no libere tensión acumulada pronto, así que hoy pienso dar por zanjado tanto jueguecito verbal e ir directa al grano.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi Aileen? —preguntó Eirica, detenida tres pasos por detrás.

—No me creíais cuando os decía que sería capaz de tener un rollo de una noche, pero con él veo las cosas de otra forma. Todo es diferente y no pienso privarme. De nada.

—¡Y bien que haces, Aileen! A ver, necesitas un vestido con el que lo dejes boquiabierto y no quiera posponer más el tema. Me lo imagino largo para cumplir con el código de vestimenta. También con unos centímetros de cola que siempre resulta muy elegante y, por ejemplo, con un escote en V con pedrería. Y no nos olvidemos de que debe tener unos tirantes llamativos, que no pasen desapercibidos, ¡por ejemplo, bien anchos! Por la nota... él tampoco quiere privarse —dijo Eirica divertida, adentrándose en el centro comercial.

Aileen consideraba que, en general, se excedía a la hora de contarle cosas a Claire y a Eirica. Era verdad que las consideraba sus mejores amigas y confiaba en ellas, pero también creía que, dado su pudor, no tenía por qué contarles todo. Por eso, decidió guardarse la idea que tenía en mente. Y, desde luego, no podía evitar pensar que estaba deseando ver la cara de Andrew esa misma noche, durante la celebración de la fiesta de su cumpleaños.

CAPÍTULO 14

Las dos estaban nerviosas. Lo notaron mientras se miraban frente al espejo de la entrada en casa de Claire, que les decía sin parar que estaban espectaculares y que ni Mark ni Andrew podrían resistírseles aquella noche.

—No os quiero en casa durmiendo —soltó—. A ninguna de las dos.

Ellas se rieron a carcajadas.

—Bueno, Claire —comenzó a decir Aileen—, tú por si acaso no dejes la llave puesta en la puerta vaya que no pueda entrar. Eirica tiene a Mark asegurado, pero Andrew y yo... no está muy claro dónde estamos.

—No seas tonta, es imposible que te deje escapar esta noche. Estás espectacular —añadió Claire por decimoctava vez—. Me dais una envidia...

—¡Te dijimos que podías venirte con nosotras! —la reprendió Aileen.

—Todavía estás a tiempo de subir y arreglarte —sentenció Eirica—. Mark está al caer, pero no pasa nada, le decimos que te esperamos.

—No pinto nada en una fiesta de jóvenes como vosotras. Es solo que, del grupo de mis amigas, soy la única que ha conseguido una invitación y me da pena no ir, pero si voy querrán que cotillee, y yo no soy así. A mí me gusta que me cuenten cosas, pero no ser yo quien las cuente. Y como ninguna de las otras ha sido invitada, pues preveo que nos quedamos todas sin cotilleos —añadió con pesar.

—Probablemente por eso es por lo que no han conseguido invitación —añadió Eirica, riéndose.

—Y por eso es por lo que me tengo que quedar, para evitar filtraciones —replicó Claire—. No sabéis qué presión ejercen con tal de obtener un buen chisme. Vosotras decid por ahí que me encontraba indispuesta y listo.

En ese instante, sonó el timbre.

—Ese debe de ser Mark, ¿estamos listas? —dijo mirando a Aileen.

—Allá vamos —le respondió ella.

Durante el camino a casa de Andrew, pasaron por delante de la mansión y, durante una milésima de segundo, Aileen se planteó saltar del coche en marcha. Podía huir de aquella noche y quedarse en su porche trasero. Como era habitual en ella, tenía una buena botella de vino en la cocina esperándola desde hacía unos días, esta vez tinto en vez de blanco. Pero cuando recordó alguno de los fragmentos de la escueta pero sugerente nota manuscrita, la cual había memorizado

tras muchas relecturas, decidió que tenía que ir sí o sí. Esta noche, por fin, sería su gran noche con Andrew. No aguantaba más.

—Ya estamos —dijo Mark, dirigiendo el coche hacia la entrada y parando justo donde varios aparcacoches se encargaban de los vehículos.

—Esta casa —dijo Mark— no deja de asombrarme cada vez que vengo.

—¿Cada vez que vienes? —dijo Eirica, acercándose a él.

—Eso no nos lo habías contado —añadió Aileen, aproximándose a ambos.

Mark se sintió acorralado y mientras los tres la observaban desde el exterior confesó:

—Aunque no lo parezca, la casa tiene pocos años. Antes había una granja abandonada, pero la adquirió un adinerado matrimonio italiano y estos la tiraron abajo para hacer una nueva. Se comprometieron a mantener el estilo arquitectónico exterior coherente con el entorno, pero su interior dista bastante de la tradicional mansión de los Wright. La conozco bien porque no solo fui quien la levantó junto con mi padre, sino que, además, cuando Andrew la compró y supo que yo la había construido, me pidió que arreglara algunas cosas. Es mi mejor proyecto hasta el momento. Muy complejo por su ubicación en pleno descenso hacia el acantilado y con el extremo opuesto que queda a nivel del mar. Debo decir que me siento especialmente orgulloso de la estancia que oculta en lo que parece un simple sótano. Los señores Caruso me pidieron recrear de algún modo su querida *spiaggia* Scopello, en Sicilia, que es donde se conocieron. Al matrimonio no le gustaba alardear de su fortuna, pero sí disfrutar de ella. Por eso decidí cumplir con su petición de emular esa famosa playa creando a la par una estancia oculta que cumpliera su deseo de discreción. La zona solo sería accesible si ellos deseaban mostrarla. Para rematarlo, aproveché los escasos parecidos entre el acantilado de Balford y la paradisíaca playa italiana para aplacar la añoranza que sentían.

Mark, sin reparar en las caras de estupefacción de las dos amigas, les ofreció a ambas un brazo y se dirigió escalinata arriba con ellas.

Andrew estaba en la puerta recibiendo a los invitados como agradecimiento por haber aceptado ir. No le sorprendía que todos llegaran con las manos vacías, sin regalos. En su invitación, enviada por correo postal, había sido muy claro al respecto, solicitando que los asistentes realizaran una donación de entre cinco y cincuenta libras a una asociación con la que, según explicaba, colaboraba desde hacía tiempo. A Aileen esto le había parecido una idea muy buena. Consideraba que se evitaba el derroche en cachivaches previsiblemente inservibles y que con total seguridad habrían acabado, con suerte y tras muchos años dando vueltas, en algún punto de reciclaje.

Aileen se atrevió a detener la vista en él, sin reparos. No se esforzó lo más mínimo por reprimir que un furtivo gesto de felicidad se dejara ver en su rostro. No quería esconderse más. Estaba imponente con su esmoquin y, si había algo que complementaba su atuendo de la forma más perfecta posible, era su actitud sonriente y divertida. Cuando Andrew terminó de saludar a una

pareja, reparó en sus tres próximos invitados y no pudo evitar que una enorme sonrisa se le desplegara en la cara. Tras saludar con cortesía y brevedad a Mark y a Eirica, que entraron para dejar cierta intimidad a la esquiva pareja, se centró en Aileen. Él meneó la cabeza en señal de una fingida desaprobación.

—¿Un vestido palabra de honor? ¿Sin tirantes? Creo que avisaré a seguridad...

—Ahora tendrás que replantearte algunas cosas, ¿no crees? —le dijo Aileen con malicia.

—Debo confesar que me entristece no poder hacer lo que tenía en mente. Llevo días sin dormir pensando en cómo los deslizaría con delicadeza sobre tu piel.

Andrew la devoraba con los ojos. La deseaba más de lo que había deseado a cualquier otra mujer. Aileen se dio cuenta de ello y se aproximó a su oído para cerciorarse de que los invitados que esperaban con paciencia en la cola para ser recibidos no pudieran escucharla.

—En realidad y, por suerte para ti, sí que llevo puesto algo muy parecido a un tirante, solo que mientras que lleve el vestido no se ve. Respecto a deslizarlos, también yo estoy impaciente por descubrir qué se siente teniéndote de nuevo cerca, con tu mano acariciándome despacio la piel.

Lanzó la insinuación mientras rozaba con los labios el lóbulo de Andrew. Él se quedó estupefacto y notó como se le erizaba el cuerpo, especialmente la parte más sensible. Tras unos segundos, en los que valoró cogerla en brazos y escabullirse hasta su dormitorio, consiguió por fin mudar su expresión de sorpresa a deseo. Su mirada irradiaba anhelo hasta tal punto que ella no pudo evitar ruborizarse. Andrew se sentía fuerte y, a la vez, aquella situación de desarme le provocaba una inexplicable sensación de debilidad. Con dulzura, le cogió la mano para envolverla con las suyas y aproximarla hasta él. Le susurró:

—¿Nos vemos dentro en un rato? Aún me quedan bastantes invitados por recibir.

—Cuando tú quieras —añadió ella con decisión.

Y tras aquel breve pero intenso encuentro, se unió a Mark y a Eirica.

—Madre mía —dijo Eirica—. Esto es...

—... espectacular —continuó Mark—. Lo sé. Es la impresión que causa al entrar.

Aileen se sorprendió por el contraste entre lo que habían visto al llegar en coche y lo que veían en el interior. El exterior no difería de la tradicional arquitectura escocesa del siglo XVIII, con una fachada en piedra y rodeado por un extraordinario jardín. En cambio, el interior distaba mucho del estilo clásico. Desconocía cómo habría sido la vivienda antes de que llegara Andrew o si él ya se la habría encontrado así. Los espacios eran diáfanos y amplios, con una gran cocina americana que se anexionaba a un gigantesco salón y que evocaba la campiña escocesa. El mobiliario rústico se fusionaba a la perfección con el estilo industrial. Lo habían conseguido añadiendo ínfimos toques neoyorquinos de metal negro y ladrillo envejecido aquí y allá. Un camarero se aproximó a ellos, les dio la bienvenida y les ofreció una copa. Los tres aceptaron encantados.

—¿Cómo no nos habías mencionado nada? —le preguntó Eirica a Mark.

—En la zona hay casas de gente con mucho dinero que valora, por encima de todo, la discreción. De ahí que recomienden a mi equipo. No somos una empresa económica, pero porque pago cuantiosos bonos a los empleados para que preserven la intimidad de nuestros clientes. Si acabamos un trabajo y en el pueblo nadie sabe nada es porque nadie ha hablado sobre el trabajo. El cliente me paga dicho bono y yo lo reparto entre todo el equipo. Y, como es lógico, es un dinero que a todos les viene muy bien. Por tanto, si quieren trabajar conmigo, deben respetar la intimidad de nuestros clientes.

—A mí no me habías dicho nada —le dijo Aileen.

—Porque tú no me lo has preguntado —dijo sonriendo—. El cliente que quiere intimidad es lo primero que te pregunta.

Aileen reflexionó.

—En realidad, me da igual. Es más, creo que el hecho de que la gente hable sobre la casa me vendrá bien para el futuro.

—De todas formas, aunque creo que nadie sabe tu propósito con la mansión de los Wright, es cuestión de tiempo que aten cabos —dijo Mark.

—Es lógico. Son muchas habitaciones, estamos poniendo a punto todo y es extraño que una persona como yo, sin familia, me instale en una casa así. No me importa. Por cierto, Eirica —prosiguió Aileen—, ¿sigue en pie lo del próximo sábado?

Eirica respondió con rapidez.

—Sí, por supuesto. Cuenta conmigo.

—Si me decís a qué hora, seguro que puedo ayudaros —se ofreció Mark.

—El sábado por la mañana he quedado en Inverness. La verdad es que lo que voy a recoger pesa un poco, así que no te voy a negar que un par de manos adicionales nos vendrían bastante bien.

—¿En Inverness? —se sorprendió Mark.

—Sí. Tengo que ir a buscar algo a casa de un amigo del hermano de Eirica, para el hotel.

—¿No me vais a decir qué es? —quiso saber Mark, intrigado.

—Es una sorpresa. Ni Eirica sabe lo que es porque me he encargado personalmente de hablar con su hermano para que me ayude con el encargo. Pero vamos, que es un detalle tonto para el hotel, tampoco es nada del otro mundo —se apresuró a decir para evitar generar grandes expectativas—. Solo que cuando les dije a mis segundos padres que mi idea era hacer un hotel quisieron regalarme una pieza fundamental y se la encargaron a un ebanista amigo de su hermano. Y como me encantó la idea, acepté. He confiado en el buen gusto de la madre de Eirica.

—¿Me vas a dejar con la intriga? —insistió Mark.

—La verdad es que sí, no pienso contarle nada a nadie. Es parte de mi secreto y tú ya sabes demasiado. Pensándolo mejor, quizás debería hacerte firmar una de tus cláusulas sobre la

discreción —dijo riéndose.

Recorrieron el amplio salón, deleitándose con los muebles de madera, los tapices en algodón y los cientos de libros distribuidos por toda la estancia. Eirica aprovechó el momento en el que Mark saludaba a un par de vecinos del pueblo para interrogar a Aileen.

—¿Qué te ha dicho Andrew? Os he visto muuuy cerca...

—Nada, hemos intercambiado algún que otro sugerente comentario, lo cual no ha hecho otra cosa que dispararme el pulso e incrementar mi ansiedad.

Eirica se rio.

—Tenéis demasiada tensión sexual acumulada y, como no le deis salida pronto, vais a reventar.

—Soy consciente de ello —le contestó, nerviosa.

Y no le mentía, aunque tampoco quería profundizar mucho más. Incluso tratándose de su mejor amiga, había detalles que ya le había contado y que le habían generado una vergüenza que jamás antes había experimentado. Aileen no paraba de imaginar una y otra vez los cientos de formas en las que quería que Andrew la desnudara o cómo sus cuerpos se fundirían una vez se enroscaran el uno con el otro, sin dejar espacio siquiera al oxígeno.

—¿Aileen? ¿Sigues aquí conmigo? —preguntó Eirica.

—¿Qué? —respondió, desubicada y acalorada.

—Te decía que...

Aileen la interrumpió.

—Creo que Mark te está haciendo esa señal tan rara que te hace cuando quiere que lo rescates.

Eirica lo miró y vio que tenía la mano colocada detrás del cuerpo, cerrada en un puño, salvo por el índice, que se mantenía estirado.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Eirica.

—Joder, es un gesto superraro. Me llamó la atención la primera vez que se lo vi hacer a Mark y tú fuiste, lo interrumpiste y te lo llevaste. También te he visto otra vez hacérselo tú a él y la misma reacción en Mark. No me costó adivinar de qué se trataba.

Eirica se partió de risa.

—Es que el pobre acaba harto de los vecinos. Le preguntan a todas horas sobre las casas en las que trabaja. Cada vez que vamos a algún sitio, lo atosigan y decidimos crear ese gesto secreto como aviso cuando necesitásemos ser rescatados.

—Pues, definitivamente, tenéis que cambiarlo —dijo ella, muerta de la risa—, porque llama la atención y causa el efecto contrario, atrae la mirada.

Eirica no se entretuvo más y se dirigió hacia Mark, mientras Aileen los observaba. Le fascinaba la facilidad con la que habían encajado desde el principio. Entre ellos no había ni orgullo ni prejuicio de ningún tipo, habituales en cualquier relación sentimental recién iniciada. Suspiró. Aquello era algo a lo que ella no optaría ya, pero no por ello dejaba de desearlo. Si

pudiera elegir, le habría gustado encontrar a su persona, casarse y tener hijos. Y ese paso intermedio, el de casarse, podía obviarlo, pero era soñadora y las bodas le encantaban. El romanticismo que envolvía a una pareja en ese día de dicha, creía ella, fortalecía el vínculo de la promesa que se hacían para siempre. Meneó la cabeza para reprobar su pensamiento y la vocecilla de su cabeza cobró vida nuevamente. Le recordó, para su sorpresa, que debía dejarse de ideas absurdas y centrarse en lo importante aquella noche. Contra todo pronóstico, le dio la razón y buscó a Andrew, dispuesta a entrar en juego. Pero no lo halló por ningún lado. El gentío estaba concentrado en el salón. A pesar de estar abarrotado, con lentitud, anduvo de aquí para allá buscándolo. Se lo había tragado la tierra, no estaba por ningún sitio. Contrariada por la situación, la cual le conducía a otra noche más de escapismo y soledad, decidió escabullirse para ir a la mansión de los Wright. Estaba a menos de cinco minutos andando por la playa. Podía prepararse una infusión y repasar con tranquilidad el avance de la reforma.

Zigzagó entre la gente hasta uno de los extremos y, tratando de vislumbrar cuál sería su mejor salida, vio la escalera que daba acceso a la planta superior. Se aproximó con el objetivo de buscar la puerta que había comentado Mark. Allí, escondida bajo la escalera, la encontró. Intrigada, miró a su alrededor para comprobar que nadie la observaba y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, la abrió y se coló por ella.

—JO-DER —soltó, sin tapujos.

Se quedó atónita. Era lo último que esperaba encontrar allí. Y, ahora, el comentario de Mark cobraba todo el sentido del mundo. Aquello no era nada habitual en las viviendas de Escocia, pero tampoco en las de ningún otro país del mundo. Era único. Muy pocas casas dispondrían de aquel privilegio. Aileen miró la puerta que acababa de cerrar y vio un cerrojo. Decidió, por prudencia e intimidad, cerrarlo. Aquella noche iba a disfrutar, sí, pero de una forma muy distinta a la que tenía prevista. Se olvidó por completo de la fiesta y bajó los escalones que la separaban de su nueva noche de placer.

—Tendría que poner una de estas en el hotel.

Se descalzó, se quitó el vestido y soltó las medias, sujetas a su *body* de encaje negro gracias a las ligas a las que había hecho referencia frente a Andrew en sustitución a los aclamados tirantes. Prácticamente desnuda como estaba, se aseguró de que su recogido continuaba donde tenía que estar y se acercó al bordillo de la espectacular piscina que presidía el sótano. La iluminación consistía en unos ojos de buey muy disimulados en el techo y unos focos dentro de la piscina que permitían leer en el fondo la palabra «Scopello». El suelo en el que Aileen estaba sentada, justo en el borde, era de porcelana con un acabado que imitaba la arena. Su textura grumosa le hacía sentir que se hallaba acariciando una playa. Una de las paredes parecía ser la propia roca del acantilado de Balford que se adentraba hasta allí, mientras que la opuesta era un ventanal cuyas persianas estaban bajadas. Obnubilada por la estampa, decidió que ya era hora de probar el agua.

—Está perfecta —dijo metiendo los pies.

Se deslizó con delicadeza al interior de la piscina. Recorridos los ocho metros de largo, había otros tres que simulaban la orilla de mar con una planicie que decrecía paulatinamente. Los chorros de agua movían la superficie creando sosiego. Nadaba con suavidad, procurando no estropear su peinado por si tenía que volver a la fiesta. Quería liberar la tensión acumulada durante las semanas previas y olvidarse del estrés de la reforma, de Martha Miller, del envidiable idilio entre Eirica y Mark... quería olvidarlo todo menos a Andrew. Nadaba y pensaba en él. No podía evitarlo y, sin embargo, mientras más parecían acercarse, más se alejaban. Suspiró, relajada. Se sentía serena y su cuerpo reconfortado. Hacía tantas semanas que no hacía deporte que aquello la estaba revitalizando. Decidió sentarse en la orilla de aquella inusual playa y fue cuando pudo reparar en la sencillez de la decoración: abundaban las plantas, confiriendo, junto con las cortinas de lino verde recogidas en sus alzapaños, un aspecto natural que transmitía calma. En el centro del espacio entre la piscina y las grandes cristaleras habían ubicado tres tumbonas y una cama balinesa de madera con doseles de telas vaporosas. El conjunto era de ensueño y los detalles se multiplicaban por mil cada segundo que permanecía allí sentada observando. Un ruido metálico retumbó y la sacó de sus pensamientos. Se temió lo peor. Y así fue. La puerta por la que había accedido se abrió. Observaba nerviosa la puerta que creía cerrada mientras permanecía inmóvil en la piscina, expectante.

«Oh», pensó.

Era Andrew. A Aileen se le erizó el vello y no precisamente porque hiciera frío. Él se giró durante una fracción de segundo y ella volvió a escuchar el sonido metálico, esta vez indicando que la puerta se cerraba de nuevo. Andrew bajó los escalones despacio. No le quitaba el ojo a Aileen y se deleitaba con su cuerpo encorsetado en su ropa interior de encaje. Estaban separados por más de diez metros de piscina y, sin embargo, intuía su sensual cuerpo. Él notó como la erección comenzaba. Aquella noche, por fin, podría sumergirse en ella. Se desnudó por completo y se metió en la piscina. A Aileen le pareció que no tenía ninguna prisa por recorrer los metros que los separaban y aquello incrementó la sensación de humedad, que no tenía nada que ver con que su cuerpo estuviera empapado. Los segundos se le hacían eternos. Sabía lo que se aproximaba y sentía que todo su cuerpo se estremecía por acogerlo en su interior. La sombra en el agua se aproximaba con rapidez. Aileen pensó en sus músculos y se mordió el labio inferior. Apenas podía respirar y el corazón le latía de forma inusualmente acelerada. Cuando Andrew llegó al escalón sumergido que marcaba el final de la zona de buceo, se apoyó en el borde con ambos brazos y salió para ir a tumbarse a su lado.

Sin mediar palabra, agarró con suavidad su rostro. Se miraron el uno al otro durante unos segundos. Aileen no podía determinar si sus ojos eran azules o grises, pero sí que se dio cuenta de cómo sus pestañas mojadas intensificaban su mirada. Andrew reparó en el *body* de encaje negro que dejaba entrever todas las curvas de su cuerpo. Su sexo y sus senos se intuían, pero estaba deseando dejarlos al descubierto y colmarlos de delicadas caricias. Subió la mirada para

pedir permiso y comenzar con lo que anhelaba hacer desde hacía dos semanas, cuando experimentó lo que significaba acariciarla. Se encontró con los ojos suplicantes de Aileen y supo leer en ellos la necesidad de sentirlo dentro. Sonrió y aquello la enloqueció. Para su propia sorpresa, y por si a Andrew le quedaba alguna duda de que el deseo era mutuo, lo besó. Él aún le sostenía la cara y aprovechó la ventaja para recorrerle el cuello. Ella modificó su postura para facilitarle el acceso, abriendo las piernas para invitarle a entrar como él deseara. Andrew no lo dudó. Sin dejar de besarla, deslizó la mano por su entrepierna y ella no pudo evitar pensar en el día que le tapó los ojos en la casa de los Wright. No había sido instantáneo, pero una vez identificó al dueño de aquellas manos, deseó que recorrieran su cuerpo. Y para su regocijo por fin estaba pasando. Andrew, por su parte, no podía aguantar más. Necesitaba dar un pequeño salto al interior de Aileen y tocó su sexo. Solo les separaba el exótico *body*. Andrew palpó lo que le parecieron corchetes, tres concretamente, y se deleitó con ellos, rozándolos con las puntas de sus dedos, ejerciendo cierta presión, sabiendo a conciencia el placer que aquello le causaría. Despacio, soltó el primero y rozó con el dedo el escaso vello. A continuación, aprovechó que tenía otro de sus dedos entre el tejido y su piel para abrir el segundo. Pero para el tercero quería verle la cara.

—Dios, eres preciosa —le dijo, contemplándola embelesado—. No te imaginas cómo te voy a hacer disfrutar.

Aileen quería sentir más cerca su cuerpo, pero, antes de nada, necesitaba que le desabrochara aquel tercer botón, que era lo único que la separaba del mayor placer que hubiera experimentado jamás. Andrew no alargó más la agonía de ambos y, con fuerza, tiró del trozo de tela y el *body* cedió. Aileen notó como este se le subió un poco y dejaba a la vista su sexo. No pudo evitar mirar el de Andrew. Estaba erecto y lo agarró con la presión perfecta. Él le mordió con fuerza el labio, inundado por el placer. Jamás había deseado a una mujer como deseaba a Aileen y, sin percatarse de ello, introdujo un primer dedo en su interior. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y un gemido incontrolado salió de su garganta. Él aprovechó el gesto y continuó besándole el cuello mientras sacaba el dedo y dejaba que el pulgar jugueteara con su clítoris para continuar con su juego y hundirlos dentro de ella. Aileen volvió a gemir y Andrew, deseoso de oírla hacerlo más fuerte, incrementó la velocidad. Ella, extasiada, estaba al borde de la pérdida de la conciencia. Para su sorpresa, oyó como sus palabras inundaban su intimidad.

—Necesito más, Andrew — le susurró.

Él se aproximó a su oído.

—No te he oído bien —le dijo, sonriendo y contemplándola de cerca mientras dejaba dos de sus dedos dentro, apretando con fuerza.

Aileen le mordió el lóbulo de la oreja. Se sentía abrumada por un intenso placer. No sabía quién hablaba por ella.

—Quiero... Necesito sentirte dentro, ya, por favor —le suplicó aún más bajo a sabiendas del efecto que aquella frase causaría en él.

Andrew, complacido, se puso sobre ella. Con los brazos estirados, contempló su bello rostro y cómo su cabello se humedecía con las diminutas olas de la piscina que iban a parar a la orilla. Se percató de que los pezones aún estaban tapados y decidió liberarlos. Deslizó con suavidad el *body* palabra de honor y dejó sus senos a la vista. Los contempló brevemente y se agachó para besarlos. Jugueteó con ellos, lamiendo uno y agarrando con fuerza el otro, mientras dejaba que ella se humedeciera más al notar su erección sobre la entrada a su vagina. Pero quería que ella estuviera más cómoda y no sobre los duros azulejos de la piscina cuando avanzara hacia su interior, algo que sucedería en cuestión de minutos. Se puso de pie y le dio la mano para ayudarla a levantarse. Aileen, confundida, la aceptó. Con delicadeza, la cogió en brazos y ella se agarró a su cuello. No se creía la noche que estaba viviendo y aún faltaba lo mejor. La deslizó con dulzura sobre la cama balinesa y se arrastró junto a ella a la parte más central. Sin más preludios, se deslizó dentro. Aileen jadeaba de placer mientras arqueaba el cuerpo. Andrew no pudo evitar retirarse, despacio, para volver a coger impulso. La miraba para comprobar su reacción por temor a hacerle daño. Pero sus recurrentes gemidos no hacían sino indicarle que quería más, así que comenzó a hacer lo que ella le había pedido. Apenas unos minutos más tarde, ambos cuerpos se convulsionaban de placer al unísono para dar paso a un silencio absoluto. Jadeantes, él apoyó la sudorosa frente sobre la de ella. La besó con delicadeza y se retiró con cuidado. Alargó la mano para alcanzar una amplia toalla con la que arropar a la que le parecía la joya más singular que hubiera conocido jamás. Y, exhaustos, ambos cayeron en un profundo sueño.

CAPÍTULO 15

Aileen se despertó y se encontró sola en la cama balinesa. Le llevó unos segundos recordar dónde estaba, cómo había llegado allí y, especialmente, todo lo que había pasado. «Oh, madre mía», pensó en cuanto las primeras imágenes de su noche fueron aflorando. Cerró los ojos de nuevo y no le costó revivir cada ínfimo fragmento de recuerdo desde que Andrew entrara en aquel paradisíaco espacio. Su presencia allí, de pie, al borde de la piscina, había eclipsado todo lo demás porque ya solo deseó sentir su delicado tacto explorando su piel, poro a poro. Y así había sido. Su cuerpo reaccionaba a cada pensamiento reclamando más y estaba empezando a notar cierta excitación.

—¿En quién te convertiste anoche? —dijo Aileen en bajito, para sí misma, mientras se levantaba y se ponía una toalla para cubrirse el cuerpo aún desnudo.

Miró a su alrededor y no vio a Andrew por ningún lado.

—Perfecto —añadió, dando continuidad a su propia conversación, en soledad—. Vamos, vamos, Aileen. Haz memoria, ¿dónde te has dejado la ropa?

Pero por más que recorría el sótano con la mirada, allí no había ni rastro de su ropa. Necesitaba más iluminación, pero no tenía ni idea de cómo se abrían las persianas.

—Joder, deben de ser automáticas. ¿Cómo se controlarán?

Buscó a tientas los mecanismos, palpando las paredes alrededor de los marcos de las ventanas, no sin sentirse ridícula. Había una puerta entre las ventanas, pero tampoco tuvo éxito abriéndola, ya que estaba cerrada a cal y canto. Trabajaba a dos bandas: por un lado, se esforzaba por buscar una salida, algo que, a esas alturas, empezaba a considerar ya de emergencia, y, por otro lado, seguía atenta a la más mínima señal de su ropa. Sus sentidos estaban en alerta y, gracias a ello, no le costó oír unos casi inaudibles pasos. Rauda y veloz, se lanzó en plancha sobre la cama balinesa, aterrizando justo a tiempo para oír cómo se abría la puerta por la que ambos habían accedido la noche anterior. «¿Y ahora qué?», pensó. Trató de serenarse, ya que lo último que quería es que Andrew se percatara del amago de salto con pértiga que acababa de acometer solo para escaquearse de la situación.

Andrew llegó hasta la cama y Aileen oyó cómo dejaba algo en una mesa cercana. «No tienes escapatoria», se dijo, por lo que se giró hacia él simulando un repentino despertar.

—Buenos días —le dijo Andrew sentándose en la cama.

Aileen pensó que para él, casi con total seguridad, la situación era igual de incómoda. O quizás no. Era difícil saberlo cuándo apenas conoces a la persona con la que lo único que has tenido en

común es el arrebato que los había sacudido la noche anterior.

—Quizá quieras darte una ducha—continuó.

Ella quería decir algo, pero estaba atascada. No era capaz de articular palabra.

Viendo que ella callaba, él siguió hablando.

—Te he traído una camisa mía —dijo dejándola sobre el lado de la cama en el que estaba la joven—, espero que no te importe.

«Aileen, di algo», le insistió su subconsciente. Para su sorpresa, las palabras llegaron por fin.

—La verdad es que me encantaría ducharme —confesó, pensando en como los últimos rescoldos de rímel se asemejarían a esas horas a un cuadro de Dalí.

—Ahí detrás tienes la ducha. Hay toallas, gel y champú.

—Gracias.

Se dirigió hacia donde le había señalado, asegurándose de que iba bien tapada por la toalla. Tras una pared de bloques de vidrio ondulado, que mediría cerca de dos metros de altura, encontró una ducha que bien podría ser la de un gimnasio de lujo. Había una estantería donde estaban apiladas toallas de diferentes tamaños y colores, ordenadas, y un banco de madera que facilitaría a cualquiera la tarea de vestirse. «Claro, cualquiera que tenga ropa», juzgó en silencio. El suelo era de pizarra en toda la zona, completando el diseño cuidado y único de aquel rincón. Dejó la toalla en lo que intuyó que sería un cesto de la ropa sucia y abrió el grifo monomando para regular la temperatura. Tras menos de un minuto, se coló debajo del agua y notó como, según se mojaba entera, se iba renovando. Se sentía una mujer nueva y comenzó a enorgullecerse de sí misma al recordar su desaforada noche de sexo. Le parecía que había sido el mejor polvo de su vida y creía que, ya que renunciaba a su boda y a la promesa de amar a otra persona para el resto de sus días, tenía todo el derecho del mundo a disfrutar del mejor sexo. Por supuesto, esperaba que aquella noche no fuera la última con Andrew. De hecho, se sorprendió a sí misma deseando que él entrara allí ahora mismo y repitieran, sin omitir absolutamente nada, todo lo de la noche anterior. Prolongó unos minutos más la ducha sin perder la esperanza, pero sabía que un hombre como él, si hubiera querido sexo matutino en la ducha, habría entrado en escena sin pensárselo ni un segundo. Notó que estaba muy excitada, pero también sabía que tendría que convivir con aquella sensación hasta su próximo encuentro sexual. Se secó considerando la opción de que, en realidad, aquello hubiera sido para él un simple rollo de una noche. Al final llegó a la conclusión de que ahora le quedaba el trámite de despedirse de él e irse a su casa. Pero no pensaba dejarle algo tan importante como su redescubrimiento del sexo a algo tan caprichoso como el azar.

—¿Qué tal? —le preguntó Andrew nada más salir.

—Genial, como nueva —dijo desenfadada, terminando de ajustarse la toalla.

La vergüenza se había ido por el sumidero y la Aileen que salió de la ducha era la Aileen que jugaba sus cartas con maestría. Estaba decidida a mandar en aquel juego, por lo que asumiría el

control de la situación en aquel instante. Sin ningún pudor, y sabiendo que la tela del dosel que la separaba de Andrew se acercaba más a la transparencia que a la opacidad, se quitó la toalla. Sin mirarlo y con mucha parsimonia, se puso la camisa que le había prestado.

Él estaba atónito por lo que acababa de presenciar. No habían sido muchos los encuentros con ella, pero presentía que, en otros ámbitos de la vida, Aileen era más reflexiva y pausada. Sin embargo, con él, creía verla poseída por un tornado que no pide permiso para revolverlo todo. Le fascinaba su desenfado y había algo alborotado en ella que no terminaba de comprender. Esto le provocaba una necesidad irremediable de estar junto a ella. Se deleitó con la estampa que sabía que causaba a conciencia. Desnudarse así frente a él, apenas tapada por un sutil velo y poniéndose su camisa sin ropa interior... Solo deseaba acariciarle el cuerpo hasta que le volviera a pedir lo que anoche le suplicó y él no pudo negarle. Pero veía el juego al que ella le invitaba abiertamente y en el que él quería ser partícipe.

—Sabía que me olvidaba de algo —añadió Andrew, jactándose con cierto secretismo de algo que aún no habían tenido oportunidad de comentar.

Aileen no sabía a qué se podría estar refiriendo, pero, como era su turno de juego, continuó vistiéndose, despacio, hasta que se hubo abrochado el último botón que pretendía abrocharse. Se aseguró de que dejaba otros tantos abiertos. Su objetivo era sacudir aquella parte de Andrew que sabía que sería sensible a su sugerente desnudez. Abandonó la organza que tan valiosa había sido para avivar el juego y se colocó delante de él, retándole con la mirada al desafío de permanecer impasible. Él imploró control a sus manos.

—¿A qué te refieres? —le dijo Aileen, retomando la conversación.

Él tardó unas décimas de segundo en reaccionar, y ese ralentí no le pasó desapercibido.

—Ropa interior —consiguió decir.

Aileen no pudo reprimir la risa.

—¿Tienes ropa interior de mujer?

—De ser así, pertenecería a otras mujeres. No a mí.

«Bien jugado», pensó Aileen.

—Pero no, no es el caso —le aclaró—. Te podría haber prestado algo.

—No te preocupes, estoy muy cómoda sin ropa interior.

A Andrew se le escapó una sonrisa, hechizado por completo, y ella tuvo que equilibrar el peso del cuerpo para mantenerse en su posición y no acercarse para besarlo. Lo ansiaba de verdad, pero consiguió mantener a raya el impulso.

—Creo que ya es hora de abrir las persianas —dijo Andrew, dirigiéndose a la mesa más próxima a la cama.

Aileen miraba con interés dónde demonios estaban los mecanismos. En enseguida entendió por qué no los había encontrado en la pared.

—Esta zona de la casa fue la que me convenció —dijo cogiendo un mando a distancia y pulsando dos botones.

Las persianas comenzaron a levantarse y la luz del sol invadió la estancia en la que se habían fundido horas atrás. Ella se asomó a una de las ventanas y, una vez que la vista se le hubo acostumbrado a la claridad del día, pudo contemplar el mar del Norte, indómito, frente a ella. Solo había presenciado una estampa parecida en la mansión de los Wright, concretamente, en la estancia abuhardillada.

—Estas vistas al mar... son imponentes.

Andrew se situó detrás de ella y se aproximó a su espalda, dejando que su cuerpo rozara intencionadamente el de ella. Si Aileen no hubiera empezado aquel juego que le hacía enloquecer, sabía que habría desabrochado, sin ninguna prisa, cada botón de su camisa desde aquella misma posición. Inspiró la fragancia de su cuerpo y pensó que quizás no tendría ni que quitarle la camisa. Carente de ropa interior, bastaría con solo deslizarle hacia arriba la camisa y accedería a ella para dejarle que le exigiera una vez más lo que deseaba de él. Era lo mismo que él anhelaba de ella. «Qué tienes, Aileen, que tanto necesito», pensó. Pero se tragó las ganas y se distanció para evitar que ella notara su erección.

—Salgamos —dijo, disimulando su azoramiento.

Evitó mirarla para que su voluntad no flaqueara. Se limitó a abrir la puerta y cogió la bandeja con el desayuno que estaba sobre una mesa junto a la puerta. Aileen reparó en que aquello era lo que había oído que dejaba durante su sueño ficticio al volver Andrew esa mañana al paradisíaco sótano. Al salir, notó el frescor de la mañana, pero el sol directo resultaba reconfortante. Pocos eran los días en los que en Escocia se superaban los treinta grados, y aquel parecía que sería uno de ellos.

Andrew le dio un vaso con zumo de naranja, que ella aceptó agradecida.

—¿Quieres comer algo?

Aileen miró la bandeja y vio *croissants* a la plancha rellenos de jamón york y queso y pequeñas palmeras de chocolate.

—Me comeré un *croissant*, gracias.

En silencio, se tomó su desayuno mientras disfrutaba de las vistas. La casa de Andrew estaba situada en la parte más baja de una pequeña ladera y tenía acceso directo a la inmensa playa. Era lo único que se interponía entre ellos y la grandeza del mar.

—No sé cómo puedes vivir en Edimburgo teniendo esto aquí.

—Es más conveniente para el trabajo.

—Pues es una pena que solo lo disfrutes los fines de semana.

Andrew miró al horizonte, reparando en el escaso oleaje. Aileen tenía razón, pero entre semana le era imposible ausentarse de Edimburgo. Estaba poniendo en marcha un nuevo bufete y requería de más atención para poder verse con potenciales clientes.

—Creo que hoy hará buen día —le dijo Aileen, sacándolo de sus pensamientos.

—Es cierto. De hecho, creo que empieza a hacer calor —añadió él, observando cómo reaccionaba a su comentario con mensaje subliminal.

Aileen se rio, pero enseguida trató de ponerse seria, de forma que él percibiera su intencionalidad. Quería ganar el segundo asalto, así que era el momento de añadir leña al fuego de forma que prendiera aún más.

—Solo hay una forma de solucionarlo —respondió ella, enarcando una ceja.

Antes de que Andrew se pudiera plantear si aquello era una invitación, Aileen salió corriendo hacia el mar. Él la contempló atónito. Pensó que se detendría al sentir sus pies el agua helada, pero se metió con la camisa.

—Si te la estropeo —le dijo mientras Andrew se adentraba para alcanzarla—, dímelo y te compraré otra.

La camisa empapada estaba en un estado lamentable, pero algo se le removía en el cuerpo con lo bien que le sentaba a ella así, mojada.

—Quédatela, te queda bien.

Aileen se dejaba bañar por el sol. Con los ojos cerrados, sonriendo, extendió sus brazos tratando de acaparar toda su energía. Disfrutaba del agua salada en sus labios.

—¿Te gusta cómo me queda? —le dijo al fin.

—Mejor que a mí.

Aileen lo miró detenidamente. Se había quitado la camiseta y el radiante sol impactaba en sus pectorales.

—¡Anda ya! Con ese cuerpo es imposible que te quede peor que a mí.

—¿Crees que tengo buen cuerpo? —le dijo, socarrón.

Aileen, divertida, sintió el impulso de abalanzarse sobre él, pero si quería ganar aquella batalla, era el momento de irse. No había la posibilidad de deleitarse en aquellas circunstancias ni un segundo más sin sucumbir y estaba convencida de que una retirada a tiempo sería una gran victoria.

—Tendría que ir pensando en irme.

Andrew asintió y, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse indiferente, Aileen pudo atisbar cierta pesadumbre por su repentina huida.

—Me lo he pasado genial, Andrew —añadió sin controlar las palabras que su boca profería. La naturalidad se imponía.

—Yo también he disfrutado mucho, y no solo anoche —respondió con la misma sinceridad. Ella se sonrojó y, sin poder evitarlo, la respuesta salió de su boca sin pedir siquiera permiso.

—Pero lo de anoche... habrá que repetirlo, ¿no?

Andrew se mordió el labio mientras esbozaba una complaciente sonrisa.

—Espero impaciente el momento.

Y sin más intercambios de halagos, mensajes encubiertos e indirectas muy directas, Aileen emprendió el camino a su casa mientras Andrew disfrutaba de cómo la combinación de tela y agua marcaba todas las curvas que hacía tan solo unas horas habían sido suyas.

CAPÍTULO 16

Aileen subió los escalones de la playa que iban a parar a la parte trasera de la mansión de los Wright. El porche donde la química con Andrew había causado una reacción nuclear entre ellos dos semanas atrás estaba a tan solo veinte metros y los recorrió con parsimonia. Estaba calada hasta los huesos, pero el sol penetraba con fuerza a través de la camisa, e incluso de su piel. Se sentía reconfortada, pero, sobre todo, se sentía pletórica. Tenía el juego con Andrew bajo control, quien, además, se manifestaba a favor de él y sentía que ambos mantenían a rajatabla esa política de *zero feeling*. Se sentó en los escalones donde todo había empezado con la primera caricia y permaneció al sol. No pudo evitar pensar que, si aquel hombre no se hubiera olvidado la cartera e interrumpido el momento, quizá habrían entrado para dar rienda suelta a sus necesidades más físicas. Pero descartó la idea. Los había interrumpido, esa era la cruda realidad, y la casa entera estaba impracticable en aquel momento. Era difícil que hubieran encontrado un rincón donde acomodarse.

—En fin —suspiró—, es hora de llamar a Eirica.

Pero, claro, para llamar le hacía falta su móvil, y su móvil estaba, como todo lo demás, en casa de Andrew.

—Mierda.

Decidió entrar utilizando la llave de emergencia que tenía escondida en el jardín y utilizar la línea fija para hacer la llamada de la salvación.

Eirica tardó menos de veinte minutos en aparecer por allí. Debía de estar nerviosa por saber qué había sido de su amiga. Cuando la vio, se quedó boquiabierta.

—¿Dónde está tu ropa? Porque cuando me has llamado y me has dicho que te trajera ropa, me imaginaba que llevarías al menos la de anoche.

Aileen sonrió como una adolescente mientras Eirica abría la puerta y las dos entraban.

—Bueno, me han prestado algo.

—¿Y te lo han prestado empapado? —la reprendió mientras sacaba la ropa de una bolsa en la entrada, ansiosa porque se pusiera algo seco—. Cámbiate, que vas a coger una pulmonía. ¡Y empieza a contarme ya!

Pero antes de que pudiera siquiera empezar su relato, el timbre de la puerta sonó. Aileen se acercó para abrirla.

—Ho... hola —dijo, perpleja.

—Hola —la saludó Andrew—. Te has dejado tu ropa y tu bolso. Con las prisas de anoche por bañarte —continuó, sonriendo con picardía—, se te debió de salir el móvil del bolso. Estaba en el suelo, pero te lo he metido dentro.

Aileen dudaba si Andrew había visto a Eirica, que estaba varios pasos atrás, agazapada para no estorbar. Habló atropelladamente para evitar cualquier situación incómoda.

—Gracias, no tenías que molestarte. Eirica me acaba de traer ropa —dijo abriendo la puerta un poco más para que la viera.

—Hola —dijo ella, azorada por la situación.

—¿Qué tal la fiesta anoche? —contestó Andrew—. Espero que Mark y tú lo pasarais bien.

—Disfrutamos muchísimo. Aunque creo que hay quien disfrutó aún más.

Aileen la fulminó con la mirada y Andrew se deleitó al verla sobreexpuesta.

—Bueno, solo venía a traerle sus cosas —dijo él.

Una nebulosa de timidez la envolvió, pareciéndose más a la Aileen de siempre.

—Gracias. Te lo agradezco. No me hubiera gustado pasar una semana sin el móvil con toda la casa en plena reforma.

—No te preocupes, no me costaba nada acercártelo ahora. —Sonrió, encantado por volver a contemplarla, aunque fuera solo unos minutos más—. Bueno, me tengo que marchar.

Aileen no pudo añadir nada más. Andrew, sin mediar palabra, dio un paso al frente con determinación, entrelazó la mano con la suya y la besó en la comisura de los labios, para sorpresa no solo de Eirica, sino también de la propia Aileen.

—Nos vemos —añadió. Bajó rítmicamente los escalones, se metió en el coche y desapareció.

Aquel beso la había dejado por un momento paralizada y Eirica, de pie a su lado, replicaba la misma estupefacción. Aileen, en su afán por recuperar la compostura, aprovechó para aparentar normalidad. Fue el desfibrilador que necesitó su corazón para volver a latir.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Eirica mientras Aileen disimulaba cambiándose de ropa—. Ya puedes empezar a contarme porque no me quedan uñas —añadió entusiasmada.

—No hay mucho que contar.

—¿¿Qué?? —protestó.

—Pues eso, que, por haber, no hay mucho que contar. Y lo que hay que contar... Pues qué te voy a decir... No se puede contar.

Aileen notó la sangre agolpada en su cabeza con especial intensidad a pesar de haberlo soltado con la mayor naturalidad que pudo. Eirica, en cambio, sonrió con ilusión.

—¿Así que al final vosotros...?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Muy bien.

Aileen tenía claro el motivo por el que andaba parca en palabras. En su afán por cambiar de actitud frente a ese tipo de relaciones, no había conseguido avanzar lo suficiente como para tratar el tema con naturalidad, ni tan siquiera con su mejor amiga.

—¡¡Venga ya!! Si se te ríen todos los huesos del cuerpo. ¿En serio que no me vas a contar nada de nada?

—¡Eirica! Son cosas íntimas... Me da vergüenza y no sé ni cómo he podido gestionarlo tan bien. Con lo que soy yo...

—Si yo te entiendo. Me vale con que me cuentes, al menos, cómo, cuándo, dónde...

—Joder, que esto no es el Cluedo.

Eirica fingió mala cara.

—Vaaale —accedió Aileen—. Anoche estaba deambulando por la fiesta y vi la puerta de la que nos había hablado Mark, así que decidí cotillear. Resulta que en el sótano tiene una piscina climatizada.

—¿¿Cómo?? —A Eirica se le salieron los ojos de las órbitas.

—Como lo oyes. Ese lugar es espectacular. Y el caso es que, como no daba con Andrew, pues decidí echar el cerrojo y darme un baño. Me quité el vestido, me metí en la piscina y...

Eirica la interrumpió, nerviosa.

—Oh... Dios... mío. No me creo que...

—Sí —dijo abochornada, tapándose la cara—. Nadé un rato y cuando estaba allí tumbada, oí cómo alguien abría el cerrojo desde fuera. Y, claro, la única persona que tendría la llave de aquella puerta, como es lógico, era el dueño de la casa.

—¿Y qué pasó?

—Eirica, ¡qué me da vergüenza!

—Me da igual, ¡¡no me puedes dejar así!!

Aileen resopló.

—Pues pasó lo normal. Él me igualó en ropa, se lanzó a la piscina, literal y metafóricamente, y... detrás vino el resto.

—¿Y por eso esta mañana has aparecido empapada? ¿Habéis repetido la jugada?

—¡Qué va! Me ha prestado una camisa y nos hemos dado un baño en la playa.

—¿Con ropa?

—Hombre, no pretenderás que en plena playa de Balford me desnude y me bañe como vine al mundo —dijo sonriendo ante su propia ocurrencia.

—Dudo que aparezca alguien por ahí. La gente del pueblo rara vez viene a esta parte de la playa, y lo sabes.

—Ya, bueno, pero al aire libre, yo sigo prefiriendo llevar ropa.

—¿Y no ha pasado nada de nada hoy? ¿Paseándote así delante de él?

—No he querido forzar las cosas. Que se quede con las ganas es bueno —añadió maliciosamente a sabiendas de que, en realidad, él había pretendido lo mismo con ella.

Aileen no sabía por qué, pero un pensamiento le golpeaba con insistencia y sin que pudiera controlarlo, lo soltó, no sin cierta vergüenza.

—El caso, es que... yo sé que es solo sexo y nada más —dijo remarcando sus últimas palabras, casi más para ella misma tenerlo claro que como aclaración—, pero debo confesarte que...

—¿¿Sí??

Suspiró. Ya estaba a medio camino de contárselo a alguien. Verbalizarlo significaba reconocerlo, dejar de mentirse, lo cual le parecía más grave.

—No he sentido nunca lo que sentí anoche con él. Fue...

Inspiró y expiró con más intensidad de lo normal. Se esforzó unos segundos por encontrar la palabra que resumiera cómo su cuerpo experimentó una sacudida eléctrica, provocada cuando sus pieles intercambiaron las primeras caricias, yaciendo los dos húmedos en aquella playa ficticia. Pero acabó por rendirse, ya que se dio cuenta de que la palabra que buscaba ni existía.

—No puedo ni explicártelo.

—¿A qué te refieres?

Aileen escaneó el rostro de su amiga y creyó leer un mensaje interpretado de forma errónea, así que pensó que lo mejor era rebajar las expectativas.

—No te emociones. Mi noche con Andrew se mantuvo y se mantendrá en un plano exclusivamente sexual. Es más bien que no sé qué me pasó anoche. Es como si a mi edad, y a pesar de haber estado con otros hombres, hubiera descubierto una faceta nueva de cómo puede llegar a sentirse mi cuerpo.

—Pues eso es un principio...

—No es un principio de nada —dijo tajante, adelantándose a algo que no quería oír—. Anoche nos acostamos y fue el mejor polvo de mi vida, ni más ni menos. Y si te estás preguntando si me gustaría repetir... Pues qué te voy a decir, por supuesto que sí, pero es solo eso. Sexo.

—Bueno, tú verás —dijo Eirica, mirándola con escepticismo—. Pero creo que hay algo en cómo te mira que a mí no me parece que sea solo sexo. Y, además, ¿por qué ha venido si no ahora?

—Porque se va hoy a Edimburgo hasta el próximo fin de semana, y si no me trae las cosas, habría estado toda la semana sin ellas.

—Seguro que quería verte, ¡o vete tú a saber qué más! —añadió Eirica, emocionada.

Aileen miró a su amiga y no pudo evitar pensar que no sabía qué haría sin ella. El afecto era infinito desde hacía infinito. Sopesó durante unos segundos la posibilidad de que lo que le había dicho Eirica fuera cierto, pero decidió que prefería beberse a sorbos lentos e intensos su inolvidable noche con Andrew. Ahora mismo, cualquier teoría conspiratoria sobre sus

sentimientos hacia él la distraería de su objetivo. También consideró que era el momento de irse y no darle más vueltas.

—Anda, vámonos ya, que Claire se estará preguntando dónde andamos.

—Cómo quieras, pero te digo yo que, aquí, seguro que hay algo más.

Se dirigieron al coche de Eirica y, durante el corto trayecto, no intercambiaron una sola palabra. Eirica sabía que su amiga iría pensando en Andrew y, Aileen, cómo era lógico, lo hacía. Pero su insistente cabeza la interrumpía una y otra vez, lanzándole una pregunta para la que no hallaba respuesta: ¿por qué había aparecido de nuevo en su casa? ¿Se habría quedado con ganas de más y por eso volvía? ¿O solo quería devolverle sus cosas? Sabía que era una de las dos cosas, pero no sabía cómo averiguarlo.

CAPÍTULO 17

Aileen disfrutó de una agradable comida con la que consideraba su familia: Claire, Eirica y el más reciente miembro, Mark. Era increíble la naturalidad con la que habían iniciado una relación estable y cómo había entrado en la vida de Claire y Aileen. Él se desvivía por ayudar a la anciana, sabiendo que, a su edad, cualquier tarea en la casa podía resultar ya pesada. En el caso de Aileen, representaba los cimientos de su nueva vida en Balford. La reforma avanzaba a buen ritmo y, aunque era muy estresante, si no estaba resultando tedioso era gracias a su esfuerzo.

Una vez hubieron terminado, Claire decidió echarse un rato mientras que Eirica y Mark se fueron a tomar el café a casa de unos amigos. Aileen asumió que no le quedaba más remedio que subir a la habitación y tumbarse en la cama, aunque fuera para descansar. Lo primero que le vino a la cabeza fue la semana tan larga que la separaba de su próximo encuentro con Andrew. Sentía que, en comparación, escalar el Everest se quedaba en una mera excursión de aficionado. Aprovechó la coyuntura para desviar su atención hacia Martha. No se olvidaba un solo día de ella. La tenía presente no en uno, sino en muchísimos momentos entre los amaneceres y los anocheceres que se sucedían en aquel verano. Sin embargo, no pensaba demasiado a menudo en la petición, nada sencilla, de su difunta amiga. Sabía que en algún momento debería armarse de valor para abrir los baúles y rebuscar entre los últimos rescoldos de la intimidad de la familia Wright, pero se ahogaba solo de pensarlo. Posponía aquella invasión, que suponía escudriñar con rigurosidad policial cualesquiera que fueran los recuerdos allí guardados desde hacía más de treinta años.

Su mirada se desvió hacia las cenizas de Martha. Las había dejado en un rincón de su habitación cuando, la semana pasada, un repartidor las entregó en la mansión de los Wright. Aún se encendía por el cabreo que había experimentado al firmar la recepción, como quien recoge un paquete de Amazon. «¿Qué clase de persona permite el envío de los restos de un ser querido por mensajería?». Pero sabía que el señor Craig era el responsable de aquello como sabía también que un cactus era más empático que él. Ahora lo que le importaba es que Martha había querido que ella las tuviera para darles el final que sabía que su amiga deseaba y descansar ya para siempre. Lo que más le dolía a Aileen de la situación en la que se encontraba era hacerlo sin contar con su familia, pero lo respetaba porque sabía que tanto ella como su yerno habían hecho un esfuerzo enorme por alejarse del dolor. Y esto implicaba necesariamente mantenerse lejos de Balford. Pensó que Martha debía descansar al lado de su querida hija Alice y en ese momento se

dio cuenta de que no conocía el paradero de la tumba. Una idea le vino a la cabeza y, de inmediato, se calzó los zapatos, agarró una chaqueta por si refrescaba y salió de casa.

Echó a andar deprisa. El camino que la separaba del *pub* era corto y, a buen ritmo, llegaría enseguida. Al entrar, localizó a su dueño, Bradley Williamson. Desde aquella noche en la que habían pasado más de la mitad del tiempo juntos, riendo de todo y de nada a la par, habían ganado cierta confianza. Y, según le había dicho Mark, Bradley era la persona idónea a la que preguntarle cualquier cosa en Balford con garantías de discreción. De hecho, esa había sido la chispa definitiva para saber de quién podía tirar cuando necesitara saber algo del pueblo. No había nada que sucediera allí que no dejara su consecuente conversación en el *pub*.

Lo regentaba la familia de Bradley desde hacía ya un par de décadas, según lo que le había contado el propio dueño. No había escapado a los ojos de Aileen que debía rondar ya los cuarenta años. Despistaban a cualquiera las canas que se entremezclaban con su espeso cabello castaño oscuro y aparentaba algunos años más. Una espesa barba era la responsable de ocultar otros signos de la edad, que sí que empezaban a destacar en otras zonas como frente y sienes. Le encantó verlo sonreírle desde la distancia.

—Hola, Bradley.

—Aileen, ¿qué te trae por aquí un domingo a estas horas? —le respondió él, sorprendido.

Ella tomó asiento.

—Necesito que me pongas un café, por favor, que estoy que me caigo de sueño. Y, de paso, necesito preguntarte algo.

—Dame dos minutos, que te preparo el café, y soy todo oídos.

Una vez Bradley dejó delante de ella un *macchiato* elaborado a la perfección, fue a por un taburete y se sentó a su lado.

—Tú dirás. Dime cómo puedo ayudarte, amiga Aileen.

—No me voy a andar con muchos rodeos. Mark me dijo que, si alguna vez había algo que necesitara saber sobre Balford, tú serías la persona a quien preguntarle y que serías discreto.

Bradley sonrió, complacido.

—¿Y qué es lo que necesitarías saber?

—Martha me legó sus cenizas y la responsabilidad de hacer algo con ellas.

—Uau. Menuda presión.

—Ni te lo imaginas. Me siento fatal porque las he tenido apartadas en una esquina desde la semana pasada sin pararme a pensar en ello, pero creo que no debería dejarlo mucho más tiempo. Y se me había ocurrido que Martha querría descansar junto a su hija, Alice, pero no tengo ni idea de dónde está enterrada.

—Comprendo.

Aileen lo miró con expectación mientras Bradley pensaba.

—Y su familia, ¿no tiene una opinión sobre ello? —quiso saber.

—Martha me pidió que lo hiciera yo sola, sin su familia. En una ocasión me contó que habían decidido abandonar Balford para olvidarlo todo y tener una mínima oportunidad de seguir adelante con sus vidas. Y no seré yo quien contradiga su petición o quien embauque a una familia que ha elegido el olvido para poder avanzar en su vida.

—Alice Wright está enterrada en el cementerio a las afueras de Balford, en la salida opuesta del pueblo a la mansión de los Wright. Vamos, te acompaño.

—¿Cómo? ¿Vamos ahora?

—Sí. Así te enseño dónde está su tumba.

Bradley no tardó más de cinco minutos en cerrar el *pub* y en quince estaban entrando en el cementerio. Caminaron despacio entre la quietud de las tumbas hasta llegar a una que rezaba «Alice Wright, amada hija, esposa y madre».

—Te dejo a solas con ella. Yo te espero en el coche, pero tómate el tiempo que necesites.

Sin darle alternativa a protestar, se marchó. Aileen miró la tumba y se encontró sin saber qué hacer o qué decir. Las rodillas, de repente, le temblaron. No pudo evitar arrodillarse en señal de respeto. Miró su nombre de nuevo e, inevitablemente, pensó en Martha. Debía de hacer una eternidad que nadie iba a visitarla y le dolió que hubiera estado abandonada como si fuera su propia madre. A partir de ahí, solo pudo llorar y entendió que no podía hacerlo. No podía hablar con ella. Aún no.

Con pesar, Aileen abandonó el cementerio y le pidió a Bradley regresar a casa. Aquello la superaba.

CAPÍTULO 18

Aileen se despertó el lunes y no pudo evitar hacerlo con el mismo desasosiego con el que se había acostado la noche anterior. «¿Cómo es posible que no pudieras hablarle?», se culpó. Había visitado la tumba de Alice por primera vez y no había sido capaz de dirigirle una sola palabra cuando había algunas cosas que sí hubiera querido decirle. Para evitar que la vocecilla impertinente que habitaba en su cabeza volviera a incordiarla, saltó de la cama y se preparó con rapidez para salir de casa. En menos de una hora ya estaba en la obra. Al entrar por la verja se topó de frente con Chris, un hombre simpático y alegre, de estatura más bien baja y delgado como una vara. Se había convertido hacía años en la mano derecha de Mark en cualquiera de sus obras y en la reforma de Aileen, Chris era su capataz. Habían coincidido en el *pub* un par de veces y le había visto de la mano con su mujer: una señora de rostro afable y con el pelo recogido en ambas ocasiones en un apretado moño. No había podido evitar observar la complicidad que existía entre ambos. Era uno de los más recientes ejemplos de pareja hecha el uno para el otro que la rodeaba.

—Esto está hecho, Aileen —le comentó él.

—¿Tú crees, Chris?

—Aún quedan cosas y los detalles finales suelen ser más lentos, pero lo más gordo está llegando a su fin.

Chris abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, nada.

—Venga, Chris, dímelo. Sea lo que sea, Eirica y yo tenemos todo bastante claro, pero se lo dijimos a Mark desde el principio. Si en algún momento él creía que nos equivocábamos en alguna decisión, preferíamos que nos lo dijera con confianza.

—No, no, para nada. Era... Bueno, mi hijo empezará el próximo año la universidad y en dos años lo hará mi hija y, aunque con las ayudas no supone un esfuerzo económico muy grande, mi mujer se está planteando volver a trabajar. Me lleva insistiendo varios días para que te pregunte si podría venir aquí, aunque sea limpiando.

—Sabes que vamos a abrir un hotel, ¿no?

—Sí, Mark nos lo contó en una reunión que hicimos, pero nos pidió discreción a pesar de que no lo habías requerido.

—Te lo decía porque, como te podrás imaginar, vamos a necesitar personal.

—A ella no le importa el puesto, se adaptaría al que tú consideres mejor.

—¿Por qué no le dices que se pase un día?

—Bueno, nosotros habíamos pensado invitarte a cenar una noche a nuestra casa. Puedes venir con Eirica, Mark, Andrew... Con quién desees.

Si Aileen hubiera estado comiendo, sabía que se habría atragantado de forma mortal. «¿Cómo demonios...?», pensó. Chris interrumpió el resto de la frase que su mente le lanzaba a bocajarro.

—Perdona la indiscreción. Igual no debería de haberlo mencionado. Es que, bueno, estoy nervioso y no hay nada que desee más que que vengas a casa, te agrade mi mujer y, no sé, pensé que igual preferías venir con tu pareja.

—Andrew no es mi pareja, tan solo es mi vecino. ¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie. No sé si recuerdas —añadió sacando de su bolsillo la cartera— que os interrumpí hace un par de semanas en el porche trasero.

Chris estaba más rojo que Aileen.

—Ah, es verdad.

Aileen no había reparado en el hombre en aquel momento. Había continuado absorta en cómo la calidez de las manos de Andrew se extendía por toda su piel al rozarla. Sintió cómo las piernas le temblaron al recordar aquel día.

—Pero no tienes de qué preocuparte —le aclaró él—. Se oyeron algunos cuchicheos en el pueblo hace un par de semanas, pero ya apenas se habla sobre ese tema. Si me permites...

—Dilo —dijo, riéndose, inquietada por saber qué se comentaba en el pueblo.

—Se lo conté a mi mujer y le pedí que sondeara. Sus amigas son, como casi todos los hombres y mujeres de este pueblo, cotillas de nacimiento. Y parece ser que el tema está acabado.

—¿Yo con Andrew?

—¡No! Simplemente, que nadie sabe nada más y por eso creen que fue una falsa alarma. Como no se os ha vuelto a ver juntos... Pero seguís, ¿no? Hacíais muy buena pareja en el porche.

—Em... bueno...

—No debería de estar hablando de esto y tampoco tienes por qué contarme nada. Debes saber que tu secreto está a salvo y que nadie tiene ni idea de si estáis o no juntos. —Miró hacia otro lado, avergonzado—. Quién me habrá mandado a mí ser tan indiscreto...

—No te preocupes, Chris. Te agradezco que me lo hayas contado. Me quedo más tranquila sabiendo que no hay ningún tipo de rumores en el pueblo. Y te confirmo ya que estaré encantada de ir a cenar y conocer a tu mujer.

—Theresa. Así se llama. —Estaba aún nervioso—. ¿El martes de la próxima semana?

—Perfecto. El martes que viene me paso por vuestra casa. Mándame luego un mensaje con la dirección, que es la única forma de no perderla.

—Gracias, Aileen.

—No tienes ni que dármelas. Seguro que algo encontramos para Theresa.

Una vez se hubieron despedido, Chris se dirigió al interior de la casa y Aileen se quedó unos minutos a solas en la parte delantera. Contempló la mansión de los Wright repasando en su cabeza cuál era la situación actual con la reforma. Allí continuaba todo el séquito bajo el estricto mandato de Mark y de Chris. Los materiales habían llegado la semana anterior y no habían perdido un solo minuto. A la hora, todo el mundo sabía cómo debía seguir y para cuándo debía tenerlo hecho. A pesar de su buena diligencia, el equipo de trabajo era tan grande para poder acometer el proyecto en el tiempo que se habían marcado que Aileen también tenía que estar muy pendiente de todo. Esperaba que así algunos detalles no los abordaran de cualquier forma mientras Mark atendía otras cuestiones relativas a la reforma. Era innegable que avanzaban a buen ritmo y el resultado sabía que sería espectacular, así que aquel era el pensamiento que focalizaba para motivarse a seguir con la hazaña recién emprendida.

El día se pasó volando y era cierto que, entre unas cosas y otras, apenas paraban a descansar durante las horas de trabajo, a excepción de la hora de la comida. Se habían mudado a Balford a finales del mes de junio y al de julio le quedaba una semana para llegar a su fin. Sin embargo, las dos amigas tenían la impresión de llevar muchísimo más tiempo viviendo allí. Sentían que se trataba de una eternidad cuando, en realidad, eran poco más de tres semanas.

Por la tarde, en el repaso del avance de la obra que hizo Aileen cuando todos los trabajadores se habían ido a casa, confirmó el espectacular rendimiento del equipo de Mark. Los techos habían resultado más fáciles de lo que habían supuesto. La escayola ribeteada tan solo había necesitado algunos retoques, pero, para satisfacción de Aileen, nada dramático. Todo lo contrario que con las paredes. Había un equipo de cuatro obreros dedicados a ellas en cuerpo y alma desde el inicio. Retiraban pintura descascarillada, quitaban todo el papel pintado desvencijado y alisaban paredes con yeso, igualándolas con esmero, estancia a estancia. Había llevado más tiempo del previsto porque, en algunos casos, era especialmente complicada la labor. Para evitar retrasos, Mark había reforzado el equipo y, por fin, ocho pintores estaban dando la primera capa. En una semana estaba planificado que otras cuatro personas del escuadrón se pusieran a empapelar una de las paredes en cada estancia con el objetivo de generar cierto contraste con las tres restantes. Para los baños, por suerte, el esfuerzo se había centrado en picar los azulejos. Ese día Aileen pudo comprobar que otro séquito de diez personas habían empezado con el alicatado. Recorrió unas cuantas estancias y tuvo la impresión de que, tal como habían previsto, era cuestión de cuatro semanas que la obra llegará a su fin. Su alegría era colosal. Siguió deambulando, avanzando como pudo. Sin duda, lo que peor llevaba era ver todos los suelos levantados, a la espera de que pusieran el nuevo de madera. Y, por supuesto, había tenido una dificultad añadida e inesperada: todo el mundo involucrado en la vorágine de la reforma criticaba y cuestionaba su extraña decisión de no poner moqueta en ninguna de las estancias. Aileen se mantuvo firme. Para ella, la mansión de los Wright luciría muchísimo mejor con suelos de madera de la calidad adecuada para soportar el trasiego de tantas pisadas como era esperable en

un hotel. Para una mansión como aquella, lo apropiado era recuperar los que, antaño, fueran una férrea tradición en las mansiones de la zona. Dado que el original era insalvable, habían determinado que la mejor solución era cambiarlo todo. Y, por supuesto, nada de moqueta.

Tras dar un repaso general en la planta baja y las de las habitaciones, subió a la azotea. Ignoró a conciencia los dos baúles que habían movido a un rincón. Los había protegido con un extenso plástico mientras que el resto de los muebles, o bien habían sido enviados a restaurar, o bien los habían tenido que reciclar porque las termitas habían hecho estragos. Por suerte, los dos baúles se mantenían intactos a excepción de alguna mancha aislada de humedad. Parecían llamarla a gritos, así que decidió deleitarse, en cambio, con los avances de la *suite* Alice: habían tirado el tabique que cerraba la salida a la terraza y colocado, aquella misma mañana, dos inmensas hojas correderas. Días atrás habían sustituido también la barandilla de hierro oxidado y colocado una de cristal con pilares de acero inoxidable. De esta forma, Aileen, situada de pie en el centro de la habitación, donde no dentro de mucho habría una cama de matrimonio, podía disfrutar de una espectacular visión panorámica del mar del Norte. No podía salir porque la silicona que sellaba los grandes ventanales estaba aún fresca y debía esperar cuarenta y ocho horas, pero no le hacía falta abrir. Disfrutó de las vistas igualmente, resguardada del viento que azotaba el exterior aquel día. No fue hasta que se mantuvo quieta cinco minutos, sumergida entre las olas que no podía oír, después de casi doce horas en la obra, corriendo de aquí para allá, repasando notas, listas y hablando con casi una treintena de personas, que sintió que las piernas le fallaban. Mal que le pesara, decidió bajar a la planta baja y sentarse para descansar.

Elegió el escalón más bajo de la escalinata y no tuvo reparo en derrumbarse sobre él con los pies descalzos. Estaba exhausta pero muy satisfecha. Por el gran ventanal situado a la derecha de la puerta principal, y gracias a la carencia de cortinas, observó a Eirica, que seguía en el jardín aprovechando las extraordinarias horas de sol del verano escocés. Los jardineros también habían finalizado su jornada, pero ella continuaba con su libreta de notas y su libro de especies arbóreas estudiando la idoneidad de cada planta y cada rincón de la vasta extensión de jardín que rodeaba la casa. Se propuso en dos ocasiones levantarse y andar hasta ella. En ambas, el cerebro envió una diligente orden al sistema nervioso para hacerlo, pero su cuerpo las ignoró. Los dos entes pretendían discurrir por sendas opuestas haciendo caso omiso el uno del otro, enfrentados. Las piernas le suplicaban ese merecido descanso y parecían ganar en duelo a la materia gris. La derrota del cerebro se precipitó gracias al sonido de un mensaje entrante en su móvil. Al leer la notificación en su pantalla bloqueada, exclamó en voz alta, rozando el grito:

—Es imposible.

Era un mensaje de Andrew. De hecho, su sorpresa no fue solo porque le escribiera, sino porque el nombre aparecía como remitente. Eso solo podía significar que el número estaba almacenado en el teléfono.

—Es imposible —repitió—. Yo no le he pedido nunca su...

Y al instante cayó en la cuenta.

—¡¡Por eso vino a traerme mis cosas!! Me debió coger el móvil, mirar mi número y, además, guardar el suyo en los contactos. Eirica me recriminará, por enésima vez, que debo ponerle contraseña de desbloqueo.

Otro sonido la alertó de otro mensaje. Decidió abrir la conversación.

«Hola, Aileen. ¿Qué tal va el lunes?».

Aileen continuaba en *shock*, sin saber qué responder.

«Te veo en línea. Esta aplicación es poco discreta :P».

«Mierda», pensó, «ahora tengo que responderle».

«Bien, aquí ando. Todavía en la casa, con temas de la reforma».

«¿A estas horas? ¡Son casi las ocho de la tarde!»

«Lo sé, pero va avanzando tan deprisa, que apenas me da tiempo a revisar todo lo que han avanzado en la jornada».

«¿Cuándo planeas que esté acabada la obra?».

«Para finales de agosto. Con un poco de suerte, en septiembre espero poder hacer la inauguración».

«Perfecto, ya sabes que me encantan las fiestas, ¿no?».

La sonrisa de Aileen fue automática. Leía entre líneas el porqué.

«Me quedó claro en la última ;)».

«Y eso que me dejaste tirado en la playa, con el agua al cuello».

Su carcajada, provocada por la analogía y por ser literalmente cierta, resonó en el vacío de la entrada.

«¿Qué yo te dejé tirada? Di mejor que no surgió nada...», añadió, fingiendo protestar.

Valiéndose de que los separaba una pantalla, estaba recuperando la valentía. Él continuó.

«La noche anterior me tiré a la piscina solo por ti. No te imaginas como deseaba sentirte tan... cerca», escribió Andrew.

«¿Deseaba? Eso es pasado... ¿Ya no? Con lo que yo tenía en mente...», le respondió, denotando una falsa decepción y sorprendiéndose a sí misma por su desparpajo.

«Sabes perfectamente que, si pudiera, ahora mismo estaría ahí para...».

«¿Para qué?».

«Para oír cómo me pides lo que quieres. Y, por supuesto, para dártelo».

«¿Y qué te impide estar aquí?».

Aileen notó que no aparecía el clásico «Escribiendo» de la aplicación. Se estaba pensando la respuesta. Por fin, llegó:

«Porque estoy jugando a tu juego».

Ella se mordió el labio.

«¿Qué juego? No sé de qué me hablas...».

«Jajaja, lo sabes perfectamente. Si no, ¿a cuento de qué te vas sin ropa interior y con mi camisa mojada marcando todo tu cuerpo? Por cierto, ¿cómo está?».

«¿Cómo está quién?».

«Mi camisa. ¿Sobrevivió?».

«Sí, la lavé y está viva. Te la daré cuando te vea».

«Puedes quedártela. Así tienes algo mío».

«Jajaja, muchas gracias. Así la puedo seguir usando estos días como pijama».

«¿Y sin ropa interior también?».

«Eso tendrás que descubrirlo tú...».

Eirica entró justo en ese instante a la casa sin saber que interrumpiría un nuevo capítulo del juego.

—¿Nos vamos? —preguntó—. Claire debe estar harta de nuestros horarios.

—Sí, un segundo —contestó Aileen, sin levantar la cabeza del teléfono. Tecleó rápido: «Eirica está ya aquí y nos vamos».

«OK. Un beso y descansa».

«¿El descanso es por algo en concreto?».

«Por qué te quiero descansada para nuestro próximo encuentro ;»).

Aileen notó como su cuerpo bullía ante el desparpajo tan directo de Andrew, pero, lejos de amainarse, sonrió emocionada y prosiguió añadiendo más leña a aquel fuego que, día a día, parecía coger más temperatura.

«Ja, ja, ja. Ya veremos quién cansa a quién. Bye!».

Se puso en pie, olvidándose por completo del cansancio que un rato antes mostraban las piernas.

—¿A qué viene esa cara de felicidad? —preguntó Eirica.

—Nada, cosas mías —mintió.

—Ya... —dijo con escepticismo—. Últimamente no se te va la sonrisa de la cara y debo confesarte que me encanta verte así.

Aileen se mordió otra vez el labio, tratando de contener una sonrisa que la delatara. Pero, al final, la presión silenciosa que Eirica ejercía mediante su severo contacto visual la pudo y rompió en una inmensa carcajada. Aun así, consiguió mantener su conversación con Andrew en privado.

—Anda, vámonos —sentenció Eirica.

Sabía que no le sacaría nada que ella no quisiera contarle, por lo que cambió de tema.

—Claire nos acabará echando de su casa si seguimos llegando a cenar a horas tan intempestivas.

Aileen se dirigió hacia la puerta, evitando cruzar su mirada con la de Eirica. Desde que Andrew había aterrizado en su vida tenía la impresión de que se reactivaba una parcela de su cabeza que yacía latente desde hacía bastante tiempo.

CAPÍTULO 19

Durante la mañana del miércoles, tal como había finalizado la tarde del martes, Aileen le dio mil vueltas a la idea de si debía saltarse la regla número uno del manual universal de las mujeres: mantener el orgullo intacto y vencedor, esperando a que Andrew le escribiera y diera el primer paso. Pero, por otro lado, tenía la necesidad de verlo, además de otras cosas. «¿Por qué negarlo?», pensó. Al fin y al cabo, se trataba de algo físico y mantenía el control de la situación. Una finísima línea separaba el sexo del amor y ella se veía en el lado correcto. Convencida, cogió su móvil y, metafóricamente, las riendas del juego. Aprovechó que todo el mundo iniciaba el parón en la casa para irse a comer y le escribió.

«Qué callado estás hoy. ¿Ya no te acuerdas de tu camisa?».

Esperó impaciente el doble tic azul que indicaba que se había leído el mensaje. Tenía como última conexión las once, es decir, hacía menos de veinte minutos.

—¡En línea! —gritó emocionada.

Por suerte, nadie en la casa la había oído porque estaba sola.

«¿Qué te hace pensar eso?», contestó Andrew.

«Ni un solo mensaje para preguntar. ¡Qué poco te preocupas por ella!».

«Si mi camisa sigue en las mismas condiciones en las que la dejé el domingo, es mucho más afortunada que yo».

Aileen se sonrojó, pero no le importó. Lo bueno de tener una pantalla entre medias era que él no podía verla con aquel rubor. Decidió seguirle el juego.

«????».

«Sobre tu piel, tú sin ropa interior... Quien fuera camisa...».

Sentía como la sangre bullía por las venas, bombeada con fuerza hacia la cabeza.

«¿Eso es lo que quieres?», escribió.

«Sí, ahora mismo...».

«Lo tienes complicado...».

«¿Por qué? ¿Acaso tú no desearías repetir lo del sábado por la noche?».

Aileen pensó un instante la respuesta, pero la tenía clara. Además, no pensaba cortarse. Ya era tarde para echar el freno y sabía lo que quería: a Andrew cerca de ella. Tanto como lo había estado el sábado anterior.

«De principio a fin», sentenció sin pudor.

«Y, entonces, ¿por qué dices que es complicado? Yo lo veo muy sencillo...».

Aileen se levantó de las escaleras y echó a andar de un lado a otro, con el corazón funcionando a un ritmo incontrolable. El temblor de piernas aparecía de nuevo y sentía un ligero cosquilleo en su zona más íntima al recordar cómo había experimentado el renacer de su cuerpo aquella noche junto a él. Tenía que contestar, así que se centró en lo más obvio:

«Básicamente porque el séquito de Mark estará de vuelta en una hora y tú estás en tu aburrida oficina, a media hora de aquí».

«O no...».

El timbre de la mansión de los Wright sonó y Aileen se temió lo peor. Su cara ya no reflejó esa diversión adulta propia de quien cree que su atrevimiento no tendrá mayor trascendencia. La distancia virtual que le brindaba la pantalla no le serviría ya de parapeto ante quien, con casi total seguridad, aguardaba fuera. Al ser consciente de ello, su expresión se convirtió en un mosaico de veinte mil piezas. Se quería morir. Pero fue. Nada más abrir, encontró a un trajeado e imponente Andrew con una sonrisa triunfal en la cara. Ella creyó que la piel se le derretiría por el intenso calor que sintió al verlo.

—¿Cóóómo...? ¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí?

—¿No decías que no pensaba en mi camisa? Fíjate lo equivocada que estabas.

Andrew, sin duda, estaba disfrutando. Se le notaba en cada milímetro de la cara. Viendo que Aileen no era capaz de reaccionar, decidió ser benévolo y ponérselo fácil.

—Cuando me has escrito acababa de llegar a tu casa. Venía a invitarte a comer fuera, pero creo que tienes planes mejores para nosotros.

Intentaba de verdad comportarse con ella y no caer en la provocación, pero algo dentro de él le hacía disfrutar rompiéndole los esquemas. Sabía que, detrás de su armazón, Aileen era de mil formas distintas de las que dejaba entrever y, por algún motivo que desconocía, deseaba conocerlas todas.

Ella se rio, pero no por la gracia que le hicieran sus palabras, sino por lo cómico de la situación. Jamás tendría el control del juego porque él iba un paso por delante y ambos parecían saberlo. Aileen quería retomarlos, pero seguía paralizada, observándolo, trajeado y formal, con las manos en los bolsillos e irradiando seguridad en sí mismo, perfectamente peinado y sin perder la sonrisa. Cada vez que trataba de martirizarla con sus sorpresas, él se mordía el labio, síntoma que asoció a una posible debilidad ante ella que podía distar mucho de un simple polvo. Pero, por otro lado, a sus ojos, el muy cabrón no aflojaba el juego. Y el resultado era un patente desconcierto.

—¿No me vas a invitar a entrar? Siendo sincero contigo, debo confesarte que no pensaba invitarte a comer fuera. Paré de camino a comprar unas Coca-Colas y un par de sándwiches, por si preferías un plan más... casero —dijo Andrew.

—Claro, entra, podemos ir a la cocina.

Aileen se hizo a un lado y lo dejó pasar.

—¿En la cocina estaremos cómodos?

Ella no pudo evitar reírse a carcajadas. A Andrew, esa espontaneidad lo hacía enloquecer, algo que Aileen aumentaba con ese gesto de sus labios que lo endiablaba más e incrementaba su deseo. Ella sentía que recuperaba el control cada vez que él parecía perderlo. Con valentía, y sin saber de dónde provenía la fuerza, Aileen se giró hacia él.

—Tienes razón, podemos ir algún lugar más cómodo.

—Eso pensaba yo —dijo Andrew, que la siguió—. Seguro que hay otro sitio mejor para tomarnos los sándwiches.

—Los sándwiches ya te digo que se quedan fuera. —Le cogió la mano para guiarlo—. En la biblioteca no pienso dejar comer a nadie.

Andrew sintió cómo la sangre borboteaba en su interior. Percibía una certera seguridad en ella, de eso no tenía duda alguna, pero al cogerle la mano, sentía también la vertiginosa velocidad a la que circulaba su sangre. Como si de un partido de tenis se tratara, creyó que le tocaba a él golpear la bola.

—Tienes el pulso acelerado —le dijo, disfrutando.

Aileen lo miró, pero no sucumbió a su sonrisa. Esta vez no. Mantuvo la mirada fija e infranqueable hasta que añadió:

—Nada comparado con cómo lo vas a tener tú.

Andrew se sintió embriagado. Sin darse cuenta, habían llegado a la biblioteca, que estaba casi a oscuras. Nadie había trabajado allí hoy. Él sonreía como un niño pequeño ante un caramelo. En el centro de la habitación, y con un deseo imposible de sostener durante un instante más, ambos se miraron con intensidad, callados. Aileen se había girado hacia él; una sutil corriente de aire se colaba entre los diez centímetros que les separaba. El único sonido era su respiración. Ambos notaron cómo se perdieron en cuanto se detuvieron frente a frente. No había más pensamiento ni más juego, solo los instintos de dos personas que no podían evitarse y perdían el control sobre su mente y su cuerpo nada más acercarse. Andrew contemplaba su belleza. Su rostro le resultaba de excepcional dulzura. Se aproximó más hasta pegarse a ella y sostuvo un mechón de pelo entre sus dedos. Aprovechó para inspirar despacio y captar la esencia de cada cabello.

—Qué voy a hacer contigo, Aileen —le confesó al oído.

Y, acto seguido, la besó mientras bajaba la mano hasta la cadera. Titubeó, algo que jamás le había pasado con ninguna otra mujer. Ella, impulsada por el momento, le quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharle la camisa.

—Si tú te paras, ya me encargo yo —añadió sonriendo, a sabiendas de que ahora era él quien flaqueaba.

—Aileen... —dijo mirando al techo, sabedor de que aquella mujer le iba a trastocar la vida más de lo que se había imaginado.

Andrew le quitó la camiseta, manchada de pintura, y observó sus senos atrapados bajo el hermoso encaje granate. Se acordó del sábado, de su aterciopelada entrepierna y el *body* que le hizo enloquecer. Sentía exactamente lo mismo y quería exactamente lo mismo. Acercó su cuerpo, ahora un poco más desnudo y, mientras le besaba el cuello, le desabrochó el sujetador. No fueron más que unos segundos, pero cuando sintieron que el broche cedía y se abría, la adrenalina se apoderó de los dos. Él le retiró el sujetador y ella comenzó a desabrocharle los pantalones. La escena se aceleraba sin que ellos pudieran o quisieran ralentizarla. No tardaron en encontrarse los dos desnudos, besándose y midiendo con las manos hasta el más ínfimo e íntimo lugar de sus cuerpos. Ella aplicó una ligera presión donde sabía que él deseaba sentirla y aquello lo extasió de tal modo que, durante una fracción de segundo, temió quedar paralizado y no poder corresponderle con sus manos. Necesitaba hacerla disfrutar como ella le hacía disfrutar a él. Consiguió separar la mano de Aileen, no sin cierto arrepentimiento. La cogió por los brazos y se los colocó en torno al cuello para levantarla después del suelo con fuerza. Ella le rodeó la cintura con las piernas mientras él buscaba la ubicación perfecta dentro de aquella biblioteca. El cuerpo de Aileen estaba ansioso y Andrew pareció intuirlo. Situados ya en el lugar elegido, él rompió el silencio.

—Pídemelo... Necesito oírtelo decir.

Aileen se mordió el labio.

—No sé de qué me hablas —le contestó, haciéndose de rogar.

Andrew estaba fascinado con su capacidad de alimentar su deseo con solo negarle lo que sabía que los dos ansiaban.

—Sé lo que quieres, porque es lo mismo que yo quiero darte, pero no te lo voy a dar hasta que me lo pidas.

Y, acto seguido, la dejó de pie sobre el suelo, pero sin soltarla más que lo justo para retirar el plástico de una silla arrumbada en un rincón. Con suavidad y, ante el desconcierto de la joven, le indicó que se sentara. No sabía qué tenía pensado para ella, pero se dejó llevar.

—Abre las piernas —le dijo, mientras con ternura se las separaba.

Despacio, se agachó y comenzó a besarle la entrepierna. Aileen solo deseaba que siguiera subiéndolo. Quería mucho más de él, pero no estaba dispuesta a pedirselo con tal de ganar aquella partida en el juego. Abstraída como estaba en su afán por obtener más, se sobresaltó al sentir cómo la masajeaba despacio, entrando una y otra vez. Los gemidos inundaron la silente estancia llena de libros.

—Dímelo, Aileen...

Ella jadeaba, por lo que le era imposible pedirselo. No podía articular una sola palabra. Visualizó sus fuertes brazos trabajando en darle placer y quiso que aplicara aquella fortaleza... «Madre mía», pensó percibiendo su propio pudor. Con la misma dificultad, lo apartó y clavó su mirada en él.

—Dímelo, Aileen, y te juro que lo haré.

—Dime tú qué quieres hacerme y te diré lo que quieres oír.

—Necesito sumergirme en ti. Lo deseo cada segundo que estoy fuera de ti, lejos de ti.

Aileen se incorporó, le cogió la mano y lo arrastró hasta una pared. Sin mediar palabra, se dio la vuelta, y de pie, se apoyó sobre ella, dejándole claro lo que quería. Él se aproximó a su desnudez y con delicadeza le levantó un poco más los brazos.

—Jamás te diré lo que tú quieres oír —confesó Aileen mientras Andrew apoyaba la frente contra la cabeza de ella, enloquecido—, sino lo que yo deseo que me hagas.

Ese empoderamiento lo embraveció y solo deseaba ceder ante sus anhelos.

—Dímelo — le susurró tan cerca que ella sentía el aire mecer su lóbulo y un nudo en la garganta.

El placer la ahogaba, pero también sabía que decirlo era su pase directo para conseguir lo que quería, así que, finalmente, el deseo prevaleció.

—Necesito sentirte dentro —susurró.

—Dime más —añadió Andrew, introduciéndose despacio para no hacerle daño.

—Entra más, lo necesito ya, Andrew —le suplicó.

Él profundizó, impulsado por un deseo que trascendía la piel de ambos y el éxtasis que los envolvía cuando estaban juntos. Los dos sudaban y gemían cada vez que se deslizaba dentro de ella.

—Más... Andrew. Quiero más.

Y él obedeció. Aileen sentía su cuerpo convulsionarse. No quería que acabara nunca aquella sensación. Para su sorpresa, Andrew soltó una de las manos que sostenían en alto las suyas y comenzó a masajearle el clítoris. Ella contraía con más fuerza sus músculos, provocándole mayor placer. El vello de sus cuerpos se manifestó, erizándose, y ya ninguno de los dos soportó más la tensión. Se rompieron con la liberación de un intenso orgasmo que jamás habían experimentado antes.

Sudorosos y jadeantes, se mantuvieron fusionados unos instantes más, alargando el contacto. Andrew estaba exhausto y no quería abrir los ojos. Tampoco quería separarse de ella. Pensó que no quería moverse nunca más de allí, de ella, y volver al mundo que conocían y que les esperaba.

—Aileen... ¿qué voy a hacer contigo? —le susurró.

Ella no quería tampoco que se alejara. Sentir que la rodeaba con sus brazos le proporcionaba una maravillosa sensación de confort. Mucho más allá del sexo, como si la protegiera de la vida en general, y le gustó sentirse así. Pero la realidad era la realidad.

—Andrew, los obreros deben estar a punto de llegar.

CAPÍTULO 20

Cuando los obreros volvieron, los encontraron en la biblioteca. Eso sí, sentados sobre la mesa de billar, risueños, disfrutando de un sándwich y una Coca-Cola y, para tranquilidad de todos, vestidos.

—Ya llega tu séquito y yo tengo que volver a la oficina.

Aileen quería preguntárselo, pero sabía que no debía. Una vez más, se libraba en su cabeza una batalla entre seguir el famoso reconocido manual universal no escrito de las mujeres o hacer lo que le diera la real gana, atendiendo los instintos más naturales de su cuerpo. Lo miró tratando de leer la respuesta correcta en su rostro y percibió cómo se mordía el labio. No le hizo falta continuar con su solitario monólogo mental, ya que él zanjó sin duda alguna el mismo dilema que ella tenía.

—¿Nos vemos el viernes? —le preguntó Andrew.

Su vocecilla trató de alertarla de que aquello podía resultar arriesgado para su plan, pero ella decidió dejarse llevar por el bienestar que le provocaba divertirse como lo hacía con él.

—¿En el *pub*? —contestó ella.

—Yo había pensado pasar a recogerte. Si te parece bien...

—Claro, sin problemas. Lo único...

—¿Qué? —preguntó con la afilada mirada de ojos azules.

—Si parecemos juntos... ya conoces este pueblo —añadió bajito por miedo a que la escuchara alguno de los obreros.

—¿No quieres que nos vean juntos? —se extrañó Andrew.

—Eras tú el que no quería —añadió Aileen, confundida.

—Porque complican siempre las cosas, pero tal como yo las veo ahora mismo, están bastante claras.

—¿Ah, sí? —dijo intrigada. «¡¡Mierda!!», pensó inmediatamente después.

—¿Por qué esa sorpresa? Eres divertida y hay algo en ti que me tiene cautivado, por no hablar de lo más obvio.

Aileen sonrió divertida ante la revelación, provocando que él apretara los labios de nuevo.

—¿Que es...? —empezó a decir, invitándolo a terminar la frase.

—Que eres preciosa —añadió él con un ligero rubor en las mejillas que pilló desprevenidos a ambos.

Aileen estaba muerta de la vergüenza, lo cual le extrañaba después de todas las cosas que le decía durante los arrebatos sexuales, pero decidió que lo mejor era mostrarse segura.

—Disfrutemos del momento, veamos a dónde nos lleva.

—Me parece perfecto.

Andrew dejó la Coca-Cola sobre el plástico que cubría la mesa de billar, se levantó colocándose el traje y se situó frente a Aileen, aún sentada, apoyando sus brazos sobre el borde y manteniéndola atrapada entre ellos.

—¿Te recojo entonces el viernes a las siete?

—Perfecto.

La besó, pero no se deleitó como habría querido. Al contrario de lo que su voluntad le pedía, se separó de ella.

—Besarte me arrastra a querer más de ti —le dijo en voz baja, con sus ojos fijos en los de ella—. Y veo que empezamos de nuevo.

Aileen estaba encandilada y no le molestó que su cara lo reflejara abiertamente.

—Por cierto —dijo él, rompiendo el magnetismo que los mantenía atrapados—, habrá que estrenar esta mesa de billar en algún momento, ¿no?

Ella estalló en una carcajada.

—Soy muy buena, no creo que tengas oportunidad alguna —mintió yéndose por la tangente.

Además de que era pésima en cualquier juego que se le pusiera por delante, sabía que él se refería a otro tipo de partida. Andrew la miró para después volver a besarla. Esta vez, sin embargo, claudicó y lo hizo despacio, con detenimiento, para disfrutarlo. Quería conservar el resto de la semana el recuerdo de cómo era estar junto a ella.

—No tengo la más mínima duda de ello —contestó una vez consiguió distanciarse de ella.

Tras aquello, se marchó. Lo hizo sin mirar atrás. De haberlo hecho, no sabía si habría tenido la fuerza de voluntad suficiente para volver a lo que ahora le parecía una lúgubre oficina donde no estaba la luz que desprendía Aileen.

CAPÍTULO 21

Aileen estaba feliz por todo lo acontecido con Andrew, pero había un matiz que, a su entender, era fundamental en aquella ecuación: esta vez se había propuesto no dejar que los sentimientos se interpusieran y complicaran algo que, tal como estaba ahora, era perfecto. No solo no pensaba volver a sentir debilidad por un hombre, sino que su postura hacia el sexo opuesto había cambiado radicalmente en las últimas semanas. Estaba de acuerdo al cien por cien con Eirica cuando le decía que disfrutara de una relación basada en el piel con piel, sin nada más que pudiera interferir. Y lo mejor era que también lo hacía como le había pedido Martha cuando estableció como condición para el usufructo que no se casara nunca. Solo sexo significaba eso: solo roce, solo plano físico, dejar lo visceral a un lado. Sexo en estado puro. «Pero ¡y qué sexo!», pensaba.

Se paseaba por la casa el jueves como si una corriente de aire la meciera de un lado a otro y no podía evitar que su ánimo volara a diez mil pies de altitud. Incluso cuando le hablaron del retraso de unos días en la entrega de los nuevos materiales, por algún problema en la fábrica, mantenía la altura de vuelo. Registraba la mitad de las conversaciones porque, en realidad, todo le daba igual. Ella pensaba en lencería, en la cara de Andrew al verla, en su vello erizado al sentir sus caricias sobre su cuerpo entero y el orgasmo tan apabullante tras el encuentro de la biblioteca. Y cuando no pensaba en las sensaciones que experimentaba cuando chocaban para unirse como dos imanes, lo hacía en esa endiablada sonrisa que hacía de Andrew, junto con su mirada, un cóctel letal.

Eirica, a su vez, no comentaba nada sobre la situación en la que se hallaba su amiga. Se lo había contado la noche anterior y había alucinado hasta tal punto que no sabía ni qué decirle. Se alegraba muchísimo por ella y no quería soltar ninguna fatídica frase que hiciera que se rayara, aunque tenía unas cuantas cosas retenidas en la cabeza. No podía evitar sentir miedo por ella, porque no supiera tenerlo bajo control y acabara como con David.

—¿Por qué me miras con esa cara? —le espetó Aileen durante el descanso para el almuerzo.

Eirica se sobresaltó e improvisó una excusa con bastante agilidad.

—Estaba pensando en el sábado.

—¿Pasado?

—No, el próximo. ¿Sigue en pie ir a casa de mis padres?

—Eirica, no me importa ir sola, en serio. No quiero trastocaros a Mark y a ti si tenéis otros planes. Sabes que con tus padres tengo confianza para ir sin ti.

—No, no. Si no lo decía por eso, claro que no me importa. Era más que nada porque no te hubieras olvidado.

—¿Por qué me iba a olvidar? —respondió sorprendida.

—Porque desde hace algún tiempo levitas cual ánima que deambula feliz por la vida y estás un poco ausente.

—Venga ya, ¡eso no es cierto! Simplemente, estoy disfrutando de mi momento.

Eirica se mordió la lengua y contuvo el cartucho explosivo que tenía en la cabeza y ansiaba por salir. Sopesaba si un varapalo ahora con Andrew pudiera suponer peores consecuencias que un recordatorio a tiempo sobre el hombre que ya una vez la hirió. Pero, al pensar en Mark, en su felicidad actual y en que habían empezado su relación tal como lo hacía Aileen ahora, prefirió callarse. Nadie sabía demasiado sobre su relación con Mark porque había preferido guardárselo por una cuestión de pudor. Lo que había trascendido era que eran inseparables desde aquella primera noche. Lo que se reservaba en terreno íntimo era que había sido más una cuestión sexual al principio, que, después, había evolucionado en tiempo récord hacia una relación basada en el cariño, la confianza, la amistad, e inevitablemente, en el amor.

—Es genial, Aileen, que hayamos conseguido alcanzar esta simbiosis con un hombre — consiguió responder por fin—. ¡Quién nos lo hubiera dicho después de...! —Enmudeció de golpe. No había pretendido mentarlo. De hecho, lo que quería era evitarlo, ya que esa había sido la férrea norma impuesta por Aileen después de su ruptura con él y casi se le escapa.

—Lo puedes decir, Eirica —dijo ella con convicción—. David pasó a mejor vida en mi historial de sonados fracasos amorosos. Siendo, por cierto, el fracaso número uno en el *ranking*.

—¿Seguro?

—¡Completamente! Es el mayor de todos mis descalabros en ese terreno, no tengo la más mínima duda.

Eirica se rio.

—En realidad, me refería a que si seguro que es historia. Desde luego, no ponía en duda el fracaso tan estrepitoso que resultó ser.

—¡Ah! Sí, sí. Pasado al cien por cien. Pertenece a otra vida. Ahora mismo podría aparecer por esa puerta y me resultaría indiferente.

Eirica no sabía si sería tal la indiferencia de su amiga si lo viera. Irradiaba cabreo al pensar en el daño que le había causado.

—Pues yo no —replicó—, yo le escupiría a la cara y tendría suerte de que no cogiera cualquier bártulo histórico de la casa y se lo lanzara a la cabeza. Así sabría el dolor te causó, aunque sea a nivel físico.

—Mira que eres bestia —le dijo divertida—. Pero no se merece ni eso. Ya sabes lo que dicen: no hay mayor desprecio que no hacer aprecio. Y hace un año quizás hubiera pensado como tú. Pero ahora ya no. Ni le odio ni le amo. Simplemente, me da igual.

—¡Cómo ha cambiado la historia!

—Totalmente.

—Algo tendrá que ver Andrew.

—Totalmente —repitió Aileen entre risas—. El sexo libera endorfinas que dicen que son superbeneficiosas para la salud y se relacionan con la felicidad. Y la infelicidad ya no tiene cabida en mi nueva vida. Voy a convertirme en empresaria con un negocio maravilloso, alimento un recuerdo único hacia mi querida Martha y vivo una historia de locura sexual desenfrenada que, además, parece que está pasando de frecuencia quincenal a semanal. ¿Qué más puedo pedir?

Eirica meneaba la cabeza.

—No tienes remedio. De todas formas —dijo, pensando que ahí lanzaba un cartucho pequeñito como simple recordatorio—, acuérdate del teorema de los buitres de la felicidad.

—Ya... —dijo Aileen pensativa, mirando el suelo—. Es cierto, pero, bueno, si alguien se atreve a incordiarne ahora, no me encontrará. Estoy de paseo por las nubes, inaccesible para los buitres que sobrevuelan suelo firme.

Y eso era justo lo que preocupaba a Eirica. A Aileen no se le escapó.

—No te preocupes, Eirica —le dijo ella, que leía en su rostro casi cualquier pensamiento que le atravesara la mente, por fugaz que fuera—. En serio. No hay forma de que Andrew pueda convertirse en buitre porque no he tenido ni una conversación trascendental con él. Todo han sido idas y venidas con carga sexual, así que el único peligro es que me convierta en adicta al sexo.

—Con él —añadió Eirica, que se llevó las manos a la boca y abrió los ojos con sorpresa por cómo lo había soltado.

—Eso no te lo voy a negar —respondió entre risas—. Es, sin lugar a duda, el hombre que más placer me ha dado jamás.

La cara de sorpresa de Eirica se transformó en una improvisada carcajada y ella comprendió en cuestión de segundos el motivo. Mark acababa de aparecer justo detrás de Aileen y su sonrisa le daba a entender que lo había oído.

—Haré como que no he escuchado eso —afirmó él.

—Hola, Mark —dijo Aileen, iluminada como un neón rojo—. Sí, mejor haz como que no has oído eso último.

—También he oído que me quitáis el privilegio de llevaros el viernes al *pub*.

Aileen fulminó con una encantadora sonrisa a Eirica y Mark continuó.

—Tranquila. No se lo he dicho a nadie, todo el pueblo cree que no hay nada entre vosotros, y a mis hombres hoy les he prometido un bono para que no comenten nada de lo que vean o escuchen por aquí.

—Lo añadiremos a la factura final.

—Ni te preocupes.

—Claro que sí, Mark. Martha me dejó dinero como para reformar cinco veces esta casa. No vas a asumir tú eso.

—De todas formas —continuó Mark—, el viernes, cuando aparezcáis juntos en el *pub*, sois conscientes de que todo el pueblo hablará de vosotros, ¿no? Y durante semanas.

Los tres rieron.

—Me da igual —sentenció Aileen—. Que hablen. Llegados a este punto ya... Por cierto, cambiando de tema, que no me viene mal. Me han comentado esta mañana algo de un retraso con unos materiales. ¿Cómo nos afecta en los avances?

—No va a haber retraso. Ya he hablado con el proveedor y mañana estarán aquí, según lo previsto.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Aileen, fascinada.

—Es increíble, ¿verdad? —respondió Eirica—. Cuando le oigo hablar con los proveedores alucino. Consigue su objetivo y casi parece que, encima, quedan en deuda con él.

—No exageres —dijo complacido Mark—, me miras con muy buenos ojos.

«Y eso es verdad», pensó Aileen. Se comían con la mirada, pero no a nivel sexual, sino que parecían que iban a morir ahogados en amor de un instante a otro.

—Ahora estoy dudando de si harás algo parecido también conmigo y por eso me siento así cuando estoy contigo— continuó Eirica, divertida.

—Nunca lo sabrás —finalizó Mark, agarrándola de la mano y arrastrándola con ternura hacia él.

Aileen sabía que aquel era el momento de irse. Se había quedado con las ganas de hablar un poco más sobre el viaje a Inverness del sábado, a casa de los padres de Eirica. Ese lugar resultaba ser lo más parecido a un hogar desde que su madre falleciera dos años atrás y tenía que ir sí o sí para recoger algo imprescindible para su hotel.

CAPÍTULO 22

Aquel era un gran día. Era viernes e implicaba hacer lo que más le gustaba en las últimas semanas de su nueva vida: pasar un buen rato con Andrew, despejando tanto su mente como las telarañas que habían cubierto su cuerpo en los últimos meses. Por fin dieron las siete en el reloj de pared en casa de Claire y, con una puntualidad asombrosa, sonó el timbre. Aileen estaba ya arreglada y bajó, pero Claire se le adelantó y abrió la puerta, invitando a Andrew a entrar. Eirica y Mark también estaban allí ya y Aileen no sabía distinguir si aquella comitiva era como apoyo moral por si Andrew no se presentaba o para cotillear y no perder detalle de su reencuentro. Se sentía como si toda su familia acudiera a un momento épico en su vida: la primera cita con un hombre. Y, en cierto modo, era consciente de que aquella era la primera cita formal con él, aunque en su cabeza viniera acompañado de una nota aclaratoria: «Entendamos la palabra *cita* como preludio a una noche del mejor sexo».

Cuando Andrew entró en la acogedora estancia, ella tuvo que esforzarse por disimular la repentina subida de tensión que experimentó. Le parecía imposible creer que nadie en aquel cuarto escuchara la violencia con la que su torrente sanguíneo le recorría las venas, fruto de la exagerada fuerza con la que el corazón bombeaba la sangre. «¡Qué hombre! ¿De dónde ha podido salir alguien como él?», pensó. Jamás había estado con una persona con una presencia tan imponente y ninguna de las sonrisas que había conocido hasta la fecha le había provocado el desfallecimiento de su voluntad como lo había conseguido Andrew.

—¿Qué tal? —dijo él, rompiendo el silencio y un poco sorprendido por el recibimiento tan multitudinario.

Se sintió observado, pero no le importó. Todo lo contrario. Aquella afluencia de personas del entorno de Aileen alentaba, a su entender, algo positivo, pero decidió que era mejor atesorarlo para sí mismo.

—Bien, todos estamos perfectos. ¿Nos vamos? —dijo Aileen, tratando de sacarlo rápido de aquella situación.

Tal como lo entendía ella, Andrew no era su novio, sino un ligue. Claire pareció leerle el pensamiento, pero en un sentido totalmente contrario y erróneo, y no pudo evitar manifestar su alegría.

—Qué bien que mis dos chicas favoritas hayan dado con novios tan guapos. ¡Y tan hechos y derechos!

Aileen no sabía dónde meterse, así que se limitó a sonreír. Ya hablaría con ella, porque aquello olía a intencionado por todas partes.

—Gracias, Claire —respondió Mark mientras abría la puerta del salón—. Cuidaremos de ellas.

Y salió de la estancia abriéndose paso hacia la calle a través del *hall* de la casa de la anciana.

—¿Os parece si vamos dando un paseo? —preguntó él.

—Claro —dijo Andrew—, luego vuelvo a por el coche.

Por el camino, las parejas caminaron separadas por grandes dosis de intimidad. Eirica y Mark iban delante, cogidos de la mano y, cada pocos pasos, la carcajada de alguno de los dos atravesaba la calle para llegar hasta la segunda pareja. Sin embargo, Andrew y Aileen caminaban en silencio. Ella iba pensando sobre cómo su relación se había sustentado desde el primer día en un juego. Incluso el día de la playa, en el que se vieron durante apenas unos minutos, sabía que una fuerza involuntaria de atracción los arrastraba. Había percibido en Andrew un interés inusual en ella e, igualmente, en el momento en que ella lo vio, sufrió algún tipo de ensoñación inesperada. Desde ese pensamiento, desplazó su atención a Martha y a su regla para el usufructo. La incomodidad escapó a su censura, encontrando su salida en forma de suspiro, audible para Andrew.

—¿Te preocupa algo? —preguntó él.

Ella tragó saliva, pero mantuvo la mirada firme al frente. Trataba de pensar rápido en un desvío plausible que le permitiera salir del paso. Confesarle que estaba experimentando un cambio que ni ella quería reconocerse a sí misma y que el gran pero era que su octogenaria amiga había blindado su herencia frente a un matrimonio estaba fuera de discusión.

—No especialmente. No te voy a mentir —mintió—, pero es verdad que en el momento que lleguemos al *pub*, juntos, pero, en realidad, sin estar tampoco juntos, va a generar un revuelo. Y lo cierto es que no me importa, pero tampoco es lo que quiero.

A Andrew le encantaba estar expuesto ante las incongruencias de Aileen porque, cuando dejaba el juego apartado, las defensas de aquella mujer actuaban de forma diferente. Y fuera la Aileen que fuera, el resultado era su fascinación. Jugaba con él a un juego en el que intuía que era novata, pero debía reconocerle también que lo hacía con maestría. Ahí era cuando sentía que quería cogerla entre sus brazos y hacerle el amor. En cambio, cuando se trataba de la Aileen desarmada que mostraba una vulnerabilidad natural, que él había identificado como su verdadera forma de ser, solo quería abrazarla y, por qué no, ser su escudo y protegerla.

—Sabes que lo que acabas de decir no tiene mucho sentido, ¿no? —dijo él.

Aileen sabía que así era, pero no le dio tiempo a reaccionar. Estaban a cien metros del *pub* y Andrew le cogió la mano, la aproximó a él y la besó. Él no podía imaginar otra cosa que no fuera hacer eso mismo. Necesitaba demostrarle un afecto que ni él mismo podía explicar de dónde le nacía.

Ella no se lo esperaba y la pilló desprevenida. Eso no era sexo. Eso era otra cosa. Y esa cosa ahora mismo se salía del cuadrilátero que tenía estipulado en su relación con Andrew. Y, sin embargo, su cuerpo estaba respondiendo al estímulo de forma errónea. Lo abrazó y le devolvió aquel beso con el mismo que fervor que lo recibía, sin que ninguna fibra de su cuerpo, a excepción del cerebro, protestara. Quería parar, pero no quería parar. Sintió que quería amarlo, pero sabía que no podía hacerlo.

Cuando se separó, ella quería que la tierra se la tragara y la única forma que pudo improvisar para evitar el contacto visual con él fue resguardarse con profundidad entre sus brazos, empeorando esa otra cosa que acababa de brotar de la nada. Andrew acogió el gesto correspondiéndola, apoyando la cabeza sobre la de ella.

—¿Qué es lo has hecho con mi voluntad, Aileen?

—¿Qué has hecho con tú la mía?

Eirica sintió tener que romper la conexión en la que ambos parecían estar sumidos, pero la situación requería prevenir a Aileen.

—Aileen, no sé cómo ha podido saberlo, pero... David está aquí.

Ella no se sobresaltó. Estaba tranquila, lo que no evitaba que estuviera sorprendida.

—¿Aquí, en Escocía? ¿O aquí, en Balford?

—Aquí, en el *pub*.

Aileen no pudo evitar pensar en la paradoja de la situación. Un ex que le había roto el corazón aparecía justo en el momento exacto en el que parecía haberlo vuelto a entregar. ¿Sería Martha enviándole una señal, desde la estrella en la que residiera junto a Alice, advirtiéndola de que aquello no era posible? Fuera como fuese, ella lo entendió como una falla geológica que debía abrirse inevitablemente para liberarse de la tensión acumulada desde su ruptura con él. Pero aquel terremoto tendría su epicentro tan lejos que ya no tendría ninguna fuerza de destrucción. Ella lo miró desde la distancia y ambos se aproximaron.

—David, qué agradable sorpresa —soltó Aileen sin denotar un ápice del sarcasmo que podría haberle impreso a la afirmación.

—Aileen, estás preciosa. Te diría que como siempre, pero debo decirte que estás más guapa que nunca.

Eirica estaba a menos de dos metros y podía escucharlo todo. Si por ella fuera, aquella conversación la habría asumido ella y le hubieran bastado siete palabras: «Ya te estás yendo a la mierda». Pero si era verdad lo que le había dicho Aileen, de que no sentía nada por él, le correspondía a ella hacer los honores de mandarlo de vuelta a Bournemouth. Por si acaso, se mantuvo cerca, atenta a cualquier señal de que necesitaba ayuda.

—Gracias —dijo Aileen—. Pero no creo que te hayas presentado aquí para decirme lo guapa que estoy. Te diría que, si quieres decirme algo, vayas directo al grano. Estoy con mis amigos para entrar al *pub*, y eso es lo que me gustaría hacer. A diferencia de lo desconsiderado que

fuiste, y para demostrarte que no estoy a tu altura, sino muy por encima, quiero darte la oportunidad de decirme lo que tengas que decirme. Lo único que te voy a pedir es que no me hagas perder el tiempo. Sé rápido, por favor.

David no se esperaba aquella pétrea posición. Había pensado que vería a una Aileen cabreada, que le diría llorando lo cabrón que había sido y sabía que razón no le hubiera faltado. Pero aquella Aileen le hablaba con serenidad, apaciguada. Percibía algo que no sabía cómo encajar: le era indiferente.

—Veo que te has vuelto directa, así que seré breve. Este último año he tenido tiempo para pensar y... sé que puede parecer un cliché, pero me he arrepentido de mi decisión y... también de mis actos. No te lo merecías y no solo porque te quiero, sino porque eres una buena persona. Necesitaba decirte que lo siento y pedirte dos cosas: la primera, perdón, y la segunda, que me des una nueva oportunidad. Creo que hacíamos muy buena pareja y nos merecemos estar juntos.

David sostuvo el aliento, expectante. Aileen ordenó sus pensamientos. Los tenía clarísimos, pero quería responder con rigurosidad a todas las imprecisiones de su frase.

—David, siento que hayas venido hasta aquí para decirme algo que podrías haberme dicho a través de un mensaje. Dada tu franqueza, te mereces una respuesta también franca para matizar algunas cosas de las que no tenemos una perspectiva muy parecida. La decisión no la tomaste tú, la tomé yo. Lo hice precisamente por tus actos. En lo que sí estoy de acuerdo contigo es con que no me lo merecía, porque es verdad, soy una buena persona, y lo que demostraste es que no me querías. De hecho, dudo que lo hagas ahora. Agradezco de verdad que me pidas perdón y te perdono, pero no puedo darte una segunda oportunidad porque, además de que no te la mereces, ahora sé, con absoluta certeza, que no hacíamos buena pareja y no conectamos de ninguna de las formas en las que dos personas que se aman pueden hacerlo.

David hizo como si aquello no estuviera pasando y, para aligerar el momento, quiso tirar de humor y bromear como antaño, lanzando un último anzuelo:

—Cualquiera diría que estás enamorada.

Aileen arqueó una ceja y sonrió. Estaba relajada, fruto del cuarteto hormonal de la felicidad que bailaba en su interior al ritmo de la música que salía del *pub*. No pretendía hacerlo, pero su cuerpo improvisó así. Sabía que no estaba enamorada de Andrew, era imposible estarlo de alguien a quien apenas conocía, pero sí era cierto que lo que sentía cuando estaba con él no era lo que había sentido antes con nadie, incluido David. Y a él ver cómo Aileen parecía reaccionar ante un cosquilleo provocado por el aleteo de unas mariposas le hizo rechinar los dientes. No se había cruzado medio Gran Bretaña para una conversación de quince minutos con una colegiala con sobredosis de serotonina, endorfina, dopamina y oxitocina.

—No sé qué pintas en este pueblo. No entiendo que te fueras de Bournemouth. Pensé que era para olvidarme, porque todavía me querías. No creo que debas desaprovechar esta segunda oportunidad que tenemos, Aileen. Nadie te va a querer como lo hago yo.

Andrew, que se había mantenido expectante junto a Eirica, dio un par de pasos al frente y le cogió la mano a Aileen. Eirica sonrió agradecida porque sabía que aquel gesto no era una reivindicación de amor, sino una muestra de apoyo ante una afirmación injusta e inmerecida. Ella también decidió adelantarse y le cogió la otra mano. Aileen no pudo evitar que una lágrima se sostuviera en el filo de su lagrimal. ¿Sería capaz de controlar su desbordamiento?

—Cuando quieras entremos, Aileen —dijo Mark acercándose al trío.

Ella estaba agradecida por el respaldo que recibía, pero no quería zanjar la conversación sin demostrar un poco más de aquella benevolencia que la caracterizaba y de la que tan poco era consciente cuando la ejercía.

—David, de verdad que siento que no encuentres lo que has venido a buscar, sobre todo viniendo desde tan lejos. Tuvimos algo que está muerto. Y me temo que este es el momento en el que nos despedamos para siempre.

Aileen se liberó de Andrew y de Eirica y se acercó a David. Con una mano en su hombro se impulsó y le dio un simple beso en la mejilla, carente de sentimiento, pero no de sentido para ella.

—Conmigo te equivocaste, pero eso no quita que tú también te mereces ser feliz. Te deseo lo mejor, David.

Una Aileen diferente y unos amigos únicos entraron en el *pub* para iniciar su noche de sábado juntos.

CAPÍTULO 23

La noche no había resultado como Aileen y Andrew habían esperado. Y lo que contrariaba a ambos en igual medida era que de una relación que consideraban banal y basada en una necesidad de contacto físico no cabía esperar nada más. Por eso, les resultaba inexplicable la incompletud que experimentaron durante las horas que estuvieron en el *pub*.

Aileen charló amistosamente con él, pero con una distancia que, hasta entonces, no había existido antes entre ellos. En cuanto vio la ocasión de poner tierra entre los dos, lo hizo. Primero, se dirigió a la barra para aprovechar y charlar un rato con Bradley con el único objetivo de distraer una mente que insistía en querer evaluar con precisión de bisturí qué era lo que tanto la incomodaba. Después encontró tiempo para detenerse a hablar largo y tendido con algunos amigos de Mark que eran bastante afables y con un excelente sentido del humor. Era consciente de que estaba evitando a Andrew, pero prefirió ignorar la intencionalidad de su propia actuación.

Y Andrew, por otro lado, tras conocer a David, no pudo evitar ser consciente de la fragilidad de Aileen. Jugaban a un juego en el que no sería difícil que uno de los dos acabara quemándose y no quería, bajo ningún concepto, que fuera ella. Se esforzó por despejar esa idea de la cabeza lo que restó de noche porque le provocaba una desazón que no quería sentir. Como parecía que ella deseaba evitarlo, decidió que aceptar esa distancia que le imponía era, definitivamente, la postura más inteligente para ambos.

En situación de empate, cada uno fue por su lado, no sin comprobar de vez en cuando dónde estaba el otro, qué hacía o con quién estaba.

Cuando por fin llegó la hora del cierre, el gentío fue abandonando el lugar para asentarse en la puerta unos minutos más antes de diseminarse. Mark y Eirica no se habían separado en ningún momento y fueron el imán que atrajeron a Aileen y Andrew.

—Bueno, chicos —dijo Eirica—, Mark fue andando a casa de Claire, así que su coche está aquí y me voy con él.

«Mierda», pensaron al unísono Aileen y Andrew.

—Si queréis, os acercamos hasta allí —añadió Mark tras reparar en la extraña mueca de sus caras.

Andrew consideró que la noche no debía acabar así. Tenía claro que ya no discurriría como los dos habían pensado horas atrás, pero no debía ser tampoco radicalmente opuesta.

—Si a Aileen no le importa, prefiero andar.

Ella desconocía el porqué, pero, al parecer, su cuerpo se sintió complacido por aquello.

—Vale —balbuceó.

«En realidad, no es tan malo», juzgó. Había un runrún en su cabeza que creía que era mejor compartir con él y la ocasión que propiciaba le servía en bandeja una oportunidad de oro para abordarlo. De lo contrario, no podría eliminarlo de su cabeza y seguiría martirizando sus entrañas hasta que lo liberase.

Una vez se hubieron despedido, y tras acordar que Mark y Eirica recogerían a Aileen en casa de Claire temprano al día siguiente, enfilaron el camino de regreso. No había mucho recorrido y Aileen sabía que tenía que soltarlo rápido.

—Andrew, quería darte las gracias.

—No te sigo. ¿Gracias por qué?

—Esta noche, cuando David me ha dicho... —Se dio cuenta de que no podía acabar la frase porque contenía palabras peliagudas que no quería ni pronunciar, pero él sabía a lo que se refería y, en cambio, consideró oportuno darle continuidad:

—¿Qué nadie te iba a querer como él?

—Exacto —contestó sin poder evitar que el rubor se extendiera por las mejillas.

—Creo que has estado brillante, no te lo puedo decir de otra forma. Has sido muy educada y cordial cuando, por lo que leí entre líneas, él no lo fue contigo. Y no me parecía correcto que, delante de mí, alguien te dijera eso. Estoy convencido de que tienes personas a tu alrededor que te quieren y alguien te querrá un día, pero no como él decía, sino como tú te mereces. Y, Aileen, debes saber que, si en algún momento necesitas ayuda, puedes acudir a mí.

Habían llegado a casa de Claire y Aileen se detuvo para contemplar los ojos de Andrew. Estaba fascinada con la profundidad de su mirada porque podía sentir que le tocaba el alma. La sinceridad que trascendían sus palabras les otorgaron una mayor credibilidad. Nunca nadie del género opuesto le había mostrado un soporte tan férreo cuando lo había necesitado y debía reconocer que se había sentido reconfortada por ello. Consideró que, como contrapartida, se merecía su confianza y debía ser sincera con él. Quería contarle la verdad de principio a fin, pero no podía hacerlo, al igual que no lo hacía con Eirica, con Claire y con Mark. Le dolía no ser sincera con él después de lo ocurrido y se tuvo que conformar con reiterarle su agradecimiento, no sin dotar a su voz de unas notas de culpabilidad.

—Me siento afortunada de tener en mi vida a personas que me quieren, empezando por Eirica. Tú, en cambio, no tenías por qué defenderme ante David, Andrew, pero lo has hecho. Apenas nos conocemos... —comenzó a decir, pero enseguida se detuvo al darse cuenta de que no podía usar ese argumento para defender que le ocultara cosas, así que decidió que debía salirse por la tangente— y, sin embargo, me respaldaste.

Tuvo que tragar saliva porque lo que se callaba la mataba cada día un poco más. Ignoraba que Andrew se había percatado de esa pequeña pausa y había comprendido que contenía un secreto manifiesto. Le pasaba algo y sabía que no quería contárselo, pero no le importaba. No pudo

evitar abrazarla y ella no puedo evitar dejarse cuidar. No recordaba cuándo había sido la última vez que había recibido un abrazo como el que Andrew le brindaba. Contenía una carga afectiva que distaba mucho de la amistad. «¿Quizás nunca?», se preguntó.

—Deberías entrar, Aileen. Ha refrescado y no quiero ser el culpable de que cojas frío.

—Claro —dijo ella, distanciándose.

Intercambiaron una última mirada y ambos supieron que aquella noche estaban en hemisferios opuestos. Fríos en su casquete polar y cada uno con sus motivos para considerar que lo mejor era no estar cerca el uno del otro.

Aileen se dirigió a la puerta y buscó las llaves mientras Andrew entraba en el coche y esperaba a que entrara. Pero, para su sorpresa, no lo hizo. A los pocos minutos, se dirigió hasta el coche y él bajo la ventanilla.

—¿Te parece demasiado rápido pedirte ayuda ya? —le preguntó.

Ambos sonrieron.

—No tengo llaves, así que no puedo entrar. Y no me parece bien despertar a Claire a estas horas.

Aileen notó cómo su piel mudaba de color, oscilaba en la escala de tonos rojos, al pensar que Andrew podría creer que era una treta cutre para colarse en su casa.

—A mí tampoco me parece bien que la despiertes. Sube, que te vienes conmigo.

Durante una milésima de segundo, ella se animó a recuperar el tablero de juego donde ellos dos eran las piezas, pero no pudo. Necesitaba una tregua. Y necesitaba pensar. Se sentía muy orgullosa de la calma con la que había tratado a David y también estaba encumbrada porque Andrew, Eirica y Mark la hubieran apoyado en ese momento. Lo de Eirica era esperable y lo de Mark, una extensión del afecto de Eirica, pero ¿y lo de Andrew? No quería ni mirarlo. Iba callado, a su lado, concentrado mientras recorrían el camino de poco más de tres millas hasta su casa. Aileen aprovechó para disfrutar del trayecto. Acababan de pasar la mansión de los Wright y el camino se desviaba ya hacia la izquierda.

—Ya estamos.

Los dos bajaron del coche en silencio y así continuaron hasta el interior de la casa.

—Ven, te mostraré tu habitación.

Aileen no había reparado en el detalle de dónde dormiría y se sintió aliviada de no haber caído antes en ello. De lo contrario, habría ido hecha un flan en el coche pensando qué cabía esperar. Por supuesto, Andrew se habría percatado de su nerviosismo. Quería minimizar la ventaja que le daba porque, ahora mismo, su relación se había enfriado, pero esperaba que la partida hubiera quedado tan solo en *standby* y no fuera un *game over*.

—Gracias —contestó ella.

Aprovechó el recorrido para deleitarse con la exquisitez de casa que tenía Andrew, dado que se adentraba mucho más allá de donde había llegado en la fiesta de su cumpleaños.

—Tienes una casa increíble. Es una joya. Y la decoración la hace muy acogedora.

Él se detuvo justo en ese momento y abrió una puerta.

—Gracias, Aileen. Me gustaría llevarme el mérito, pero la compré amueblada. Ya viste el sótano.

Se rieron al unísono y la debilidad del uno por el otro fue palpable en ambos.

—Sí, aunque debo confesarte que no me fijé en la decoración precisamente —alegó ella.

Andrew deseó besarla. Notaba cómo la sangre le burbujeaba sin ningún tipo de control. Ansiaba deslizarle la ropa con suavidad para después acariciarla. Incluso soñó que ella le volvía a invitar a entrar en su intimidad para liberar el placer que sabía que encerraba en su interior. Pero aquella noche Aileen había estado distante y respetó que necesitara su espacio. Juzgó además que, quizás, para él también era lo más acertado. Sin saber cuántos segundos habían pasado, recordó la conversación abandonada.

—Si quieres bajar al sótano otro día para ver la decoración, estaré encantado de volver a mostrártelo.

—Me parece perfecto. Eso sí, me aseguraré de llevar más ropa puesta que la última vez.

—Aileen —dijo con torpeza—, estoy tratando de ser fuerte para no pensar en ciertas cosas que me encantaría repetir contigo. Sé que esta noche necesitas tu espacio y es algo que quiero respetar, pero debo confesarte que no me estás ayudando para nada. No te imaginas cuánto me gustaría acercarme a ti y sucumbir como deseo hacerlo.

Ella se percató de que su temperatura corporal se elevaba con rapidez. La forma en que su boca profería algunas de esas palabras, desde luego, la incitaban a entregarse para cumplir sus anhelos, la mayoría compartidos por ella. Sin embargo, tenía razón. Después de lo de David necesitaba ese espacio, así que su cuerpo tendría que esperar para dar rienda suelta a sus deseos. Andrew, haciendo gala de su caballerosidad, dio un paso al frente y la besó. Y cuando lo hizo, no quiso hacerlo en la boca, aunque tampoco la mejilla le debió de parecer el lugar idóneo. Acabó dando con su comisura y ahí se mantuvo unos segundos. Necesitaba saborearlo. Ambos percibieron la sutil chispa al entrar en contacto el uno con el otro, pero consiguieron evitar que prendiera por el bienestar de Aileen. Él se separó de ella, que aprovechó para despedirse:

—Buenas noches, Andrew —le dijo, y entró en la habitación.

Antes de que cerrase la puerta, él la sujetó, aunque, para decepción de Aileen, solo para decirle:

—En uno de los cajones del baño encontrarás cosas de aseo y en el armario tienes más camisas mías. Por si quieres una para dormir.

—A este ritmo tendré más en mi casa que en la tuya.

Y con una última sonrisa, cargada de complicidad contenida entre ambos, se despidieron.

Aileen localizó sin problema un kit precintado de cepillo de dientes, hilo dental y pasta dentífrica. Una vez se hubo aseado, se desvistió y abrió el armario. Efectivamente, había unas

cuantas camisas planchadas con una perfección asombrosa. Por esa misma razón, le parecía mal utilizarlas, así que siguió mirando y localizó, al fondo, una pila de camisetas viejas. Cogió la primera, se la puso y se metió en la cama. Estaba muerta de sueño, pero la prenda olía a él y creyó que le resultaría imposible dormirse por la embriaguez que el aroma a Andrew le provocaba. Su cuerpo tendría que esforzarse por ignorar la reacción causada ante la imagen de que él estuviera ahí, junto a ella, envolviéndola entre sus brazos, protegiéndola. Esa extraña sensación de seguridad la hizo caer fulminada en pocos minutos.

CAPÍTULO 24

Unos discretos golpes en la puerta la sacaron del profundo sueño en el que se estaba sumida. Se sentó en la cama y trató de ubicarse en la habitación, pero estaba a oscuras. Consiguió localizar la puerta, a tientas, ayudada por la escasa claridad que se colaba por debajo.

—¿Sí? —preguntó sin abrir, extrañada.

—¿Aileen? —La voz que sonaba al otro lado era la de Andrew— Tengo a Eirica al teléfono.

«¿Cómo era posible? ¿Eirica llamando a Andrew?».

Con rapidez, se quitó las legañas de los ojos y mientras se peinaba con los dedos de una mano, con la otra se esforzaba por encontrar el pomo. Cuando abrió la puerta, Andrew no pudo evitar pensar lo bien que le sentaba aquella naturalidad a su invitada. Ella, en cambio, juzgó como injusta la situación. Él estaba ya vestido con uno de esos polos que recordaban por dónde se dibujaban las líneas de su cuerpo. Y lo peor de todo era que la llevaba a imaginarse incluso las que no se marcaban.

—Aileen, Eirica está al teléfono —repitió, pasándole su teléfono móvil.

Ella tuvo que sacudir la cabeza para salir de la ensoñación que la había atrapado durante un breve lapso.

—¿Eirica? Creo que me he quedado dormida, no sé ni qué hora es.

—Tranquila —le respondió—, no te has quedado dormida. Son las ocho y media. Antes de que te asustes, estoy bien.

—¿Qué te ha pasado?

—Anoche me tropecé justo al salir del coche y me hice un poco de daño, pero no le di importancia. Y esta mañana cuando me he despertado parecía tener siete tobillos en lugar de uno. Mark me está llevando a urgencias, pero me temo que no llego para acompañarte a Inverness.

—No te preocupes, me acerco yo sin problema a buscar eso —dijo Aileen.

—No seas tonta. ¿Cómo vas a ir sola? No es un trayecto largo, pero me sabe fatal no poder acompañarte.

—Ni te preocupes. He hecho un montón de veces el viaje sola desde mucho más lejos. Estaré bien.

Eirica sabía que era una batalla perdida. Cuando a Aileen se le metía algo en la cabeza, no había nada capaz de disuadirla, así que claudicó.

—Mark ha dejado la furgoneta aparcada en casa de Claire. Las llaves están puestas, así que, si quieres aprovechar e ir, perfecto. Pero si prefieres que te acompañemos, podemos ir juntos la

próxima semana —insistió en un último intento.

—Si a Mark no le importa, prefiero ir hoy. Quiero ir terminando cosas. Y me apañaré bien sola con la furgoneta, seguro, ya sabes que soy todoterreno alquilando vehículos.

—Lo sé, pero no puedo evitar preocuparme. ¿Por qué no le dices a Andrew que te acompañe?

—Muchas gracias, te voy a ir dejando que si no al final se me va a hacer tarde —dijo ignorando su propuesta—. Escríbeme en cuanto te vea el médico.

—Avísame tú cuando llegues. Y dale un beso muy fuerte a mi familia.

—Claro, cuenta con ello. Escríbeles también a ellos, ¿vale? Que si no me interrogarán a mí.

Eirica se rió al otro lado de la línea.

—En cuanto salga del médico llamo a mi madre. ¡Besos para los dos! —contestó antes de colgar.

Aileen no sabía cuánto habría oído Andrew. Mientras ella hablaba sentada en la cama, él había pasado al dormitorio y se había puesto cómodo en una butaca, mirando hacia el jardín.

—Tengo que ir a casa de Claire.

—¿A casa de Claire o a Inverness?

Aileen sabía lo que le rondaba la cabeza, pero le contestó como si no se hubiera dado cuenta.

—A casa de Claire, a coger mi maleta, cambiarme de ropa, y sí, luego me voy a Inverness.

—Voy contigo.

—No es necesario. Seguro que tienes cosas más interesantes que hacer y yo voy sola sin problema. Además, tenía pensado dormir en casa de Eirica.

—No tengo nada que hacer, así que, salvo que me digas expresamente que no quieres que vaya, a mí me apetece. Hace siglos que no voy a Inverness.

Aileen suspiró, sabiendo que ella le acababa de hacer lo mismo a Eirica.

—Me visto —le dijo, haciéndole un gesto con la mano invitándolo a salir— y nos vamos.

—Voy a prepararme una bolsa de viaje y en quince minutos bajamos a desayunar. Te estaba esperando para desayunar juntos.

Cuando pasó por delante, Aileen respiró de forma diferente, tratando de absorber el mayor número posible de partículas que el reguero de su aroma dejaba. Una pregunta le golpeó la cabeza.

—Oye, ¿cómo es que Eirica tiene tu teléfono?

Andrew sabía que aquella pregunta encerraba mucho más que de lo que aparentaba.

—Mark es quien lo tiene. Me hizo los cuatro apaños en la casa cuando me mude, ¿recuerdas?

Sin decir nada más, abandonó la habitación.

Durante el desayuno se rieron a carcajadas el uno con el otro, despreocupados y sin ningún interés por recuperar su juego.

Una hora más tarde, emprendieron el camino. Condujeron hasta la casa de Claire, donde ambos saludaron a la anciana, complacida de verlos juntos. Le contaron lo que les pasó la noche anterior

con las llaves y ella los regañó por no haberla despertado. Aileen miró el reloj y decidió que ya era hora de subir a su habitación. Se dio una ducha rápida y se cambió de ropa, y media hora más tarde bajaba con su bolsa de viaje. Después de algunas quejas más de Claire, decidieron que debían irse ya o se les haría tarde para llegar a la cita con el hermano de Eirica.

Mientras Andrew se esforzaba en no pensar en el daño que David había causado a Aileen, ella lo hacía para no pensar en cómo actuaría con su vecino si no fuera por sus circunstancias. Sin duda, el usufructo era una condición que le pesaba y no entendía cómo Martha podía haberle impuesto aquel camino. Pero recordó que su lema era ese: «Aileen, no te cases nunca». Sabía que su amiga no podía establecer relación alguna entre el matrimonio de su hija con su yerno y el crimen. Es más, ella siempre había destacado la felicidad de ambos, pero, posiblemente, a falta de un culpable de carne y hueso, la anciana se había aferrado a esa idea, errónea, como consecuencia de su senilidad.

Andrew callaba al notar que su acompañante estaba pensativa y quiso respetar que necesitara reflexionar sobre algo que no quería compartir con él. Aileen aprovechó su concentración al volante para darle vueltas al asesinato de Alice Wright. Tenía que abordar ya algunos temas y lo sabía. Estaba distraída con la reforma, pero también con Andrew. Lo de la reforma no la preocupaba en exceso, era parte de su plan. No quería que nadie sospechara de su presencia allí, más habiendo heredado la mansión de los Wright sin ser parte de la familia. Tenía claro que debía buscar algo, pero no podía llegar y ponerse a husmear o hacer preguntas porque podría resultar sospechoso. Por el contrario, la distracción con Andrew había sido espontánea e inesperada. Encadenó el pensamiento con otro que, solo en apariencia, no tenía ninguna relación: el daño que le hizo David. Aquello, desde luego, también fue algo espontáneo e inesperado. Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de extremo a extremo. No supo discernir si debía atribuírselo al recuerdo del dolor que David le había causado o a que pudiera estar despertándose algún sentimiento por Andrew y se volviera a ver igual de devastada. La aterraba.

Él creyó que era el momento de romper el silencio, por si, quizás, su vecina necesitaba un salvavidas que la ayudara a salir a flote del mar de sus propios pensamientos.

—Vas muy callada. ¿En qué piensas?

Ella no se esperaba la pregunta así, a bocajarro. No podía compartir ninguna de sus reflexiones, ni sobre el asesinato de Alice Wright ni sobre su imposibilidad de contraer matrimonio o sus temores sobre Andrew. La realidad era que, quizás, se estaba enamorando de él. Encontró algo a medio camino que sí podía compartir e improvisó.

—Iba pensando que no te he contado qué pasó con David.

Él apretó las manos sobre el volante, pero ella no se percató. La sola mención de su nombre lo exasperaba. Pensó en las dos veces en las que habían intimado y cómo se había sentido estando a su lado. No comprendía que alguien pudiera querer estar con otra mujer que no fuera ella. Jamás

ninguna tendría la suavidad de su piel o la calidez de su mirada. Aunque deseaba saber el resto de la historia, no necesitaba oírlo si ella no quería contárselo.

—No necesito saberlo.

—Lo sé, pero después de lo de ayer me gustaría contártelo. Aunque sea agua pasada, creo que...

No pudo acabar la frase. Le parecía que estaba improvisando demasiado y no tenía la intención de abrirle su corazón para hablar de sentimientos. Determinó que lo mejor era limitarse solo a los hechos.

—¿Qué es lo que crees, Aileen?

«Mierda, no lo va a dejar correr», pensó ella.

—Creo que nunca podré volver a confiar en nadie en el plano emocional. Por mucho que ya no esté enamorada de David, dañó algo que creo que es irreparable.

Andrew no podía mirarla ni tampoco cogerle la mano y decirle que confiara en él porque también tenía un secreto. La cuestión era que, como ella también guardaba algo solo para sí misma, consideraba que estaban en igualdad de condiciones. Por ese mismo motivo, aquel era el momento de dirigir su atención a otra cosa que no fuera hablar sobre si podían confiar o no el uno en el otro.

—¿Qué pasó con él? —quiso saber él.

—Se equivocó de persona al enviar un mensaje. Jamás olvidaré su contenido: «¿Repetimos lo de ayer?» No hizo falta mucho más porque llevaba tres días de viaje por trabajo, así que blanco y en botella. Llevábamos un par de años juntos y parecía que íbamos hacia delante, pero se ve que yo era la única que avanzaba, sola. Él iba por su cuenta con otra chica de su trabajo. No hay mucho más que contar.

Andrew sopesó si debía sacar lo que le rondaba la cabeza porque contradecía lo que le dictaba la razón. Y, al final, se decantó por hacerlo. Para él pesaba más en la balanza mostrarle su apoyo en cualquiera de sus formas que evitar, para su propio beneficio, el espinoso tema de la confianza.

—Aileen, la confianza es algo invisible. Nunca sabes de verdad si está ahí o no. Te dejas guiar por la intuición y esta se inclina hacia un lado u otro según las señales que recibimos de las personas que nos rodean. Pero es importante que confíes, aunque suponga hacerlo a ciegas, e incluso cuando creas que no quedan motivos para hacerlo. Recuérdalo siempre, es muy importante.

Aileen estaba desconcertada. Entendió que le lanzaba un mensaje subliminal, pero no atinaba a entender en torno a qué.

—¿Por qué lo dices?

Sin embargo, él no pensaba confesarle nada. Ya era tarde para hacerlo. La bola había alcanzado unas dimensiones colosales y sentía que le pasaba por encima cuando, en realidad, era

la culpabilidad la que lo martirizaba. No entendía que pudiera ser así. «Si con Aileen solo tengo una relación basada en el sexo, ¿por qué me importa tanto haber mentido y no haberle hablado de ella?», pensó él. Además, era consciente de que, al haberlo hecho, ya no tendría que sincerarse con una persona, sino con dos, y no le gustaba nada tener que dar explicaciones porque comprendía que algo había hecho mal. Se decantó por una respuesta, que, como hiciera un rato antes Aileen, también se desviaba del curso natural que debería haber seguido la conversación.

—Porque entiendo perfectamente a qué te refieres y que te sientas así. Lo que te hizo David estuvo mal, pero eso no quiere decir que no puedas volver a generar lazos con otras personas. Te mereces amar, Aileen.

Andrew mantenía la mirada fija en la carretera. No comprendía cómo había podido soltar esa frase. «¿De dónde sale esto?», se preguntó. No pudo evitar continuar tensando sus manos sobre el volante al pensar que fuera otro quien la amara.

—¿Y si me vuelven a mentir? —se lamentó ella.

—Tendrás que asumir el riesgo. Y ten en cuenta que, a veces, hay mentiras inevitables y no tienen por qué significar que la otra persona no te quiera.

Andrew no esperaba tal solemnidad en su frase ni tampoco entendía, una vez más, de dónde surgía. No obstante, quiso aclararlo.

—¿Nunca has mentido a alguien que te importa porque consideras que es un bien mayor?

Aileen sintió cómo el asiento de la furgoneta de Mark la succionaba. «Oh, sí», reflexionó. La lista de personas a las que había mentido por Martha Miller y Alice Wright era larga. Larguísima.

—Sí, no puedo negarlo —contestó—. Pero es verdad que yo pienso en otro tipo de mentira. Puedes mentir para proteger a una persona que quieres o puedes protegerte a ti mismo queriéndote por encima de la otra persona.

—Deberían darte una cátedra de filosofía en alguna universidad —dijo Andrew, sonriendo.

La conversación discurría por el filo de un acantilado y él creía que recorrerlo requeriría de más equilibrio del que sentía que tenía desde que la conoció. Por eso determinó que su afirmación era la maniobra perfecta para escaparse del atolladero en el que la improvisación lo había metido.

Aileen se rio ante su ocurrencia, en parte complacida porque el humor los sacara del océano tan profundo en el que se habían sumergido. Aquellas aguas tampoco eran de su agrado. Sabía qué tipo de mentirosa era ella y, aunque fuera verdad que trataba de proteger a muchas personas, prefería no pensar en ello. Mucho menos hablar sobre ello.

—Desde luego, yo también lo creo —contestó ella al final en tono burlón, buscando también una salida de la conversación.

En ese instante, un mensaje en el móvil de Aileen supuso el rescate definitivo de ambos.

—Es de Eirica. Ha salido del médico. No hay nada roto, tiene un esguince y deberá guardar reposo quince días.

—Son buenas noticias. Me alegro de que se haya quedado solo en un esguince.

—Sí, aunque dudo que vaya a guardar excesivo reposo. Conociéndola...

Continuaron el trayecto hablando con jovialidad de temas más superfluos, disfrutando de la compañía mientras una velada amistad levantaba sus tímidos cimientos. Por fin, llegaron a la dirección marcada por el GPS.

—Gira a la izquierda, por ahí —señaló Aileen—. Justo al final de este camino está el sitio.

Se encontraron con una vieja granja reconvertida en ebanistería. Uno de los hermanos de Eirica, Tom, los esperaba con un buen amigo suyo: un carpintero que había heredado el negocio de al menos tres generaciones anteriores y a quien le había encargado algo muy especial: el rótulo del hotel Alice Wright. Sin duda, iba a ser el golpe de efecto en Balford y sus alrededores. Los habitantes del pueblo no se imaginaban lo que estaba preparando y era consciente de que todos se preguntaban cómo era posible que aquella chica de ciudad y a su edad estuviera reformando una casa de aquellas características. Nadie sabía nada de sus circunstancias.

—¿Qué es lo que vienes a buscar aquí? —le preguntó Andrew.

Aileen dudó por un instante si podía haber adivinado alguno de sus pensamientos sobre la mansión de los Wright y su presencia en Balford, pero, lógicamente, sabía que era imposible. Tras unos segundos de incertidumbre, decidió no mentirle. Al menos, no con aquello. Sin embargo, tendría que esperar un poco más.

—Algo para la casa que significa mucho para mí y será importante para la familia Wright y para Balford.

—¿De qué hablas?

—Lo descubrirás muy pronto.

Aileen se dirigió hacia los dos hombres.

—¡Aileen! ¡Mi pequeña! —la saludó Tom.

Un hombre grande y de aspecto vigoroso, que recordaba en algunos matices a Eirica, se aproximó a ellos. Sus ojos marrones contrastaban con una piel blanca, inmaculada.

—¡Tom! —dijo lanzándose a sus brazos—. Me alegro de verte, estás genial, ¿cuánto has adelgazado?

—Otros diez kilos desde la última vez que nos vimos. Esto es más lento de lo que yo esperaba, pero el médico dice que voy por el buen camino. Vaya —dijo mirando a Andrew—, pensé que venías sola. Mamá ya me avisó hace un rato del esguince de Eirica.

Aileen se puso como un ají, y se odió por ello. Era conocedora de cómo el cambio de color se le notaba a dos millas de distancia. No se había parado a pensar en cómo manejar la circunstancia de presentarse allí, en Inverness, con un hombre.

—Te presento a Andrew. Mi vecino. Ha sido muy amable al ofrecerse a venir a ayudarme en lugar de Eirica —dijo, aprovechando la coyuntura para soltarlo con cierta sorna.

Ambos se estrecharon la mano, pero fue Tom quien alargó el momento para analizar de cerca al invitado. Aprovechó el apretón de manos para demostrarle la fuerza que tenía. Era algo así como un aviso que al hermano mayor de la familia Morrison le gustaba hacer a todos los amigos de Eirica y Aileen. A Andrew, en cambio, le pareció un gesto, además de obvio, divertido. De hecho, se lo tomó como una señal más de algo que seguía sin entender y parecía conducirlos hacia un lugar desconocido.

—Aileen, Carl está deseando que veas su obra maestra. ¿Vamos?

—Por supuesto —respondió sin ocultar su nerviosismo.

Durante el recorrido por el taller admiraron las espléndidas piezas talladas en madera hasta que llegaron a una sala un tanto singular que estaba apartada. La iluminación era baja y se oía un hilo musical lejano. Parecía que alguien se escondía entre las paredes tocando con delicadeza un piano que sonaba amortiguado. Sorprendía la ausencia de restos de madera y serrín, como sí habían visto por el camino. Aileen tenía claro que el objetivo de aquel lugar era elevar la atmósfera.

—Aquí es donde hago las entregas a mis clientes de sus encargos cuando prefieren venir a buscarlos. No suelo meterlos por el taller como he hecho con vosotros —dijo guiñándole un ojo a Aileen—. Y, ahora, vamos a descubrir una de mis obras más especiales. Vosotros dos colocaos aquí, por favor. —Los colocó frente a lo que escondían unas gigantescas sábanas blancas. Los juntó tanto que sus brazos se rozaron y la piel de ambos experimentó la expansión de una febrícula por todo el cuerpo. Desearon estar en soledad para poder entregarse el uno al otro como habían hecho unos días atrás. Sin embargo, tuvieron que aplacar su libido y concentrarse, no sin esfuerzo, en el lugar que ocupaban ahora.

—Voy a bajar un poco más las luces... Así está perfecto —añadió Carl, rematando el ambiente—. Tom, si me haces el favor, sujeta la tela de ese lado y a la de tres, tiramos hacia abajo. Eso es, vamos allá: uno, dos y tres. ¡Voilà!

Aileen leyó con claridad sobre la madera las palabras «Hotel Alice Wright». Las dimensiones del cartel eran imponentes y así tenía que ser, ya que iría colocado sobre la puerta principal de la propiedad. Tenía que asegurarse de que se leía sin problema desde cierta distancia. Lo que no esperaba es sentir que se hacía pequeña junto al letrero. Pronto dedujo que la emoción no estaba relacionada con su colosal tamaño, sino con la proeza que sabía que debía abordar. Leer su nombre allí escrito la hacía ser consciente de su nueva realidad en Balford. Sintió una fuerte opresión en el pecho al pensar que desconocía aún cómo conseguir su objetivo. Trascendía la enormidad del cartel que veían sus ojos. Desde luego, el hotel suponía un gran foco de presión porque era la tapadera que Martha le había brindado y debía asegurarse de que nadie la descubriera. Pero lo que de verdad le inquietaba era tener que probar la culpabilidad de un

asesino sabiendo que, para ello, tenía que encontrar la prueba que lo incriminara. Sabía el camino y no le resultaría difícil llegar a buen puerto, pero con el cartel allí, delante de ella, sintió la urgencia de actuar para acabar con la impotencia ante un crimen tan injusto. La lágrima que la noche anterior no había conseguido franquear las barreras brotó libre por fin. La mano de Andrew se deslizó furtivamente hacia la suya, resguardándola de cuáles fueran los motivos por los que lloraba. Al hacerlo, un escalofrío les erizó el vello de los brazos. Andrew no sabía si atribuírselo a la emoción o si venía transferido de Aileen. Fuera como fuese, se ancló aún más fuerte a ella. Sentía que aquel momento los conectaba y la única vía para materializarlo había sido cogerle la mano. Había tenido que tantear a ciegas el aire, con disimulo, pretendiendo que pasara desapercibido para los intrusos a su intimidad. Con los dedos, acarició primero su mano para quedar después entrelazados. Sus almas ya lo estaban.

—¿No... no vais a decir nada? —dijo Carl con preocupación.

Aileen, al igual que le pasó ante la tumba de Alice, se quedó paralizada. Las palabras no fluían y fue Andrew quien habló para echarle un cable.

—No, para nada, es solo que estoy impresionado. Creo que ambos lo estamos. No soy experto en madera, Carl, pero sin serlo, puedo decirte que jamás he visto una pieza tan espectacular como esta. Tiene un nivel de detalle tan fino que no sé cómo puedes tallar la madera así, sin que se agriete por mil sitios distintos.

Aileen sabía que algo tenía que decir. Habría sido una falta de respeto enorme no agradecerle el esfuerzo.

—No tenía nada específico en mente, Carl —dijo—, pero debo decirte que es perfecto. No podría imaginármelo ya de otra forma que no fuera tal como es. Y si mi amiga Martha pudiera verlo... Si pudiera acariciar la suavidad de sus letras pulidas como acariciaba las del banco de los jardines de Princess Street en Edimburgo...

Sintió un nudo en la garganta que le impidió continuar hablando. Una serie de lágrimas siguieron el camino que había recorrido la primera, deslizándose por el rostro, para ir a parar al suelo de aquel *show room*. Andrew le apretó la mano y la miró, tratando de entender qué se le escapaba. Había algo que no le cuadraba para nada y estaba muy desconcertado, pero también sabía que aquel no era el momento de tratar de descubrirlo, sino de apoyar a Aileen. Entendía lo que ella sentía al ver el nombre de Alice Wright allí tallado porque a él también le inspiraba esa emoción profunda, fruto de cómo estaba realizado el cartel: con mimo, con dedicación, como si aquella mujer olvidada hacía tantos años de repente le importara de nuevo a alguien. También le reconfortaba el contacto con Aileen.

—Me alegro —dijo Carl, agradecido al comprobar el efecto que había provocado su obra—. Yo tengo trabajo todavía en el taller así que, si os queréis quedar un rato aquí, podéis estar el tiempo que necesitáis.

—No te preocupes —le respondió Aileen—. Marisa, la madre de Eirica, nos está esperando y no quiero entretenerte a ti también.

—Pues no se hable más entonces. Andrew, Tom, ¿me ayudáis a cargarlo?

—Por supuesto —dijo Andrew, mientras Tom se remangaba y se agachaba, dispuesto a cogerlo.

Una vez lo hubieron metido en la furgoneta, protegido para evitar que durante el trayecto de vuelta al día siguiente se dañara, se despidieron y pusieron rumbo a casa de los padres de Eirica. Ambos iban en silencio, pensativos, alimentando sus secretos. Con un trayecto de apenas quince minutos, se dejaron guiar por el GPS hasta su destino en Inverness.

De la granja de Carl a donde vivían los padres de Eirica había unos doce kilómetros. Era una casa a las afueras, con el exterior revestido en piedra y con casi un siglo de historia entre sus paredes. Charles y Marisa la compraron hacía veinte años. Querían dejar atrás el ruido de la ciudad, cambiándolo por un entorno más verde donde continuar amándose entre eternos arrumacos. Aileen había sido testigo durante unos cuantos veranos de cómo se amaban y cuidaban el uno del otro. Llegó a pensar muchas veces que se colaba sin permiso en su cuento de hadas. Por eso, la ruptura con David había sido tan dolorosa. Siempre creyó que él sería el famoso príncipe azul que le haría disfrutar de un amor sincero y profundo. No aspiraba a algo perfecto, no era tan naíf como para creer que el amor carecía de imperfecciones, pero ella se entregó con su mejor versión pensando que él también era sincero y, sobre todo, que la amaba. Pero no había sido así.

Nada más abrir la verja de acceso, contempló la casa y no pudo evitar recordar cómo lloró por David en cada metro cuadrado, vagando como quien no tiene rumbo en la vida. Pero un día, una conversación con Marisa surtió efecto. La primera después de miles de charlas con las personas que más la querían y que solo trataban de ayudarla. Recordaba que iba sobre cómo la vida a veces te quita lo que no te mereces. Se lo había dicho, lógicamente, con la intención de resaltar que era él quien no la merecía. Eso mismo había tratado de explicárselo de mil formas diferentes, pero en aquella ocasión había sido capaz de abrirle los ojos. Marisa le pidió que se imaginase descubriéndolo cuando ya estuvieran casados, cuando tuvieran hijos o incluso cuando ya no hubiera tiempo en la vida para un nuevo amor. Aquel día cambió la perspectiva de su dolor y su intensidad empezó a rebajarse poco a poco. Aileen se halló en la casilla de salida para empezar de nuevo, pero sabía que, si un día llegaba una nueva persona, le costaría volver a entregar algo tan frágil como su confianza. Lo que sí dejaba atrás era la culpabilidad de que ella no le hubiera dado todo lo que necesitaba. La frustración que genera que la otra persona salga de tus brazos para irse con otra a escondidas va acompañada de una ira que te lleva al punto de ebullición al reparar en lo estúpida que has sido pensando que tu vida carecía de fisuras. Aquella conversación con Marisa, en definitiva, había sido la que la había hecho ser consciente de que solo había una vida para amar y debía atinar bien para aprovecharla al máximo. Había pasado de creer que su

alma la señalaba como culpable de aquella ruptura a ver que tenía una oportunidad por delante que no debía malgastar. Y, con el tiempo, llegó a la conclusión de que el único culpable de todo lo acontecido había sido David.

—¿Me vas a presentar como tu vecino también al resto de la familia de Eirica? —quiso saber Andrew, de pie a su lado.

Aileen lo miró unos instantes, desubicada. Tenía la sensación de haber perdido la conciencia durante el tiempo en el que había rememorado lo que había sentido tras su última ruptura. Tampoco sabía cómo había llegado ya hasta la puerta de la casa de Eirica y se encontraba junto a Andrew. Mientras improvisaba una respuesta, llamó al timbre.

—¿Cómo propones que te presente? —le preguntó ella.

—Puedes decir que soy un amigo.

—La palabra *amigo* seguro que les hace pensar mal.

—Ya sabes lo que dicen: piensa mal y acertarás.

Aileen sonrió.

—Me gusta cuando sonríes así —añadió él.

Sin mediar palabra, se acercó a ella y la besó, dejando sus labios allí posados unos escasos segundos. Fue solo uno, pero suficiente para que doscientos caballos desbocados provocaran que el corazón de Aileen se acelerase de cero a cien en centésimas de segundos. En pleno *shock*, oyó cómo la puerta se abría.

—Aileen, mi vida —le dijo la madre de Eirica nada más abrir la puerta, haciéndose a un lado para que entrara—. Te veo diferente. Estás... deslumbrante —añadió, escudriñando el iris de sus ojos para tratar de determinar a qué se debía eso.

Aileen sentía bullir la cabeza y eso solo le pasaba cuando estaba azorada por algo. En este caso, la efervescencia se debía al beso furtivo de Andrew. No ayudaba saber que Marisa tenía olfato de bruja y olía en los demás lo que les ocurría o lo que pensaban. Era de origen español, nacida en la serranía de Jaén, al sur de España. Se había mudado hacía cuarenta años con sus padres buscando una vida mejor en Escocia. Hasta allí habían llegado pocos españoles y su piel morena, junto con su pelo castaño y sus ojos oscuros, contrastaron con los escoceses entre los que se había criado. Su rostro era grácil y la gente decía que la expresión, junto con el color de cabello y ojos, era lo que Eirica había heredado de ella. La altura y la complexión atlética eran herencia de su padre.

—Estoy como siempre, Marisa —le respondió, retirando la mirada para evitar lo que consideraba una intrusión a su intimidad—. Te presento a Andrew, mi vecino —dijo con socarronería, mirándolo de reojo para no perderse su reacción—. Vive en la casa de al lado en Balford y ha venido a acompañarme para ayudarme con el cartel del hotel.

—En realidad, ya somos mucho más que vecinos —dijo él, triunfante, esperando dar un golpe de efecto tanto a la conversación como a Aileen. Sabía que debía matizar sus propias palabras si

quería evitar que ella sufriera un síncope, así que continuó—: Somos amigos y todo.

Aileen no pudo evitar sonreír ante su ocurrencia, pero rezó para que Marisa no se percatara de su juego. Si lo hacía, no la dejaría en paz durante una temporada, larga, con la idea de que renunciara a la mansión de los Wright en favor del matrimonio.

—Qué considerado por tu parte, Andrew —dijo Marisa, mientras lo saludaba con dos besos, a la española—. Eirica me llamó para avisarme de que está bien, parece ser que no le duele mucho. Pero verte tú sola hubiera sido una locura. Menos mal que Andrew te acompañó.

—He hecho unas cuantas veces el trayecto sola desde Bournemouth, que está aún más lejos. Y sobre lo de Eirica, estoy segura de que se recuperará muy pronto. Además, está en buenas manos con Mark.

—Estoy deseando conocerlo. Me encanta todo lo que me cuenta sobre él. Ya podrías echarte tú un novio así y dejarte de tonterías con el hotel.

Miró con toda la intención a Andrew y les sonrió a ambos. Allí estaba Marisa la casamentera. Aileen tenía claro que no se la habían colado con eso de que era su vecino. La prueba de ello, la evolución de la conversación:

—Vosotros dos haríais buena pareja, lo sabéis, ¿no? —les dijo de forma poco creíble y sin ningún tipo de espontaneidad.

—No lo creo —se adelantó Aileen, con rapidez, antes de que él pudiera salir con otra respuesta.

Andrew estaba complacido de verla fuera de su zona de confort. Con el beso no había pretendido descolocarla, pero este parecía ser el resultado inesperado. Y le encantaba. A esto había que sumarle que la presión adicional de Marisa parecía estar consiguiendo que la Aileen más visceral y auténtica se dejara ver. Poco quedaba ya del juego en el que ella se sentía fuerte y le retaba a acompañarle con picaresca.

—Bueno, Andrew —dijo Marisa—, bienvenido a nuestra casa. Siéntete como si estuvieras en la tuya. Yo voy a terminar de preparar el té, id al salón, que están Evan y los chicos, y os vais poniendo cómodos.

Puso rumbo a la cocina mientras Aileen se dirigía con Andrew al salón.

—¡Mi querida Aileen! —exclamó Evan, el padre de Eirica, levantándose y yendo hacia ella para darle un beso en la frente.

Tenía aspecto norteno. Era alto, rebosante de energía y tenía la piel blanca con matices rosados. Su pelo era rubio y así le había conocido ya Aileen años atrás. Según le contó Eirica cuando se conocieron, al parecer era así como evolucionaban los pelirrojos, a diferencia de alguien castaño o rubio, que medía su envejecimiento por las canas de color gris.

—Evan, te presento a mi amigo Andrew, que también es mi vecino en Balford. Ha venido a ayudarme con cosas de la casa.

—¡Ah, Andrew! Bienvenido, amigo. Siéntate.

Este tomó asiento donde le indicó después de saludar a los otros dos hijos, Ethan y Kyle, que se iban a sus respectivas casas. En total, eran tres los hermanos que tenía Eirica.

—Y cuéntame, Andrew —dijo Evan—. ¿A qué te dedicas?

—Soy abogado. Tengo un bufete en Londres dedicado a la propiedad intelectual y estoy abriendo una oficina nueva en Edimburgo. Por eso ahora paso más tiempo por Escocia mientras mi socio se encarga de la oficina de Londres. Posiblemente me asiente en Edimburgo unos años para gestionar la nueva sucursal de aquí.

—Entiendo. Pues has hecho bien, o no habrías conocido a Aileen —añadió mientras la aludida palidecía.

En ese momento entró Marisa con una bandeja y Evan se levantó para cogérsela:

—Ya me encargo yo, siéntate, cariño.

—Gracias, Evan. Y bueno, Aileen, me tienes en ascuas con las cenizas de Martha. ¿Has decidido ya qué vas a hacer con ellas?

Aileen cogió su taza de té, perdiéndose unos instantes en el pequeño remolino que se había originado en su interior. Por fin, se armó de valor para contestarle.

—Sé que Martha querría que dejara la urna funeraria junto a la tumba de Alice, y el otro día fui a verla, pero...

—Pero ¿qué? —le instó Marisa a continuar.

—Nada, en realidad no hay peros. Lo he pospuesto durante estas dos últimas semanas, pero las llevaré sin falta esta próxima semana. Creo, en realidad, que me incomoda no contar con su familia, pero su deseo expreso fue que no estuvieran para evitar la reapertura de viejas heridas. No solo regresarían a Balford, sino que tendrían que ir a la tumba de Alice.

—Martha, por lo que siempre me contaste tú, era una bellísima persona. Si te ha pedido eso será, como bien dices, para protegerlos. Debes respetar su voluntad, cariño, pero también creo que debes llevarlas ya para que descanse junto a su hija.

—Tienes toda la razón.

—¿Y sigues adelante con la idea de levantar el hotel Alice Wright?

—Nada me va a frenar. Es difícil de explicar, pero va mucho más allá de una promesa. Y sé que te preocupa mi bienestar, pero confía en mí, esto es lo mejor.

Marisa suavizó el gesto. Al fin y al cabo, Aileen ya no era una díscola universitaria, sino una mujer adulta con derecho a seguir con el camino de su elección.

—Por supuesto, mi niña. Tengo mi opinión al respecto y lo sabes, pero te mereces todo nuestro apoyo. Y debes saber que tu madre estaría orgullosa de ti.

Aileen apartó la taza de té, apoyándola en una pequeña mesa auxiliar que tenía a su derecha, y fue a darle un abrazo.

—No sabes lo que significa para mí que me lo digas.

—Lo sé. Pero es verdad. Estaría orgullosa de lo leal que estás siendo a una amistad, con semejante renuncia a tu propia vida y felicidad, por honrar a Alice.

—Ambas se lo merecen.

Aileen quería zanjar allí la conversación y necesitaba, además, aligerar el exceso de la sobrecarga emocional que tenía a sus espaldas. Sabía que su mejor opción para liberarse de ese peso era salir a divertirse con su *amigo*.

—Andrew, ¿te apetece que vayamos a cenar esta noche juntos?

Él se sorprendió ante el cambio tan radical de conversación. Se había mantenido al margen para dejar espacio a ambas mujeres y que aclarasen algunas cosas entre ellas, por lo que la invitación lo había pillado desprevenido. Su cuerpo reaccionó con una alegría que no conseguía racionalizar, pero tenía muy clara su respuesta:

—Por supuesto que sí —le contestó—. Lo único es que me gustaría irme un poco antes si a ti no te importa. He escrito a un par de *bed and breakfast* de la zona para ver si tenían disponibilidad y uno que está a diez minutos de aquí me ha confirmado que sí. Me gustaría dejar allí mis cosas, darme una ducha rápida y después me paso a recogerte para irnos, ¿te parece?

—Tonterías —dijeron al unísono Marisa y Evan.

Ambos intercambiaron una mirada de complicidad.

—No vamos a dejar que te vayas, Andrew —dijo Marisa—. Aquí hay habitaciones más que de sobra. Los chicos ya no viven en casa, así que están preparadas para vosotros. Aileen, tú quédate en la habitación de Eirica y acompaña a Andrew, por favor, a la de Kyle.

—Agradezco vuestra generosidad, pero no quiero resultar un incordio —objetó él.

—No insistas —dijo Evan—. Estamos encantados de teneros a ambos aquí. Aileen es como una hija para nosotros y sus amigos, vecinos o lo que seas —dijo con una pequeña carga de burla— lo son también para nosotros.

Aileen disfrutó al observar cómo él se azoraba ahora.

—Si insistís, para mí será un placer.

—Vamos, Andrew —dijo Aileen, sonriente—, te enseñaré el dormitorio de Kyle.

Una vez le hubo enseñado dónde estaba el baño y su habitación, acordaron verse abajo en una hora para irse a cenar juntos. Detrás de las puertas de las habitaciones de Eirica y de Kyle se hallaban dos personas conscientes de que su relación, en menos de veinticuatro horas, había saltado a otro nivel. Tenían una cita y esta vez estarían solos. No habría obreros, como ocurrió en la mansión de los Wright, ni amigos rodeándolos en un *pub* abarrotado. Su relación ya no era de carácter exclusivamente sexual. Habían empezado la casa por el tejado, pero no les importaba. Sin embargo, sí que les generaba inquietud la idea de estar poniendo los cimientos de algo que, sin duda, a ambos les gustaba, pero que quizás sabían que no resultaría viable para ninguno de los dos.

CAPÍTULO 25

Aileen reservó mesa para dos en su restaurante favorito de Inverness, de cocina escocesa, mientras se arreglaba para salir. Cuando bajó al salón se encontró a los padres de Eirica charlando animadamente con Andrew y pensó que estaba más acompañado de lo que a ella le habría gustado. Enseguida, acaparó la mirada de todos. Los tres admiraron a una Aileen resplandeciente, pero fueron Marisa y Evan quienes, dada su madurez, entendieron que esa forma de brillar no era fruto ni de la ropa ni del maquillaje.

—Madre mía. ¡Pero qué guapa que estás!

—Gracias, Marisa. Se lo debo a Eirica, que me ha prestado el vestido. No traje nada más que unos vaqueros y un par de camisetas, no pensaba que saldría... a cenar... con mi vecino —dijo arrastrando las palabras, despacio, para que no la comprometieran.

—La señora Morrison tiene razón. Estás preciosa, Aileen.

Andrew estaba embelesado, una vez más, ante la mujer que le había hipnotizado desde que la vio por primera vez aquella tarde de viernes en la playa de Balford. Desde aquel instante, una sensación extraña lo había acompañado y se había ido expandiendo con el paso de las semanas. En Inverness se había magnificado hasta hacerle pensar que, quizás, él también se estaba enamorando de ella.

—Gracias —contestó Aileen, sonrojada.

Se fijó en él con más detenimiento del habitual y sintió que la sorpresa se cernía sobre ella. Su vecino, como siempre, vestía el atuendo perfecto y le favorecía hasta hacerlo irresistible. Sin embargo, percibía una sutil diferencia. Andrew irradiaba algo, pero no alcanzaba a entender qué era. Y ese algo trascendía su aspecto. La consecuencia fue que, en vez de desear una noche aislada de placer con él, anheló ir mucho más lejos del territorio de la piel. Mal que le pesara, era imposible, así que decidió aliviar su decepción volviendo al terreno de juego.

—Cualquiera diría que venías preparado para salir a cenar —continuó ella, divertida—. Como siempre, con la ropa perfecta para ir a donde vamos.

—Debo decir que no contaba con que mi vecina me invitara a salir —alegó él, aceptando la provocadora invitación a reanudar su juego—. Pero, por suerte, tengo la costumbre de viajar y siempre llevo una muda de vestir. Por si acaso la necesito.

La madre de Eirica estaba fascinada con ambos. Le parecía indudable que había algo entre ellos. Lo que más le sorprendía era que no se hubieran presentado como pareja, pero, en cambio, ninguno de los dos se esforzaba por ocultar que estuvieran juntos.

—El Uber está fuera —anunció el padre de Eirica.

—Pasadlo genial y si necesitáis algo, nos avisáis— dijo Marisa.

—Gracias —contestó Aileen, dándole un beso.

Tardaron menos de veinte minutos en encontrarse uno frente a otro sentados en el restaurante. Andrew tenía sed de entender algunas cosas, así que abrió la conversación.

—De lo que has hablado hoy con Marisa, y perdona que sea tan directo, hay cosas que creo que se me escapan contigo, Aileen.

Ella tragó saliva. Mientras disimulaba con una sonrisa, repasaba con agilidad sus recuerdos de la conversación para tratar de dar con alguna metedura de pata. Pero, además de que no dio con nada, llegó a la conclusión de que tampoco tenía por qué temer. Su secreto estaba a salvo, ya que solo ella conocía la verdad.

—Pregunta lo que quieras —dijo con seguridad—. Esta noche, para ti, soy un libro abierto.

Andrew sonrió contagiado por su cara de felicidad mientras cogía la carta que un camarero les ofrecía con amabilidad.

—¿Qué les pongo para beber?

—Yo quiero vino blanco, por favor —dijo ella.

—Y para mí otro, por favor.

Una vez que el camarero les devolvió la intimidad, Andrew se deleitó con una Aileen que aunaba lo mejor de las dos facetas que conocía de aquella mujer que parecía haberlo encandilado.

—¿Seguro? Hay algún tema quizás espinoso y no quiero arruinar nuestra primera cita.

—¿Eso es lo que esto es para ti? ¿Una cita?

—Te recuerdo que eres tú quien me ha propuesto salir los dos solos a cenar.

Una carcajada corta pero sonora se le escapó a Aileen.

—Tú eres el que ha transformado la cena en cita, pero te concederé que sí, que me gustaría que fuera una cita —confesó, decidida a ser sincera con él.

Andrew habría querido que todo lo que los rodeaba se desintegrara para estar a solas con ella. Pero ni fue así ni era esperable que lo fuera, por lo que se tuvo que conformar con saborear sus palabras. Por esa razón, decidió proseguir con su conversación inicial. Como tardó poco en arreglarse esa tarde, había tenido tiempo para ordenar sus ideas. Le preguntaría abiertamente sobre cosas que, sin entenderlas, le llamaban mucho la atención. Sabía que algo la inquietaba y deseaba poder ayudarla, así que si ella no le decía qué era, él trataría de averiguarlo.

—Lo suelto todo del tirón, pero no te asustes, que son unas cuantas cosas.

—Dispara —le pidió ella.

—Primero, ¿a qué se refería Marisa con eso de las cenizas de tu amiga Martha? Segundo, me gustaría entender que escondía el pero que no has llegado a responderle en alusión a tu visita al cementerio. Tercero, creo que ha llegado el momento de conocer más sobre algunos aspectos de

tu vida. Marisa ha hecho alusión a tu madre y me encantaría saber más sobre ti, tu familia y la relación con la familia de Eirica. Cuarto, me ha llamado bastante la atención que Marisa hablara de lo que sacrificas al levantar el hotel Alice Wright, y me come la curiosidad por saber qué es. Quinto, precisamente, por qué vas a hacer de la mansión un hotel y por qué le darás ese nombre.

—Madre mía, qué memoria para recordar todos esos puntos. A ver si los recuerdo yo —dijo, ganando tiempo para ordenar las respuestas en su cabeza—. Empiezo. Mi amiga Martha, además de dejarme la casa, me dejó sus cenizas para que me encargara de ellas. Creo que ella quería descansar al lado de la tumba de su hija, pero no quería que su yerno y su nieto tuvieran que pasar por el dolor de volver a Balford y por eso me lo pidió a mí. Sobre el segundo punto, es complicado. Me avergüenzo de mí misma y, aunque la familia de Eirica es como si fuera mi segunda familia, preferí no contárselo a Marisa porque es algo de lo que no me apetecía hablar. El caso es que estuve en la tumba de Alice Wright y fui incapaz de decirle nada. Debería poder hablar con ella, de cómo su madre la amó y de lo mucho que su familia la echa de menos, pero me quedé muda, como si estuviera paralizada. No puedo evitar sentirme fatal por ello. Y con relación a mi familia, mi padre murió cuando yo era pequeña y mi madre, la persona más increíble del mundo, falleció hace dos años.

—Lo siento mucho —dijo Andrew, cogiéndole la mano—. Me lo imaginé por tu comentario esta tarde. Me hizo darme cuenta de que nunca hemos hablado sobre nosotros.

—Lo sé. Nos han sobrado las palabras siempre.

A Andrew no se le escapó el tono pícaro, pero se limitó a sonreír para que ella pudiera continuar contando su historia.

—Por eso decidí irme de Bournemouth. Y eso me lleva a mi relación con Eirica y su familia. La conocí en la universidad, allí, y desde el primer día fuimos inseparables. Todos los veranos me venía aquí, a su casa. Su familia me acogía como una hija más. Y durante el curso académico, sus padres venían a visitar a Eirica y se quedaban conmigo, así que con mi madre tenían también una relación excepcional. Por eso nos consideramos familia. Y ya solo me quedan el cuarto y el quinto punto, pero debo confesarte que de ese tema prefiero no hablar. Te he prometido que sería un libro abierto, así que, si me insistes y quieres saberlo, te lo contaré para cumplir con mi promesa. Pero, como te digo, preferiría dejarlo para otro momento. Quizás más adelante.

Aileen tenía el corazón encogido, con la punta de una espada apuntándole mientras una pared detrás le impedía escapar de la situación en la que se encontraba arrinconada. Si él le insistía, tendría que elegir entre abrirse en canal para enseñarle la trama que llevaba tiempo urdiendo o mentirle, generando una fisura más profunda en su relación.

—Si no quieres contarlo, no te pediré que lo hagas —dijo Andrew—. Aunque te confesaré que me quedo muy intrigado.

Aileen se relajó. Al hacerlo, por la forma en la que necesitó coger aire para inundar sus pulmones, se dio cuenta de que había dejado de respirar durante el tiempo que tardó en responderle. Se sintió aliviada y decidió concederle lo mínimo para saciar su curiosidad.

—Todo lo que te puedo contar es que hice una promesa y las promesas jamás se rompen. Martha y yo conectamos desde el primer día. Fue una conexión muy especial, considerando la diferencia de edad y lo fugaz que fue nuestra amistad. Y, sin embargo, sentía por ella muchísimo afecto y un profundo respeto por su dolor tras la pérdida de su hija. De alguna forma, siento el deber de honrar no solo a Martha, sino también a Alice. Y eso es lo que me movió a crear un hotel en el pueblo con su nombre, para que nadie olvide a Alice Wright jamás. Siento una rabia muy muy profunda porque la verdad sobre su muerte nunca se esclareciera y su familia tenga que vivir sin saber qué pasó. Creo que, ya que la verdad nunca ha salido a luz, Balford no debe permitir que se olvide su nombre. Y los que vengan de fuera a visitarnos podrán conocer su historia a través del hotel. Alice no se merece ser olvidada. Y hasta ahí quiero llegar. Necesito pedirte, por favor, que me prometas que no le contarás a nadie nada de lo que te acabo de decir. Es importante para mí.

—Cuenta con ello.

Andrew contemplaba a una Aileen cuyos ojos dejaban entrever cierta consternación. Sus manos estaban quietas, apoyadas sobre la mesa, pero se mostraban tensas. Denotaba preocupación y esa proyección lo alcanzó de lleno. Por extensión, también se preocupó. Y fue cuando reparó en que, más allá del contacto que habían mantenido, de lo que sentía cuando la miraba desde un plano sexual, había algo intangible en ella que lo atraía. Estaba descubriendo una Aileen divertida y generosa, capaz de sacrificarse a sí misma por una familia a la que apenas conocía y a la que no debía nada. Solo por una amistad con una persona de ochenta y tantos años que había sido capaz de transmitirle su dolor, con el que había empatizado hasta hacerlo suyo y convertirlo en su causa. Aquella noche se le revelaba una Aileen benévola y solidaria, con la capacidad de provocar que el corazón se le acelerase con su mera presencia. Cada palabra que pronunciaba, junto con las sonrisas que le regalaba, eran piezas de un puzle que, sin querer y sin buscarlo, se colocaban solas en su sitio. Lo completaban y le daban sentido a un pilar fundamental en la vida de las personas. Comprendió que se fraguaba allí algo que no esperaba, pero quiso acogerlo con los brazos abiertos. Y una vez digirió su insólita petición de no profundizar más en el tema, asumió que no podía, ni quería, exigirle una respuesta por más que deseaba saberlo todo.

—No entiendo tus motivos, pero creo que te honra de una forma extraordinaria tu percepción del deber hacia Martha y su familia. Desde mi llegada a Balford, la única persona que me ha hablado de Alice has sido tú, y coincidido contigo al cien por cien. Por lo que me contaste aquella tarde en el porche de la mansión, a mí también me parece injusto que el pueblo la haya olvidado. Desde luego, su familia se merece saber la verdad. No sé qué te traes entre manos ni sé de qué

sacrificio hablaba Marisa, pero espero que un día sientas que puedes confiar en mí lo suficiente como para contarme esa promesa que hiciste. Me encantaría ayudarte con ella.

Y, sin pensárselo dos veces, alargó la mano, sorteando los obstáculos de la mesa, hasta recoger en su interior la de Aileen. Quería de verdad ayudarla y, sin duda, sentía la necesidad de protegerla. Al otro lado de la mesa, ella trató de descifrar lo que sus ojos le decían y llegó a la conclusión de que se ofrecía con absoluta sinceridad. Concluyó que podía confiar en él, pero aún no.

—Cuenta con ello. Pero todavía no.

Y aprovechó la nueva interrupción del camarero, al que le pidieron unos mejillones y dos cremas de langosta, para dar por finalizada la conversación sobre ella.

—Es tu turno —le dijo—. Háblame de ti, que yo ya he hablado demasiado.

—No hay mucho que contar. Tengo un bufete de abogados en Londres especializado en propiedad intelectual y estoy abriendo una nueva oficina en Edimburgo. Mis padres también son londinenses y abogados, así que ya ves que no me compliqué mucho para elegir profesión. Siempre me interesé por lo que hacían y decidí seguir sus pasos. Y poco más te puedo contar. He vivido entregado a mi trabajo muchos años y debo confesar que la excusa de abrir sede en Edimburgo no es otra que me ahogaba en Londres. No sé ni si hay un motivo de fondo; simplemente, después de tantos años, necesitaba salir de allí. Creo que, a pesar de ser una ciudad más pequeña, el cambio no era suficiente y, para los fines de semana, decidí buscar una casa en las inmediaciones.

—Es verdad, me contaste que por eso compraste la de Balford, ¿no?

—Así es. Me gusta mucho más la tranquilidad de la vida en Edimburgo que el ajetreo de Londres. Ir de visita es una cosa, pero el ritmo de vida allí es demasiado acelerado.

En ese momento, las luces del restaurante se atenuaron y los camareros comenzaron a distribuir velas por las mesas, confiriéndole un ambiente más íntimo. De fondo se oyeron los primeros acordes de la canción *Tonight, tonight*, de Smashing Pumpkins.

—Nos han puesto banda sonora —dijo Aileen, sonrojada porque la vida la hubiera llevado hasta aquel lugar con Andrew como compañía y una melodía de lo más apropiada.

—Y bastante acertada, diría yo.

Escucharon cómo la melódica voz del grupo abordaba la estrofa que decía «*We're not the same, we are different... tonight*». Mientras, mantenían la mirada fija el uno en el otro, con intensidad, para hacerse partícipes mutuamente de que compartían algo más que una cena en Inverness. El camarero llegó a la mesa con la comida, pero ellos tenían otro tipo de apetito. Uno que no se palpa con las manos poseyendo la piel del otro sin más, uno cuyas hebras invisibles entrelazaban sus almas.

Al terminar de cenar, se subieron al Uber que los esperaba con puntualidad en la puerta. Viajaron en silencio, reflexionando sobre el punto de inflexión que suponía aquel viaje y cómo

debían encararlo. Andrew deseaba entregarse a ella, pero temía hacerle daño. Sabía cuánto le había hecho David un año atrás y no se perdonaría jamás provocarle ese dolor. Había tenido solo dos relaciones en el pasado y en ambas, con el tiempo, se dio cuenta de que no quedaba nada. Es verdad que no había sentido la clase de conexión que sentía desde el principio con Aileen, pero «¿y si acabo en el mismo punto que con Anna y con Claudia?», pensó. Aileen, por su parte, sabía que el sacrificio tenía sus luces y sus sombras. El matrimonio era la línea que no debía cruzar para no perder el hotel, que no solo representaba su futura forma de vida, sino el propósito de mantener el recuerdo de la familia Wright vivo en Balford. Si la mansión pasaba a otras manos, podría suponer el fin no solo de un legado, sino también de un propósito si su familia decía deshacerse de la propiedad. Y no podía permitirlo. Lo que tenía claro es que sí podría amar, sí que podría convivir e incluso, sí que podría tener hijos. Lo único que no podía hacer era casarse. Pero que ella lo aceptara, por nimio que le pareciera el detalle, no significaba que la otra persona lo hiciera. En aquel coche, sentada a su lado, después de una cena en la que se habían abierto y se habían conocido un poco más, no era capaz de responder si la relación con Andrew llegaría tan lejos como para vislumbrar cuál sería su reacción al descubrir que ella, nunca, bajo ningún concepto, podría casarse. Y justo cuando llegaba a la conclusión de que quizás su opinión al respecto sería desfavorable, llegaron a casa de los Morrison. Estaba en silencio, por lo que subieron las escaleras despacio para minimizar el crujido de la madera. Se despidieron con un sencillo y tímido «Hasta mañana». A Aileen le sorprendió no escuchar la puerta del otro dormitorio abrirse y, cuando se giró para comprobar si él había entrado ya, se lo encontró a escasos veinte centímetros de ella.

—No quiero dejarte escapar. No puedo. Y estos días en los que, más allá de acariciarte, te estoy conociendo... Cómo eres, cómo sientes, cómo ves las cosas... Esa forma tan leal que tienes de defender a quien ya no puede defender lo que le importa... Eres puro corazón, y te parecerá una estupidez, pero eso es lo único que anhelo ahora mismo. Siento que estoy unido a ti de una forma inexplicable.

Aileen temblaba y reconoció que la respuesta natural de su cuerpo era comprensible. Sabía que era pronto para amarlo, pero aquello era la vía directa para hacerlo, y la aterraba. Tanto por el daño que ella pudiera hacerse después de lo de David como por el que él pudiera sufrir al descubrir la verdad sobre su situación. Con él había experimentado como nunca antes la explosión de dos cuerpos que se fusionan cuando están hechos el uno para el otro. Y eso tan solo en una capa tan superficial como era la de la piel. No podía evitar preguntarse cómo sería amarlo, si extrapolaba esa convulsión física que sentía cuando estaba a su lado a cuestiones del alma. Pero también se preguntaba cómo superaría una persona que le rompieran el corazón después de amar a ese nivel.

—¿Tienes miedo? —preguntó Andrew, que no creía que fuera momento para sutilezas, viendo cómo temblaba.

Asintió, incapaz de mirarlo a los ojos. Andrew quería observarla cuando le dijera aquello, así que, con dulzura, le elevó el mentón.

—Yo también lo tengo, Aileen. De hacerte daño... o de que tú me lo hagas tú a mí. No sé qué estás haciendo conmigo, o si tú sentirás lo mismo que yo, pero te prometo una cosa: pase lo que pase entre nosotros, recuerda que, si nos hacemos daño, no habrá sido intencionado. No puedo predecir hacia dónde vamos. Lo único que te puedo decir es que deseo amarte, y no solo esta noche. Quiero hacerlo, además, de una forma en la que, debo confesarte, no he hecho nunca. Así que debes saber que yo también tengo miedo.

Tras pronunciar aquellas palabras, se dirigió hacia la puerta de su habitación, girándose para extender su mano e invitarla a acompañarlo. Aileen debía decidir qué camino quería elegir. Sus dudas eran suficientes como para dar la vuelta e irse, pero un palpito en su interior, sin saber de dónde provenía, fue el golpe de efecto que necesitó su cuerpo para avanzar unos pasos y entregarse a él.

Apenas había luz en la habitación, pero no necesitaban más para que los dos pudieran deleitarse ante la desnudez de sus cuerpos. Andrew se aproximó un poco más, dejando la suficiente distancia para observar sus senos al descubierto y, sin mediar palabra, levantó una de sus manos para comenzar una caricia que pretendía que fuera eterna. Subió por el brazo, notando cómo reaccionaba la piel tras su paso. Al llegar a la zona del cuello, continuó por la clavícula del lado opuesto, bajando directo hasta alcanzar el primer pezón. Allí se entretuvo para disfrutar de sus gemidos. Mientras seguía su camino hacia abajo, ella cogió su miembro y aplicó una pequeña presión, acompañada de un lento movimiento. Él apoyó su cabeza sobre la frente de ella, sonriente. No solo por el placer que le proporcionaba su tacto ahí, sino también porque, por fin, había llegado donde él quería, donde ansiaba entrar. Notó la humedad, ella ya estaba lista. A Aileen le urgía sentirle dentro, por lo que le cogió de la mano y lo llevó hasta la cama. Observó que también estaba más que listo y se tumbó sobre él, apoyando las manos a ambos lados de Andrew, con los brazos extendidos. A escasos centímetros de su rostro, le sostuvo la mirada y él le correspondió igual de atrapado. Ella no pudo evitar confesarle lo que deseaba sin esperar a que él se lo reclamara como las veces anteriores:

—Andrew, necesito sentirte dentro, ya.

Él sonrió, extasiado por el simple hecho de que anhelaran lo mismo.

—Y yo solo deseo estar en ti.

Aileen bajó la cabeza y le besó el cuello, uno de los lóbulos y los labios, mientras que, con una mano, buscaba lo que deseaba y se lo introducía. Primero fueron apenas unos centímetros, pero en el tercer o cuarto movimiento, ambos notaron cómo profundizaban. Debían ahogar la expresión del placer para no molestar en mitad de la noche a los que ya dormían. Ella empezó deslizándose con lentitud mientras lo miraba y se deleitaba con su reacción cada vez que bajaba y volvía a subir. Él acompañaba el gesto con una presión de las manos sobre su cadera para

pedirle que se quedara allí, anclada a él. Aileen se excitó aún más al leer en su rostro no solo el placer que confiere el roce, sino el que acompaña un sentimiento de unión. El tacto es, instintivamente, el sentido más apto para disfrutar del acto sexual, pero era ese que llaman el sexto sentido el que la avisaba de que Andrew quería amarla y de que ella quería corresponderlo. Si hay algo que el amor no frena, sino que potencia, es la intensidad del deseo. Y eso fue lo que provocó que acelerase el ritmo. Intensificó su movimiento. Los dos estaban fuera de sí, sudorosos y jadeantes. Se movió y se movió, mientras resollaban, hasta que por fin convulsionaron. Él le presionaba con ambas manos la parte más baja de su espalda para mantenerse dentro, mientras que ella se recostó sobre él, notando cómo sus músculos interiores aún se contraían por el placer de sentirlo entre sus piernas.

—Quédate a dormir, no te vayas —le suplicó él, abrazándola.

Después de aquella noche en Inverness, la boca de Aileen profirió las palabras que tanto había temido:

—Me quedaré siempre que me lo pidas.

CAPÍTULO 26

Al día siguiente, Aileen se despertó y Andrew estaba a su lado, dormido. Sabía que lo de la noche anterior había sido sexo igual de bueno que las otras veces, pero también sabía que se despejaba una incógnita adicional en la ecuación: la del sentimiento. Justo lo opuesto de lo que se había propuesto al principio. El caudal del deseo se había ralentizado al adquirir su relación una mayor densidad. Todo había sido más lento, con sumo cuidado, para elevar el placer y mecerlo con el afecto que se proferían. Se imaginó despertando a su lado el resto de su vida y le gustó. Sintió el vértigo del terror que la había amenazado la noche anterior, pero sus palabras resonaron en su cabeza y enseguida se relajó. «También él tiene miedo», se dijo. Pensó en lo que diría Eirica: que tenía derecho a ser feliz y podía serlo sin casarse. Pero volvió al discurso mental de la noche anterior. Que ella lo aceptara no significaba que la otra persona lo fuera hacer.

—Buenos días, Andrew —le dijo al ver que abría los ojos.

Sin mediar palabra, la atrajo hasta él y la abrazó.

—¿Cómo has dormido?

—Pues debo reconocerte que hacía tiempo que no dormía así de bien.

—Me alegra oírlo. Debe ser por el ejercicio, que te sienta bien antes de dormir.

Sonrió al pensar que, posiblemente, se debía más bien a la tranquilidad que le había proporcionado dormir a su lado. Prefirió darle la razón; así no reconocía lo que no quería reconocer.

—Seguro que sí. Y lo cierto es que por la mañana me sienta aún mejor —añadió, mientras se aproximaba a él para besarlo—, pero me temo que estamos en casa de mi segunda familia y me tengo que ir pitando a la habitación de Eirica a disimular que salgo de allí.

—¿En serio? —se lamentó Andrew.

—Como lo oyes. Marisa no es tradicional, pero me crucificaría durante una larga temporada si sabe que hay algo entre nosotros. Nos vemos ahora abajo —añadió, dándole un beso rápido.

Aileen se vistió con la ropa de la noche anterior y cruzó el pasillo con sigilo para entrar en la que debería haber sido su habitación. Le resultaba extraño estar en casa de su amiga sin ella y con un hombre que no sabía cómo debía encajar en su vida de celibato. Y esa sensación se mantuvo durante las dos horas más que continuaron en la casa.

Una vez se despidieron de la familia Morrison, pusieron rumbo a Balford. Andrew sabía que debía abordar un tema con ella, pero quiso darle un margen razonable antes de hacerlo. Durante la tregua, Aileen aprovechó para poner la canción de la noche anterior.

—Hacía un par de años que no la escuchaba. Esa canción tiene algo que me encanta...

—Ayer fue una noche extraña —le dijo él—. Llevaba tiempo sin hacer una escapada y sin divertirme como este fin de semana. Gracias por dejarme acompañarte, Aileen.

—¡Qué va! Todo lo contrario, gracias a ti por venir y ayudarme.

Andrew no quiso esperar más.

—Creo que tienes algo pendiente y me gustaría poder ayudarte con ello, por favor —le pidió él.

Ella sabía a qué se refería y que tenía razón, pero, por otro lado, posponerlo le daba tiempo. Andrew, ante su silencio, continuó.

—Si tu amiga te dejó las cenizas, tienes que llevarlas. No puedes esperar más.

—Lo sé. Es verdad que no las tengo desde hace mucho, pero estaba esperando al momento adecuado.

—¿Y sabes cuál es?

—No. Es solo que... imagino que lo sabré cuando llegue.

—¿Te enfadas si te digo lo que pienso sin tapujos?

Aileen se quedó pensativa. Tenía claro que no se enfadaría con él, pero ya tenía mucho en lo que pensar y no estaba segura de querer saberlo. Sin embargo, consideró que no le quedaba más remedio que dejarlo hablar, así que, manteniendo la mirada en la carretera, negó con la cabeza.

—Creo que te da miedo volver a verte en la tumba de Alice y no saber qué decirle. Sabes que quieres decirle algo, pero, por alguna razón, las palabras no te vienen. Y no pasa nada, Aileen. Nadie te va a juzgar por ello y tú tampoco deberías ser tan dura contigo misma. Pero Martha te dejó esas cenizas porque confió en que cumplirías su voluntad. Y aunque lleven poco tiempo en tu poder, deberían ser tu prioridad, porque llevan treinta años separadas y se merecen estar juntas.

Aileen sintió que algunos músculos de su cara se tensaban. No era enfado y tampoco dolor. Era rabia consigo misma por haber pensado en ella y en Alice, y no en Martha y en Alice.

—Tienes razón. Debería haberlo hecho nada más tenerlas. Y es verdad, sé que hay algo que le quiero decir a Alice, pero... no puedo... no... no consigo que me salgan las palabras. Y no es justo para ella.

Andrew paró el coche en el arcén. Le cogió la mano y se aproximó a ella. A escasos centímetros, le contestó:

—Saldrán, Aileen. Por la razón que sea, estás bloqueada. Solo necesitas tiempo. Ahora vives en Balford y podrás volver las veces que necesites hasta que lleguen. Pero ahora lo importante es que lleves a Martha junto a su hija. ¿Y sabes qué? Que nos vamos directos a donde las tengas guardadas, las recogemos y las llevamos hoy, juntos.

Aileen estaba ojiplática y un aluvión de emociones inundaron su cuerpo como si de unos salvajes rápidos se trataran.

—No pienso admitir un no —añadió él—. Voy contigo. Y estoy seguro de que Eirica y Claire querrán acompañarte también. Escríbeles y diles que en algo más de dos horas estaremos por allí, comemos algo, descansas y nos preparamos para ir.

Aileen sopesó sus opciones. Andrew, consciente de ello, continuó.

—Te voy a dejar que te lo pienses durante un rato. Aún nos queda camino. Por supuesto, es tu decisión, no quiero añadirte más presión. Yo te voy a apoyar decidas lo que decidas, pero ten claro que te voy a acompañar. Lo que debes decidir es cuándo quieres hacerlo, porque no puedes postergarlo más.

Aquella frase fue una sentencia. Andrew tenía razón en cuanto a que debía llevar ya la urna funeraria al cementerio, pero, sin ser consciente de ello, había ejercido presión sobre otro aspecto muy distinto: no podía retrasar más lo que le había llevado hasta Balford. No solo estaba allí para dejar las cenizas de Martha, sino que, además, había hecho una promesa. Debía devolver la verdad a una familia y a un pueblo, y para ello era imprescindible revisar el contenido de los dos baúles a los que no había prestado la menor atención desde su llegada. Se había limitado a cubrirlos y a arrumbarlos en un rincón durante la reforma para que no sufrieran daños. Sin embargo, debía reconocer que había encontrado mucho más placentero entregarse a la mansión y a su relación con Andrew porque, cuando se acordaba de la existencia de aquellas dos viejas reliquias del desván, sentía que el desasosiego se adueñaba de ella. Y eso la invitaba a procrastinar día tras día.

Le venían mil pensamientos a la cabeza aunque deseaba que se mantuvieran alejados. Solo había querido aprovechar aquel paréntesis que la vida le concedía para ser feliz como lo había querido toda su vida: enamorándose. «Sí, y lo sabes desde el primer día que lo viste», le susurró la vocecilla maliciosa. Pero no podía huir más. Sabía que necesitaba encontrar algo que la ayudara a desenterrar el pasado y que debía hacerlo con la máxima discreción para no levantar sospechas. Un asesino continuaba libre y si se enteraba de para qué estaba allí, ¿quién sabe de qué sería capaz?

Aileen aprovechó para trazar las grandes líneas maestras de su plan, que debía poner en marcha ya. Decidió que aceptaría el ofrecimiento de Andrew de recoger las cenizas y llevarlas aquel mismo día. Y mañana se iría directa al desván para abrir los baúles y ver si algo la ayudaba a marcar los pasos que debía dar para cumplir su misión.

—¿Qué haces? —preguntó Andrew con curiosidad, al ver que de repente revolvía el interior de su bolso.

—Buscar mi móvil para escribir a Eirica y a Claire. Tienes toda la razón. No puedo postergarlo más. Esta tarde Martha descansará, por fin, donde lleva tres décadas queriendo estar: junto a su hija, Alice.

CAPÍTULO 27

Aileen se sentó en la cama, sosteniendo la urna funeraria en el regazo. Se aferraba con fuerza a su amiga Martha. Sabía que debería haberlo gestionado antes. Andrew tenía razón, pero tenía sus motivos para haberlo pospuesto. Por un lado, le preocupaba que alguien del pueblo la viera y se corriera la voz de que era ella, y no su familia, la elegida para depositar sus cenizas allí. No hubiera sido justo porque, si Martha la había elegido a ella, había sido, precisamente, pensando en su familia, para ahorrarle el mal trago de tener que volver a Balford. Y, por otro lado, le daba verdadero pánico que alguien pudiera establecer una relación entre ella y su presencia allí en el pueblo. Supondría quedar expuesta en el radar del asesino de Alice Wright con el peligro que conllevaría no solo para ella, sino también para los que la rodeaban.

—Aileen, ¿estás lista? —La voz de Eirica le llegó desde el otro lado de la puerta.

Sonaba diferente: más solemne, fruto de la inquietud de aquella tarde de domingo. Eirica sabía que para Aileen era un día importante. La había sorprendido la inmediatez con la que les instó a cerrar ese tema sin previo aviso. No sabía de dónde podría venir el impulso, pero sí que la respuesta debía estar relacionada con Andrew. Se alegró por ello. Le gustaba para su amiga porque estaba resultando una influencia muy positiva para ella, motivándola a romper con las reglas preestablecidas en su cabeza de toda una vida, y en tan solo un mes.

—Sí —respondió, decidida a cumplir por fin con una de las peticiones de Martha.

Al abrir la puerta se encontró a su amiga vestida del mismo color que ella, negro, y sujetándose sobre una muleta.

—¿Estás segura de que quieres venir, Eirica? Me sabe fatal, con el pie tal como lo tienes...

—Ni te preocupes. Ya te lo he dicho cientos de veces en menos de dos horas. Mi pie está dolorido, pero con la muleta no lo apoyo y no siento casi dolor. Quiero estar a tu lado porque sé que, desde su muerte, nada ha sido fácil para ti.

—No, no lo ha sido —suspiró, mientras dirigía la mirada hacia los restos de Martha—. Siempre has sido una gran amiga, Eirica. De verdad que te agradezco que estés a mi lado.

Se aproximó a ella y la abrazó como pudo, con los impedimentos propios de quien da un abrazo mientras sostiene una urna funeraria y es abrazada por otra persona que se apoya en una muleta. Ambas se rieron ante su torpeza.

—No seas tonta. Tú también lo has sido siempre, Aileen. Y las dos sabemos que, pase lo que pase a lo largo de nuestras vidas, siempre vamos a ser amigas.

El alivio la invadió. El día en que Eirica supiera todo lo que le había ocultado, esperaba encontrar la forma de arreglar la brecha que había abierto con sus secretos. El desasosiego campaba a sus anchas ante el malestar que le causaba ocultarle cualquier cosa a su mejor amiga. Si había alguien a quien le dolía tener que mentirle era, sobre todo, a Eirica. Pero debía protegerla y la única forma de hacerlo era que no supiera nada.

Al bajar del coche en la puerta del cementerio, el séquito formado por Eirica, Claire, Mark, Andrew y Aileen encaminó sus pasos hacia la tumba de Alice Wright.

—Es esta de aquí —señaló Mark.

Al llegar, todos se situaron en semicírculo frente a la tumba. En el centro del grupo estaba Aileen, que sostenía la urna. El viento escocés atizaba con descaro las ramas, doblegándolas, y algunos pájaros iban y venían llevando alimento a sus crías hambrientas, que piaban con fuerza reclamando su sustento. No se oía nada más. Aileen dio un paso al frente.

—Martha, aunque te echamos de menos, sabemos que llevas muchos años queriendo estar donde estamos hoy. Amabas a tu hija como es natural que una madre ame a una hija. Desde que Alice se marchó, sé que sufriste. Muchísimo. No fuiste feliz, aunque lo aparentabas para no canibalizar la felicidad de otros. Y hoy, por fin, estás junto a ella de nuevo. Y Alice, yo... me gustaría...

Calló. No podía decirle lo mucho que sentía que estuviera enterrada tan lejos del amor que se mereció haber seguido recibiendo. De forma tan injusta, yacía inerte allí mientras su asesino había continuado con su vida sin consecuencias por el crimen tan atroz que cometió. No solo privó de vida a una buena mujer, sino que con ello impidió el discurrir de las vidas de otros. El silencio le permitió oír los lamentos que provenían de Claire, detrás de ella.

—Hay tanto que querría decirte —le dijo Aileen.

Se agachó y depositó la urna funeraria en un rincón en el suelo, junto a la tumba. Aprovechó para acariciar su nombre, como una vez hiciera Martha en un banco de Edimburgo.

Andrew reparó en la tristeza que desprendía Aileen y le concedió unos segundos allí en el suelo, en contacto con Martha y Alice, pero, transcurrido un tiempo prudencial, sabía que le había vuelto a pasar. No podía dirigirse a Alice y eso la turbaba. Le dolía verla allí, agazapada sobre la tumba como si aquello fuera culpa suya, así que se acercó y, agachándose, le tendió una mano.

—Vamos, Aileen.

Ella agradeció el gesto. Cogió su mano y reculó hasta quedar a la altura del grupo.

—No hace falta que digas nada —le aclaró Andrew—; tanto Martha como Alice estoy seguro de que saben lo que tienen que saber donde quiera que estén las personas que se van. Has sido una buena amiga y estás haciendo algo importante por ellas. No creo que haya mayor gesto de amor o de amistad que el que se demuestra con los hechos. Las palabras no siempre son necesarias.

Aileen sostenía todavía su mano. Apretó con fuerza, tratando de disipar el dolor tan fuerte que sentía, mientras se refugiaba en él, que la abrazó con afecto y sin entender de dónde podía emanar una aflicción tan severa. De una simple amistad no creía que fuera posible. Pero Aileen ahora lo necesitaba, así que no era el momento de preguntarle.

—Andrew tiene razón, cariño —añadió Claire—. Martha te apreciaba muchísimo y confiaba en ti como pocas veces la vi confiar en alguien desde que la conocí. Era una persona, a pesar de sus circunstancias, alegre, fuerte e inteligente. Te honra que estés cumpliendo con su voluntad y demuestra que no se equivocó al confiar en ti. —Se giró hacia la tumba donde ahora yacían madre e hija, juntas. Prosiguió—: Alice, Martha fue mi mejor amiga durante muchos años, desde tu triste suceso. No tuve la suerte de conocerte y ella apenas quería hablar de ti por el dolor que le causaba hacerlo, pero te puedo decir, con total certeza, que te amaba. Y, si hubiera estado a su alcance, sé que se habría cambiado por ti para devolvarte con Charles, tu hijo, y con Clark, tu marido. Por fin volvéis a estar juntas. Las que nos hemos quedado atrás lloramos nuestra pérdida, pero también nos alegramos de vuestro reencuentro.

Claire se calló. No pudo decir nada más porque las lágrimas comenzaron a caer sobre su blusa de nuevo. Eirica abandonó los brazos de Mark para ir a apoyarla. Poco se habían centrado en Claire, y estaba muy afectada. Para Claire se cerraba un capítulo de su vida, extenso, junto a Martha. Arrancaba otro nuevo al lado de sus dos jóvenes amigas y una nueva aventura. Las tres se miraron y el impulso de unirse en un abrazo las reunificó.

—Martha nos ha dado una nueva vida —dijo Claire.

—Así es —añadió Eirica, mirando a Mark—, tenemos un futuro increíble por delante gracias a ella.

—Su fallecimiento nos deja un legado que requerirá de nosotras valentía —continuó Aileen buscando las palabras que reforzaran su misión, pero lo bastante ambiguas como para que el grupo no sospechara nada—. No va a ser fácil encararlo, pero Martha sabía que éramos las personas idóneas para recordar a Balford lo que hace mucho tiempo se olvidó injustamente. Debemos continuar con el hotel y rendirle a Alice el homenaje que se merece.

CAPÍTULO 28

Aileen sabía que tenía que avanzar y buscar como fuera la pista definitiva que le permitiría destapar la verdad sobre el asesinato de Alice. Esa mañana de lunes se desplazó andando a la mansión, temprano. El frío le espabilaba el cerebro mientras que el ritmo rápido le permitía sentir cómo su cuerpo se tornaba ágil y ligero. Abriría los baúles que tanto había postergado. Si los efectos personales de Alice y de la familia Wright estaban allí, quizás tendría suerte y encontraría la pieza del puzle que le faltaba a aquella historia.

—Buenos días, Aileen —la saludó Chris—. Te quería preguntar si seguía en pie la cena de mañana.

—Por supuesto, cuento con ello salvo que, por lo que sea, necesitéis cancelarla.

—No, no. Claro que no. Theresa, mi mujer, está muy ilusionada y, además, agradecida. Las personas de nuestra edad no solemos tener muchas oportunidades para encontrar un trabajo.

—Pues le puedes decir, Chris, que puede contar con tener uno aquí. Que piense las horas que quiere trabajar y el horario que le iría mejor, y con eso le buscamos algo. La semana que viene me reúno con la consultora de selección de personal para que me ayuden a determinar qué puestos necesitaremos y a cubrirlos. Ahí sabré las vacantes disponibles y sus respectivos turnos, e iré con la idea de asignarle algo que le pueda encajar.

—Gracias, Aileen. De verdad, te estamos muy agradecidos.

—Para nada, Chris, para mí es un placer. Estáis haciendo muy buen trabajo en la obra y eso es gracias al esfuerzo de todos, pero, especialmente, el tuyo y el de Mark.

—Solo hacemos nuestro trabajo.

—Pues lo mismo que hago yo al buscarle algo a Theresa en el hotel.

Chris, complacido por su amabilidad, sonrió.

—¿Me mandas un mensaje luego con la ubicación y la hora? —añadió Aileen.

—Cuenta con ello.

—Perfecto. En fin... Te dejo, que voy a subir a echar un ojo a alguno de los muebles de la buhardilla.

—Esa zona ya está casi lista y el poco mobiliario que hay ahora mismo está accesible, solo tienes que quitarle el plástico. ¿Necesitas que te ayude?

—No, no. Muchas gracias. Quiero estar tranquila, que así me concentro mejor. Quedan algunos efectos personales de la familia Wright y tengo que revisarlos para determinar qué hacemos con ellos.

—Entonces daré orden de que no entren hoy allí. Hay otras cosas por hacer y podemos continuar sin molestarte.

—Te lo agradezco.

Aileen retomó su camino y, con un café, se dirigió a la buhardilla. El gran ventanal que invitaba al mar a inundar la estancia ya estaba colocado desde finales de la semana anterior. Le habían recomendado esperar cuarenta y ocho horas para abrirla, y aunque ya había vencido ese plazo sobradamente, prefirió no hacerlo de momento. Llevaban unos días de temperaturas más bajas y no le apetecía sentir el frío que ya había experimentado durante el trayecto hasta allí.

Subió las persianas gracias al motor que las automatizaba y la luz entró a borbotones. No le costó encontrar en un rincón los dos baúles, de un tamaño más bien mediano. Parecían manejables para una sola persona. No obstante, no tuvo ni que moverlos. Cogió una silla y se sentó al lado del primero. Una vez hubo retirado el plástico, respiró profundo y se concedió a sí misma la verdad sobre aquellos arcones llenos de recuerdos: desde la primera vez que los vio, y considerando que ella ya sabía que contenían los efectos personales de los Wright, habían tenido un efecto disuasorio y no deseaba tocarlos bajo ningún concepto. Tenía que abrirllos porque, si bien no esperaba encontrar ahí lo que buscaba, quizás daría con la pista que sabía que necesitaba para avanzar. Pensaba en positivo y quería convencerse de que ojalá fuera así, pero también era consciente de que podía escrutar su contenido y no dar con nada. Y ahí sí que tendría un problema porque debería rascar por otro lado, con el riesgo tan grande que eso supondría. De hecho, era consciente de que podía haber ido a lo fácil y preguntar en Balford, pero se habría delatado y puesto su vida en peligro. Ese era el motivo por el que debía empezar por lo que ahora acariciaba y confiar en que contendría la información que necesitaba. Esos dos baúles encerraban mucho más que los objetos de una familia: para Aileen, albergaban la esperanza de retomar una historia cuyo final, por fin, pudiera ser contado al mundo.

—Vamos a ello.

Abrió la tapa y la dejó caer despacio sobre la pared, sosteniéndola con sumo cuidado para no dañar la pintura. El interior almacenaba artículos muy variopintos, además de una caja de menor tamaño y varios libros. Lo primero que llamó su atención fue, precisamente, la belleza de la caja. Era de madera y la tapa tenía un antiguo bordado a punto de cruz con la estampa de una cacería. Le pareció que podría ser pesada y quizás profunda, por lo que el resto de las cosas se podrían precipitar al espacio que dejaría si la retirase ahora. Por ello, decidió liberarla antes un poco, retirando otros objetos a su alrededor.

Sacó varias revistas de *The Scots*, blanquecinas del polvo acumulado y un pequeño busto de bronce, que creyó que sería, casi con total seguridad, de algún ascendiente de Alice. Lo confirmó al mirar la base y ver que tenía grabado el nombre de James Wright. También cogió una muñeca, cuya cara parecía estar hecha de cartón endurecido, que iba ataviada con un gracioso *kilt* escocés.

Continuó extrayendo todo tipo de enseres que una vez tuvieron valor sentimental para alguno de los miembros de la familia. La caja había ido asomándose, despacio, y por fin pudo rescatarla.

—Ya eres mía —dijo mientras la sacaba.

Sopló el bordado y una pequeña nube de polvo se precipitó al aire para después quedar en suspenso hasta que, sin ninguna prisa, fueron cayendo al suelo. Lo acarició y notó la suavidad de las hebras. Debía estar bordado con fibras de algodón. Contenía un libro pequeño, un puñado de fotografías atado con una cuerda para evitar que se desperdigaran y un vestido azul verdoso de terciopelo, largo, con escote de barco y mangas que debieron de quedar ceñidas una vez sobre algún cuerpo. Se puso de pie y lo estiró. Lo superpuso a su figura y, aunque creyó que podría servirle, determinó que no era de su estilo, así que lo dobló, recuperó su asiento y lo devolvió a la caja.

Se decidió por el manojito de fotografías y deshizo el hatillo. Comenzó a pasar las imágenes, que le parecían no de otra vida, sino de otro mundo. Había diversidad de escenas: en el campo, de cacería, alguna del exterior de la casa e incluso en la playa. Cuando terminó de verlas todas, se recostó en la silla, pensativa.

—No me sirven de nada. Son muy anteriores a Alice y, además, si no sé sus nombres o quiénes son, no sé cómo voy a poder avanzar.

Echó un último vistazo, pero lo que quedaban eran harapos. Reparó en el libro y lo cogió. Era uno escrito por Alasdair Gray, y lo conocía a la perfección. Fue uno de los mayores éxitos de finales del siglo XX. Volvió a soplar para eliminar el polvo y lo acarició. Le pareció una edición preciosa, muy cuidada, que debió ser una tirada especial. A su madre le encantaban los libros antiguos y apreciaba cuando tenía una joya en sus manos. Lo abrió para ojearlo y dejarse embriagar por el olor de las antigüedades, encapsulado durante décadas. Pero, para su sorpresa, no tenía hojas. Se trataba de una caja y contenía una llave y una fotografía. Escudriñó la llave por si, por casualidad, identificaba qué puerta podría abrir, pero no se le ocurrió nada. Uno no guarda una llave en el interior de un libro falso si no quiere esconderla de los ojos de los demás. Por eso, pensó que era posible que, quizás, la puerta que abría tampoco estuviera a simple vista. Decidió guardarla otra vez en el libro y lo metió en su bolso. Quizás algún día le sería útil.

Cogió después la fotografía que había dejado sobre el vestido y la analizó con detenimiento. Tres chicas sonrientes posaban frente al fotógrafo, dejando constancia de una gran sintonía entre ellas. Desprendían un notable afecto las unas por las otras. Al girarla, le dio un vuelco al corazón porque había encontrado lo que necesitaba. Leyó sus nombres manuscritos en la cara trasera.

—Alice, Amanda y Katherine.

Lloró sin consuelo y, mientras lo hacía, abrazó la fotografía. Su llanto distaba de parecerse al de días atrás porque las circunstancias eran muy diferentes. No era alegría y tampoco se trataba de tristeza. Eran las lágrimas de quien estaba un paso más cerca de hacer justicia. Por fin, y tras dos años de una larga espera, sostenía entre sus dedos una pieza fundamental para resolver el

rompecabezas que llevaba treinta años esperando su recomposición. Y si Aileen lo sabía bien era porque una de esas tres mujeres era su madre.

CAPÍTULO 29

El martes a las siete de la tarde, Aileen se encontraba sentada en la cama de su habitación en la casa de Claire, atesorando entre sus manos la fotografía que había encontrado el día anterior. Había hecho una copia con su móvil y la había volcado a la nube para salvaguardarla en caso de que la original se extraviara. Si debía protegerla con su vida, tenía claro que lo haría. Su madre aparecía en la escena, joven y despreocupada, llena de vida. De las tres mujeres, le constaba que dos de ellas ya habían fallecido. Lo desconocía de la tercera, la persona que tenía que encontrar, con un nombre, por desgracia, bastante común. Recordó el vuelco que le dio el corazón la tarde anterior al leerlo: Katherine. Había llegado a Balford con la intención de dar con ella porque era la clave para poder esclarecer todo el embrollo que llevaba tantos años en la oscuridad.

Estaba convencida de que Martha la había reconocido, quizás incluso desde aquel primer día en el que compartieron el banco de los jardines de Princess Street en Edimburgo porque era la viva imagen de su madre. Sin embargo, si había sido así, ella había guardado el secreto.

Le parecía improbable que alguien recordara que una vez fue una habitante más del pueblo. Las nuevas generaciones de Balford no tendrían los elementos suficientes para atar cabos, pero los mayores sí que podrían hacerlo, a pesar de que se escondiera bajo un nombre falso.

Por eso, había procurado ir a sitios donde estuviera la gente más joven, evitando cruzarse con quienes quedaran de la generación de su madre cuando era joven. Ese había sido el motivo por el que había retrasado la visita al cementerio todo lo que había podido.

Le aterraba que él sí atara cabos, y es que Aileen sabía quién era el asesino de Alice Wright. También sabía el motivo, así como la historia que propició aquel final tan triste, pero le faltaba lo más importante: la prueba incriminatoria. Su palabra no valdría nada contra la de él, pero, por suerte, sabía que esa prueba existía en la mansión, pero no sabía ni qué era ni dónde estaba. A excepción de los baúles, había buscado en toda la casa con muchísima cautela durante los descansos de los obreros y las ausencias de Eirica. Había abierto todos los muebles uno por uno, buscando incluso compartimentos ocultos. No había un solo mueble que hubiera abandonado la casa para ir a su restauración o para ser donado, reciclado o reubicado que no hubiera registrado con gran precaución para no ser vista y con suma diligencia para encontrar lo que debía ser encontrado. Había ido planta por planta y estancia a estancia, sin éxito. Sabía que no era esperable que hallara la prueba en los baúles porque le constaba que esta había sido escondida. Los baúles habrían resultado demasiado obvios.

La voz de Claire fue como quien chasquea los dedos frente a ti para sacarte de una ensoñación.

—Aileen, tesoro. Andrew acaba de llegar —le dijo asomándose por la puerta.

Guardó la foto en su bolso con discreción. Cogió más aire del habitual al inspirar y se esforzó por soltarlo lo más lento que pudo para serenarse. Estaba nerviosa, pero esta vez no era por la idea de ir acompañada de Andrew a la cena con Chris y Theresa, sino porque aquella noche debía intentar algo y podía salir mal. Muy muy mal.

Bajó las escaleras sintiendo el descontrol de los pulmones y volvió a respirar para, justo al aparecer frente a él, desplegar la mejor sonrisa que podía sacarse de una chistera inexistente.

—Hola, Andrew. Gracias por acompañarme a una cena en un día tan malo como es un martes. Balford te pillará un poco más lejos entre semana.

—Gracias a ti por invitarme y dejarme que te acompañe.

Durante el camino, él se percató de que Aileen iba más callada de lo normal. En el viaje a Inverness habían tenido sus ratos de silencio, donde ambos aprovechaban para tener un espacio personal en el que aclarar sus ideas. Ella miraba hacia el horizonte sin fijar la vista en algo concreto, pero su ánimo se percibía diferente. Le pareció que su comportamiento era el de una persona que estaba impaciente y, por más que pensaba a qué podía deberse, no alcanzaba a dar con una justificación plausible. Aunque le pareciera que se conocían desde hacía una vida entera, era cierto que no era así. Apenas hacía un mes de la tarde en la playa en la que la conoció. El recuerdo se vio interrumpido. Habían llegado a la ubicación que, esa misma mañana, Chris le había enviado a Aileen. Pero Andrew estaba preocupado y prefirió lanzar un globo sonda antes de subir.

—¿Está todo bien?

Aileen titubeó. Quería poder contárselo a alguien y, sobre todo, ansiaba dejar de mentir a las personas que le importaban. Pero sabía que cuanto menos gente lo supiera, menor era el riesgo. Tanto para ella, que además mantenía su plan inalterado, como para las personas que la rodeaban. Esa misma noche ya iba a improvisar demasiado y el riesgo de que algo saliera mal era elevado.

Se había planteado acudir a Bradley, pero, tras muchas vueltas, descartó la idea. No por falta de confianza en él, sino porque ella misma había mirado en un directorio telefónico al llegar y contó más de treinta mujeres llamadas Katherine en Balford. Se había sorprendido dado el tamaño del pueblo, pero había constatado que por aquella vía no podía acotar la búsqueda. Se imaginó que la mujer debía de ser de la edad de su madre, así que sabía el año de nacimiento aproximado, pero le parecía un esfuerzo importante tener que descartar persona a persona. Si hubiera tenido que hacerlo, sin duda, lo habría hecho, pero creyó que quizás en los baúles podría encontrar algo que la ayudara a acortar la lista con mayor rapidez, como así había sido.

Esa foto lo cambiaba todo porque así tenía la imagen de la persona a la que necesitaba hallar. Podía enseñársela a alguien de esa misma época y, casi con total seguridad, relacionaría su cara con algo más significativo que un nombre común: un apellido. De haber acudido a Bradley con

la fotografía, él era demasiado joven para saber de quién se trataba y seguro que le habría propuesto preguntarle a su madre. Aileen sabía que habría perdido por completo el control de la conversación; decirle que era mejor no hacerlo habría sido inapropiado. No la conocía y, por tanto, ignoraba la discreción con la que su madre habría tratado una situación tan delicada.

Sin embargo, por suerte para ella, la ocasión se le había presentado sola con la invitación a cenar en casa de Chris y Theresa. Aunque no le hubieran presentado formalmente a la mujer, ya habían coincidido antes e intuía que rondarían la edad del trío de la foto, así que le pareció que podría intentarlo por esa vía.

Volvió a coger más aire del necesario y, con torpeza, trató de exhalar con normalidad para que no se percatara de su nerviosismo. Por fin, miró a Andrew para responderle como si todo estuviera bien.

—Sí, perfecto.

Él sabía que le mentía y que algo la inquietaba, por lo que insistió. Quería confirmar si era en relación con él o se trataba de otra cosa.

—¿Seguro? Porque si he hecho algo, yo...

Ella lo interrumpió, sobresaltada.

—No, no, para nada. Hay algunas cosas sobre mí, sobre mi vida, que me pesan. Son cosas del pasado de las que prefiero no hablar.

—Pero es... repentino. El domingo en el cementerio estabas afligida, pero, no sé, de otra forma. Hoy, en cambio, estás distante y... no diría ni triste ni ausente. Creo que estás intranquila. Algo te preocupa.

Aileen se quedó perpleja por cómo la había calado.

—Nos vamos conociendo —le dijo él mientras le cogía la mano.

Aileen se percató de que el desasosiego se apoderaba de ella y no podía permitírselo en una noche tan importante como aquella, así que, con gran esfuerzo, consiguió proferir una sonrisa.

—Sonreír es bueno. Vamos a probar algo más... —le sugirió Andrew, acercándose despacio hasta ella para besarla.

Ella disfrutó el beso. No solo porque su cuerpo bullía ante el contacto con él, sino porque reconfortó su interior, que estaba patas arriba desde que encontró la foto. Poco a poco, el ritmo cardíaco se fue apaciguando. Sus cabezas se distanciaron apenas unos centímetros y descansaron la una apoyada sobre la otra, frente contra frente.

—Aileen, no puedo pedirte que no tengas tus secretos, pero quiero que sepas que pase lo que pase, puedes confiar en mí.

Lo miró a los ojos y solo encontró honestidad. «¿Por qué hemos conectado así?», se preguntó. Su mano acarició instintivamente su mejilla como muestra de agradecimiento por su afán por protegerla.

—Lo sé, Andrew. Te lo contaré todo, pero necesito que confíes en mí. Tengo que esperar a que llegue el momento adecuado.

Él le besó la mano con afecto. Le pesaban sus palabras porque él mismo debía confesarle su verdad.

—Confío en ti, Aileen. ¿Subimos?

—Vamos, no lleguemos tarde.

Al subir, saludaron a Chris.

—Ella es Theresa, mi mujer.

—Es un placer conocerte, Theresa —dijo Aileen, estrechándole la mano.

—El placer es mío —contestó la esposa de Chris.

Aileen recordaba a la mujer en el *pub*. Esa noche también llevaba el pelo recogido y mantuvo su impresión de que era una persona de rostro gentil. El cabello lo llevaba teñido de un color caoba oscuro, donde los destellos rojizos eran inapreciables.

—Pasad, por favor —los invitó—. ¿Me queréis dejar las chaquetas? Aquí, en la casa, suele hacer más bien calor.

—Claro, gracias —dijo Andrew, entregándole su chaqueta y la de Aileen.

—¿Qué os puedo ofrecer de beber? ¿Cerveza, vino o un refresco? —preguntó Chris, encantado de ejercer de anfitrión.

—Os hemos traído una botella de vino, espero que os guste.

—No os tendríais que haber molestado, pero muchísimas gracias. ¿Os parece si la descorcho?

—Sí, por mí sí —dijo Andrew mirando a Aileen.

—Perfecto —respondió ella.

—Theresa estará encantada, es una gran amante del vino. Yo, si me lo permitís, tomaré una cerveza. Me va más.

Aileen notó cómo Chris se ruborizaba ante su inocente confesión. Durante el escaso tiempo que había compartido con él en la reforma, se había dado cuenta de su bondad, así que pensó que no iba a ser ella quien le privara de disfrutar de una merecida cerveza durante la cena en su propia casa.

—Claro, por supuesto.

Media hora después, los cuatro se sentaban a la mesa. Sobre ella descansaban varios platos con aperitivos, una fuente enorme con cordero guisado y otra con lomos de salmón y algún tipo de salsa que no identificaba. El emplatado la sorprendió. El estilo de aquella vajilla no era refinado, sino más bien rústico, pero la delicadeza con la que cada alimento estaba situado en el plato no envidiaba al restaurante más fino de Reino Unido.

—Espero que os guste el menú que he preparado. Tened cuidado con las piedras grandes —dijo señalando las bases sobre las que descansaban las dos fuentes—. Queman muchísimo, pero así mantengo los platos principales calientes.

—Theresa... es impresionante —dijo Aileen mirando con detalle cada plato—. No era necesario, has debido de estar horas en la cocina.

—Discrepo contigo —dijo Andrew, en tono burlón—. Tiene todo una pinta espectacular y hace siglos que no saboreo un plato casero, Theresa. Te agradezco el esfuerzo.

—Si a mí me encanta —contestó ella, quitándole importancia—. Me paso el día viendo programas de cocina y leyendo sobre gastronomía en la *tablet*. ¿Queréis que os cuente qué es cada plato?

No pasó desapercibido el brillo en sus ojos al hablar de lo que le apasionaba. Aileen estaba encantada de satisfacer a su anfitriona.

—Adelante, somos todo oídos.

—Para empezar, como entrantes, tenemos unos berberechos con esferificaciones de cava, unos canapés con espuma de *foie* de oca casero y una ensalada templada con queso de cabra flambeado. De segundo, como no sabía si preferiríais carne o pescado, podréis elegir entre un guiso de cordero cocinado a baja temperatura durante dos días o lomos de salmón horneados con una salsa de eneldo. En este biberón tenéis para añadirle unas gotitas de crema de vinagreta con *teriyaki*. Y para el postre, que está en la nevera, he preparado unas trufas para acompañarlas de una *mousse* suave de naranja.

Cuando acabó de explicarlos, el silencio imperó en el salón. Theresa estaba acostumbrada a que, cuando recibía invitados en casa, se quedaran atónitos ante sus elaboraciones, así que sabía que podía estar tranquila. Aileen fue la primera en romper el silencio.

—Uau, Theresa. Una cosa es empaparte de gastronomía y otra muy diferente controlar ciertas técnicas culinarias como las que has empleado.

—Bueno, aún no controlo todas las que me gustaría. He practicado mucho con la carne y el pescado para identificar el punto de cocción adecuado, he cocinado también infinidad de salsas y he estudiado la armonía de los diferentes sabores. Debo decir que he experimentado bastante, así que tengo también muchos fracasos a mis espaldas.

—Yo no diría que tantos— añadió Chris, orgulloso de su mujer.

—Los fracasos no llegan a la mesa —se rio Theresa—. ¿Os parece si empezamos?

—Estoy deseándolo —dijo Aileen.

Los cuatro empezaron sirviéndose los entrantes. Cuando Aileen probó el primer berberecho, este liberó una explosión de sabor que la llevó directa al mar. Creyó que nadaba allí porque percibía ligeras notas de agua salada en su paladar. Antes de compartir con Theresa sus impresiones, probó el canapé y la ensalada. Se quería convencer de lo que estaba a punto de proponerle. Y, tras probar aquellos manjares, no tuvo la menor duda.

—Theresa, creo que no eres consciente del talento que tienes.

Ella se ruborizó. Trató de esconderse limpiándose la comisura.

—Yo no sé si lo llamaría talento. Es verdad que las personas que vienen a casa y prueban mi comida siempre reconocen que les encanta lo que preparo, pero, bueno, tengo tiempo y quien se esfuerza...

—Esto no es cuestión de esfuerzo —añadió Andrew—. Yo puedo empeñarme todo lo que quiera y utilizar ingredientes de primera, pero ya te digo yo que no alcanzo este nivel.

—Así es —dijo Aileen—. Theresa, creo que ya te he encontrado sitio en el hotel.

Theresa estaba desubicada, no entendía nada.

—Te estoy proponiendo que seas mi jefa de cocina. Si quieres, claro.

—Pero no... Yo no puedo aceptar ese puesto, no sabría ni por dónde empezar. No he trabajado jamás en un restaurante.

—De eso no tienes que preocuparte, ya me encargo yo. La semana que viene empiezo a trabajar con la consultora de recursos humanos y les diré que busquen a la persona idónea para que te forme. Pero tienes que venirte conmigo. Las personas que nos concedan el honor de alojarse con nosotros deben disfrutar de una carta tan elaborada como lo que tú hoy has cocinado para nosotros. Me enorgullece, además, que esa posición se cubra con una persona del pueblo.

—¿Theresa? —le preguntó Chris, cogiéndole la mano.

Ella se echó a llorar, apretando la mano de Chris.

—Muchísimas gracias, Aileen. Yo... estoy muy agradecida. No esperaba... no aspiraba a tanto.

—Te lo mereces, Theresa —afirmó Chris con convicción—. Eres trabajadora y siempre te has esforzado por aprender. Y te apasiona, así que, mi vida, me alegro muchísimo por ti.

Ambos se besaron ante la feliz mirada de Andrew y Aileen. Él le cogió la mano.

—¿Sabías que eres experta en hacer feliz a las personas? —le susurró al oído.

Aileen le dio un apretón en señal de agradecimiento, mientras Theresa terminaba de recomponerse, limpiándose el rastro del llanto con la servilleta.

—Deberíamos terminar los entrantes —dijo a sus invitados— o nos comeremos el segundo frío. Las bases de piedra las caliento al horno y hacen su función, pero no tardan en enfriarse.

—No se hable más —dijo Chris, extendiendo el brazo hacia Aileen, solicitándole el plato para servirle el segundo.

La velada transcurrió en un ambiente distendido. Aileen atisbaba la emoción en el rostro de Theresa y de Chris. Para ellos, había sido todo un éxito y, si bien era cierto que le había adelantado a Chris que contaría con su mujer de alguna forma en el hotel, era muy probable que ella no esperase ver cumplido un sueño.

Aileen no veía cómo generar la oportunidad de verse a solas con Theresa para poder preguntarle si conocía a Katherine. Esperaba con toda su alma que no hubiera fallecido. De haber muerto, y considerando el intensivo barrido de las estancias de la mansión que había llevado a

cabo durante el mes de julio, lo único que le quedaba era demoler la casa piedra a piedra hasta encontrar lo que buscaba.

Pensó que, si hubiera ido sola, podría haber sacado el tema sin tapujos delante de Chris. Se imaginaba que entre Theresa y él no habría secretos, y él ya le había demostrado ser muy discreto cuando los encontró en el porche en una situación bastante comprometida. Si alguno de los dos se lo hubiera contado a alguien, se habría extendido por el pueblo con rapidez y habría sabido de dónde provenía la indiscreción. A pesar de lo jugoso que podría haberles resultado ser portadores de semejante cotilleo, nadie se había enterado de lo sucedido. Por eso, dedujo que su confianza en Chris era extensible a Theresa.

Pero ¿qué hacía con Andrew? Esa era su gran pregunta. Lo miró unos instantes y él le devolvió una amable sonrisa, ignorando la batalla que se libraba en su cabeza. La vocecilla le decía: «¿Y si es como David, que parecía que podías confiar en él y luego te destrozó el corazón?». Sin embargo, ella la confrontaba con un argumento simple: «¿Y si no es como él? ¿Y si resulta que sí puedo confiar en él? Además, no tengo por qué contarle todo».

Aileen inspiró por tercera vez aquella tarde con fuerza y, sin que nadie se percatase, soltó despacio el aire. Aprovechó el silencio en el que los otros tres comensales disfrutaban las trufas que ella todavía tenía intactas en su plato. Y allá fue con una pregunta improvisada, una foto en blanco y negro y cuesta abajo. Si tenía frenos o no, pronto lo descubriría.

—Theresa, necesitaría hacerte una pregunta. No es delicada ni personal —dijo, seleccionando con sumo cuidado cada palabra—, pero sí que me gustaría pedirte cierta discreción.

Chris y Andrew dejaron de comer y miraron a ambas mujeres sin saber de qué iba aquello. Theresa también estaba desconcertada.

—Claro. Cuenta con ello. ¿De qué se trata? Viendo lo pálida que te has puesto, si tienes alguna preocupación y puedo ayudarte...

«Mierda», pensó. Odiaba que su rostro fuera un espejo tan nítido de su alma.

—Necesito localizar a alguien en Balford y solo tengo su nombre y una foto.

Se levantó de la mesa y se fue hasta el bolso para extraer la fotografía. Antes de cedérsela, y mientras la atesoraba entre sus dedos, volvió a dirigirse a Theresa.

—Podría haberte preguntado sin más. Y si sabes la respuesta, sé que me habrías respondido. La cuestión es que no puedo arriesgarme a que nadie fuera de esta mesa sepa nada sobre mi pregunta o las personas de la imagen que te voy a enseñar. Siento actuar así, pero es por vuestra propia seguridad.

Theresa, Chris y Andrew estaban desconcertados y su expresión mostraba claros signos de alarma. No había pretendido alcanzar semejante solemnidad, pero era imperativo que entendieran la importancia de su discreción. Insistió.

—Si alguien sabe que he preguntado por ella, podemos tener problemas. Graves. Y de verdad que siento ser tan directa —añadió con severidad, para continuar sin dejar si quiera una pausa—.

Por eso, si lo deseáis, puedo volver a guardar la fotografía y jamás volveremos a hablar de ello.

—Para nada —dijo Theresa—. Puedes contar con nuestra discreción. Verdad, ¿Chris?

—Por supuesto.

—¿Esto es lo que preocupaba esta tarde en el coche? —quiso saber Andrew.

—Sí.

—No tienes de qué preocuparte —le respondió—. Si es importante para ti, guardaré el secreto.

Aileen le tendió la fotografía a Theresa.

—En esta imagen hay tres mujeres llamadas Alice, Amanda y Katherine. La de la izquierda es Katherine y necesito saber si la conoces, si sigue viva y, en caso de que sí, si sabes dónde puedo encontrarla.

Theresa se centró en la mujer que le indicaba con el dedo. Era la más alta de las tres, y aunque el blanco y negro no le permitiera identificar con claridad el color de pelo, era la que lo tenía menos oscuro. Su sonrisa era amplia y no había preocupación en su rostro. Debían de tener dieciséis o diecisiete años.

—Lo siento. Sé quién es Alice, Alice Wright. Todo el mundo en Balford conoce su historia, pero recuerdo que era algo mayor que yo, y hace tanto ya que no sabría decirte si alguna vez la vi con esa mujer. Conozco a varias Katherine, pero no reconozco a ninguna de ellas en ese rostro.

Aileen apoyó los codos sobre la mesa y hundió la cabeza entre las manos, desesperada. No le gustaba la idea de tener que ir preguntando por ahí.

—No te preocupes, Theresa —le contestó con pesar, recuperando la foto.

—Yo sí sé quién es.

Aileen miró a Chris con estupefacción. No esperaba que él pudiera saber la respuesta. Quizás había juzgado erróneamente que, por la simple razón de que Theresa fuera mujer, quizás hubiera conocido a las tres amigas.

—Es Katherine Miles —continuó—. Íbamos al mismo colegio. ¿Qué necesitas saber de ella?

—Me salvas la vida, Chris. No te imaginas lo importante que es para mí.

—Algo me dice que estás tras algo sobre la muerte de Alice. Y me alegraría mucho si fuera así. Era una persona excepcional que siempre trataba de ayudar a los demás. Sentí muchísimo su muerte porque de verdad que no se lo merecía. Así que, si puedo ayudarte de alguna forma, dímelo.

—Necesito saber si sigue viva y dónde puedo localizarla, nada más.

—No vive en el pueblo. Vivió muchos años aquí, pero, en cuanto consiguió un trabajo, alquiló una casa a las afueras y después, por lo que tengo entendido, acabó comprándola. Hace mucho que no la veo, pisa poco Balford. Te puedo marcar en Google Maps donde está su casa, no tiene pérdida. ¿Irás a verla?

—Necesito hablar con ella, pero me preocupa su reacción, así que tengo que pensar muy bien cómo hacerlo antes de aproximarme. No quiero que se asuste y se pueda cerrar en bloque. Es la

única persona que puede ayudarme.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó Andrew, tembloroso ante la respuesta que intuía.

—A poner entre rejas al asesino de Alice Wright.

CAPÍTULO 30

Aileen y Andrew se dirigieron hacia el coche, situado a escasos metros del portal donde habían cenado. Él sabía que no necesitaba excusas para hablar sobre lo ocurrido. Al fin y al cabo, ella le había dicho que, si revelaba algo de aquella noche, su vida y la de las otras dos personas allí presentes estarían en juego. Pero no quería preguntarle ahora. Necesitaba pensar y ordenar las cosas en su cabeza. Había estado tan ocupado los últimos días dándole vueltas a cómo abordar su mentira que no había considerado que lo que Aileen le ocultaba pudiera ser de semejante calibre. A su entender, sí que había una parte positiva, y es que ahora sabía en torno a qué giraba el secreto: el crimen de Alice Wright. «Pero ¿por qué? ¿Qué tiene ella que ver en la historia?», se preguntaba. Estaba muy confuso. Aileen era, al parecer, la pieza de un puzzle, pero no encajaba con ninguna de las que ya estaban colocadas.

El trayecto en coche había sido breve, ya que apenas cinco minutos separaban una vivienda de otra. Y esta vez fue Andrew quien se había quedado mudo. Aileen le había concedido el mismo espacio que él le había otorgado unas horas atrás, pero, al detenerse frente a la casa de Claire, quiso abordar el tema.

—Quiero agradecerte, al igual que he hecho con Theresa y con Chris al despedirnos, lo de esta noche. No tendríais por qué comprometeros a guardar el secreto de lo que os he revelado. Y quiero que sepas que entiendo que es un *shock*.

—¿Llamas *shock* a descubrir que estás buscando a un asesino? —La voz de Andrew sonó áspera.

—¿Estás... enfadado? —preguntó desconcertada.

Se esperaba un aluvión de posibles reacciones o emociones, pero no había contado con esa.

—No sabría cómo describirlo. No tengo muy claro qué somos, Aileen. Y no puedo enfadarme porque tengas secretos. Nos conocemos desde hace poco y entiendo que algunas cuestiones sobre tu vida no quieras confiármelas tan pronto. Hay cosas que yo mismo no te revelo. Son aspectos, como tú tendrás los tuyos, que forman parte de nuestro yo más íntimo y tenemos derecho a guardárnoslos. Con el tiempo irán saliendo y deberemos hacerles frente de la mejor forma que podamos. Pero creo que es muy diferente a lo tú nos has contado esta noche. Me inquieta y no te lo voy a negar, también me enfada, que me ocultes temas que pueden afectar a nuestra vida, hablando de forma literal. No solo por mí, sino también por ti. Si me preocupo es porque me importas. Aunque solo haga un mes que nos conocemos, siento temor al pensar que alguien pudiera hacerte daño. Y de repente, en una cena informal, me entero de que estás tramando algo

para atrapar a un asesino de hace varias décadas. Lo siento, Aileen, pero estoy desubicado. No tengo claro ni cómo se supone que debo reaccionar.

Ella mantenía la vista en sus zapatos. Le resultaba inconcebible mirarlo a los ojos. No podía negar que tenía razón. Habían pasado de un juego de flirteo y entrega pasional a compartir cuestiones sobre su vida de forma velada. Se habían puesto de manifiesto poco a poco, pero esa noche un fragmento de la verdad que ocupaba su vida había irrumpido en la mesa para ser el punto de inflexión que lo sacudía todo.

—Me voy a bajar del coche y te dejo volver a Edimburgo. Créeme cuando te digo que entiendo tu reacción. También para mí fue difícil cuando descubrí hace tiempo algunas cosas. Hay un proceso para asimilarlo. Y, como bien decías, a veces sentimos la necesidad de ocultar aspectos íntimos de nuestra vida por diferentes motivos. Cada uno de nosotros somos los únicos responsables de los secretos que albergamos bajo la piel. Son los que nos definen como personas y el precio por mantenerlos ocultos no es otro que la erosión de las relaciones con los demás, pero también de nuestra personalidad. Nos modelan hasta ser lo que somos. Te puedo decir que soy muy diferente a como era hace dos años, pero soy la Aileen que has conocido estas últimas semanas. Eso no cambia. Quizás ni te habrías fijado en mí tal como era antes. Gracias a cómo mis secretos me han transformado, podemos tener juntos un futuro. O, al menos, yo así lo espero.

Aileen se bajó del coche y, antes de entrar, se giró para mirarlo. Andrew le devolvía la mirada, pero no había rastro de su eterna sonrisa. Decidió entrar y, al cerrar la puerta, oyó cómo el coche arrancaba. Sintió una punzada dentro que la desgarró. Notó cómo le impactaba en todo el pecho y le partía en dos lo que fuera que tuviera ahí dentro. Había encontrado a Katherine, sí, pero quizás había perdido a Andrew para siempre.

CAPÍTULO 31

El miércoles por la mañana Aileen llegó a la mansión, pero no entró. Era 1 de agosto y la reforma iba viento en popa, siguiendo con el buen ritmo desde que arrancaran a finales de junio, así que sabía que podía escaquearse durante un rato. Bajó directamente a la playa y se sentó en la arena húmeda. Se lamentó porque el sol no haría acto de presencia. Echaba en falta un poco de calor que le reconfortara. El mar estaba en calma y le transmitía el sosiego que tanto necesitaba.

Había dos cosas que le saturaban la cabeza.

Por un lado, Katherine estaba viva y por fin tenía su localización exacta. Debía urdir un plan para ir a verla, ya que tendría que abordarla con sutileza para ganarse su confianza y acceder a la información que necesitaba. Al vivir aislada, no le resultaría sencillo fingir un encuentro casual. Estaba estancada.

Y, por otro lado, su mente la taladraba proyectándole una y otra vez la imagen de la cara de Andrew la noche anterior: triste, apagada y con un enorme desconcierto. No había sido su objetivo herir a nadie ni poner en peligro la vida de otros. Si no había compartido todo lo que sabía sobre el crimen de Alice Wright ni tan siquiera con Eirica, con la que jamás había tenido un secreto, era para protegerlos.

Al encontrar la imagen de las tres mujeres y leer el nombre que ansiaba encontrar en la parte trasera, se había impacientado. Fue consciente de que no le quedaba más remedio que alguien de Balford le situara a Katherine en el mapa. De haber sabido que realizaría semejante hallazgo, quizás no habría invitado a Andrew a la cena y ahora no sentiría que había errado el tiro por completo. Si lo hizo fue porque le apetecía que fuera su acompañante. En ningún momento había pretendido airear el tema de la forma en la que lo había tenido que hacer.

La presión la había podido. Hubiera preferido abordar a Theresa a solas, pero la suerte quiso que no se diera la oportunidad. De lo contrario, Chris no habría estado presente en la conversación para revelar el apellido y la ubicación de Katherine que su mujer desconocía. Ahora, por fin, sabía que la joven de la fotografía seguía con vida y podría ir a su casa.

Sin embargo, cuando pensaba que el precio de conocer su paradero había sido perder a Andrew, sentía como la aflicción la envolvía mientras el dolor la golpeaba justo en el centro del pecho. «¿En qué momento me he enamorado de él?», se preguntaba Aileen. Pero así era. Sentía que ya no se regía por su norma inicial de sentimiento cero. Adquiría conciencia sobre el hecho inequívoco de que lo amaba.

Al comparar esta relación con la de David, comprendía que el significado de las palabras *formal* y *visceral* distaban mucho. La necesidad a nivel físico no era equiparable a la intensidad con la que deseaba compartir su vida con Andrew. Esto era lo que marcaba la diferencia entre el sexo y el amor.

Estaba dispuesta a arriesgarse y confiar en Andrew, pero ahora sabía que la noche anterior, en el coche, se había equivocado. Cuando le preguntó si estaba todo bien, tendría que haberle contado la verdad. El motivo que propició el viraje en su firme trayectoria de avanzar sola en esto había sido el viaje a Inverness. Este había resultado tan revelador como inquietante. No era lo que ella quería ni necesitaba en aquel momento de su vida. Ni tan siquiera sabía cómo contarle que jamás podría casarse porque no querría arriesgar la mansión de los Wright. El legado de Martha debía permanecer inalterado para siempre en honor a Alice. Pero la realidad del amor es que no acepta pretensiones como no querer o no necesitar. La razón puede tener designios sobre el deber de una persona, pero es el alma la que delimita lo que uno siente en su corazón. Y ella no podía llegar a otra conclusión diferente a esa: lo amaba.

—Y ahora ¿qué hago? —se preguntó en voz alta.

Un «Vayamos por partes» cruzó su cabeza.

En el caso de Katherine, tenía la mente en blanco. Acercarse y sacar el tema con determinación, de manera abrupta, podía provocar que se cerrara en banda. Pensó sufrir algún tipo de accidente leve con el coche cerca, pero, además de resultar obvio, la casa estaba algo retirada de la carretera y no tendría cómo justificar su presencia. Tampoco tenían a nadie en común que las pudiera presentar ni conocía sus hábitos. Lo único que se le ocurrió fue espiarla. Ver a dónde iba con cierta asiduidad y tratar de tejer un hilo conductor como hizo con Martha en su día. Resopló. No le gustaba. Resultaría lento. Muy lento. Y su paciencia para acabar con todo aquello se le acababa.

Al pensar en Martha sonrió, pero era una sonrisa apagada. Le habría gustado compartir con ella lo que sabía. Si se hubiera imaginado que le quedaba tan poco tiempo de vida, lo habría hecho. Pero los dos últimos años de su vida habían sido por y para Alice Wright. Sabía que Martha, desde aquel lugar lejano al que viajan las personas cuando nos dejan, estaría diciéndole que no se debía preocupar por ella y que lo importante era exponer por fin al asesino de su hija.

—No tengo otro año —dijo enfadada, sacudiendo los pies contra la arena mientras apretaba los puños—. Lo tengo, pero no quiero mentir más.

Recogió sus cosas y se dirigió hacia la casa con paso decidido. Esquivó a todo el que pudo. Respondió lo imprescindible en su camino hacia la buhardilla, que era a donde se dirigía. Tenía que abrir el último baúl.

No pasaron ni diez segundos tras tomar posiciones frente al segundo arcón cuando su móvil sonó. Un sudor frío se apoderó de su cuerpo al ver el remitente. Era un mensaje de Andrew, bastante extenso e inesperado.

«Tenemos que hablar, Aileen. Los dos debemos sincerarnos sobre algunas cosas. Además, me gustaría pedirte disculpas por mi reacción de ayer. Me pilló en frío y reconozco que no supe asimilarlo como creo que debería haberlo hecho. Tendrás tus motivos para hacer lo que sea que estés haciendo. Te propongo que quedemos y lo hablemos porque yo también quiero ese futuro contigo».

Al leer esa última frase, el calor comenzó a extenderse por su cuerpo y alivió el desasosiego con el que había abandonado su posición frente al mar. Atisbó la posibilidad de recuperarlo, pero no sabía hasta dónde podría contarle. ¿Debía retroceder un año atrás? ¿Dos? ¿Cuánto sería lo imprescindible para que fuera justo para él? Decidió aceptar su propuesta y, aunque estaba convencida de que podía confiar en él, ya vería si se decantaba o no por errar el tiro una segunda vez.

«Creo que tienes razón, Andrew. ¿Nos vemos el viernes?».

«¿El viernes? Me he escapado de la oficina y estoy aparcado en la puerta. Ya lo sabes, me encanta el factor sorpresa».

Aileen tragó saliva. No tenía tiempo para pensar en los pros y los contras de cada línea argumental por la que podría discurrir la conversación con él. Como respirar de forma pausada le estaba resultando útil ante tantas situaciones desconocidas, decidió probar de nuevo. Tras cinco profundas inspiraciones y exhalaciones, determinó que lo mejor sería dejarse llevar. Sintió un escalofrío al pensar que volvería a improvisar, pero llegó a la conclusión de que no tenía por qué mentirle. Se convenció de que podía confiar en él, por lo menos, para hacerle partícipe de la versión reducida de toda la historia. La que empezaba cuando Martha murió y no la que retrocedía treinta años atrás.

«Estoy en la buhardilla, me iba a poner con un baúl de las pertenencias de los Wright. ¿Quieres subir?»

«Voy».

Pasados unos minutos, la puerta de la buhardilla se abrió. La mirada de Andrew se centró en Aileen, que lo esperaba de pie.

—Disculpa el atraco —le dijo él.

—No tienes que disculparte, la mansión de los Wright siempre será tu casa.

Andrew le cogió la mano y se la besó. Notaba cómo temblaba, pero, además, creyó advertir un cambio en ella. La atrajo hacia él y le besó la mejilla con afecto. Aileen abrazó el beso que la arrojaba en un momento de su vida que anticipaba convulso tras el hallazgo de la fotografía.

—Desde el primer día que te vi, pero, sobre todo, desde el primer beso en el porche de esta casa, sé que hay un nosotros. Aileen, no sé cómo decirte...

Ella no pensaba entrar tan rápido en materia, así que decidió cambiar de tema, pero debía hacerlo con sutileza.

—No hace falta que lo digas, Andrew. Desde el principio he tratado de mantener una relación contigo que dista cual antípoda de lo que hay hoy. Y aquí estamos, en la *suite* Alice Wright.

—¿*Suite* Alice Wright? —se sorprendió.

—Mira que vistas —dijo emocionada—. Quitamos el muro que había antes y hemos colocado este ventanal para dejar que las vistas inunden la estancia. Ya han traído el mobiliario que se llevaron para su restauración, así que se puede decir que está terminada. Quiero que sea la habitación más especial, y por eso debía llevar un nombre cargado de significado.

Aileen no pudo evitar que la conversación, en su cabeza, añadiera un «Posiblemente, la mujer que más ha sacrificado por mí», pero que decidió que era mejor guardarse para sí.

—¿Por qué Alice Wright es tan importante para ti? —quiso saber Andrew.

—Coge aquella silla y siéntate conmigo.

Hizo lo que le pidió. Una vez estuvieron juntos, ella abrió el baúl.

—Cuando Martha me dejó la casa y sus cenizas, me dejó también una nota donde me pedía que le ayudara a revelar la verdad sobre el crimen de su hija. Me habló de estos dos baúles. Aquí están los escasos efectos personales de la familia Wright. Antes de vaciar la mansión para borrar cualquier rastro de su vida aquí, consideró que debía apartar solo lo que sería un tesoro que se debía conservar para siempre, pero que ni ella ni su yerno quisieron llevarse porque entendieron que debían romper de forma radical con Balford. Es donde Martha esperaba que quizás pudiera encontrar alguna pista que me ayudara. Lo cierto es que en el primer baúl no he encontrado nada salvo esa foto.

—¿Y cómo supiste de la tal Katherine y qué necesitas de ella?

Aileen respiró.

—Dame tiempo, Andrew. Espero tener pronto el valor de explicarte lo que nadie sabe. Ni siquiera Eirica.

Él asintió, convencido de que quería darle el tiempo que necesitara, mientras ella comenzaba a sacar cosas del segundo baúl.

—¿Eso es un lienzo? —le preguntó él.

—Eso parece. Mira, debajo de cada persona pone los nombres. Están un poco dañados, pero ahí pone Martha, aquí, Alice, y el último nombre es Clark. Fíjate. Alice va vestida de novia y ese de al lado, Clark, es su marido. Martha también me habló de él en alguna ocasión.

—¿Puedo?

Aileen le extendió el lienzo y él lo observó con detenimiento.

—Se los ve felices, ¿no crees? —dijo él.

—Martha me contó lo mucho que se amaban y lo que sufrió él por no poder descubrir lo que le pasó a su mujer.

Sacó a continuación una fotografía donde Alice y Clark posaban eufóricos. Ella había colocado la mano para mostrar el anillo de compromiso que lucía en el dedo anular.

—Y esto parece una fotografía del día en que se prometieron —dijo, extendiéndole la instantánea.

—Uau, esta es... —Andrew se quedó sin palabras.

Aileen se emocionó al ver lo mucho que era capaz de empatizar con ella y su historia. Su hilo conductor había sido Balford y la familia de los Wright. Mirando de nuevo el baúl, vio al fondo un pequeño joyero de madera con lo que parecían finas hebras de hilo de oro incrustadas formando diminutas hojas.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras lo extraía.

Al abrirlo, encontró otra caja, cuadrada y también de reducido tamaño. Su sorpresa fue mayúscula.

—Es el anillo de compromiso que aparece en la fotografía —afirmó Aileen.

Le temblaba la mano al sostenerlo. La belleza de aquel anillo de oro blanco, con una piedra de morganita incrustada en el centro y una orla de diamantes abrazándola, era inigualable. Pero el verdadero valor era que representaba el símbolo de amor en una pareja inquebrantable, eterna, que ni la muerte de uno de los miembros pudo alterar.

—¿Me permites el anillo, Aileen?

Se lo pasó y Andrew lo observó a conciencia. Después, volvió a mirar la fotografía.

—Definitivamente, es el anillo del compromiso de Alice y Clark.

A escasos centímetros el uno del otro, se miraron. La magia ocurrió sola.

—Aileen, no entiendo cómo es posible que, habiéndonos conocido hace poco más de un mes, mi vida solo gire en torno a ti. Ese nosotros del que te hablaba antes creo que se acaba de materializar en este anillo. Este verano está siendo diferente por varios motivos, pero el denominador común eres tú. Por mi profesión, jamás he sido espontáneo, pero desde que te conozco hay algo que me empuja a ir hacia delante, a tu lado. Y necesito preguntarte si querrías casarte conmigo y ser mi esposa.

Andrew se puso de rodillas frente a ella, sosteniendo el anillo de Alice Wright en su mano. Este atrapaba los haces de luz del crepúsculo tardío de Escocia que atravesaba la ventana para devolverlos con mayor esplendor.

—Pero... Andrew... Yo...

Deseaba decir qué sí ignorando la locura que suponía prometerse con el hombre al que sabía que amaba, pero al que tan solo conocía desde hacía poco más de un mes. Sin embargo, si decía que sí, ¿qué pasaba con el requisito impuesto por Martha de no casarse? El hotel que levantaría allí en Balford y que rendía homenaje a Alice Wright existiría bajo la sombra del peligro de que un día el señor Craig fuera informado del quebrantamiento de la condición de Martha.

Pero, por otro lado, ella había sentido aquella inaudita conexión entre ambos. Quería entregarse sin miedo, gritar que sí, feliz, aceptando aquello tan bueno que la vida le daba. La vocecilla

apareció de nuevo. Le gritaba exasperada, furiosa. Estaba fuera de sí y le decía que la respuesta era una obviedad. Era un no.

Cayó en la cuenta de que aún tenían cosas que decirse. No se le había escapado el detalle del mensaje de Andrew donde especificaba que ambos debían sincerarse y solo había hablado ella. Además, no le había contado todo lo que consideraba que debía explicarle. Le faltaba, precisa e irónicamente, la parte en la que le decía que no debía casarse si no quería perder la mansión de los Wright.

—Andrew, creo que aún tenemos que terminar la conversación que los dos sabemos que tenemos pendiente. ¿Qué pasa con lo de sincerarse?

—Aileen, te prometo que, al menos por mi lado, no hay nada que, una vez te lo haya explicado bien, nos impida tener ese futuro juntos. Tendremos tiempo de hablarlo y, si creyeses que es de considerable gravedad, siempre podrás romper el compromiso. Pero este anillo no se presenta aquí por casualidad. Hay muchas decisiones de los dos que nos han llevado a estar hoy aquí, juntos, abriendo este baúl para encontrar el anillo del compromiso de Alice y Clark.

Ella entendió que, en el tiempo que estuvieran comprometidos, que no casados, podría buscar una salida a su situación. Para empezar, resolver el crimen de Alice Wright y llevar ante un juez a su asesino con la prueba irrefutable para encarcelarlo. Si quería conservar la mansión y convertirla en un hotel era para honrarla. Su afán por querer responderle que sí la llevó a pensar que debía hablar con su familia porque ellos entenderían la importancia de lo que intentaba hacer y le podrían dar continuidad al hotel y mantenerlo abierto.

Pero lo que le pesaba a la hora de plantearse aceptar la propuesta de matrimonio era la condición requerida por Martha. Miró al cielo y le suplicó en silencio su perdón para después entregarse a Andrew para siempre.

—Sí. No hay nada que desee más que casarme contigo.

Le colocó el anillo en el dedo anular y se detuvo a mirarla. Aileen desconocía qué podía pasar por su mente la fracción de segundo durante la cual sus ojos quedaron atrapados, pero no pudo pensar más sobre ello porque él interrumpió el desfile de pensamientos con uno de esos besos que le hacían abstraerse de cualquier otra cosa que ocurriese a su alrededor.

La mano de Andrew se dejó llevar por los instintos más primitivos y le levantó el jersey para acariciar su piel. Su tacto solo quería entrar en contacto con su piel, tersa, pero al pensar que se convertiría en su esposa se excitó y ella lo notó. Su boca reaccionó besándolo con ansiedad. No hizo falta más. El tornado que generaba la fusión de sus cuerpos se adueñó de ambos. En cuestión de segundos estaban desnudos. Apenas hacía unos días, la delicadeza marcaba cada puntada que sus manos bordaban sobre la piel del otro, pero ahora la vorágine del deseo los arrastraba a entregarse con devoción el uno al otro. Los dos querían más y lo querían rápido, por lo que no pensaban detenerse. Ninguno podía explicar cómo, pero Aileen se encontraba de pie ante Andrew, que había terminado sentado en una de las sillas. Disfrutó mirándolo.

—Creo que sé lo que estás pensando —le dijo él.

—Y... ¿quieres?

—Lo necesito. Te necesito, Aileen.

Sin mediar palabra, ella se situó a horcadas e introdujo su miembro, despacio, en su interior. Jadeante, se deslizó una y otra vez sobre él. No había nadie en la casa, por lo que ambos gemían sin reparo. Todo lo que ocupaba sus cabezas o sus vidas se evaporó.

Andrew le sujetaba las caderas para mantenerse dentro de ella, pero Aileen jamás hubiera abandonado la silla en la que él le proporcionaba un placer que nunca había experimentado. La convulsión bloqueó sus cuerpos y, cuando todo hubo acabado, apoyó la cabeza sobre el hombro de Andrew mientras él todavía mantenía las manos sobre su cuerpo. La miró y no pudo evitar que una sonrisa se desplegara en su rostro.

—Que conste, Aileen, que no me quiero casar contigo por el sexo. Al menos, no solo por eso. Su carcajada inundó la *suite*.

—Algo pasa cuando me tocas, Andrew. No puedo evitarlo. Solo deseo sentirte dentro. Pero yo también me quiero casar contigo por amor, eh —alegó con humor.

Andrew la besó: en la boca, el cuello, el hombro...

—Sabía que esta habitación le cambiaría la vida a las personas que pasaran por aquí, pero jamás imaginé, cuando la ideé con Mark y con Eirica, que yo sería la primera de ellas.

De nuevo, se sostuvieron la mirada. Fuera lo que hubiera que les retenía presos el uno del otro, él le confesó:

—Te amo, Aileen —dijo, impactándole de lleno con sus profundos ojos azules.

—Y yo a ti. Y me gustaría que lo celebráramos, pero me temo que tengo que insistir. Aún tenemos algunas cosas de las que tenemos que hablar, y si quieres...

Andrew no escuchó lo que siguió. Él no tenía claro si ese sería el momento oportuno.

—¿Hola? —repitió Aileen.

—Perdona, lo siento. ¿Qué decías?

Ella reculó. Juzgó que tendrían tiempo ahora que estaban comprometidos.

—Nada, no te preocupes —le contestó mientras se vestía—. Creo que podemos dejarlo para otro día y pasar directamente a celebrarlo. Bajo a la cocina a por una botella de champán que tenía guardada para celebrar el fin de la reforma. Ya compraré otra para cuando llegue ese día.

—¿Te acompaño?

—No te preocupes, subo enseguida.

Bajó las escaleras derrochando felicidad escalón a escalón. Se paró un par de veces a mirar el anillo. Era espectacular el brillo que centelleaba con las luces de la casa. Le parecía paradójico que hubiera acabado heredándolo. «Su anillo, el suyo precisamente», pensó. No creía que nada en el mundo pudiera empañar la dicha que se había apoderado de ella. Tan pronto como llegó a la cocina, oyó el timbre.

—Qué raro —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Buenas tardes —le saludó una voz amable, masculina, al otro lado—. Disculpe la intromisión. Me dirigía a visitar a un familiar y no he podido evitar pasar por la que, una vez hace muchos años, fue mi casa.

Aileen se encontró con un hombre de porte erguido, alto y muy apuesto que, a simple viste, aparentaba algo menos de sesenta años. Su pelo estaba canoso, pero aún conservaba gran parte de su color original, un castaño que clareaba con la luz del *hall*. No tardó más de una milésima de segundo en reconocerlo. Acababa de verlo, primero en un cuadro y después en una fotografía que había extraído del baúl, mucho más joven.

—Usted es el marido de Alice Wright.

El hombre pareció sorprenderse, pero no titubeó en su respuesta.

—Así es. ¿Cómo lo ha sabido?

Clark reparó en la botella que sostenía en una mano, después en las dos copas de la otra y, por último, en el anillo que brillaba y llamaba la atención desde su dedo anular.

—Hacía muchos años que no lo veía.

Aileen se sintió azorada, como un ladrón al que acaban de incautar su alijo sin opción a defender su inocencia, porque, irrefutablemente, es culpable.

—Lo... Lo siento —consiguió decir.

—No, por Dios. No quiero hacerle sentir mal. Usted debe ser la señorita Henderson, ¿verdad? El señor Craig, albacea de mi suegra, me dijo que heredaría el usufructo de la casa.

Ella tembló. Llevaba prometida tan solo cinco minutos y sintió que ya llegaba alguien para arrebatarse su nueva vida. «Si supiera lo que intento», pensó.

—Así es. Por favor, pase.

—Le veo con dos copas y una botella de champán, y eso es porque debe estar usted acompañada, celebrando algo especial. No deseaba incomodarla, pero le agradecería, ya que me he decidido a venir a Balford después de tanto tiempo, que me dejara pasar otro día.

—Por supuesto que no. Insisto en que pase ahora, por favor. Es largo de explicar, pero siento un profundo respeto por su familia. Aunque no me conozca de nada —aclaró ella.

Clark desplegó una sonrisa cargada de amabilidad, agradecido por la muestra de respeto. Entró y miró el amplio *hall*. Reparó en los leves ajustes que había experimentado, pero percibió la misma esencia que cuando habitó allí.

—Veo que está reformándola y, sin embargo, sigue tal como la recordaba.

—Mi intención no es alterarla, sino conservarla. ¿Le contó algo Martha antes de morir sobre que pretendía legarme a mí esto?

—No, no lo hizo, pero mi suegra tenía una mente privilegiada y Alice la adoraba. Así que, si tomó esa decisión, su motivo tendría y yo no me hubiera interpuesto de ninguna de las maneras. Respeto y apoyo su voluntad.

—Si me permite que nos tuteemos...

—Por supuesto. Y yo me tomaré la libertad de hacerlo si le parece correcto.

El rostro de ella se relajó ante su amabilidad.

—Por supuesto, llámame Aileen, por favor. Clark, agradezco tus palabras, y como creo que vas a rechazar de nuevo mi invitación para quedarte ahora, me gustaría pedirte que regreses. Querría hablarte de tu mujer, para mí es importante...

El eco de los pasos que descendían por la escalinata detuvo la conversación. Ella no tardó en comprender que algo pasaba entre los dos hombres. Andrew miraba con espanto al marido de Alice, mientras que este estaba atónito ante su presencia.

—Charles, pero qué... ¿Qué haces tú aquí?

—Papá, yo... puedo explicártelo.

CAPÍTULO 32

—¿Papá? ¿Cómo que papá? Espera, ¿te ha llamado Charles?

Andrew se quedó unos instantes en el escalón antes de descender para alcanzar a sus dos interlocutores.

—Os lo puedo explicar. A los dos.

Clark miró a su hijo tratando de descifrar qué lo había podido llevar hasta allí, pero creyó que era mejor interpelarlo y que fuera él mismo quien se lo explicara.

—Fui a tu despacho, en Edimburgo —comenzó a explicarle—. Quería darte una sorpresa, pero imagínate la mía cuando me dijeron en tu oficina que podía encontrarte en tu nueva casa de Balford. En Balford, nada más y nada menos —le dijo.

Su mirada pasó a Aileen.

—¿Por qué estás en esta casa y con ella? —No pretendía que sonara acusatorio, pero así lo pareció.

Aileen se había quedado fuera de juego, anclada en el momento en el que aquel hombre había llamado a Andrew por otro nombre, Charles, y este le contestó refiriéndose a él como papá. Andrew no era otro que el hijo de Alice Wright.

—No me malinterpretes, Aileen —le aclaró Clark—. Al contrario. La cuestión es que jamás debería haberse acercado a ti. Martha fue tajante en su testamento al dejarte el usufructo de la casa. Debería haber respetado su decisión y, sin embargo, aquí está.

Aileen se estremeció. Su mente hiló dos hechos hasta ahora aislados y sintió cómo se abría una fisura en su corazón.

—Por eso... Oh, Dios mío. Por eso me has pedido hoy que nos casáramos. Tú has sido consciente todo este tiempo de que no podía casarme o perdería la casa a tu favor. Todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido ¿por recuperar esta casa? Eso es lo único que has buscado todo este tiempo.

Clark miró a su hijo con incredulidad, pero decidió que no le correspondía inmiscuirse. Aileen abandonó la casa. Andrew la siguió, cerrando la puerta tras de sí. En la explanada de la mansión, él trató de alcanzarla con la mano, pero ella, con brusquedad, rehusó su acercamiento.

—Aileen... —él titubeó, pero se decidió a continuar— Sí, soy Charles Andrew Stewart, el hijo de Alice Wright y Clark Stewart. Y sé que te he mentado, pero...

—¿Que me has mentado? Madre mía, Andrew... ¿O debería llamarte Charles? No me lo puedo creer... —le dijo en voz baja, furiosa, sin poder evitar que sus lagrimales colapsaran—. De

repente, ¿no sé ni cómo debo llamarte! —gritó exasperada—. Esto es mucho más que mentir. Esto es faltar a una promesa tácita que al menos yo sí entendí que nos hicimos hace unos días en Inverness cuando me preguntaste si tenía miedo. La misma por la cual hoy acepté una propuesta de matrimonio inconexa con todo, salvo con esa promesa. Carecía de sentido si tienes en cuenta que tan solo hace un mes que nos conocemos. ¡Un maldito mes, Andrew! Y, aun así, como una gilipollas acepté porque creía que completabas a la Aileen que soy cuando estoy junto a ti. Y lo peor de todo, pero de largo —añadió, señalándolo con el dedo de forma acusatoria—, es que lo hice arriesgando el legado de Martha. No solo he faltado a la promesa que le hice tras su muerte, sino que he faltado a la mía propia.

Se calló con la pretensión de serenarse. El silencio de la noche solo se veía interrumpido por el oleaje, cuyo sonido encolerizado competía con su respiración agitada. Pero no había terminado. Todavía le quedaba una última cosa que echarle en cara. Quizás no la más sangrante, porque nada igualaba la traición que sentía que había cometido contra Martha, pero sí la que más le dolía en el centro del pecho. Una vez tomó aire, consiguió balbucir las palabras justas para zanjar la conversación.

—Por no hablar de lo que sentía por ti. Me has destrozado, Andrew. No eres consciente de lo que acabas de hacerme como persona.

—Aileen, entiendo tu enfado, y quizás si...

Pero ella le interrumpió.

—No, ¿no lo entiendes! —volvió a gritarle, sin importarle nada más que su dolor—. Para entenderlo deberías tener corazón, además de otras muchas cosas que has demostrado que no tienes. Así que no te atrevas a decirme que comprendes mi cabreo porque te aseguro que no, que no tienes ni idea de cómo me siento.

Su dolor era como una erupción volcánica en la que los flujos piroclásticos lo arrasan todo y lo único que dejan para la eternidad son cenizas de cuerpos calcinados e inertes. Cada vez que un recuerdo le abrasaba en su interior, vociferaba, hastiada:

—¡Si hasta me dijiste que tus padres eran abogados en Londres! ¡Los dos, me hablaste de ellos como si estuvieran vivos!

—Aileen, si te hubiera hablado de ella... podrías haber sabido quién era y...

—Oh, no, no, no. No puede ser —dijo aún más consternada de lo que ya lo estaba—. Si tú eres el hijo de Alice... Todo esto... Yo... —Lo miró espantada—. Necesito coger aire lejos de aquí, pero, sobre todo, lejos de ti.

Se giró y abrió la puerta del coche, pero, antes de entrar, se detuvo. Andrew sostuvo el aliento. Vio cómo una Aileen derrotada se aproximaba hacia él mientras se quitaba el anillo de compromiso.

—No puedo casarme contigo. Al margen de las mentiras arrastradas hasta hoy, tenemos un pasado en común que nos impide estar juntos —añadió, entregándoselo.

Instantes después, cerró la puerta y se oyó el motor de un coche que arrancaba y se marchaba.

—Entiendo, hijo —comenzó a decir Clark, sentándose en uno de los polvorientos escalones del exterior de la casa—, que tienes una explicación para todo esto.

Andrew se deslizó hasta el escalón para sentarse junto a él.

—Sé que no debería haber venido, papá.

Pero eso fue todo lo que fue capaz de pronunciar en su defensa. Era consciente del error que había cometido al mentirle sobre su verdadera identidad, lo que hacía que una persona buena como era Aileen sufriera por su culpa.

—Cuando tu madre murió —comenzó a decir su padre—, tu abuela y yo removimos cada piedra en Balford y sus inmediaciones, pero no hallamos nada que explicara lo que le había pasado. Creímos que alejarte de Balford sería lo mejor para que no crecieras con un velo de oscuridad por lo sucedido. Sin embargo, ahora sé que nos equivocamos al alejarte del todo. Debería haberte propuesto venir hace tiempo. Conocer la casa, hablarte de dónde nos conocimos o mostrarte dónde le pedí que se casara conmigo a la mujer de mi vida. No todo es tristeza en Balford, hijo. Hay muchos rincones especiales para nosotros que retienen recuerdos de lo que viví junto a ella. De eso sí debí haberte hecho partícipe viniendo aquí. Y te diré otra cosa, Charles. Si volviera atrás en el tiempo y hubiera sabido lo que le ocurriría años después, tomaría una y mil veces la misma decisión: amarla.

Andrew le cogió la mano. La melancolía se había aferrado a él y quiso ayudarlo a deshacerse de ella.

—Seguro que ella sabía cuánto te importaba.

—Sí, lo sabía porque me esforcé en demostrárselo. No digo que esté de acuerdo en lo que has hecho, Charles, porque no lo estoy, pero sí que comprendo lo que te motivó a venir.

—Gracias, papá.

—Y siento haberlo estropeado todo, hijo. Fuera lo que fuese que tuvieras con Aileen, lo he echado a perder con mi visita.

—No, papá. La culpa de todo esto es solo mía. Y creo que lo único que me retiene ya en Balford es arrojar luz sobre la muerte de mamá. Debes saber que Aileen guarda un secreto relacionado con el crimen de aquella noche.

Su padre abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Quería formular una pregunta, pero no podía porque, en realidad, no sabía ni cuál era.

—Lo sé —se anticipó Andrew, apoyando la mano sobre su rodilla—. Así me quedé yo cuando me enteré, papá, pero no te puedo decir más porque no sé más. Y me temo que debes marcharte ya. Si alguien te ve aquí y nos relaciona, varias personas de Balford estaremos en peligro. Ahora ya no puedo recular y no sé cómo, porque quiero respetar la voluntad de Aileen de alejarse de mí, pero debo dar con la manera de ayudarla a esclarecer lo que le ocurrió a mamá. Mal que me

pese —dijo cogiéndole la mano a su padre—, debes irte de Balford. Nadie debe sospechar de ti ni de mí.

Su padre lo abrazó, fuerte, como si fuera el refugio de los abrazos perdidos de Alice.

—Me quedo en el Radisson Blue de Edimburgo lo que queda de semana, por si necesitas algo.

—Gracias, papá. Nunca me has fallado.

—Ni nunca lo haré, hijo.

Con sus palabras aún en el aire, Clark entró en su coche y salió de la propiedad. Por el espejo retrovisor, observó a su hijo sentado a los pies de la casa que una vez fue el hogar de su familia.

CAPÍTULO 33

Cuando Aileen se despertó por la mañana, lo primero que vio fue su bolsa de viaje. Esta la catapultó a la realidad de lo sucedido el día anterior. Se había refugiado en un acogedor *bed and breakfast* a escasas cinco millas de Balford, donde ahora no deseaba estar bajo ningún concepto.

En su huida hacia un recóndito lugar donde poder ordenar su caos mental, se había topado con Claire. Había pasado por su casa a recoger algo de ropa y sus cosas de aseo y, sin darle demasiado detalle, le había explicado que se había peleado con Andrew y que necesitaba salir de allí. Tenía que recuperar la perspectiva que sentía que había perdido. Con la misma información, le había enviado un mensaje a Eirica para explicarle, además, que necesitaba llevarse su coche unos días y que no debía alarmarse. Solo necesitaba aislarse con sus pensamientos.

Nada más llegar, había apagado su teléfono y, rumiando su desorden, se había quedado dormida. Este reposaba aún en la mesita de noche, mustio por la falta de llamadas, mensajes y notificaciones. Lo había dejado en modo avión para poder extirparse la emoción que no conseguía identificar pero que la estaba consumiendo. Tenía claro que provenía de un pensamiento concreto: la persona de la que se había enamorado era, nada más y nada menos, el hijo de Alice Wright, nieto de Martha Miller.

Se mantenía tumbada en la cama mirando al techo, pero sin verlo. Sus ojos se habían quedado anclados ahí. Durante la media hora que pasó así, mascaba los pensamientos una y otra vez, de forma inconclusa, hasta que no pudo más con todo aquello dentro de su cabeza. Explotó, como si Andrew estuviera allí frente a ella y pudiera desahogarse del dolor que le había provocado.

—¿Cómo te atreves? —soltó enfurecida—. Y ¿cómo has podido tener tan pocos escrúpulos para acostarte conmigo? Todo este tiempo no te ha importado nada de lo que hemos compartido. Me he dejado engatusar por un miserable, creyéndomelo todo. ¿Cómo no me di ni cuenta?

Su ira iba en aumento. La presión resultaba insoportable y la angustia le golpeaba el pecho con fuerza, rabiando por salir de allí como fuera.

—¡Qué imbécil eres, Aileen! ¡¿Cómo has podido ser tan idiota?! Todo lo que estabas dispuesta a sacrificar en favor de un hombre al que apenas conocías. Y el muy ruin... solo quería casarse conmigo para recuperar la casa de su familia.

Fue entonces cuando sintió en las entrañas el puñal de la traición de Andrew. Las lágrimas comenzaron a caer. Una a una, pero una detrás de otra, rociaban la colcha de flores sobre la que descansaba y que contrastaba con su estado anímico. Los puños agarraban con fuerza la tela sobre la que yacía.

La infidelidad de David y la posterior ruptura de su relación le habían dolido, pero con esta nueva decepción sentía que se había desgarrado por dentro. «Una herida sobre otra ya cicatrizada debe causar este efecto», pensó.

Su mente trataba de paliar el dolor con una analgesia racional que su corazón era incapaz de entender: quería justificar la confianza quebrantada con la fugacidad de su relación, la forma en la que la piel de ambos se erizaba cuando se entregaban el uno al otro respondía a procesos químicos y la intensidad con la que ella creía que él la miraba la hacía añicos al recordarle que su conexión se debía a algo mucho mayor que los unía desde hacía tres décadas.

Desde ese pensamiento saltaba a otro abismo en el que también naufragaba. Se había quedado al filo del precipicio para conservar la mansión de los Wright. Aquella casa representaba mucho más que cuatro paredes y un tejado donde levantar su futura vida laboral. Martha había confiado en ella para descubrir la verdad sobre quién había matado a su hija y, para ello, pensando en facilitarle su labor y que nadie sospechase del propósito de su presencia en el pueblo, le había dejado la propiedad. No para que ella fuera feliz, sino para saldar una deuda pendiente.

—Él pertenece a la familia Wright —ratificó, de nuevo en voz alta—. Y yo... Dios mío... ¿Qué hemos hecho?

Las manos le temblaron. Aquel hombre no había sido solo su pareja en aquel extraño baile que los mecía involuntariamente al son que la música les había marcado el último mes. Era uno de los tres ejes sobre los que pivotaba el firme propósito que se había marcado cuando, al morir su madre, conoció la verdad.

Desde el momento en el que supo de la existencia de Alice, su único objetivo había sido encontrar el camino hasta la justicia. Sabía que no lo recorrería por una vía rápida y de un único sentido. Había tenido que ganarse la confianza de Martha para conseguir un billete directo a Balford.

Muy a su pesar, fue su muerte el vehículo inesperado que buscaba: la cesión en usufructo de la propiedad que le otorgó le garantizaba una coartada plausible. De esta forma, además, Martha mataba dos pájaros de un tiro: también evitaba que su nieto, que debería haber sido el heredero, cayera en la tentación de volver a Balford.

Entendió entonces que, aunque le cabreara cómo Andrew la había engañado, no podía ignorar que él tenía todo el derecho a pelear por recuperar una casa que había pertenecido a su familia.

Recordó aquel día en el *pub* en el que creyó que solo veía el valor económico de la vivienda. Sin embargo, ahora entendía que, para él, su valor residía en algo mucho más significativo: era de su familia y había pasado de generación en generación hasta Martha. Andrew, posiblemente, lo único que querría era recuperarla para mantenerla como propiedad de los Wright una generación más.

Aileen no justificaba sus medios. Tampoco atenuaba su malestar. Pero ese trasfondo, el que giraba en torno a la familia, le permitía empatizar con él. Al fin y al cabo, una cosa no quita la

otra. Sabía lo que era crecer sin uno de los dos progenitores. Y, si bien es cierto que el recuerdo que le instauró su madre sobre su padre nunca fue negativo, tampoco resultó halagüeño. Pero Andrew, en cambio, habría crecido oyendo historias sobre la bondad de su madre, pero con su notable ausencia. Y no cabía lugar a duda de que la sombra de su pérdida era el denominador común de las tres personas que tanto la amaron.

Para Martha ya era tarde, pero para Andrew y para Clark, no. Aileen comprendió entonces que su deber permanecía inalterado y su voluntad intacta, como aquel día en que descubrió la verdad. Verbalizó su credo para reafirmarse, con fuerza, en su propósito vital:

—Si he llegado hasta aquí es para devolverles lo que jamás debieron negarles. Tengo la pieza del puzle que me faltaba y sé dónde ubicarla. Ni tengo más tiempo ni quiero permanecer en Balford un solo día más. Es hora de ir a ver a Katherine y me dejaré de rodeos. Ella también tiene una deuda con Alice y hoy no le quedará más remedio que saldarla.

Sin rastro del desasosiego que había embargado su voluntad esa misma mañana, recogió sus cosas y se marchó. En el GPS introdujo la dirección que Chris le había indicado y, al llegar, entendió a qué se refería cuando le había dicho que Katherine vivía aislada. La ruta le indicaba un desvío por un camino de grava. Serpenteaba entre espesos árboles, que proferían una amplia sombra sobre la casa situada en la amplia llanura en la que moría el camino. Aparcó su coche y, decidida, se dirigió hacia la puerta. Al llegar, subió varios escalones y tocó el timbre.

—Buenos días —dijo una mujer mayor, desconcertada, al abrirle.

—Buenos días —contestó—. Estoy buscando a Katherine Miles.

Katherine escaneó a la persona que preguntaba por ella. Aileen, a su vez, se fijó en el notable cambio con respecto a la fotografía. Su pelo estaba totalmente gris, el rostro lo tenía plagado de arrugas y los ojos, azules, clareaban en aquel sombrío páramo. Sus labios finos se tornaron en una sonrisa amable.

—Soy yo. ¿Quién eres tú, joven?

—Mi nombre es Aileen y necesito hablar de inmediato contigo sobre lo ocurrido la noche del asesinato de Alice.

Katherine trató de cerrar la puerta, pero la joven se impuso sin amedrentarse. Aprovechó la ventaja que le proporcionaba la diferencia de edad para entrar en la casa.

—Katherine, sé toda la verdad. Sé lo de vuestro pacto, gracias al cual yo he tenido una infancia muy diferente de la que me esperaba. Y si estoy aquí es porque no quiero vivir mi vida a cambio del precio tan alto que se pagó aquella noche. No podré cambiar lo que se perdió entonces, pero una familia lleva tres décadas esperando justicia. Eso sí puedo cambiarlo. Entenderás, por todo lo que sabes sobre mí, lo duro que es estar aquí y hacer lo que estoy a punto de hacer, ¿verdad?

Katherine miró con recelo hacia el exterior y cerró la puerta.

—¿Te ha seguido alguien?

Aileen se percató del miedo de la anciana y, por primera vez en dos años, fue consciente del peligro que podría estar corriendo. Había sido bastante discreta desde su llegada y creía que su secreto estaba bien resguardado, pero no se había planteado que alguien la hubiera descubierto y pudiera estar siguiendo sus pasos.

—No lo sé —dudó.

Katherine corrió también las cortinas.

—¿Eres consciente del riesgo al que nos expones viniendo aquí?

—No me importa, Katherine. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que la verdad salga a la luz.

—Trataré de impedírtelo.

—Y quizás pierda la vida en ello, pero voy a tratar por todos los medios que tanto su familia como la gente que la quería sepa a manos de quién murió Alice Wright y por qué.

—Lo único que Alice quiso fue darte la vida que tienes. Y si ahora mueres a manos de él, su muerte no habrá servido para nada.

Aileen sabía que era cierto, pero no por ello resultaba más justo.

—Lo sé, pero tengo que intentarlo porque cuando ella tomó su decisión, no solo le costó la vida, sino que, además, rompió una familia. Para Martha ya es tarde, pero no lo es para su marido y su hijo. Y si estoy en tu casa es porque la prueba de que él cometió el crimen existe y solo tú sabes dónde está.

Ella asintió.

—Así es. Me enteré de casualidad porque, aunque le sobraban agallas para matarme a mí también la noche en que asesinó a Alice, hacerlo habría levantado más sospechas sobre él. Por eso me perdonó la vida, pero gracias a eso sé dónde está la única prueba que le incrimina. Y si me ha dejado tranquila todos estos años ha sido porque cree que otras dos personas de mi círculo de confianza en el pueblo conocen la verdad —resopló—. Pero no es verdad. ¿Cómo me has dicho que te llamabas ahora?

—Aileen.

—Eres idéntica a ella. Y debes saber que se sentiría muy orgullosa de ti.

Recogió las manos de Aileen entre las suyas, en un gesto que solo pretendía alentar su valentía, tan necesaria para liquidar, de una vez por todas, la deuda que recaía sobre ellas.

—La bolsa que conserva la prueba de lo que hizo aquella noche está oculta en el sótano de la mansión.

Aileen arrugó la cara.

—No hay ningún sótano en la mansión de los Wright. La he revisado de arriba abajo y la conozco como la palma de mi mano.

—Sí que hay un sótano. Tu madre me habló de él esa noche y me dijo que nadie conocía su existencia. Parece ser que Alice se topó con él y se lo ocultó a todos, incluido a Clark. Y te

puedo asegurar con total certeza que es donde quedó escondida la prueba, pero yo no la deposité allí, así que no puedo decirte dónde está. La noche del crimen, con él acechando en la zona, no tuvimos tiempo para pensar con más claridad. Acordamos los aspectos más básicos para olvidarnos después de todo.

Su pesar era patente. Parecía imposible que la mujer pudiera envejecer más, pero sus ojos se apagaron y un halo de oscuridad camufló el júbilo que desprendía cuando le abrió la puerta minutos antes.

—No fue mi voluntad, te lo puedo asegurar —continuó ella—. No había nada que pudiéramos hacer ya por Alice, pero sí que podíamos salvar otras dos vidas. Y de verdad que lo siento, Aileen, pero no sé cómo se accede, te he contado todo lo que sé.

Aileen sabía que no le mentía porque lo que le relataba encajaba sin fisuras con lo que ya sabía. Por tanto, debía centrarse en hallar ese sótano. Y nada más pensar en cómo podría dar con él, un haz de luz surgió de la nada e iluminó un recuerdo concreto no muy lejano en el tiempo que se conservaba con latencia en la profundidad de su cabeza.

—¡Los planos!

—¿Cómo dices? —preguntó Katherine, sobresaltada por su efusividad.

—Encontré unos planos bastante antiguos de la construcción de la vivienda en un tubo de cartón en la biblioteca, pero nunca llegué a mirarlos.

—¿Crees que aparecerá ahí?

—No lo sé, pero vale la pena intentarlo. —Abrazó a la anciana, emocionada—. Me voy ahora mismo para allá.

—Buena suerte —le deseó.

—Gracias.

Dio dos grandes zancadas y alcanzó la puerta para salir, pero cuando lo hizo, el cañón de una pistola le apuntaba directa al pecho. Un hombre, que rozaría la edad de Katherine, estaba sentado en un sillón del porche que daba acceso a la vivienda.

—¿Así que tú eres la nueva vecina de Balford de la que todos hablan? Por fin nos vemos. Aunque, si estás en esta casa, es porque ya sabes que tú y yo somos viejos conocidos, ¿no?

Aileen estaba aterrada. Sentía el corazón bombearle la sangre tan rápido que no sabía cuánto tiempo su cuerpo podría soportarlo antes de que se detuviera para siempre.

—Es lógico que no te acuerdes de mí —continuó él—. La zorra de tu madre...

—¡No te atrevas a llamarla así! —bramó ella.

—El infierno es el sitio en el que se merece estar.

—Dudo que al morir lo pisara, pero eso es algo que tú jamás entenderás. Nunca estuviste a su altura.

Katherine, al oír la voz de aquel hombre, salió y se interpuso entre ambos. Con voz calmada, trató de mitigar la situación.

—John, Aileen. Pasemos dentro.

—Como queráis. El resultado será el mismo y no creo que os echen en falta. Una vieja aislada y una mujer esquiva que huyó sin más. Nadie sabrá qué os pasó. Os podéis dar por muertas.

CAPÍTULO 34

En el interior, Aileen pensaba con agilidad en sus opciones para salir de la situación tan delicada en la que se hallaban. Se había jurado que no pondría en juego la vida de nadie y, sin embargo, ahí estaban las dos, a merced del asesino de Alice Wright. Había cometido el error de actuar guiada por la impulsividad en vez de pararse a pensar cada paso, tal como lo había hecho durante los dos últimos años. Pero lo peor era que, si moría, lo haría a escasas horas de ver, por fin, encarcelado a aquel ser tan miserable.

—¿Quién creéis que va a morir antes? —les preguntó John.

Sin perderlas de vista y con una sonrisa grotesca, se acercó a una mesa para dejar su bolsa y sacó una brida. Seguía encañonándolas con su pistola.

Aileen aprovechó la ocasión para fijarse en él con detenimiento. El hombre no era muy alto y su aspecto estaba en decadencia. Teñido con torpeza de castaño oscuro, algunos de los mechones contrastaban por sus canas. Estos se revolvían en una mata de pelo alborotada por la falta de aseo. Su mirada le devolvía la misma fiereza con la que ella lo contemplaba. Comprendía que su único fin era jactarse de su posición privilegiada al estar en posesión de la única arma en la estancia.

—Tú. Átala —le dijo a Aileen, lanzándole la brida.

—John, déjala ir y todo seguirá como hasta ahora —suplicó Katherine.

—No lo creo, querida. Si ha vuelto a Balford después de treinta años, no es casualidad. No soy idiota —gruñó él.

—No puedes hacerme nada, recuérdalo —afirmó Katherine con convicción—. Si algo me pasa, la prueba saldrá a la luz y cargarás con la culpa de tres asesinatos en vez de uno.

John se acercó y escupió a un metro de ella. No había rastro de su actitud jocosa ya. Su semblante estaba serio y las profundas arrugas de su rostro, junto con su afilada mirada, las aterrorizó. Comprendieron que lo iba a hacer. Ansiaba matarlas.

—Vieja estúpida. Si no te maté a ti también fue porque habrían puesto el ojo sobre mí, pero a mi edad ya me da igual. Tengo una bolsa con dinero para terminar los días que me quedan lejos de aquí y, para cuando larguen lo que sea, a mí ya no me encontrarán. Si hay algo que podéis tener claro las dos es que no voy a poner un pie en la cárcel. Y ahora, tú —dijo señalando a la joven—, haz lo que te pido. ¡Átala!

Katherine le facilitó el trabajo a Aileen y colocó los dos brazos detrás para que le colocara la brida. Un gesto de dolor le cruzó el rostro.

—Lo siento —le dijo Aileen, poniendo la mano sobre su hombro.

John, exasperado, gruñó:

—Ahora es el turno de ponértela a ti —le dijo, aproximándose a ella.

Aileen evaluó la posibilidad de quitarle el arma, pero, antes de que pudiera incluso pensar cómo, la culata del arma impactó en su cabeza y cayó al suelo, inconsciente.

—¡John! —gritó Katherine.

—A mí no me la jugáis. Así se estará quietecita.

Soltó el arma sobre la mesa, cogió un par de bridas y ató con fuerza tanto sus manos como sus pies.

Después, ató los pies de Katherine y extrajo una pequeña garrafa de gasolina de la bolsa.

—La reconocí desde el día en que la vi —comenzó a explicarle mientras extendía el líquido por los textiles—. Ella no me ha visto merodeando por la mansión, pero me he colado un par de veces como un obrero más para cerciorarme de que era ella. Y, desde entonces, he seguido sus movimientos. Como ves, lo tenía todo preparado para cuando viniera hasta ti. Pero no le voy a dar el placer de morir así. Lo hará despierta porque quiero que sienta cómo se frustran sus planes de venganza. Hay que ser ingenua... No sois rival para alguien como yo. Ninguna de las dos, inútiles.

John abandonó la casa, dejando la puerta cerrada. Había cogido las llaves del recibidor para volver a entrar más tarde. Solo tenía que ir a donde vivía, sacar la maleta que tenía preparada desde hacía bastante tiempo y meter el dinero que había reservado a lo largo de los años por si las cosas se ponían feas para él. Antes de proseguir su camino hasta el aeropuerto, pasaría de nuevo por allí y le prendería fuego a la casa de Katherine. Con la muerte de aquellas dos personas, por fin cerraba la historia que comenzó mucho antes, incluso, de la muerte de Alice Wright.

CAPÍTULO 35

Aileen agitó la cabeza, tratando de librarse del profundo dolor que provenía de uno de sus lados. Quería abrir los ojos, pero cuando lo hacía, no conseguía enfocar la vista y sentía que el mareo iba en aumento en vez de disminuir.

—Aileen, cariño —oyó que le decía Katherine—. Vamos, tienes que despertarte. Tenemos que irnos de aquí antes de que vuelva.

Sabía que tenía que reaccionar rápido, pero su cuerpo y su mente mantenían diferente parecer.

—¿Has... has podido soltarte? —farfulló, esforzándose por sentarse.

—Sí. Has estado genial poniendo la brida floja.

—Eres tú la que ha colocado las manos detrás para que él no las viera y me ha dado la idea. Si estaba distraído, sabía que ni se fijaría. Su euforia por librarse de nosotras ha dejado claro que es el estúpido que no sabe que es.

El crujir de un escalón les anticipó su regreso. Sin tiempo a más, las dos recogieron las bridas inservibles y las escondieron. Se colocaron la una pegada la otra, de forma que él no pudiera percatarse de que estaban liberadas de pies y manos. Seguían aterradas porque, aun sin ataduras, ante un arma de fuego no tendrían la más mínima oportunidad de salir con vida. Aileen pensó que lo mejor sería quedarse quietas, dejarle prender fuego a la casa y cuando se fuera, salir.

—Me alegro de encontrarte despierta. —John se aproximó hasta las dos mujeres. Quería verle la cara a Aileen una última vez, aunque fuera en aquellas circunstancias. Así almacenaría la imagen de su rostro para cuando se recreara en cómo su madre se revolvería en el infierno cuando supiera que él mismo la había matado. El hombre continuó—: Bueno, no retrasemos más mi viaje, que ya tengo hasta billete. *Bon voyage* para todos —dijo, encendiendo una cerilla, con la vista puesta en ella y sonriendo.

Katherine, aprovechando que parecía estar centrado solo en Aileen, se abalanzó sobre él y le golpeó en la cabeza. Antes de arrinconarse junto a la hija de su amiga, había escondido tras de sí la piedra que usaba como tope de la puerta que tenía al lado. John, a pesar de estar mareado por el impacto, consiguió sacar la pistola mientras Katherine lo golpeaba una segunda vez. El ruido del cañón de la pistola retumbó en la estancia y ambos cayeron al suelo.

—¿Te ha dado? —ansió saber Aileen, acercándose hasta ella.

—Sí, en el brazo.

Katherine se apretaba la herida para taparla, pero la sangre, escurridiza, brotaba entre sus dedos.

Ambas mujeres notaron un repentino calor. Enseguida, localizaron el foco. En su afán por sacar la pistola, John había dejado caer la cerilla prendida sobre la alfombra y esta ardía con gran intensidad.

—Tenemos que salir de aquí, pero no puedes irte así, Katherine. Estás perdiendo mucha sangre.

Con rapidez, Aileen entró en la cocina y cogió lo primero que vio para tapar la herida de la anciana.

—Vamos, pon esto y espérame en el coche.

—¿Qué vas a hacer?

—Arderá en el infierno, pero no hoy. Antes debe pagar con la cárcel.

Lo cogió de las piernas y con una fuerza extraordinaria que no sabía de dónde provenía, lo arrastró hasta el exterior. El incendio se extendía y, para ganar tiempo, cerró la puerta principal. Lo bajó por los escalones sabiendo que aquello le provocaría algún hematoma adicional, pero no le importó. Y lo dejó en la explanada, tirado.

Se metió en el coche de Eirica, donde Katherine la esperaba. Le cogió el trapo empapado en sangre y, con destreza, taponó la herida.

—Esto cortará temporalmente la hemorragia.

El movimiento de John en el suelo, delante del vehículo, las alarmó. Comenzaba a recuperar la conciencia. Aileen sabía que debía inmovilizarlo, pero no tenía tiempo. Su máxima prioridad era salvarle la vida a Katherine.

—Nos vamos —le dijo Aileen.

Arrancó el coche.

—¿A dónde vas? —preguntó la anciana.

Katherine no tardó en comprender lo que pretendía. El horror trazó nuevas líneas en su rostro, hasta ahora inexistentes.

—¿Vuelves a Balford?

Su voz se entrecortaba al hablar, rota por el miedo y la pérdida de tanta sangre.

—Voy a dejarte en un lugar seguro y, después, me voy a buscar ese sótano.

—Aileen, tienes que huir. Ya lo has visto, va a por ti.

—Se salió una vez con la suya. No pienso permitir que vuelva a ocurrir. Ya te lo dije. El día en que pagará su deuda con la familia Wright ha llegado.

CAPÍTULO 36

Con el manos libres, Aileen alertó a Eirica de que necesitaba con urgencia su ayuda y la de Mark para llevar a una persona herida al hospital. Le indicó que debían verse de inmediato en casa de Claire. Eirica, como era de esperar, se alarmó, pero Aileen le tuvo que decir que no había tiempo para explicaciones. En los pocos minutos que la retuvo al teléfono, lo único que le adelantó fue que le había mentido, pero que había un motivo de peso. Una vez todo hubiera terminado, si continuaba con vida, tendría tiempo de explicarle lo ocurrido. Por su parte, Eirica aceptó ayudarla sin condiciones. Al llegar, Eirica y Mark ya estaban en el coche de este esperándolas con el motor encendido, tal como les habían pedido.

—Esta es Katherine. Tiene una herida de bala en el brazo y necesita atención médica cuanto antes.

La mujer estaba pálida, pero, aun así, sonrió. No articuló palabra. Aileen le había prohibido hablar más durante el corto trayecto para conservar sus fuerzas lo máximo posible. A pesar de tener la herida tapada y presionada, su ropa estaba cubierta de sangre.

—¿De bala? ¿Pero qué coño ha pasado?

La cara de Eirica se descompuso en fragmentos cuando reparó en la sangre. Comprendió la gravedad de la situación en la que su amiga estaba involucrada. Aileen le cogió la mano a través de la ventanilla y la apretó con el objetivo de infundirle valor y confianza.

—Te debo una explicación enorme. Pero tenéis que escucharme bien. Tanto Katherine como yo corremos peligro, así que, por extensión, al ayudarnos, ahora vosotros también lo corréis. Necesito que vayáis directos al hospital, y que les digáis que el tiroteo se ha producido en la mansión de los Wright, ¿lo entendéis?

—¿Ha sido así? —quiso saber Mark.

—No, pero voy para allá y es muy probable que el responsable de todo esto también lo haga. Necesito que os encarguéis de ella, que la pongáis a salvo.

—Aileen, ven con nosotros —le suplicó su amiga—. Hablemos con la policía y ellos lo solucionarán.

—No, Eirica. Sé que no lo entiendes, pero no puedo abandonar ahora. Es de vital importancia que me encargue de esto. Y tenéis que marcharos. Id, ¡ya! —les instó.

Eirica no pudo evitar que la mano le temblara. La angustia al imaginarse que algo pudiera ocurrirle a su mejor amiga empezaba a colapsar su sistema nervioso. Sin embargo, aún con la

creencia de que la abandonaba a su suerte y de que actuaba de forma contraria a lo que dictaba la definición de la amistad, supo que debía confiar en ella e irse.

Aileen vio cómo se alejaban. Reparó en que Claire la observaba desde la ventana del salón, por lo que se aproximó. La anciana le abrió la puerta.

—Claire, no abras a nadie, ¿lo entiendes? Bajo ningún concepto. Cierra toda la casa y si llaman, que parezca que no haya nadie.

Ella asintió, consternada por la situación. Estaba asustada y no ayudaba en nada no saber qué ocurría. Aileen se percató.

—No tienes de qué preocuparte, ¿vale? En cuanto Eirica y Mark lleguen al hospital con Katherine, verán la herida de bala y avisarán a la policía. No tardarán en enviar a alguien.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no les llamas tú?

—Necesito tiempo para arreglar algo. No mucho, pero sí el necesario para zanjar esto antes de que lo haga él. Me tengo que ir ya, Claire. Pero acuérdate de...

—Cierro y me escondo —se adelantó.

—Correcto.

Aileen la miró y, antes de marcharse, le aclaró:

—Esto es por Martha, pero también por Alice. Ya te lo contaré cuando todo termine.

Claire sonrió, complacida.

—Ve y haz lo que tengas que hacer, pequeña. Estoy orgullosa de ti.

Agradeció las palabras de la anciana dándole un rápido abrazo y salió corriendo.

De camino a la mansión, le entró una llamada. Era Andrew. Aileen sabía que no era el mejor momento para hablar con él, pero lo cierto era que, ahora, representaba algo más que su expareja. Se trataba del hijo de Alice Wright y, dadas las circunstancias, responder era la única opción posible. Tenía unos minutos, así que descolgó con la única intención de aclararle que debían posponer lo que fuera que quisiera contarle. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, él se adelantó.

—Aileen, escúchame con atención. Me ha llamado Eirica y estaba muy preocupada porque no sabe en qué lío estás metida. Me ha contado que estaban llevando a una tal Katherine al hospital por una herida de bala y me ha dicho a dónde vas. Estoy saliendo de mi casa. Voy directo a la tuya. Espérame en la puerta y no hagas ninguna tontería hasta que llegue yo.

—Andrew, de verdad, no tienes que...

Pero había colgado.

Llegaron a la vez a la mansión. A causa de la velocidad con la que conducían, levantaron una polvareda en torno a ellos, pero no tenían tiempo para esperar a que se disipara. Bajaron de sus coches y, situados frente a frente, no pudieron evitar medirse el uno al otro con la mirada. Ambos comprendieron que atrás quedaba todo, en suspenso, y lo único que importaba era seguir hacia

delante y salir de aquella. Él aprovechó el corto camino hasta la verja para conseguir información.

—Encontraste a Katherine y a quien mató a mi madre...

—Así es —le interrumpió—. No puedo contártelo con detalle ahora, pero cuando esto acabe, y antes de irme —le dijo, anticipándole su intención de abandonar Balford una vez todo acabara—, te prometo que te lo explicaré con detalle. Era tu madre, y tanto tu padre como tú os merecéis saber qué ocurrió aquella noche. Vamos.

Andrew no podía negar lo obvio. Se merecía su desprecio y no trataría de rebatirlo. Acataría su destierro.

Nada más entrar, Aileen volvió a cerrar con llave.

—Esto nos dará unos minutos más.

—¿Cuánto calculas que tenemos?

—No lo sé. Cuando salimos de casa de Katherine, parecía estar volviendo en sí, pero seguía bastante aturrido. No creo que tengamos más de media hora en el mejor de los casos.

—¿Por qué vienes a la mansión de los Wright después de lo ocurrido y no acudes a la policía? ¿Y por qué le has dicho a Eirica y a Mark que mintieran sobre el lugar donde han disparado a Katherine?

Aileen sopesó la opción de tratar de convencerle de que la mejor opción era que se fuera. No porque le repudiara por lo que le había hecho, sino porque verlo allí de pie frente a ella era recordar que, a pesar de todo, lo amaba. El dolor le escamaba la piel y le carcomía las entrañas, pero el recuerdo de lo que le hacía sentir se revolvía con fuerza en su interior. Y, además de que su relación era inviable, lo que le empujaba a echarle de allí era que le aterraba que pudiera pasarle algo, como ya le pasó a su madre en ese mismo lugar. Sin embargo, de nuevo se repitió a sí misma que a él le incumbía tanto como a ella resolver el crimen de Alice Wright. Tenía derecho a ser partícipe. Concluyó que, mientras corrieran peligro, debería ceñirse a una versión reducida de la historia.

—Sé por qué mataron a tu madre y también sé quién lo hizo. Te lo explicaré, Andrew, pero ahora debemos ser muy rápidos. En esta casa está escondida la prueba del crimen para inculpar a su asesino y Katherine Miles es la única persona con vida que conocía su paradero. Fui a verla esta mañana y cuando me lo contó, él estaba fuera. No sé cuánto sabe, así que debemos encontrarla antes de que lo haga él o no tendremos nada con lo que demostrar su culpabilidad.

—¿Y dónde está? —le preguntó, ansioso.

—En el sótano.

—¿Un sótano? Mi padre y mi abuela me contaron muchas historias de la familia y me describieron la casa en varias ocasiones desde que tengo uso de razón, y ninguno mencionó nunca la existencia de uno.

—Lo sé. Yo misma me he pasado el último mes buscando a escondidas, y también desconocía su existencia. Ha sido en casa de Katherine cuando he caído en el día en que encontré los planos. Fue el día que...

No quería ruborizarse, pero lo hizo.

—Fue el día ¿de qué?

—Justo cuando los encontré en la biblioteca apareciste tú. Fue el día en que te acercaste por detrás, en silencio, y me tapaste los ojos.

Andrew percibió el rubor en las mejillas. Esa inocente reacción le recordó la fragilidad con la que a veces se mostraba ante él. Había sentido el impulso de marcharse de Balford en varias ocasiones, pero siempre se acababa convenciendo de que tenía que seguir adelante. Consideraba que ya no había vuelta atrás en lo que había hecho.

Verla así, sin embargo, le hizo entender a Andrew que no debía estar cerca de ella y que él también tendría que poner distancia una vez aclarasen lo que fuera que pasaba con el crimen de su madre.

Aileen continuó hablando, ajena al cisma que se fraguaba entre ellos.

—Vamos. Tenemos que recuperar los planos y ver si existe ese sótano.

Con paso decidido, llegaron hasta la biblioteca. Aileen abrió el tubo que contenía varios pliegos con los planos de las diferentes plantas. Se los distribuyeron y escudriñaron hoja a hoja. No era fácil. El tiempo había emborronado las líneas y trataban de desenmarañar el discurrir de los dibujos arquitectónicos.

Tan pronto como identificaban la distribución de las estancias de una planta alta, descartaban el pliego y seguían con el siguiente. Debían hallar el de la planta baja y, finalmente, fue él quien concluyó que lo había encontrado.

—Te diría que es esto, Aileen. Pero es extraño, parece que se accede desde el jardín, mira —le dijo señalando con el dedo una zona concreta del plano—. Hay unas escaleras dibujadas y parecen estar soterradas si esa línea es lo que representa el suelo.

—Encajaría con el lateral izquierdo, que no tiene puerta de acceso a la mansión de los Wright. Tiene sentido que no la hayamos visto antes. La piedra de la pared de ese lado de la casa ni se ve por la cantidad de hiedra que hay y, como está sana, no hemos hecho nada en esa zona. Salgamos a ver.

Se dividieron, de forma que cada uno se situó en un extremo de ese lateral. Comenzaron a apartar la planta que había campado a sus anchas durante tres décadas hasta que Andrew exclamó, asombrado:

—¡La encontré!

Aileen corrió hasta él y divisó tres escalones, toscos y de gran altura. Eran de piedra y, en cuestión de medio metro, llegaban a una vieja puerta oxidada.

—Está cerrada con llave —se lamentó Andrew.

Ella no podía creérselo. Después de darle infinidad de vueltas a lo que abriría la llave que portaba en su bolso desde hacía días, por fin lo sabía. Comenzó a buscar en su bolso y sacó el libro de Alasdair Gray. Andrew no entendía nada.

—¿Qué esperas encontrar en un libro?

Andrew subió las escaleras y miró alrededor. Buscaba señales de movimiento. Le inquietaba no ponerle cara a la persona que los acechaba. Cuando volvió a mirar a Aileen, reparó en que sacaba una llave de un libro falso. Ella se dio cuenta de su estupefacción y se adelantó a responder la pregunta obvia que cruzaba su mente:

—El libro era de tu familia, Andrew. Me aventuraría a afirmar que, de alguna forma, tanto el libro como la llave llegaron a manos de tu madre sin que Martha o Clark supieran nada. Estaban en el primer baúl que abrí y me llamó la atención que estuviera escondida en una caja, oculta tras las cubiertas de un libro falso. Nada más verla, me imaginé que debía abrir algo que ella no quería que nadie encontrara. —Miró su reloj, impaciente—. Nos tenemos que poner las pilas. Nos quedamos sin tiempo.

Abrió la puerta. Con las linternas del móvil, alumbraron el interior. Allí no entraba nadie desde hacía muchos años y, por no entrar, ni la luz natural del día lo hacía. El polvo emblanquecía todas las superficies, pero las grandes piezas de mobiliario que sí pudieron ver apuntaban a que la estancia estaba preparada para pernoctar. Identificaron un par de espejos y apoyaron las linternas de forma que estos reflejaran y amplificaran la luz que proyectaban. Sobre la cama descansaba una bolsa de tela negra, grande.

—¡Ahí está! —gritó Aileen.

En tres zancadas la alcanzó. Sujetándola entre los brazos, se giró para largarse allí. Ahora sí podía ir directa a la policía y explicárselo todo. Sin embargo, su cazador se interponía entre la puerta y ellos.

—Dame la bolsa, Olivia. No tengo más paciencia.

John estaba magullado, pero se erguía resolutivo y su cabreo era patente. Andrew, que se encontraba al lado de Aileen, la miró desconcertado.

—¿Olivia?

—Veo que no le has contado la verdad sobre quién eres —le dijo John.

Andrew miró a Aileen, implorándole la verdad de una vez por todas. Ella accedió.

—Mi nombre no es Aileen Henderson, sino Olivia Grant. Y este hombre, además de ser el asesino de Alice Wright, es mi padre, John Grant. Fue el inspector que llevó el caso. Por eso no se esforzó por resolverlo. Fue él quien la mató.

Andrew no sabía cómo encajar esto. Por un lado, le estaba diciendo que aquel hombre fue el que acabó con la vida de su madre, algo que su familia ansiaba saber desde hacía tres décadas. Pero, por otro, acaba de reconocer que nunca había sido Aileen, sino una tal Olivia, y que quien amenazaba con matarlos a los dos era ¿su padre?

—En esta bolsa —continuó Aileen, ignorando su evidente desconcierto—, están las pruebas que lo incriminan. Y hoy será el día en el que acaben donde debieron llegar hace treinta años: la policía.

—No pasará tal cosa, Olivia. Vais a darme la bolsa y después os mataré. La diferencia entre dármela y no dármela es que tus amigas, Claire y Eirica, lloren vuestra desaparición durante el resto de sus días o se unan al banquete que las larvas se darán con vosotros dos.

—Aileen, dale la bolsa —le suplicó Andrew.

—Nos matará —contestó, aferrada a ella.

—Aileen, vamos a hacerle ver que somos razonables, ¿verdad, John? Yo la convengo para que se la entregue y, como no tenemos las pruebas, todo sigue como hasta ahora.

—Me parece bien —afirmó—. Hazle caso, Olivia. Es el mejor trato que vais a conseguir.

—¿Estás loco? —increpó Aileen a Andrew—. Mató a tu madre y nos matará a nosotros.

—Vaya, vaya... ¿Tú eres el hijo de la difunta Alice Wright?

Ambos lo ignoraron.

—Andrew, escúchame. Es un hombre sin escrúpulos. Lo siento, pero no puedo darle la bolsa. No pienso entregarle la única prueba que hay de su crimen contra la familia Wright. Tu padre y tú os merecéis que se haga justicia. Todo el mundo debe saber la clase de persona que es. Sin lo que hay aquí dentro no podremos demostrar que fue él quien la mató. ¡Tiene que pagar por lo que hizo! —bramó ella.

—Aileen, mi madre no va a resucitar. Ojalá pudiéramos deshacer lo que pasó, pero esa bolsa, ahora mismo, lo único que puede hacer ya por nosotros es salvarnos la vida a ti y a mí. Por favor.

Ella entendía lo que le decía, pero Alice había muerto para darle la vida de la que tanto había disfrutado. No le parecía justo demostrar semejante egoísmo ahora que tenía entre sus brazos la posibilidad de aclarar su muerte.

—No puedo hacerlo, Andrew. Lo siento, pero se lo debo a Alice.

—No. Fuera lo que fuese lo que pasó, tú no mataste a mi madre. Lo hizo él. Y da igual el trasfondo de la historia, no eres responsable de que ella esté muerta. Dame la bolsa. —Sabía que sería complicado ir por aquella vía, pero merecía la pena intentarlo. De lo contrario, los dos morirían en cuestión de minutos—. Sé que ahora mismo no confías en mí, pero te juro que si hay un momento en el que debes escucharme, es este. Te lo suplico, Aileen. Confía en mí y dame la bolsa.

Aileen rememoró la escena del coche en la que le mintió. Quizás, si le hubiera contado la verdad, ella no habría improvisado yendo a ver a Katherine y no estarían los dos en peligro. Se sentía acorralada porque el corazón le imploraba que confiara en él mientras que su cabeza le mostraba imágenes de su traición.

Sin embargo, sabía que aquello iba más allá de su relación. No deseaba dársela, pero era el hijo de Alice y, solo por ello, merecía ser él quien decidiera qué hacer con las pruebas.

Su captor se manifestaba nervioso, exasperado. Cada minuto que pasaban allí en el sótano aumentaba el riesgo de no salir con vida. Por eso, en contra de lo que la razón le dictaba, le entregó la bolsa a Andrew. Este se la colgó de forma que quedara oculta tras él, protegiéndola.

—Deja que ella se vaya y te la daré —afirmó.

—¡No! —gritó ella, tratando de aproximarse a él.

Andrew se lo impidió. Su mano levantada le daba el alto y ella se paró a escasos centímetros. John consideró que su tiempo se había terminado.

—Bueno, como veo que os cuesta desprenderos de la bolsa —dijo—, vamos a daros un empujoncito eliminando a uno de los dos.

Apuntó con el arma a Andrew.

—¡¡¡No!!! —gritó de nuevo Aileen, que se interpuso entre ambos. La bala le dio a ella.

John aprovechó el caos y el desconcierto para coger la bolsa que Andrew acababa de soltar para atenderla, herida en el suelo. Él se percató. Deseó con todas sus fuerzas evitarlo, pero hacerlo supondría que Aileen se desangrara. Si quería salvarle la vida a la persona que tanto se había esforzado por llevar ante la justicia al asesino de su madre, debía taponar la herida que emanaba sangre a borbotones y dejarlo ir.

—Lo siento, mamá —susurró con los ojos cerrados, implorando su perdón.

—An... Andrew, la bolsa —balbució ella.

—No importa, Aileen. Ya se la ha llevado. Ahora, quédate conmigo.

Sus ojos se cerraban.

—No, Aileen, quédate conmigo.

Un hombre irrumpió en el sótano, armado.

—¡Policía!

—Ayúdenos, por favor —le imploró Andrew—. Le han disparado.

El hombre elevó el *walkie* sin bajar el arma.

—Necesito urgentemente sanitarios en el sótano de la vivienda, hay una persona con herida de bala.

En cuestión de segundos, varias personas entraron y se dirigieron corriendo hacia Aileen. El policía bajó el arma.

—Acompáñeme, por favor. Dejémosles hacer su trabajo.

Andrew salió del sótano precedido por aquel policía. Le costó acostumbrarse a la luz de nuevo. Las nubes de aquel día se mantenían y causaban una mayor intensidad lumínica, o eso le pareció a él. Cuando pudo ver bien, se dio cuenta de que la policía retenía a John Grant.

—Le han incautado una pistola al viejo Grant.

—¿Lo conoce?

El policía se extrañó.

—No es de la zona, ¿verdad?

La cara de Andrew fue suficiente para confirmarle que no.

—John Grant fue inspector de la policía hasta su jubilación hace unos años.

—Es el responsable de la muerte de Alice Wright.

—Lo sabemos. En el hospital, los compañeros han interrogado a otra mujer con herida de bala y ha testificado que John Grant le había disparado. Les relató también que, años atrás, había cometido el crimen contra Alice Wright. Estamos examinando el contenido de una bolsa negra que llevaba con él, donde hemos hallado un antiguo uniforme con su nombre y manchas de sangre, así como unos guantes y un cuchillo, también con sangre. Si hay coincidencias de ADN, no tendrá escapatoria. Y ahora, vamos a lo importante. ¿Quién es usted y quién es la joven de la herida de bala en el sótano? ¿Qué tienen que ver con él?

—Mi nombre es Charles Andrew Stewart. Soy el hijo de Alice Wright.

El policía se quedó ojiplático unos segundos, tras los cuales comenzó a gritar a los compañeros de la segunda patrulla que se había personado allí.

—¡Chicos! ¡Chicos! ¡Venid, corred!

Un grupo de tres policías se aproximaron.

—Este es el hijo de la difunta Alice Wright. —Dirigiéndose hacia el joven, continuó—: Debes acompañarlos para extraerte sangre y cotejarla con la que han encontrado en las pruebas.

—Vamos, chaval —comentó uno de los agentes.

Justo en ese instante, se armó revuelo. Andrew localizó pronto el foco. La camilla con Aileen salía del sótano. Se dirigió con rapidez hasta allí.

—¿Cómo está? ¿Es grave?

Acompañó al séquito hasta la ambulancia mientras un sanitario le informaba.

—Hemos conseguido estabilizarla, pero es temporal. Tiene una herida de bala en el tórax y me temo que ha perdido mucha sangre. Nos la llevamos al hospital. Allí podrán darle más información una vez la vean los médicos.

—Voy con ustedes —añadió mientras la metían dentro.

El sanitario miró a los policías que lo flanqueaban para obtener autorización.

—Escuchen. Esta mujer es la responsable de que hoy hayan podido detener al asesino de mi madre. Necesito ir con ella.

—Vaya —le dijo el policía—. Estaremos en contacto, y cuando su amiga se recupere, la interrogaremos también.

Andrew miró a Aileen, que estaba inconsciente. Su aspecto no era bueno. Estaba peor que pálida y el tono de su piel confirmaba la gran pérdida de sangre. No comprendía que su empeño por salvaguardar la bolsa le hubiera llevado a arriesgar su propia vida. Deseó que no lo hubiera hecho. No se merecía aquello después del tesón que había demostrado para detener al culpable del asesinato de su madre.

Sentado en la parte trasera de la ambulancia, reparó en los sucesos del sótano y se dio cuenta de que aún no sabía por qué Aileen ya no era Aileen, sino Olivia, ni qué había hecho su madre tres décadas atrás para que creyera con esa vehemencia que estaba en deuda con ella. Tampoco entendía cómo su padre, siendo policía, había podido acabar una noche apuñalando a Alice. Llegó a la conclusión de que la verdad, el trasfondo de lo que había acontecido en Balford, tanto entonces como ahora, seguía sin desvelarse.

CAPÍTULO 37

Aileen se miró en el espejo del baño de su habitación en el hospital y confirmó, como las otras tantas veces desde que la habían ingresado, que seguía bastante demacrada. A pesar del maquillaje con el que acababa de tratar de disimularlo, la huella que te deja la muerte cuando te ha acariciado con su áspera mano no se tapa con nada. Se convierte en una cicatriz más que te acompañará el resto de tu vida.

La bala que su propia sangre le había disparado había entrado en el mediastino, en el tórax. Si no hubiera sido por su astuto plan de que Eirica y Mark mintieran y avisaran de que se había producido un tiroteo en la mansión de los Wright, estaría muerta. El hospital, al verlos entrar con una persona con una herida de bala en el brazo, había puesto en conocimiento de la policía lo ocurrido y estos se habían presentado allí con varias ambulancias. Eso fue lo que le permitía hoy respirar, mirarse a la cara y sonreír a pesar de su pésimo aspecto. Celebraba que estaba viva para contarlo.

La ropa con la que se había vestido diez minutos atrás se ceñía a su cuerpo. Estaba bastante incómoda, pero era lógico después de un mes con una bata de hospital y medio cuerpo al aire libre. Cumplía treinta días allí, exactos, pero, por fin, le daban el alta. Cuando abrió la puerta de la habitación, Andrew la miró.

—Te quedaba mucho mejor la bata —bromeó—. Deberías pedirle a la enfermera que te deje llevártela a casa.

Aileen sonrió. Estaba segura de que su humor había sido una parte fundamental de su pronta recuperación.

—En serio —insistió él—. Ahora que te has convertido en paciente VIP por tu larga estancia, lo mínimo es darte un kit de recuerdo.

—Envidio tu humor, más cuando se trata de mí, pero, por Dios, salgamos de aquí ya.

Tras despedirse del equipo de planta, agradeciéndoles la ayuda en su recuperación, se subieron al coche. Aileen notó cómo le temblaban las manos. Su pulso se estaba acelerando. Había pasado muchas horas a solas con él durante esas cuatro semanas y no era la primera vez que le pasaba.

Su mente la taladró con el recuerdo del primer día que la visitó en la UCI. Se sentó en la cama, aún dolorida de la cirugía, para explicárselo todo. Pero él fue tajante al respecto. «Ahora lo importante es que te recuperes y todo lo demás puede esperar, Aileen», le había dicho él. Incluso cuando por fin abandonó la solitaria sala de cuidados intensivos para tener su propio espacio en una fría planta del hospital, no le permitió hablar sobre ello.

Necesitaba explicarle por qué John Grant, su padre, había asesinado a su madre, Alice Wright; pero también deseaba hablar de lo que había ocurrido entre ellos el día que Clark apareció. Sin embargo, tampoco accedió. Él permanecía impasible.

Se habían mentido mutuamente, ocultando los dos su verdadera identidad. Aileen quería aclarar las cosas cuanto antes, pero no hubo forma de convencerlo de que hacerlo no le impediría recuperarse. Al final, decidió claudicar porque, si había algo certero, es que la había cuidado con ejemplaridad. Había teletrabajado muchos días desde el hospital para hacerle compañía y había estado noches enteras en vela para cogerle la mano cuando se revolvía en sueños, una y otra vez, reviviendo su encuentro con John Grant.

Una de esas veces en las que se despertó aterrada, le suplicó que le explicara por qué se pasaba las noches en vela cuidando de ella. Recordó cómo, exasperada, le recriminó que no mostrara el más mínimo interés por aclarar las mentiras entre ellos y le instó a marcharse de allí. Pero él le contestó que no lo haría. «Eres la persona que se ha enfrentado al asesino de mi madre y es mi deber cuidar de ti para que te recuperes», le dijo. Ahí fue cuando comprendió por qué estaba a su lado.

Creyó pensar inicialmente, por la distancia que él había interpuesto entre ambos, que estaba enfadado. Era consciente de que los dos tenían motivos para estarlo, pero el humor que desprendía no era propio de alguien enojado. Sabía que él la miraba de otra forma, diferente a como lo había hecho hasta entonces, pero esa noche descubrió que se sentía en deuda con ella por lo ocurrido.

Esa fue la razón por la que, cuando se subió a su coche al salir del hospital, el nerviosismo se apoderó de ella. Además, sabía que había llegado el día en que debía marcharse de Balford para siempre y empezar una nueva vida. Dudó si debía confesarle su intención de irse de allí, pero, al final, decidió que no.

—Antes de ir a casa de Claire me gustaría ir a la mansión —le pidió ella.

—De acuerdo. Pero no vas a quedarte con Claire. Te he habilitado una habitación en mi casa, en la planta de abajo, y ya verás que no te faltará nada. —Aileen no estaba segura de haberlo entendido bien. Su rostro se mostró confuso. Él, ajeno a su estupefacción, continuó—: Claire se ofreció a cuidar de ti en su casa, por supuesto, pero el médico te ha dicho que la herida interna aún tardará unas semanas en cicatrizar por completo. Y, aunque puedes hacer vida casi normal, el médico nos ha indicado que debes evitar el exceso de escaleras y continuar con tu descanso. Lo hablamos los cuatro un día en el hospital y acordamos que lo mejor sería que te quedaras en mi casa. Y, por cierto, Claire, Eirica y Mark te esperan ya allí para celebrar tu recuperación. Por eso Eirica te preparó la bolsa que te di con ropa y maquillaje. Sabía que te gustaría mirarte al espejo y volver a verte como siempre.

Aileen retuvo las lágrimas. Su amabilidad le escocía. No la quería. Ni mucho menos era él quien estaba en deuda con ella después de lo que su madre hizo treinta años atrás. «¿Cómo voy a

soportar vivir con él después de todo lo que nos ha pasado y si, encima, esta es la forma en la que me va a tratar?», pensó.

Entrelazó los dedos para evitar que él detectara su inquietud y se acordó del anillo que una vez portó. Lo había aceptado amándolo. Los ojos se le tornaron acuosos. Aprovechó para mirar por la ventanilla del coche, evitando que él pudiera darse cuenta de su dolor.

Él le había mentido, pero ella también lo había hecho y, además, había puesto en peligro su vida. La vida del hijo de Alice Wright. Fue por eso por lo que Aileen llegó a la conclusión de que se merecía aquel desprecio encubierto, embellecido con amabilidad y humor, cuyo único objetivo era saldar una deuda. No le quedaba más remedio que aceptarlo, ser agradecida y tratar de encontrar la manera de zafarse para abandonar Balford cuanto antes.

—Os habéis portado de maravilla todos conmigo, considerando que os oculté muchas cosas —dijo apesadumbrada.

El rostro de Andrew se oscureció. Continuaba mirando al frente, absorto en la carretera.

—Vas a tener la ocasión de dar explicaciones a un montón de personas.

Aileen no soportaba ver su semblante así. No lo soportaba ni frío ni amable, impasible ante ella. Hubiera preferido verlo cabreado, demostrando al menos la más mínima de las emociones que siente una persona cuando está dolida con otra. Ella también lo estaba, pero su estado de salud le impedía dar rienda suelta a la ira o la rabia que ansiaba liberarse.

—Necesito saber qué te ocurre, Andrew. Si estás enfadado conmigo. No sé... Qué sientes o qué piensas. He aceptado durante las últimas cuatro semanas no hablar de ello para mantenerme calmada y poder recuperarme lo antes posible. Pero no te imaginas lo difícil que ha sido para mí tenerte delante casi a diario, después de todo lo que ha sucedido entre nosotros, y que no hayamos podido aclarar las cosas. Ni tan siquiera me has dejado hablar de tu madre, de quién soy o de por qué ha pasado lo que ha pasado.

—Lo sé, Aileen. Créeme cuando te digo que soy el primero que está deseando saber la verdad sobre el crimen de mi madre. O por qué has ocultado algo de semejante envergadura a todas las personas a las que le importas, considerando, además, que nos hemos jugado la vida. No te voy a mentir. He tenido mucho que asimilar y soy consciente de que aún me queda mucho por saber. Sin embargo, no creo que te hayas olvidado de que yo también te mentí. Te oculté desde el principio mi identidad y no hemos tenido tampoco oportunidad de hablar sobre eso. No creo que ya tenga sentido.

—Sí la hemos tenido —le increpó ella—. Hemos tenido cuatro semanas para hablar, pero tú no has querido hacerlo.

Él ignoró el reproche porque sabía que se lo merecía. Tenía todo el derecho del mundo a estar dolida a causa de su mentira. Sabía la gravedad que revestía su engaño cuando, a finales de junio, se aproximó en la playa, con la ventaja de saber quién era ella, pero sin identificarse como el hijo

de Alice Wright. Tenía sus motivos y se mantenía firme. No cambiaría la decisión que tomó entonces. Pero sí debía reconocérselo:

—Debí ser sincero contigo mucho antes. Y siento que te enterases de la peor manera posible, pero el hospital donde te estabas recuperando después de recibir un disparo no me parecía el lugar adecuado para hablar de tantas cosas pendientes. Entre tantos secretos, los tuyos, pero también los míos, creo que nos hemos perdido y no sabemos ahora mismo dónde estamos. Y, para serte honesto, Aileen, cuando lo hablemos, quizás nos encontremos con personas muy diferentes. Pero, de verdad, no te preocupes ahora por eso. Tendremos nuestra oportunidad. Al fin y al cabo, no soy el único que quiere saber qué pasó hace treinta años entre mi madre y John Grant. La policía está deseando hablar contigo desde entonces, pero, gracias a algunos contactos de Mark, conseguimos posponer tu interrogatorio hasta que te dieran el alta. Lo siento, pero no quiero pensar más en tu estancia en el hospital. Cambiemos de tema, por favor.

Andrew miraba la carretera todavía. No había apartado ni un instante la mirada para dirigirse a ella.

—¿Por qué quieres ir a la mansión de los Wright? —quiso saber—. Ya sabes que la obra se paró por un problema con la licencia de obra. Mark y Eirica lo tienen casi resuelto, así que pronto podrás estar por allí de nuevo otra vez, dando instrucciones para acabar la reforma.

—Quiero despedirme de la casa.

Andrew la miró de reojo, por primera vez desde que habían abandonado el hospital. Estaba confuso.

—¿Por qué querrías despedirte de la casa?

—He cumplido con mi misión y he decidido marcharme de Balford —confesó—. Ahora que el asesino de Alice está donde debería llevar tres décadas, bajo arresto, nada me retiene aquí. Además, te pertenece a ti y, como propietario de una casa de «semejante valor» —ironizó Aileen, en una clarísima alusión a una de sus primeras conversaciones—, tienes derecho a hacer lo que quieras con ella.

—Esa casa ya nunca será mía —dijo él con el semblante serio.

Ella palideció de nuevo.

—¿Cómo qué no? ¿Te refieres a que debemos formalizar algo para oficializar mi renuncia a su usufructo?

En ese instante atravesaron la verja de la mansión, abierta de par en par. Aileen suspiró al pensar que sería la última vez que la traspasaría. Para su sorpresa, gran parte de los habitantes del pueblo de Balford los esperaban allí, bajo un precioso cartel de madera hecho a mano que rezaba «Hotel Alice Wright». Una gran pancarta anunciaba «Hoy, gran fiesta de inauguración».

—Pero ¿qué hace toda esta gente aquí? Y si no se ha terminado la reforma, ¿por qué se hace la inauguración hoy?

Andrew decidió darle un titular rápido antes de bajarse del coche.

—Otro secreto más. En este caso, de Eirica y de Mark. Para que no te estresaras por la reforma, decidieron decirte que había problemas con la licencia de obra, pero no era cierto. Continuaron según lo previsto y la han acabado de acuerdo con todo lo que sabían que querías. Nunca se quedó paralizada, Aileen. La nueva mansión de los Wright está terminada y cuando tú quieras podrás empezar a admitir reservas y recibir huéspedes. Y, ahora, tenemos que salir. Hay mucha gente que quiere verte.

Aileen abrazó a Eirica con toda la fuerza que su frágil cuerpo le permitía. Lo había hecho en cada visita que su amiga le hacía en el hospital y se sentía en deuda con ella por haberle mentido. Creyó que así subsanaría cualquier fisura que las mentiras hubieran abierto en su relación.

—Te pediré perdón el millón de veces que haga falta —le confesó Aileen.

—Y me obligarás a contestarte un millón de veces que no estoy enfadada. Estoy segura de que hay un motivo de peso para que lo hayas hecho. Pero, Aileen, casi te mueres —dijo ella—. Pensé que te perdía. Y eso sí que no tiene solución.

Eirica se hizo a un lado para que los demás pudieran saludarla. Se acercaron, entre otros, Mark, Claire, Bradley y Chris.

—¿Dónde está Theresa? —le preguntó al abrazar a este último.

—Cumpliendo su sueño gracias a ti. Luego saldrá a saludarte. Está ultimando detalles en la cocina.

Disfrutaron durante más de una hora de reencuentros y de exquisitos aperitivos preparados por su nueva jefa de cocina. Aileen miraba de soslayo, sin que nadie se percatase, el cartel que se elevaba un par de metros sobre la puerta de la mansión de los Wright. En varias ocasiones, se sintió tentada de mirar al cielo y hablar con Alice y con Martha, pero se reprimía justo a tiempo. Sabía que tenía una conversación pendiente con ellas.

Mientras, a su lado, Andrew la acompañaba de aquí para allá, pero no había ni rastro de la complicidad que una vez tuvieron. Su actitud era distante y paternalista, ambas incongruentes la una con la otra, pero suficiente para entender que su relación había quedado reducida a la amistad.

—Tengo esto para ti —le dijo Andrew mostrándole un micrófono. —Ante su desconcierto, continuó—: Te dije que tendrías la oportunidad de aclarar las cosas. El crimen se cometió no solo contra mi madre, sino contra una persona muy querida en el pueblo. Si lo prefieres, puedes hacerlo otro día en *petit comité* con Eirica, Mark, Claire y yo. Eso sí, invitaría a mi padre también, que entendió que no te presionáramos para hablar en el hospital para que te recuperases, pero ha estado inquieto todo este mes esperando escuchar tu versión sobre lo que le ocurrió a mi madre. Debes saber que Katherine testificó ante la policía, pero hay lagunas que solo tú parece conocer. Depende de ti elegir el foro ante el que quieres hablar, pero si eliges hablar ante el pueblo de Balford, este es el momento. —Miró hacia un hombre de aspecto erguido y tenso que Aileen no reconoció. Prosiguió—: El inspector que lleva el caso está aquí y no le importa que lo

hagas si es lo que tú quieres. Ya me ha dicho que vendrán la semana que viene a mi casa para tomarte declaración de forma oficial. Debes saber que, gracias al contenido de la bolsa del sótano, han identificado restos de la sangre de John Grant y de mi madre en su viejo uniforme. Tienen todo atado a la espera del juicio. Así que tú decides.

Aileen sopesó sus opciones y decidió que debía afrontarlo. Le daba vergüenza hablar ante tanta gente, pero era consciente de que Alice se merecía que todos supieran, de primera mano, qué pasó treinta años atrás en aquel mismo lugar. Cogió el micrófono y, asegurándose de que estaba apagado, se dirigió a Andrew, nerviosa.

—Lo siguiente que puedes traerme es una copa de lo que sea, pero que venga bien cargada. Creo que la voy a necesitar.

Él le regaló por primera vez en semanas una sonrisa que le pareció sincera. Creyó ver de nuevo el gesto de una boca que, una vez, pareció que la besaba con devoción. Se acordó del lejano fin de semana que pasaron juntos en Inverness y una herida que nada tenía que ver con la que le había mantenido un mes en cama en el hospital se resintió. Él se dio cuenta de que algo le pasaba.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado—. ¿Te duele?

Negó con la cabeza. Acto seguido, cogió aire.

—Vamos a ello.

Encendió el micrófono y probó con unos leves golpecitos si funcionaba. El ruido que generó sirvió para que la gente abandonara sus conversaciones hasta que el único sonido que se oía era el del viento que subía agitado por el acantilado.

—Gracias por haber venido. Para mí ha sido una gran sorpresa encontraros reunidos frente a la mansión de los Wright. Pero, ante todo, es un honor que podamos inaugurar este hotel hoy aquí, en Balford. Después de pasar un mes en el hospital, os puedo asegurar que he tenido bastante tiempo para pensar y debo confesar que había tomado la decisión de cancelar el proyecto. Siempre he considerado que esta casa no me pertenece y si acepté su usufructo fue porque Martha Wright me lo pidió. Tras su muerte, debería haber pasado a su nieto, pero en una carta que me entregó su albacea y de la que nunca hablé a nadie me pedía que tratara de averiguar quién mató a su hija, Alice Wright. Legarme esta casa fue la coartada que Martha me daba para que ninguno sospecharais de mí.

Aileen percibía las caras de sus vecinos ávidas de saber más, así que continuó.

—Aunque no tengo la certeza, creo que Martha no tardó en reconocerme, porque ni soy una extraña para Balford ni Balford lo es para mí. El encuentro en el banco de Edimburgo donde nos conocimos en junio del año pasado no fue casual. Durante el entierro de mi madre, hace un par de años, conocí la verdad sobre el pasado de mi familia. Ella había estado enferma con alzhéimer y repetía insistentemente el nombre de Alice en frases que me resultaban inconexas. Pero aquel día, durante su funeral, una pareja de amigos suyos, amigos también de Alice Wright, me

contaron que la habían ayudado muchos años atrás a urdir un plan. Un plan que estaba ideado para salvarnos a mi madre, Amanda Grant, y a mí, Olivia Grant.

El murmullo entre algunos de los presentes, coetáneos de su madre, le permitió a Aileen beber algo de agua. Después, prosiguió.

—Fueron reacios a contármelo porque habían hecho una promesa, no solo a mi madre, sino también a Alice. Sabían que ella había muerto tratando de ofrecernos a mi madre y a mí una vida mejor. Tuve que suplicarles que lo hicieran porque consideraba que, si yo no era Aileen Henderson, tenía derecho a saber quién era y por qué toda mi vida estaba basada en una identidad falsa. Al final, considerando que ni Alice ni Amanda estaban ya vivas, entendieron que no habría riesgo para mí y que debía conocer mi verdadera identidad. Según me relataron aquel día, mi padre, John Grant, maltrataba a diario a mi madre. Alice se sentía impotente por no poder intervenir y ayudar a su amiga. Por desgracia, John era inspector de policía y ambas sabían que nunca hubieran creído a ninguna de las dos mujeres. De alguna forma, lo habría tapado. Por eso, la única opción que le quedó a Alice fue proponerle que escapara. Mi madre, pensando en mi bienestar, decidió aceptar su ayuda. Lo planificaron con mucha cautela y Alice nos tuvo ocultas durante un tiempo en el sótano de esta casa. Cuidaba de nosotras hasta que llegara el día de sacarnos de aquí, según lo previsto. Mi padre, por lo que me contaron estos amigos, era perro viejo y tras la desaparición de su mujer y su hija, se olió que Alice le habría ayudado a escapar. Las había visto mucho tiempo juntas las semanas previas y, por eso, vino hasta aquí en varias ocasiones a verla. Le exigía bajo amenazas que le dijera a dónde habíamos ido sin imaginarse que estábamos aún en el pueblo, escondidas aquí mismo. Una de esas veces, John iba armado con un puñal. Estaba decidido a matarla si no accedía a confesar dónde estábamos. Alice, en su afán por ayudarnos, se mantuvo firme y aquella noche la mató. Mi madre, que al parecer fue testigo de lo que ocurrió, salió tras él a hurtadillas y vio cómo en su huida por el acantilado amenazaba de muerte a Katherine Miles. Hizo que esta se arrodillara y le puso en la garganta el cuchillo con el que ya había asesinado a Alice. Si no lo hizo fue porque sabía que, si mataba a dos amigas de un trío inseparable en una misma noche, estando la tercera desaparecida, el cerco se habría estrechado. Por eso permitió que Katherine huyera, no sin amenazar antes con matar a toda su familia si contaba algo. La suerte quiso que ambas amigas, Katherine y Amanda, se toparan en la oscuridad. Y en un acto de valentía, empujadas por la rabia de que hubiera matado a Alice, decidieron esconderse tras unos árboles y observar hacia dónde se dirigía. Así fue como vieron que desenterraba una bolsa justo debajo de unos matorrales. De ella sacó un uniforme limpio y se cambió el que llevaba manchado con la sangre de Alice. Esa ropa, junto con los guantes y el cuchillo que había utilizado para matarla, los depositó en la bolsa para después volver a enterrarla. Creyeron que tendría la intención, una vez pasara el revuelo inicial tras el crimen, de volver a desenterrarla para eliminar las pruebas. Por eso, cuando se hubo marchado, Amanda y Katherine la desenterraron y se encargaron de ella. Según les contó mi madre a estos

amigos, la idea inicial había sido acudir a la policía, pero, al ser inspector, temieron que no las creyeran. Ahí es cuando Katherine le propuso a Amanda continuar con el plan de Alice, que era lo que ella quería para mi madre y para mí: una nueva vida, liberadas del maltrato de John Grant. Acordaron que Katherine acudiría a verlo al día siguiente para decirle que tenía la bolsa a buen recaudo y dos personas de su círculo de confianza conocían toda la verdad. En caso de que le pasara algo a ella o a alguien de su familia, la entregarían a la policía. Pero, en realidad, fue mi madre la que, esa noche, corrió al sótano a esconderla. Y ahí es donde hace un mes la encontramos Andrew, el hijo de Alice Wright, y yo. La misma noche del crimen, los amigos de Alice tenían que recogernos a mi madre y a mí a los pies del acantilado, en la playa. Desde ese momento, y ya con una nueva identidad, dejamos de ser, para siempre, Amanda y Olivia Grant. Y no hay mucho más que contar, salvo que siento muchísimo haberos mentido a todos, pero, sobre todo, lo siento por las personas que me quieren. Los amigos de mi madre me habían advertido de lo peligroso que era John Grant, así que no era una cuestión de desconfianza, sino de protección. Éramos tres personas nuevas en el pueblo y debía garantizar que actuábamos con la máxima normalidad para no levantar sospechas entre los vecinos. Pero ahora sé que me equivoqué al pretender hacerlo sola. He puesto demasiadas vidas en peligro.

Aileen se tapó la cara para ocultar sus lágrimas, así como la extrema rojez, fruto de la ira que sentía desde que supo lo que su padre le había hecho a Alice. Había algo muy profundo que le mantenía el corazón contraído por la injusticia, pero aquel no era el foro para expresarlo. Eirica se abalanzó sobre ella para infundirle ánimo y el pueblo enteró comenzó a aplaudir para mostrarle su apoyo.

—Ey, ey. No pasa nada, Aileen —le dijo su amiga—. Vamos...

—Lo siento —dijo secándose las lágrimas.

Aileen le entregó el micrófono a Andrew y, al hacerlo, se percató de que estaba conmovido por la historia que acaba de relatar. Detrás de él, su padre avanzaba entre el gentío hacia ella. Debía de llevar un rato llorando porque sus ojos parecían más hundidos a causa de la irritación que le había provocado frotarse una y otra vez la zona con las manos.

—La herida que has cerrado hoy en Charles y en mí...

—Lo sé —continuó Aileen, al ver que él flaqueaba—, pero era lo mínimo que podía hacer por vosotros después de lo que Alice hizo por mi madre y por mí.

—Gracias. De corazón.

Clark la abrazó y, a pesar de que Aileen sintió ciertas molestias porque aún estaba convaleciente de su operación, agradeció que lo hiciera. Les unía una tragedia familiar y ambos se merecían aquel abrazo. Sin embargo, Andrew intervino.

—Papá, papá. Despacio, que tiene una herida por ahí dentro y creo que estás apretando demasiado.

El señor Stewart vio la cara de los dos jóvenes y consideró que, después de todo lo que había ocurrido entre ellos, tendrían cosas de que hablar. Decidió que era el momento de dejarlos a solas y se marchó.

—¿Estás más tranquila ahora que ya has aclarado las cosas con Balford? —le preguntó Andrew.

—Estoy más tranquila porque por fin tu padre y tú sabéis la verdad, John Grant pasará lo que le queda de vida encarcelado por lo que hizo, pero, sobre todo, porque puedo volver a ser la Aileen de siempre. Llevo dos años mintiendo a muchas personas y no lo soportaba más. Además, necesito irme de aquí ya.

Andrew sabía que ya no podía prolongar más su conversación pendiente. Ella le había expresado su deseo de abandonar Balford y la excusa de que estaba ingresada en el hospital no valía ya.

—Nosotros aún tenemos que explicarnos unas cuantas cosas. Yo te he mentado con mi identidad, pero tú también lo has hecho. Disfrutemos ahora de lo que queda de este día, en memoria de mi madre y, si quieres, terminamos con lo nuestro luego, en la playa, para que puedas irte de Balford.

Aileen sintió en sus entrañas que algo no iba bien, pero nada tenía que ver con el demoledor «terminamos con lo nuestro». La vista se le nubló hasta ver un mural de color negro. En un intento de no caer al suelo, lanzó el brazo para agarrarse a lo primero que encontró. Andrew se había dado cuenta de que se mareaba y se aproximó hasta ella para sostenerla.

—Aileen, ¿me oyes?

Pero ella se había desmayado.

CAPÍTULO 38

—Sí, no tienen de qué preocuparse. Está todo en orden, pero debe descansar —oyó Aileen que decían.

—Gracias, doctor.

Abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —quiso saber.

—Hemos vuelto al hospital.

Se incorporó sobresaltada.

—No tienes de qué preocuparte —le aclaró Eirica, cogiéndole la mano para tranquilizarla—. Estás bien. Te desmayaste porque aún no estás recuperada del todo, pero no te van a ingresar. Lo que necesitas es tranquilidad durante un tiempo.

—Hablé con mi casero en Edimburgo hace una semana y me volveré a instalar allí —les aclaró ella.

La mirada de Eirica se dirigió con disimulo hacia Mark. Aileen la interceptó. Antes de que pudieran objetar, se adelantó:

—No tienes de qué preocuparte, Eirica. Estaré bien y tu sitio está aquí.

—No vas a irte sola, Aileen —intervino Andrew.

Se había aproximado hacia su cama y se quedó a escasos treinta centímetros de su rostro.

—Si no te llego a agarrar, te hubieras caído al suelo. Si te pasara estando sola, ¿qué harías?

Aileen intentó responder, pero él insistió.

—Lo siento, pero te vendrás a mi casa. Lo tengo todo preparado y no tiene sentido que...

—No puedo irme contigo —le cortó ella.

Eirica avanzó hasta Mark y, cogiéndole de la mano, salieron de la habitación.

—Aileen, entiendo tu enfado y lo respeto. Pero se trata de tu salud y será poco tiempo. —Se lo pensó dos veces, pero acabó por decirlo—: ¿Tan insoportable te resulta?

Ella no sabía qué responderle. No quería estar junto a él ahora que ya había cumplido con su propósito, pero sabía que no podía estar sola. Pensó en irse con Eirica y Mark, pero ellos perderían su intimidad como pareja. También valoró quedarse con Claire, pero el médico le había dicho que nada de escaleras. Eso descartaba también ocupar su habitación en la mansión de los Wright.

Reparó en lo cerca que estaba de ella porque escuchaba su respiración, pero no se atrevía a mirarlo a los ojos. Prefirió fijar la vista en la puerta. Sabía que, aunque estuviera ahí, no había

escapatoria. Eso sí: ella pondría el límite.

—Si en una semana no me vuelvo a marear, me iré. Tanto tú como yo tenemos que continuar con nuestras vidas.

Andrew sopesó protestar, pero creyó mejor aceptar y ya verían cómo evolucionaba durante la semana.

El trayecto a su casa lo hicieron en completo en silencio. Viajar de esa forma en el coche parecía una tradición asentada. Era de noche y estaba exhausta. El último mes había pasado más tiempo tumbada que de pie. Sin embargo, desde su alta, apenas se había sentado.

Por fin, llegaron.

—Tu habitación está lista, Aileen —le dijo, guiándola por el pasillo.

Ella no contestó. Solo quería tumbarse en la cama y disfrutar de un poco de reposo. Andrew situó su equipaje sobre el escritorio.

—Mañana colocaremos todo en el armario, ahora debes descansar. Te ayudaré a ponerte el pijama.

—No es necesario —se apresuró a decir ella.

—Vamos, no será la primera vez que... —Pero se detuvo.

—¿Me veas desnuda? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Sí.

No dijo nada más. Le desabrochó la blusa, despacio, sintiendo el roce de su piel. Sin embargo, ella se reveló.

—Ya sigo yo. De verdad, te agradezco que me ayudes, pero no estoy inválida ni impedida. Y estoy muy cansada —alegó para justificar su cortante respuesta.

—Te dejo sola entonces.

Cuando Andrew se hubo marchado, terminó de ponerse el pijama, no sin dificultad porque aún le dolían algunas zonas del tórax, y se vio, por fin, sin compañía. Durante el último mes siempre había estado acompañada por alguien, privada de su intimidad para hacer lo que quisiera. Y lo que su cuerpo deseaba, con toda su alma, era desahogarse.

Se acurrucó bajo las sábanas y empezó a llorar. Sentía el júbilo de quien ha sido privado de su libertad y por fin la recuperaba, pero la aflicción eclipsaba cualquier otra emoción. Los ojos no iban a parar, sino todo lo contrario. El llanto se intensificó y la boca profirió lamentos propios de quien solloza con fuerza porque no hay consuelo.

Sabía que había cumplido. Era libre de su carga. Sin embargo, lejos de celebrar que había hecho justicia para Alice, que liberaba a su madre de la carga que el alzhéimer sacudió con crueldad o que su padre no podría hacer daño a nadie más, se sentía devastada.

Pronto identificó a qué se debía. Acarició el lugar que una vez ocupó el anillo de Alice. Y recordó, no sin que otra herida se abriera, la felicidad que experimentó aquella noche al entregarse a él para siempre.

Se acordó de lo que su madre le dijo una vez, un día que no podía dejar de llorar: «Sácalo todo, Aileen, sácalo, porque cuando lo hagas, la calma volverá y recuperarás la perspectiva desde la razón, no desde la emoción que te puede en los momentos así». Abrazó su almohada como hubiera abrazado a su madre si hubiera podido. Y le hizo caso. Lloró durante una hora más hasta que, extenuada, cayó dormida.

CAPÍTULO 39

Andrew no había podido pegar ojo. Cuando cerró la puerta de la habitación de Aileen, se quedó detrás de esta por si escuchaba que ella necesitaba ayuda. Su desplome horas atrás lo había dejado preocupado. Lo que no esperaba era oír cómo se rompía de dolor. Le inquietó no poder hacer nada y la culpabilidad de que se debiera a haberla arrastrado hasta allí para recuperarse lo consumía por dentro.

Sabía que Aileen solo quería interponer distancia entre los dos y no volver a verlo nunca más. Y, sin embargo, cuanto más parecía desearlo, más parecía que la vida se esforzaba por imponerle su presencia. Si había algo que Andrew tenía claro era que nunca había sido su intención provocarle ese dolor a nadie, pero también era cierto que nunca se paró a pensar cuáles serían las consecuencias al volver a Balford.

Una vez más, habían tenido que posponer la conversación. Pero era imperativo que hablasen sobre sus mentiras. Poco creía ya que pudiera solventarse dadas las circunstancias. Y, dado que en su estado no era recomendable que se alterase, oírla llorar así no podía ser bueno para su salud.

Bajó a desayunar con la firme finalidad de hablar con ella. Ya había terminado de comer y la encontró preparándose un café. A pesar de las ojeras que acarreaba desde el día del sótano y de la seriedad de su semblante esa mañana, creyó reconocer en ella cierta mejoría. De hecho, la encontraba más parecida a cuando la conoció.

—Buenos días, Aileen.

—Buenos días, Andrew —contestó ella.

Él sabía que no había rodeo posible ni tampoco quería evitar más la conversación pendiente, así que, sentándose frente a ella en la isla de su cocina, café en mano, lo soltó.

—Tenemos que hablar. Siento no haberlo hecho en el hospital, pero...

—No sigas, por favor —le interrumpió ella.

Trató de ordenar sus ideas para saber cuáles podía soltar y cuáles no y, cuando estuvo preparada, decidió ser escueta en su explicación.

—El tiempo de hablar ya pasó. Y no lo digo porque esté enfadada o porque quiera reprocharte no haberlo hecho antes. Entiendo tus motivos para no haber querido hacerlo en el hospital, pero ahora te pido que seas tú quien entienda los míos. Estoy agotada. Llevo dos años viviendo en una mentira y sé que hay cosas que siempre me pesarán. A esto debes sumarle que tengo una herida

reciente y, aunque intento recuperar mi energía, me siento débil. Y no lo soporto, Andrew. No soporto sentirme así.

La frustración se cebaba con ella y no pudo contener las lágrimas. Él se aproximó a ella y la abrazó. El contacto hizo que Aileen creyera que su piel ardía. Le recordó al intenso calor del incendio en casa de Katherine. Y, si bien el fuego con distancia calienta y reconforta, al tocarlo provoca graves quemaduras. Pero le daba igual porque necesitaba aquel abrazo. Se refugió en él porque no soportaba la vulnerabilidad que le imprimía la herida causada por su propio padre.

—Aileen, no hablaremos entonces. Pero no debes preocuparte, te recuperarás. Debes tener paciencia porque todavía estás convaleciente, pero el médico dijo que volverías a vivir una vida completamente normal.

Ella se distanció porque sabía que era lo correcto; todo acercamiento a él le pesaría tarde o temprano. Fue tan brusca, sin pretenderlo, que él se dio cuenta y pareció no comprender su reacción. «¿Tanto me odia?», se preguntó él en silencio.

—Lo siento. Sé que eres el hijo de Alice Wright y me gustaría que las cosas contigo fueran de otra forma, pero no puedo estar a tu lado. Mucho menos en tus brazos.

Andrew era consciente de que ella querría estar en cualquier otro sitio menos allí, bajo su techo. Y lo entendía. No obstante, una frase que le dijo la noche en que se torció todo, había enraizado en él. Necesitaba preguntárselo:

—Sé que no quieres que hablemos y lo respeto. Pero, al menos, concédeme una cosa.

Ella afirmó en silencio.

—El día que mi padre se presentó en la mansión de los Wright dijiste que no podíamos estar juntos. No fue desde el desprecio de quien está cabreado con la otra persona, sino desde la convicción. Llegué a pensar, incluso, que pudiéramos ser hermanos, pero mi padre me había hablado de tal forma sobre mi madre que sabía que era imposible que hubiera tenido otra relación de la que hubiera nacido un hijo o una hija. Sin embargo, sigo sin comprenderlo. ¿Hay algo que no me hayas contado todavía?

Aileen titubeó. Ahora mismo, lo único que quería era alejarse de él, pero decidió responderle y tenía claro que no mentiría más.

—No. No hay nada más. Pero ¿cómo podrías casarte con la hija del hombre que te arrebató a tu madre?

Salió de la cocina sin darle opción a réplica, dejándolo pensativo. Mantenía su entrecejo fruncido. Entendía su visión racional de los hechos, pero no estaba de acuerdo. Sin embargo, era un callejón sin salida y sabía que quería alejarse, así que consideró que lo mejor era dejarla marchar.

Durante el resto del día, Aileen procuró no encontrarse con él, a excepción de la hora de la comida. Reconocía que le vino bien airearse, e incluso charlaron con una impostada normalidad.

Inevitablemente, recordó cuando se marcharon desde esa misma cocina a Inverness porque sus carcajadas sonaban como entonces.

A su cabeza vino el recuerdo de cuando le preguntó si tenía miedo. Miedo a enamorarse. Y cómo después se entregó a él. Se esforzaba por ignorar la profundidad de sus mentiras y, por extensión, de su traición, pero le resultaba imposible. Con la excusa de no querer comer mucho más, alegó que quería descansar y se refugió durante un par de horas más en su dormitorio. Sin embargo, ya no había lágrimas. La calma inicial de la mañana continuaba extendiéndose entre sus células y la quietud de su ánimo le regalaba una paz inesperada.

Cuando por la tarde cayó el sol, aprovechó que le oyó bajar a la idílica piscina a nadar para salir ella a la playa. El 2 de septiembre llegaba a su fin y el sol, cuando se dejaba ver entre nube y nube, ya no calentaba como una o dos semanas atrás. No podía andar demasiado, así que desechó la idea de dar un paseo. Se limitó a extender la toalla que había cogido y se sentó.

Tal como su madre predijo, el sosiego daba lugar a una razón que interpretaba las cosas de otra forma. La tristeza no la abandonaba, pero la encaraba con madurez, sabiendo que vendrían tiempos mejores.

Quiso aprovechar el momento para reflexionar sobre qué la había llevado hasta allí. Y no se refería a la casa de Andrew, sino a que su relación con él estuviera rota por completo. Desgranó con habilidad lo sucedido: la había embaucado sin el menor remordimiento para enamorarla en tiempo récord y proponerle matrimonio bajo la falsa promesa de que la amaba. Su único objetivo desde que se conocieran en ese mismo lugar había sido recuperar el hogar de su familia. Él nunca la había amado y eso explicaba que, desde que supo quién era, la tratara con distancia. Y si recurría al humor con frecuencia era porque le resultaba más llevadero al verse forzado a estar junto a ella. Le había roto el corazón y sabía que la única forma de repararlo era alejarse de Balford. Sin embargo, Aileen sí que comprendía que quisiera recuperar la propiedad de los Wright y, además, debía reconocer que sus mentiras estaban al mismo nivel que las suyas. Andrew no era el único culpable. Ella le había ocultado a todo el mundo quién era. Y, aunque desconocía que se trataba del hijo de Alice, se reconoció a sí misma que había aceptado su propuesta de matrimonio a sabiendas de que le mentía. Y eso no solo no la hacía mejor persona que él, sino que la convertía en la prometida que ocultaba quién era. Y, por si no fuera poco, creía que había que sumarle que su padre no dejaba de ser el asesino de la madre de Andrew.

No pudo continuar abriéndose en canal ante sí misma porque unos pasos detrás de ella llamaron su atención.

—No cogerás frío, ¿no?

Andrew se aproximó a ella. Llevaba una manta y la utilizó para envolverla con delicadeza.

—No conviene que cojas frío. Después de lo que te ha sucedido, una pulmonía sería nefasta para tu salud.

Ella agradeció el calor de la manta. Con un gesto con la mano, lo invitó a que la acompañara en aquella toalla.

—Deberías de entrar —insistió, mientras aceptaba su invitación y se sentaba.

—En cinco minutos entro, no te preocupes.

Él la contempló y halló una inusual tranquilidad en su rostro que le daba pie a perseverar en su intento de aliviar las circunstancias.

—Lo siento, Aileen, pero la situación contigo ahora mismo es insostenible. No voy a permitir que, tal como estás, te vayas a tu piso de Edimburgo, pero si vamos a convivir durante días o incluso semanas bajo el mismo techo, algo tiene que cambiar. Me temo que debo insistir en hablar contigo.

Aileen no dudó en su respuesta:

—Lo sé, Andrew. Creo que ha llegado el momento de aclarar las cosas entre nosotros para que los dos podamos pasar página.

CAPÍTULO 40

—¿Debo llamarte Aileen u Olivia? —le preguntó él, aceptando su propuesta.

Seguían sentados en la playa donde una vez compartieron un desayuno tras pasar juntos una inolvidable noche de piel con piel. Hacía algo menos de dos meses de aquello y, sin embargo, parecía que la eternidad los había arropado desde entonces.

Apenas quedaba rastro de la tarde y para Aileen culminaba su primer día de libertad absoluta: estaba fuera del hospital después de pasar allí su último mes, pero lo más significativo era que no viviría más en el mar de mentiras en el que se había sumergido al morir su madre. El día anterior había confesado un secreto que no solo había erosionado muchas relaciones por el camino, sino que también le había provocado un importante desgaste interior.

—Lo cierto es que todavía tengo que entender el impacto sobre mi nombre. Toda mi documentación personal, los títulos de estudios y demás están a nombre de Aileen Henderson. Sin embargo, no deja de ser una identidad falsa y me imagino que, al constar en el registro como Olivia Grant, es posible que deba recuperar mi nombre de nacimiento.

—¿Tú cómo prefieres que te llame?

—Aileen —respondió ella, con decisión.

—¿Y eso?

—No tengo recuerdos de cuando fui Olivia, pertenece a una vida que no reconozco como mía. Todo lo que soy capaz de recordar siempre ha estado asociado a Aileen.

—Te ayudaré a regularizarlo, si lo necesitas.

—Te lo agradezco, es trabajo de aburridos —le respondió, recordando el primer pensamiento que tuvo sobre su posible profesión.

Andrew le respondió con una mueca de burla.

—Siento haberte mentido —soltó por fin ella—. Si me preguntaras si me arrepiento de lo ocurrido o si cambiaría algo de cómo he abordado todo esto, debo confesarte que lo haría igual. Siento la franqueza, pero, aunque no lo creas, estoy harta de aparentar, de mentir y de ocultar. Llevo dos años así con algunas personas como Eirica, mi mejor amiga desde hace muchísimo. Y contigo tengo la sensación de que la traición de mi mentira es colosal en una relación de años, cuando en realidad nos conocemos desde hace solo un par de meses. Cuando te conocí eras un extraño y no quería poner en peligro mi propósito de desenmascarar al asesino de Alice Wright. Desde luego, lo que no podía imaginarme es que eras su hijo. En cambio, sí pensaba que podrías ser cualquier persona, incluso alguien del círculo de John Grant. Por eso no podía permitirme el

lujo de compartirlo con nadie. Y si sigo extendiéndome en mi franqueza, debo decirte que, así como con Eirica y Claire fue por una cuestión de protección, contigo fue por precaución. De verdad que siento tanta transparencia. Quizás no es lo que esperabas.

Aileen hizo una pausa y la aprovechó para recapacitar. Aún debía pedirle perdón por algo más y sabía que iba a resultar doloroso hablar de ello. Su ingenuidad quedaría expuesta, pero creyó que era parte de la verdad y debía seguir.

—No pensé que la relación pudiera avanzar tan rápido como llegué a creer que lo hacía. Cuando me pediste que me casara contigo, debí responderte que no. Debí ser sincera contigo, pero, sobre todo, debí demostrarte que confiaba en ti. Porque, aunque no lo creas, antes de descubrir quién eras sí confiaba en ti. Y si no te dije nada fue porque, para ese día, la precaución se había convertido ya en protección también contigo.

Andrew comprendía a qué hacía alusión, pero no le encajaba para nada con la composición que él se había formado en su cabeza. Necesitaba fragmentar la conversación e ir por partes, por lo que decidió empezar por su motivación de desenterrar el pasado.

—Podrías haber continuado con tu vida, Aileen. Mi madre lleva muerta muchos años y, con la muerte de la tuya, esto quedaba enterrado. No me malinterpretes. No eres consciente de lo mucho que te debemos mi padre y yo por lo que has hecho por nuestra familia, pero no alcanzo a entender cómo has podido exponerte así. Te has jugado la vida y ¿para qué? ¿Todo esto ha sido por John? ¿Por vengarte de lo que hizo tu padre?

—Para nada —le contestó, sorprendida porque pudiera pensar eso.

Aileen notó una punzada que le recordaba la herida que aún tenía en su interior. Cuando Andrew vio que se doblaba hacia delante, con la mano en el costado, y que una mueca de dolor le cruzaba con fugacidad el rostro, la abrazó por la espalda, a pesar de que sabía que no había nada que lo mitigase.

Ella volvió a sentir de nuevo una punzada, pero esta vez se debía a cómo su cuerpo recibía el gesto de Andrew. Era la segunda vez en aquel día de convivencia obligada que la distancia entre ellos se disipaba. No podía negar que lo había echado en falta desde que se separaran. Ser acogida entre sus brazos, con todo lo que creyó una vez que significaba para ambos, se había traducido en una sensación de afecto y protección que le gustaba. En cambio, esos abrazos que le brindaba ahora llegaban, una vez más, desde la fría amabilidad que provocaba su deuda hacia ella y que le fracturaba aún más por dentro. Lo único que le quedaba era responderle para continuar con la conversación y que esta finalizara cuanto antes. Solo deseaba separarse de él y huir para esconderse en su habitación mientras aguardaba para volver a Edimburgo y emprender una nueva vida.

—Fue un *shock* para mí descubrir que mi padre estaba vivo, que era un asesino y que mató a la persona que nos había salvado a mi madre y a mí de él. Me enteré de todo en una conversación de un par de horas, Andrew, y tardé bastante tiempo en asimilarlo. Pude reflexionar sobre la vida

tan maravillosa que había disfrutado con mi madre, de los abrazos que me dio cuando algo me dolía o me preocupaba. Me cuidó cuando estaba enferma y se alegró por cada uno de mis éxitos. —Cogió aire para evitar llorar al recordarla y prosiguió—: Por eso, solo pude sentir rabia e impotencia por la vida que un hijo no tuvo con su madre. Por todo lo que te perdiste con ella, Andrew. No te imaginas cuánto lo siento. No puedo reparar la muerte de Alice, pero...

—Y no debes —la interrumpió—. No fue tu culpa y no estabas en deuda con ella.

—Con ella ya no podía estarlo, pero sí contigo, con tu padre y con Martha. No podía conocer la verdad sobre lo que ocurrió aquel día y seguir con mi vida como si no me hubiera enterado de nada. Pero tampoco podía buscaros y explicároslo sin ninguna prueba. ¿Qué crees que hubierais hecho?

—No lo sé.

—Os habríais vuelto locos, Andrew, tratando de encontrar la forma de señalarlo. Pero sin las pruebas y siendo un policía retirado, no habríais tenido nada que hacer. Mi plan, en cambio, no parecía complicado. Empecé a leer periódicos locales de la época y descubrí que tu abuela se había instalado en Edimburgo. Encontré una noticia de hemeroteca donde informaban de que había dedicado un banco a su hija en los jardines de Princess Street. Y, con esa única pista, me cambié de ciudad para poder acercarme a ella y hacerme su amiga. No tenía muy claro qué podía esperar de pasar tiempo con ella. Simplemente, disfruté de su compañía y esperaba que, de alguna forma, la ocasión para dar el salto hasta Balford se presentara en algún momento. Lo que no consideré fue que ella podría morir antes de eso. En fin, Andrew. El resto de la historia te la conoces y no vale la pena darle más vueltas. No sé si hay algo más sobre lo que me quieras preguntar.

Él seguía sin comprender cómo una persona podía tomar la decisión de sacrificarse en milésimas de segundo solo para conseguir lo que perseguía: la verdad. Pero esta no cambiaba nada porque nunca recuperaría a su madre, mientras que otra persona más podría haber muerto. No lo entendía, así que insistió.

—Entiendo tus motivos, pero te interpusiste entre la bala y la bolsa. La verdad casi te mata. ¿Merecía tanto la pena?

—No entiendo tu pregunta —le contestó con extrañeza.

—Lo llevaste muy lejos, Aileen. Los médicos me dijeron, cuando ya estabas fuera de peligro, que el sesenta por ciento de los pacientes con un traumatismo penetrante en el tórax como el que te causó la bala fallece. Al querer salvar la bolsa interponiéndote en su trayectoria, podrías haber muerto.

Aileen arrugó la cara durante la fracción de segundo en la que parecía no entender a qué hacía alusión. Sin embargo, no tardó en atar cabos. Un brote verde resurgió entre los escombros de su relación.

—La bolsa era de vital importancia para cumplir mi objetivo inicial, pero, cuando me metí por medio, no quería salvarla, Andrew. Te quería salvar a ti —le confesó ella a sabiendas de que su corazón lamentaría más tarde que se abriera así ante él.

—¿Porque era el hijo de Alice Wright y me lo debías? —le espetó él.

Aileen comprendió que no se había dado cuenta de lo que le pasaba con él. Sin saber cómo se puede amar de la noche a la mañana a un desconocido, se había colado primero en su cabeza, después en su intimidad para, finalmente, recalar en su alma. Tragó saliva, y siguió adelante con la verdad.

—Porque eras Andrew. El hombre al que conocí en esta misma playa y sin el que no me imaginaba mi vida. Me metí entre su pistola y tú porque no quería perderte. A pesar de nuestros secretos, y aunque sé que yo nunca te tuve a ti, tú siempre me tuviste a mí.

Andrew le sostenía la mirada. Había desistido de luchar por ella y ahora, en cambio, entendía que debía hacerlo. Recordó el último mes a su lado en el hospital: la había visto tumbada en la cama, lívida, pero, sobre todo, triste. Muchas de las horas que había estado a su lado, casi todas, creía ver en su rostro la apatía de quien pierde la ilusión por algo cuando, en realidad, se debía a que, a pesar de su mentira, ella lo seguía amando.

Más de una vez estuvo tentado de hablar como ella le pidió en varias ocasiones, pero creía con firmeza que lo importante era que se recuperase, y por ello se callaba. Sin embargo, para contrarrestar el ambiente tan triste que imperaba en la habitación, considerando lo que él le había ocultado, se valió del humor y decidió tratarla desde la solemnidad del respeto para que no hubiera posibilidad de ofenderla de ninguna de las maneras. Se instó a seguir adelante con el único pretexto que podía tener ya para estar cerca de ella: cuidarla hasta su plena recuperación. Por eso había insistido en acogerla en casa. Pero no como Aileen pensaba erróneamente, porque estaba en deuda con ella por mandar a la cárcel al culpable del crimen de su madre. Mucho más allá de su pasado, una vez tuvieron un presente en el que él le propuso, de forma irracional, un futuro juntos. Él le había pedido compartir sus vidas y ella había aceptado sin condiciones.

Andrew fue consciente del malentendido que los envolvía. La había visto marcharse enfadada el día que su padre se presentó en la mansión de los Wright, sin darle opción a explicarle la situación. Había pasado un mes con ella en el hospital, donde él no quería abordar una conversación que pudiera ralentizar su recuperación mientras que ella había demostrado una patente apatía hacia él. Y la noche anterior la oyó llorar en la cama, fruto del dolor que le generaba estar en su casa, con él. Era consciente de que era el causante de su pesadumbre, pero había dado por hecho que, si su único afán era huir lejos de él, no querría darle la oportunidad de explicarse para tener ese futuro juntos que él tanto anhelaba.

Asumió que ni podría amarlo ya ni volvería a creerse nada proveniente de él, aun cuando tenía la prueba que demostraba su inocencia, pues el único secreto bajo su piel era, en realidad, su verdadera identidad.

Sin embargo, Andrew acaba de oírla decir que su única intención al interponerse entre la bala y él había sido salvarle la vida porque no se imaginaba vivir sin él. Entendió que ella, a pesar de todo lo ocurrido entre los dos, aún lo amaba con la intensidad de aquel día en el que aceptó ser su esposa. Lo único que deseó fue abrazarla y besarla. Quería decirle también que su propuesta de matrimonio, bajo la cual la cuidaría durante el resto sus días, era honesta. Él también la amaba de forma tan incondicional como ella le había demostrado. Pero no podía hacerlo. Aún no.

—Aileen, yo también te mentí al no decirte desde el principio quién era y por qué había venido. Y ahora me toca a mí darte una explicación. Tras la muerte de mi abuela, me sorprendió su decisión de dejarle la casa a una persona que no era de la familia y bajo una condición como la que te impuso. Y sé que te resultará difícil de creer, pero cuando me propuse venir a Balford, en ningún momento pretendí engatusarte. Cada átomo de mi cuerpo ha actuado con la naturalidad que ha sentido y todo ha girado en torno a ti desde el principio. Y sí, es verdad, la casa tiene un valor enorme para mí, pero solo de carácter sentimental. No tengo nada de mi madre, ni tan siquiera recuerdos. Mi padre los ha construido en mi cabeza a base de hablarme de ella cada día. Si a eso le sumas que nunca supimos qué le pasó, la sensación de pérdida se multiplicó. Al volver a Balford, a lo que menos aspiraba era a conocer la verdad sobre mi madre. Y gracias a tu valentía nos hemos dado cuenta de que aceptamos erróneamente que, si la policía no había podido descubrirlo, era porque el caso era un callejón sin salida.

—Nunca lo hubiéramos descubierto si mi madre no hubiera padecido alzhéimer. Ella jamás me lo habría contado porque ya perdieron mucho aquel día. Y si las pruebas estaban enterradas y los testigos acallados, poco habría podido hacer la policía.

—Lo que te quiero decir, Aileen, es que, a pesar de lo que puedas pensar, la casa nunca me ha importado. Tan solo vine a conocerte a ti. Quería saber qué era lo que mi abuela podía haber encontrado tan especial en alguien como para haberle dejado el usufructo de la mansión de los Wright, y encima con esa condición tan curiosa de que no se casara. Eso no me lo contaste, por cierto, cuando te propuse que nos casáramos.

La complicidad que desprendía su afirmación, junto con su picaresca al sonreír, provocó cierto alborozo en Aileen.

—Es verdad, también te oculté eso, pero como tú ya lo sabías y tampoco me lo contaste, entiendo que un secreto anula otro secreto, ¿no?

Él sonrió.

—Lo acepto —le concedió—. Debes saber que cuando te lo propuse fue espontáneo y sincero. Tal cual te lo proponía, pensé que no aceptarías por la prematuridad de nuestra relación. Sin embargo, lo hiciste. Me dijiste que sí. Y, al hacerlo, ahora sé no solo lo duro que debió de resultar para ti faltar a la promesa que le hiciste a mi abuela, sino que, además, renunciabas también al usufructo de la casa. La habrías pedido.

—Sí. Por ti, lo habría hecho —dijo mirándolo a la cara—. Todo lo que hubiera sido necesario perder para estar a tu lado lo habría perdido.

Andrew no lo soportó más y la besó. La besó y la besó hasta que recordó que no estaba recuperada del todo y se controló. Se separó con brusquedad de ella y Aileen se temió lo peor. «¿Se habrá arrepentido?», pensó. Pero no se trababa de eso. Él sabía que aún le faltaba la parte más importante de su mensaje.

—Tienes que perdonarme, Aileen. Este último mes me he distanciado de ti porque malinterpreté tu enfado y pensé que no querías volver a saber nada de mí. Te di por perdida y, como sabía que sufrías a causa de mi mentira, no quise afligirte más tratando de defender que la casa no me importaba y que lo que sentía por ti lo sentía de verdad.

—¿Por eso me has tratado con la frialdad con la que lo has hecho todo este tiempo? Después de lo que había pasado entre nosotros, no solo no querías hablar conmigo, sino que te distanciabas como si te fuera indiferente.

—No sabes cuánto lo lamento. Quizás no he pensado con la suficiente claridad estas semanas atrás, pero ha sido porque he estado muy preocupado por tu estado de salud. Haber perdido la oportunidad de pasar mi vida junto a ti era demoledor, pero pensar que podías morirte en cualquier momento, como temían los médicos, me desgarraba. Y debo confesarte que no pensé que aún me amaras ni que hubiera margen para poder suplicarte que me creyeras cuando te dijera que nunca vine aquí con el objetivo de encandilarte para recuperar la casa.

—Debiste decírmelo al conocernos.

—Al principio decidí no decir nada a nadie porque todos en Balford me habríais tratado de manera diferente. Lo único que quería era conocerte de la forma tan natural que lo había hecho mi abuela.

—Tuviste más oportunidades después —le replicó ella—. Por ejemplo, en Inverness. Ese hubiera sido un buen momento. En vez de eso, me mentiste más aún. Me dijiste que tus padres eran abogados.

Aileen no pretendía objetar como lo estaba haciendo, pero la desazón resultaba implacable para obtener respuestas que la amainaran.

—Siento no haber encontrado el valor para decírtelo, pero debes saber que, si no pude hacerlo en Inverness, fue porque no quería romper lo que se fraguaba entre nosotros. La conversación se volvió personal y no habría podido hablarte de mi madre. No después de lo que sentí al ver su nombre en el cartel del hotel. Cuando te sujeté la mano en la vieja granja de Carl, no solo quería apoyarte en algo que era importante para ti, sino que, además, buscaba refugio para mí. También yo he pasado por momentos nada fáciles estos dos últimos meses, como oírte hablar de ella, pasearme por la mansión y sus alrededores o enterrar a mi abuela. No te imaginas lo mucho que significó para mí poder estar en el cementerio contigo el día que mi madre y mi abuela volvían a

estar juntas. Entendí sus razones, pero eso es de las pocas cosas de nuestra vida juntos que no pude respetar.

Andrew se calló y las ráfagas de aire que parecían evaporarse del mar les mecieron. Sus emociones no eran las únicas que los zarandeaban. Prosiguió:

—Tomé la decisión de que te lo diría nada más volver a Balford, pero se precipitó el tema de las cenizas, la cena en casa de Chris y Theresa... Parecía imposible encontrar el momento, y sabía que te enfadarías, pero...

—Imagínate cuando lo descubrí y comprendí que no podríamos estar juntos.

—¿Por lo que hizo hace treinta años un padre al que ni conoces, que es totalmente ajeno a ti y a tu vida?

—Sí, Andrew, pero no solo por eso. Al margen de que te amara con la devoción con la que nunca había amado a nadie, cuando repasé las veces que nos acostamos, lo que pasaba entre nosotros... ¿Cómo crees que me sentí al pensar que lo habías fingido todo?

Al dotar de mayor énfasis a la última palabra, Aileen experimentó cómo el calor la embriagaba. Andrew se percató del rubor al confesarle aquel pensamiento. Decidió demostrarle que hay cosas que no se pueden fingir. Se desplazó los escasos centímetros que todavía los separaban y le apartó el pelo de la cara. Dejó que el roce de sus dedos le trasladara el deseo que él sentía al acariciarla. Despacio, apartó la chaqueta de punto y deslizó el tirante brazo abajo para besar la piel que quedó al descubierto. Comenzó a subir, dejando que una mano se apoyara sobre su cabeza mientras que la otra rodeaba su cintura por debajo de la ropa. A la altura del oído, Aileen escuchó cómo una voz pausada le susurraba:

—Dime qué sientes.

Pero ella no podía hacerlo. Se había quedado paralizada nada más notar que la tocaba. Lo había extrañado mucho. Muchísimo.

—Dímelo, Aileen —insistió él.

—Yo... no puedo hablar, Andrew...

—Te diré entonces lo que siento yo —le dijo manteniendo su posición—. Siento que no puedo respirar, que contengo el aire porque el deseo se adueña de mi voluntad y me ahogo solo de pensar qué pasaría si no estuvieras a mi lado.

Le giró la cabeza hasta que sus ojos quedaron a la misma altura. Ella los mantenía cerrados.

—Abre los ojos, Aileen.

Ella obedeció.

—Más allá de lo que experimento cuando estoy junto a ti, tu fragilidad contrasta con tu fortaleza y tu bondad y tu generosidad hacia los demás son capaces de arrollarlo todo. Me has dado una verdad que ansiaba saber y que no pensé encontrar nunca, pero esa deuda contraída nada tiene que ver con lo que siento cuando estoy tu lado. Y si hay algo de lo que debes ser consciente es que no he fingido en ningún momento. Puedes tener claro que te he deseado desde

el día que te conocí, pero también debes saber que te voy a amar hasta el último de tus días. Soy tuyo para siempre y te voy a demostrar que nunca me importó la mansión de los Wright.

Andrew rebuscó en el bolsillo de la chaqueta deportiva que llevaba y extrajo un sobre con el mismo membrete de la nota que apareció una vez en la chaqueta de Aileen. Al salir de la piscina la había visto aquí sentada y decidió que debía volver a intentar hablar con ella. Recogió de la caja fuerte de su despacho lo que consideró que valdría la pena llevar, creyendo que la oportunidad de recuperarla era prácticamente inexistente.

—Esta es una copia del documento que envié al señor Craig por el que renuncio a la herencia de mi abuela a tu favor. La mansión de los Wright ha sido tuya de pleno derecho desde hace varias semanas, Aileen. Pero si él no te lo notificó para formalizarlo fue porque le pedí que me dejara a mí encontrar el momento oportuno para ser yo quien te lo dijera. Pensaba dártelo el día que te encontré en el desván, pero todo se precipitó: el anillo, la pedida y la aparición de mi padre. No debí proponerte que te casaras conmigo sin haberte explicado quién era. Lamento haberte ocultado que era el hijo de Alice Wright.

Aileen no conseguía recuperarse de la exaltación que le había provocado volver a sentir su tacto sobre ella. Deseó mucho más, pero comprendió que, lejos de lo que había pensado durante el último mes, ese futuro con él se materializaba de nuevo y dispondrían de todo el tiempo del mundo para estar juntos.

Cogió el documento que le entregaba y, sin tan siquiera mirarlo, lo rompió en varios pedazos. Con esfuerzo, se inclinó hacia delante, le abrió el bolsillo de la chaqueta y lo volvió a colocar en su interior hecho añicos. Desde la intimidad que les profería esa escasa distancia, le contestó.

—Ni lo quiero, ni lo necesito, Andrew. Te lo agradezco de corazón y debes saber que te creo. Pero esa casa te pertenece. Es de tu familia, ha pasado por varias generaciones y así debe seguir. Creo que tendremos que sumar eso a la lista de cosas a regularizar —concluyó, riéndose.

Andrew acompañó su sonrisa, pero estaba inmerso en otro pensamiento. En la caja fuerte, junto al documento, había algo más. Pensaba dárselo junto con el documento para que se lo llevara con la promesa de que, si un día conseguía perdonarlo y volvía, pudieran continuar con lo que comenzó aquella tarde junto al baúl en el que lo encontraron. Pero, de nuevo, la vida los posicionaba, esta vez sin secretos, bajo el mismo hechizo que lo hizo aquella tarde de agosto. No solo sabía lo que tenía que hacer, sino lo que anhelaba con todo su ser.

—¿Querías y necesitarías recuperar esto? —le preguntó, sacando de la diminuta caja el anillo de su madre.

Aileen lo miró. Al margen de su espectacularidad, el hecho de que hubiera sido de Alice, de la madre de Andrew, representaba lo que siempre había querido con la persona a la que se había sentido conectada desde el principio. No por los hilos del pasado que se entretejían para llevarlos hasta aquella misma playa un día de junio, sino por algo tan sencillo como que lo amaba. Había sentido que era él aun cuando lo negara una y otra vez.

Había llorado muchas veces en los últimos dos meses y no iba a ser diferente ahora.

—Sí, las dos cosas: lo quiero y lo necesito.

—¿Te casarías conmigo, Aileen Olivia?

—Sí, por supuesto que sí, Charles Andrew.

Se besaron, recreándose con el sabor de la felicidad que causaba recuperar lo que habían considerado irrecuperable. Esa magia cuando los halos de dos personas se alinean para amar y ser amado. Y cuando creyeron haberse redimido de los besos perdidos, se tumbaron en una arena igual de fría que la primera vez que Aileen puso el pie en la playa de Balford.

Estando el uno junto al otro en aquel remoto pueblo de Escocia, comprendieron que el pasado que compartieron sus madres era lo que les había guiado hasta donde estaban hoy: enroscados, y dispuestos a amarse para siempre.

—Aileen —susurró Andrew, a tan solo unos centímetros de ella y mirándola a los ojos—. Hace unas semanas me dijiste que los secretos que albergamos bajo la piel son los que nos definen como personas. Y, si hay algo que hoy he comprendido, es que, paradójicamente, la importancia de guardarlos para uno mismo reside algunas veces en el bien que pretendemos hacer a los demás.

EPÍLOGO

Aileen se encontraba junto a Andrew visitando la tumba de la que hubiera sido su futura suegra. Estaban de pie, en silencio, frente a ella.

—Si no eres capaz de hablarle, Aileen, no pasa nada —la tranquilizó—. Volveremos las veces que sea necesario hasta que sientas que puedes hacerlo. Y si no quieres, no tienes por qué sentirte en la obligación.

Ella negó con la cabeza. Las palabras, hoy, sí que iban a salir. Él entendió que estaba preparada y se echó para atrás, confiriéndole cierta intimidad.

—Me cuesta encontrar las palabras porque no las hay. No como te lo merecerías por lo que hiciste para ayudarnos a mi madre y a mí. Sé que ella nunca quiso contarme nada sobre lo que os ocurrió porque entendió que tu sacrificio no debía ser en balde. Pero también sé, porque la vi muy enferma con un alzhéimer precoz, que su conciencia, después de tantos años, no le daba paz. La vida de la que hemos disfrutado juntas te la debemos a ti, pero, en cambio, contrasta con las carencias que tu madre, tu marido y tu hijo han tenido que soportar durante todos estos años. No puedo compensarte el pasado, pero, por suerte, sí puedo hacerlo con el futuro. Y si te sirve de consuelo, estés donde estés, Andrew representa ese futuro para mí. Voy a cuidar de él. Y no porque esté en deuda con tu sacrificio, sino porque lo amo.

Aileen se mantuvo callada un par de minutos más, mirando el grabado de Alice Wright sobre la piedra y, finalmente, depositó sobre su tumba el ramo de flores que Andrew le entregó. Como si de un imán se tratara, se quedó allí anclada tocando el helor de la losa.

—Desearía dártelas en vida el día de nuestra boda —le confesó—. Ojalá mi madre y tú pudierais estar celebrándolo junto a nosotros. Os vamos a echar de menos, pero os tendremos presentes en nuestro corazón.

Aileen, debido a su naturaleza, pero también porque aún la rabia se expandía y recorría su torrente sanguíneo, lloró. Andrew se aproximó al percibir que lo necesitaba.

—Vamos, Aileen —le dijo—. Ahora sí, ha llegado el momento de dejar el pasado atrás.

Y, con paso ceremonioso, abandonaron el cementerio para dar comienzo a su nueva vida, juntos.

Referencias a las canciones

Tonight, tonigh, © 2012 Virgin Records America, Inc., interpretada por The Smashing Pumpkins en su álbum «Mellon Collie and the Infinite Sadness».

NOTA DE LA AUTORA

Quiero explicarte el origen de la escueta dedicatoria en *Los secretos que albergamos bajo nuestra piel*: «A ti, y solo a ti. Por todo».

Empecé a pensar en escribir una novela en COU (actual segundo de Bachillerato), pero no tenía ni idea de por dónde empezar. En la universidad aprendí a estructurar textos en Historia de la Comunicación y saqué matrícula de honor porque, además de estudiar, disfrutaba y me entregaba. También estudié Narrativa Cinematográfica y quise lanzarme de nuevo, pero entonces me faltó el tiempo: ¡por fin tenía trabajo!

En 2014 empecé la novela a ratos (¡sí, hace diez años de eso!), pero muchos días trabajaba diez u once horas en el departamento de *marketing* de un grupo cervecero y el ánimo no acompañaba. Y en 2017 fui madre de mellizos. Ahí descubrí el verdadero significado de lo que es no tener tiempo para nada.

Con una novela inconclusa, me planté en el verano de 2023 y volví a pensar en escribir. Fue cuando llegó el clac. Entendí que nunca se darían las circunstancias que yo andaba esperando: sentarme frente a un ordenador en silencio, con las mejores horas del día para escribir y con tiempo para estar con mis hijos y mantener un trabajo para vivir. Eso no iba a existir nunca y, sin embargo, seguía pensando en mi novela.

Por eso, con una vida frenética entre el trabajo y la crianza, decidí que debía buscar el tiempo para hacer lo que quería hacer.

Lo encontré en las noches. Cuando los niños se acostaban y el mundo se relajaba a su manera, yo me sentaba y trabajaba en mi libro. Sé que es mi pasión y quizás por ello parecerá sencillo, pero muchos días estoy derrotada, y cuando uno está así, lo fácil es volver a rendirse y abandonar. Pero esta vez no lo hice. Incluso esos días en los que creía que no podía más, que la vida con su normalidad era agotadora, me senté y continué escribiendo.

Perseveré los siete días de la semana, vacaciones incluidas, para conseguir el objetivo que me había marcado: acabar mi primera novela en diciembre de 2023 para lanzarla en 2024. Y por fin puedo gritar «¡¡Lo he conseguido!!».

Pero ¿sabes qué? Que no solo he necesitado mi fuerza. Sin un padre corresponsable con sus hijos desde el día en que nacieron, yo no habría podido luchar sola para conseguir muchas de las cosas que he logrado como mujer y como profesional. No un padre que ayuda a una madre, sino uno al que, más allá de ser consciente de que los hijos son tan suyos como míos, le nace cuidarlos y entregarse a ellos por amor, tanto hacia ellos como hacia mí. Y si he podido ser

constante en mis noches de escritura y de trabajo con el libro, considerando, además, que me despierto muchos días a las seis de la mañana para ir a trabajar, es gracias a él. Se ha despertado para atender miedos, cambiar sábanas y otras muchas historias nocturnas que dan la maternidad y la paternidad. También ha habido noches que me faltaban horas para acabar un capítulo y he trasnochado o he necesitado las mañanas del fin de semana, cuando la mente está más hábil, para repasar una y otra vez la novela. Él se los lleva al parque, a escalar, a andar. Les da desayunos, comidas, meriendas o cenas, ¡lo que haga falta para que yo pueda arañar horas por mi sueño de escribir!

Gracias a su corresponsabilidad y a otras muchas cosas más, puedo decir, después de veinte años soñando, que soy autora de mi primera novela y trabajo a diario en ese sueño.

Por eso, la primera página solo podía dedicártela a ti, Dani, y solo a ti. Por todo lo que hemos vivido juntos, que los dos sabemos que no ha sido poco.

Laura Spínola

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Laura Spínola (Sevilla, 1983) es licenciada en Periodismo, Publicidad y RR. PP. y Comunicación Audiovisual.

Experta en estrategia de *marketing* digital, ha dedicado toda su trayectoria profesional a esta disciplina en grandes multinacionales, el sector de la consultoría y el universo de la agencia creativa.

Impulsada por su afición a la lectura, ahora da el salto como escritora con su primera novela, *Los secretos que albergamos bajo nuestra piel*.

En la actualidad, reside a las afueras de Madrid con su familia y es una apasionada de la historia, de algunas técnicas textiles contemporáneas y, por supuesto, de los libros.

Descubre más en www.lauraspinola.com